



La más
Bella
de las
mujeres

Patricia P. Guerola



Índice

[Inicio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

La más
Bella
de las
mujeres



© Patricia P. Guerola

La más bella de las mujeres

ISBN: 9788469740873

Corrección ortotipográfica: Eba Martín Muñoz

Portada y Maquetación: ©Alicia Vivancos

www.aliciavivancos.com

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, químico, mecánico óptico, de grabación, en internet o de fotocopia.

A mi familia, por estar en lo bueno, en lo malo y, sobre todo, en lo peor. Y especialmente a ti, mi amor, Miguel.

CAPÍTULO 1

Casi dos años ya que estaba aquí. Todavía recordaba, como si fuese ayer, el momento de la despedida en el aeropuerto de El Prat, en el día de mi cumpleaños, de los que más quería. Con una única maleta, repleta de esperanzas e ilusiones, y con un millón de sentimientos embriagándome por dentro. Embarcando rumbo hacia Manhattan, lo que sería mi próximo hogar... Empezando una nueva vida.

—Lis, ¿vas a ir tú sola a la presentación del nuevo proyecto?

Susan me sacó de mis recuerdos rápidamente. Sacudí la cabeza y volví al lugar.

—Bueno, estaré con Claire... —le contesté con algo de nerviosismo ahora en el cuerpo al recordar lo importante que era para la empresa y, en especial para mí, que saliera bien aquella presentación.

—¿Y no os acompañará Alan? —preguntó Susan extrañada—. Al final, él es el arquitecto del nuevo edificio en el que estáis trabajando...

—No, no puede. Creo que tiene reunión o visita de unos clientes, no lo sé... Pero, la verdad, lo agradezco. Después de lo que ocurrió la otra noche, todavía no sé muy bien cómo mirarlo a la cara... —reconocí poniendo los ojos en blanco e incorporándome del largo mostrador de vidrio ahumado donde tenía los codos clavados.

—No seas exagerada, Lis... —me recriminó mi amiga, sentada delante de mí, mirándome con sus expresivos ojos verdes por debajo de su tupido abanico de pestañas negras, que tanto me gustaban de ella—. No te tortures así, porque tampoco has hecho nada malo. No es culpa tuya si Alan siempre se ha imaginado algo contigo cuando tú siempre se lo has dejado bien clarito... ¡y solo fue un polvo, mujer!

—Si, ya lo sé... Pero no debería haberme acostado con un compañero. Es una norma que tengo, bueno... tenía. No puede traer nada bueno, seguro... — le aseguré a mi querida amiga, que seguía tecleando en su ordenador con suma rapidez detrás del mostrador de recepción.

Susan, aparte de ser la recepcionista del prestigioso bufete World Architecture&Design, donde yo trabajaba como decoradora de interiores desde que llegué, también era una de mis dos mejores amigas que había tenido la gran suerte de conocer aquí, en esta etapa de mi nueva vida, y a la que tanto tenía que agradecer, ya que, desde que nos conocimos, siempre había estado a mi lado para levantarme el ánimo, y ayudarme en este duro camino. Y sin ser una mujer atractiva exactamente, sí llamaba la atención allí por donde pasara, y conseguía que todo el mundo la adorase por la gracia y desparpajo que tan naturalmente rebosaba por todo su cuerpo. Con unos largos rizos dorados por melena y una piel delicadamente blanca que se enrojecía con facilidad, consiguió enamorar a su marido Richard, un importante constructor con el que llevaba cinco años felizmente casada.

—Seguro que fue la emoción de que te eligieran a *toi*—dijo entonando la palabra graciosamente con acento francés y señalándome con el dedo— ...para el trabajo de decoración en este proyecto. Por cierto, ¿qué nombre tenía? —preguntó torciendo la cabeza para recordarlo.

—*Golden Apple*—le respondí con una sonrisa.

Parecía que cuanto más fácil era el nombre, antes se le olvidaba.

—Eso... —me devolvió la sonrisa mientras se levantaba de su silla cromada de diseño donde estaba perfectamente sentada, frente a la puerta acristalada que daba acceso a nuestras oficinas, para archivar unos documentos tras ella.

Las oficinas de World Architecture&Design se encontraban en la séptima planta de un impresionante edificio acristalado en el centro, muy cerca de Central Park. Combinaba perfectamente bien con la arquitectura clásica de alrededor, y lo mejor eran las hermosas vistas que se podían disfrutar desde los grandiosos ventanales de las oficinas, que enmarcaban una preciosa estampa sobre parte de Manhattan. La empresa para la que tenía la gran suerte de trabajar era una de las más importantes y cotizadas del mercado, la cual era muy exigente con sus empleados, pero, a cambio, sabía muy bien

cómo recompensar a sus entregados trabajadores. Y precisamente, gracias al puesto que, con muchísimo esfuerzo, conseguí aquí, podía permitirme el alquiler de un apartamento, tal y como siempre había deseado, muy bien situado en Morningside Park. Bueno, por eso, y gracias a un contacto de Susan, cómo no, que en tan poco tiempo se había convertido en la hermana que nunca tuve.

Me despedí seguidamente de mi amiga dándole un cariñoso pellizco en el moflete izquierdo, la cual me respondió soltando un beso en el aire, me giré sobre mis tacones para volver a mi oficina y así proseguir con todo el trabajo que me esperaba, que no era poco, y entonces, en ese momento, en ese preciso instante, se abrió una de las hojas de la puerta de cristal y me encontré con una mirada, la cual llevaba varios días evitando.

Alan. ¡Tan oportuno y guapo como siempre!

«Vaya... ya estamos todos...», pensé.

Y, como de costumbre, se le iluminó la cara en cuánto me vio.

Alan era un chico atractivo, muy atractivo. Era alto y, aunque de constitución delgada, se le veía musculado. La verdad, no tenía que hacer gran cosa para agradar a las mujeres, pero él, aun y así, se cuidaba. Moreno y con el pelo ligeramente largo y desgreñado, pero sumamente cuidado, tenía un toque juvenil y salvaje junto a unos oscuros ojos, tan intensos que a veces podía dar la sensación de poder desnudarte con la mirada, y creo que el muy «mamón» lo conseguía. Siempre estaba rodeado de mujeres porque poseía ese don tan especial de hacer sentir siempre *sexy* a cualquier mujer, fuera como fuera esta. Lo adoraban y él, consciente de ello, sabía perfectamente cómo responderles. Aunque tenía que reconocer que conmigo siempre había sido distinto, se comportaba de forma diferente cuando estaba junto a mí. Todo lo despreocupado que podía llegar a ser con cualquier otra no lo había sido nunca conmigo. Y yo, sabiendo lo que despertaba en él, si hubiese querido, podría haber hecho que besara el suelo por donde yo pisaba.

—Lis, espera... —oí su cálida voz a mis espaldas cuando me fui a encaminar hacia mi oficina. En cuestión de segundos pude notar cómo su mano me frenaba delicadamente por el codo—. ¿Que tal estás? No has contestado a mis mensajes y hace días que no hemos coincidido por aquí... —dijo con verdadero pesar en la voz.

—Alan, hola... Sí, estoy bien, gracias —arrastré las palabras—. Pues no, no he recibido ningún mensaje, la verdad... Le debe de pasar algo a mi móvil... Susan también dice que me escribió y no he recibido nada tampoco... —hice cómplice de mi mentira a mi amiga, que, desde unos pasos más atrás detrás del mostrador de recepción, asentía con cara de culpabilidad.

¡Qué teatrera era cuando quería, la tía!

En ese momento recordé la otra noche cuando Alan y yo tuvimos nuestro tórrido encuentro, y sentí una punzada de culpabilidad en el corazón. Sabía que no debía darle esperanzas cuando él sentía algo más por mí, pero yo, ebria de emoción y alcohol por las celebraciones del nuevo proyecto, me dejé caer en sus elogios y muestras de cariño. Hasta él mismo se sorprendió cuando acepté que me llevara a casa y, una vez dentro de su coche, se me abalanzó y se encontró con mis labios y mi lengua, que le daban la misma respuesta. Fue un polvo rápido y salvaje, pero en el que no faltó amor por su parte.

—Estaba pensando en que podríamos ir a cenar mañana sábado. Me han dicho de un lugar que... —susurró Alan cerca de mí.

—No, lo siento... —no le dejé terminar la frase y, de nuevo, volví a mentir. Era algo a lo que odiaba recurrir, pero en ese momento no me encontraba con fuerzas ni era el momento ni el lugar donde aclarar las cosas, y, por qué no, disculparme—. Mañana no puedo, he quedado con unas amigas y voy a estar muy liada todo el fin de semana. Tengo que empezar a pensar en los nuevos interiores y seguro que me faltaran horas... —dije sonriendo, intentando amortiguar la negación.

—Lis, tienes una llamada... —intervino Susan a nuestras espaldas—. ¿Quieres que la ponga en espera o te la paso a tu oficina?

Otra vez mi ángel Susan me volvía a salvar del momento.

—Sí, pásamela a la oficina, Susan. Ya voy para allí, gracias —volví a girarme hacia Alan, el cual no se había quedado muy conforme con mi anterior contestación—. Lo siento, tengo que irme. Ya quedaremos en otro momento, ¿vale?

Su bonita cara se había transformado en cuestión de segundos en la mismísima «desilusión». Se llevó las manos a los bolsillos de su carísimo pantalón de traje azul marino y aguantó el tipo como un hombre. Creo...

—Claro, no te preocupes. Seguro que encuentro a alguien con quien ir...
—dijo a desgana, esforzándose por sonreír.

Se notaba que intentaba ocultar la decepción que le había provocado mi negación, pero también era verdad que le gustaban demasiado las mujeres como para no reemplazar a una por la otra. Y claro que yo siempre era la primera para él, pero también estaba claro que siempre tenía una segunda, una tercera, y hasta una cuarta si me apuras... Así era él. Y, quizá por eso, nunca podría ver en Alan a una pareja fiel y a largo plazo. A las ocho de la tarde plegué del trabajo. Esa semana y, por lo menos, la siguiente me iba a tocar echar más horas que un reloj... Al salir del edificio me despedí de Peter, el portero del edificio, tan simpático como siempre y con aquel immaculado uniforme, el cual se notaba que llevaba con orgullo cada día de su vida, y me uní a los viandantes, todos sumergidos en sus pensamientos y quehaceres. Empezaban a notarse los días más cálidos, que me recordaban que en breve llegaría el verano y mi veintinueve cumpleaños. El anterior cumpleaños lo había pasado en compañía de mis nuevos amigos; queridos, pero al final eso significaba que no tenía cerca a nadie de mis familiares, que tanta falta me hacían. Aunque, a menudo (no todo lo que quisiera), hablara con mis padres y demás, los echaba muchísimo de menos, y tenía la esperanza de, antes de que acabase este año, poder viajar a España a pasar unos días con mi querida y añorada familia, a mi añorado pueblo natal... Pues nací en un pueblecito costero al sur de Barcelona, que no tenía nada que ver con este mundo frenético y lleno de energía al que me acoplaba cada mañana, y, la verdad, echaba demasiado de menos su placidez, su gastronomía, su gente, su todo...

Actualmente vivía en un edificio antiguo recuperado de ladrillo rojo visto. Era el típico edificio neoyorquino con sus grandes ventanales y escaleras de incendios que todo decorador o interiorista podría haber deseado siempre. Mi apartamento era el quinto de los seis que formaban la finca, la cual tenía dos viviendas por planta. El apartamento de al lado había estado desocupado desde mi llegada, y así seguía, pero el resto de vecinos eran de lo más agradable y silenciosos. El edificio no tenía ascensor y lo agradecía, ya que era el único ejercicio que hacía al cabo del día, porque digamos que nunca había sido muy amiga de los gimnasios y, cuando me proponía hacer algo de ejercicio como ir a correr o coger la bici, siempre encontraba algo que hacer

en su lugar como sustitución. Siempre había sido de constitución delgada, pero diré en mi defensa que, siendo alta y teniendo las curvas necesarias, podía pasar de tener un aspecto fresco y juvenil a aparentar una mujer de armas tomar. Había heredado la piel tostada de mi padre, al igual que sus risueños ojos color marrón dorado; y los labios, sin embargo, herencia de mi madre, eran carnosos y estaban perfectamente perfilados.

Entré en casa, en aquel bonito apartamento de setenta metros cuadrados, los cuáles ya eran un verdadero lujo para vivir en Manhattan, y que era casi tan acogedor como la mismísima casa de mis padres. O por lo menos, esa era la sensación que tenía después de pasarme hasta doce horas metida en mi pequeña caja de zapatos, a la cual la denominaba despacho u oficina. Me deshice del bolso soltándolo sobre el mullido sofá color *whisky* y, de camino a las escaleras, me desabroché la blusa de raso de color rosa palo y diminutos topitos negros que tanto me gustaba, mis pitillos negros y mis Converse negras para, al subir a mi habitación, soltarlo todo encima de la cama y meterme en mi gran bañera a darme ese ansiado baño que tanto necesitaba.

—Mmmm... sí... —dije para mí sola.

Me encantaba sumergirme en el agua caliente y notar cómo todos mis músculos y mis terminaciones nerviosas se relajaban a la vez.

Una vez dentro, me quité la goma del pelo, que sujetaba mi larga melena morena y lisa en una alta cola de caballo, y, finalmente, después de otro insulso día de intenso trabajo, me despedí del mundo al final de otro día más, ya que, desde hacía unas semanas, esa era mi animada y excitante rutina. Y, cómo no, como ya había advertido a mi guapísimo compañero Alan, me pasé todo el fin de semana sumida en trabajo. Primero, porque era por lo que me pagaban, y segundo, porque siempre me había encantado la decoración en sí misma. Esa era mi mayor pasión. No podía evitar entrar en alguna casa y, rápidamente, redecorarla mentalmente o imaginarme qué pondría en cada rincón de ella. Desde pequeña lo había hecho, y eso no había cambiado ni iba a cambiar con la edad: siempre andaba haciendo dibujos de la casa de mis sueños o cambiando una y otra vez, yo sola, los muebles de mi habitación hasta que mi padre, cansado de tantos porrazos y golpes en las paredes (enmasilladas unas cuantas veces y pintadas unas cuantas más), entraba y me reñía. Y ahora, cada vez que me acuerdo, pienso en la bendita paciencia que

tenía conmigo aquel pobre hombre, cuando lo que tendría que haber hecho era mandarme a jugar a la calle con el resto de niños en vez de dejarme desvalijar una y otra vez mi pequeña habitación.

Llegó el lunes. Entré por la puerta acristalada de las oficinas World Architecture&Design y, cómo no, me encontré, como cada mañana, con la amplia y agradable sonrisa de mi amiga Susan, enmarcada por un bonito color carmesí.

—Buenos días, preciosa, ¿cómo estás? —me saludó desde el mostrador—. Traes unas buenas ojeras. Te quedan bien con los zapatos morados... —añadió con sarcasmo.

Me había puesto un clásico vestido de tubo de color gris perla y, como complemento, llevaba unos zapatos de salón con plataforma y sujetos al tobillo de color morado. La verdad, para lo altos que eran, resultaban bastante cómodos.

—Gracias, bonita, yo también te quiero... —contesté mientras le hacía una mueca y dejaba mi bolso tipo cartera de ante en color berenjena sobre el vidrio ahumado del mostrador—. ¿Tanto se me nota que me he tirado todo el puñetero fin de semana sin salir de casa y currando?

Susan levantó la ceja derecha y afirmó con la cabeza en silencio.

—Al final, te habría salido a cuenta aceptar la invitación de Alan para salir a cenar, ¿no crees? —dijo mientras sonreía pícaramente.

—¡Para! No tiene gracia —la advertí fulminándola con la mirada.

Se mordió el labio aguantándose una risita y cogió unas carpetas que tenía sobre su larga mesa, como si las estuviera ordenando.

—Pues esta mañana lo he visto... y no parecía que hubiese pasado tan mal fin de semana como tú... —soltó Susan, como quien no quiere la cosa, para ver cuál era mi reacción.

¡Como si yo me fuese a poner celosa por escuchar aquellas palabras al imaginármelo cenando con otra mujer en algún lugar romántico, a la luz de las velas, llenándola de halagos y cumplidos, para más tarde llevársela a la cama, y...!

—Pues me alegro por él... —sentencié respirando hondo—. Oye, ¿y por qué narices me sales ahora con eso? —me crucé de brazos a la defensiva—. Te he dicho... Por cierto, ¡me encanta tu vestido!, ¿de dónde es?

Se le iluminaron los ojos.

—¡Gracias! de una boutique nueva del centro —respondió sonriente mientras, con las manos, hacía el gesto de plancharse el vestido toda orgullosa—. No, si no lo digo por nada... —volvió al tema—. Simplemente te informaba de que he visto a Alan y parecía que... —añadió con gesto de despreocupación.

—Sí, pero tú siempre estás pinchándome con...

Justamente en ese momento sonó su maldito teléfono, cortándome la frase y librándola de una buena.

—Oficinas World Architecture&Design, le atiende Susan. ¿En qué puedo ayudarle? —respondió al instante, muy profesionalmente, a la vez que levantaba el dedo índice para indicar que me callara.

¡Maldita Susan! Agarré su dedo y se lo retorcí mientras ella se quejaba en silencio, y me guardé mentalmente la bronca para echársela luego, aunque sabía perfectamente que más tarde no me acordaría.

Cogí mi bolso toda digna, me encaminé hacia mi despacho, entré y encendí mi ordenador, y vi que en la bandeja de entrada ya tenía once mensajes esperándome. ¡Y todavía no eran ni las ocho y media de la mañana! ¡Dios!

«¡Vaya semanita me espera...!», pensé.

Dejé mi elegante americana a juego con el vestido colgada del respaldo de mi silla de trabajo, saqué del bolso mi teléfono, lo dejé sobre la mesa, y me dirigí a por mi segunda dosis de cafeína para poder afrontar lo que parecía un intenso lunes. Al llegar a la sala de descanso, donde estaban la cafetera y las máquinas expendedoras de agua, refrescos, sándwiches envasados y demás, vi a una pareja que se encontraba en una esquina de la sala buscando intimidad. No hice caso de ellos, fui a lo mío e hice como si nada, pero, en cuanto sus ojos se clavaron en mí, me di cuenta de que era Alan con una atractiva rubia (por qué negarlo) que sabía perfectamente que trabajaba en la planta superior como becaria, y que seguro habría aprovechado la hora de entrada para pasar y meterse mano como dos quinceañeros.

«¡Vergonzoso!», pensé, sacudiendo ligeramente la cabeza en silencio.

Él, con gesto instintivo, apartó su pulgar del labio inferior de la rubia como si algo le dijese que carecía de mi consentimiento, y se llevó la mano

derecha, que entonces descansaba en la cadera de ella, sutilmente al bolsillo. La «tonta» de la rubia ni se inmutó, siguió babeando por él y haciéndole arrumacos mientras él, disimulando y sin pronunciar palabra, no apartaba sus oscuros ojos de mí.

—¡Qué poca vergüenza! —susurré a la máquina de café mientras le arrojaba unas monedas para que se las tragara. Rápidamente saqué mi café con leche y azúcar que tanto necesitaba, y, sin perder más tiempo, regresé a mi despacho por donde había venido, ya que no creía que aquel fuese sitio para dar aquel espectáculo, y la verdad, no me apetecía seguir viendo más.

CAPÍTULO 2

Hacía casi veinte minutos que había regresado de la sala de descanso de sacar mi café. Estaba en mi mesa de cristal revisando los dibujos que había hecho durante el fin de semana. Me recliné hacia detrás en mi cómoda silla de trabajo mientras removía lentamente mi vaso, todavía algo humeante, y, aun no sé muy bien por qué, mi mente por un momento se detuvo. Me descubrí pensando en Alan... y en lo que acababa de ver.

«¡¿Pero, y ahora por qué coño pienso en este?!» me pregunté sin entenderlo, «Me debería de dar igual... ¿no?», pregunté a mi subconsciente, aunque, por descontado, no me respondió.

O sea, no estaba pensando en él como hombre, sino en el hecho de que algo que podía ser mío lo pudiese tener otra. Igual que cuando a los niños no les interesa un juguete, pero, en cuanto lo coge otro, pasan a quererlo solo por demostrar qué es de su propiedad... O algo así. No lo sé. La verdad, no lo sabía ni yo. Estaba confusa, muy confusa... Siempre había sido yo la que le había dejado claro que entre nosotros nunca podría haber nada y, ahora, después de un polvo, ya me creía que me pertenecía... ¿o qué? No podía ser. Yo no era tan egoísta. Seguramente sería el hecho de que, en estos casi dos años, solo me hubiese centrado en el trabajo y en labrarme un buen futuro, y ahora sintiese la necesidad de tener a alguien a mi lado que estuviese solo pendiente de mí. Porque, aunque me costase reconocerlo, Alan se había convertido en alguien importante en mi vida, tal y como lo habían hecho Susan y Denise.

Sacudí la cabeza para deshacerme de mis pensamientos y me obligué a centrarme en todo lo que me esperaba esa mañana, que era bastante. Comencé abriendo los correos que tenía parpadeando todavía en la pantalla.

Casi todos eran referentes a pedidos o muestrarios que tenía que pasar a buscar o que enviarían a mi oficina, para así poder elegir o supervisar mobiliario, telas y colores que pudiesen interesarme. Y, entre todos los correos, me llamó la atención uno en especial, que iba dirigido a mí con un claro y conciso mensaje:

A la atención de la Srta. Elisabeth Puig Robles:

Con mucho gusto procedemos a enviarle su invitación para la próxima cena anual de arquitectos de:

World Architectures&Design.

Que se celebrará con fecha 7 de junio de 2014 a las 22:00 horas en el maravilloso Hotel Dolce Vita, y a la cual podrá asistir acompañada si lo desea. Solo rogamos aviso previo.

Reciba un cordial saludo.

«¿Acompañada?», pregunté con sarcasmo a la nada, «Sí, seguro...»

Lo que tenía claro es con quién no iba a ir y su nombre empezaba por A. En ese momento entró sin picar a la puerta mi amiga Susan, más entusiasmada de lo normal.

—¡Ya he recibido la invitación para la cena! —dijo mientras venía hacia mi mesa y se sentaba sobre ella de un saltito con las piernas cruzadas.

—Sí, yo acabo de verla... Otra cena más... —dije con desgana y soltando un bufido.

Mi amiga me miró.

—¡Perdona, nena! Otra cena no. Es “la cena anual”... —recalcó las últimas palabras—. Y en la cual habrá un montón de gente importante, clientes, un montón de *glamour* y tíos buenos, y un montón de champán para beber... ¿Te parece poco?

La miré con una sonrisa. Siempre conseguía sacarme una.

—Cómo te oiga Richard, verás tú el *glamour* y los tíos buenos...

Susan sonrió.

—Bueno, él disfrutará con las tías buenas, tú tranquila... ¡Uhhh, cena de gala! —dijo frotándose las manos—. Prepárate, muñeca, esto promete... — No podía evitar expresar el entusiasmo que le recorría por todo el cuerpo.

Y, yo no comprendía por qué tanto entusiasmo. Sinceramente, prefería quedarme en casa, o largarme por ahí y perderme en algún lugar tranquilo, antes que preocuparme de buscar vestido de gala y hacerme moños de los que

hacen que te duela la cabeza durante semanas.

—Bueno y qué, ¿ya sabes con quién vas a ir?

—¿Adónde? —pregunté yo con presunta inocencia, intentando desviarme del camino por donde pretendía llevarme el zorrón de mi querida amiga.

—¿Cómo que adónde, Lis?! Por favor, ¿de qué estamos hablando? ¡Pues de la cena! Si ya tienes a alguien pensado como acompañanteeeeeee —alargó la frase como si estuviera cansada de repetirlo.

—No, no lo sé. Susan, no empieces... —intenté centrarme en lo que tenía sobre mi mesa—. ¡No me agobies, eh! —añadí en tono recriminatorio—. Además, todavía quedan algunas semanas... —dije en mi defensa.

—Vale, vale. No me muerdas... —dio otro saltito para bajarse de mi mesa con las manos en alto.

La miré en silencio con gesto torcido y, entonces, antes de marcharse me regaló un sonoro beso en la mejilla izquierda.

—Gracias... —susurré con verdadero agradecimiento.

Y, mientras caminaba hacia la puerta con sus impresionantes tacones (que tan bien le sentaban), se giró y, apuntándome con su dedo índice de la mano derecha, me advirtió divertida, diciéndome:

—Hablaemos...

No me quedó más remedio que volver a sonreír. Otra vez lo había vuelto a conseguir. Pensé en lo pesada que podía llegar a ser cuando se lo proponía, pero lo muchísimo que la necesitaba en mi día a día. Al rato, sonó mi teléfono, y era Claire, mi superiora y una de las mejores decoradoras e interioristas del país (de la cual había tenido la gran suerte de aprender muchísimo trabajando a su lado), para que nos reuniéramos y le expusiera mis bocetos para poder echarles un ojo ya que, en unos días, nos reuníamos con los importantes clientes del *Golden Apple* e, inconscientemente, un nudo de nervios se creó en mi estómago.

La semana pasó volando, fue demasiado intensa y algo estresante, ya que no encontraba el muestrario de las telas ni de la moqueta para el suelo del proyecto *Golden* que yo quería, en el color que quería plasmar y, en tan solo unos días, presentábamos las primeras ideas. Al final el esfuerzo dio su fruto, pero casi pasé más horas en la oficina que en mi propia casa. Por eso, al llegar el viernes, decidí llamar a mi madre (por *Skype*, que, si no, la cosa me

iba a costar una pasta) ya que me calmaba oír su voz, me teletransportaba allí de donde yo era, arropada entre mis padres, que tanto amor siempre me habían dado. Demasiado consentimiento en todo por el afán de darme hasta lo imposible, siempre volcados en mí; supongo que como consecuencia de ser hija única. Todavía recordaba, y se me encogía el alma, cuando, en una comida, les dije a mis padres que quería ir a Nueva York a probar suerte, que no quería quedarme sin intentarlo, y que era la ilusión de mi vida poder trabajar para una importante empresa como era World Architecture&Design.

—¡Hola, mamá!, ¿qué tal, cómo estáis? —pregunté a mi madre con añoranza.

Las llamadas, de momento, eran eso, solo llamadas. Mis padres nunca habían sido de nuevas tecnologías y eso de la videollamada aún lo tenían que digerir. ¡Qué tontería! Si os podríais ver, ¿verdad?, pensareis.

—Hola, cariño, ¿cómo estás tú, cielo? —respondió ella.

—Bien, bien, ¿y vosotros?

—También bien, pero me iba a esperar al fin de semana para llamarte yo, cariño. Como me habías dicho que tenías tanto trabajo...

—Sí, mucho. Ya mismo presentamos el primer boceto del nuevo proyecto. A ver qué tal va...

—Pues bien, Eli. Claro que irá bien. Tú, tranquila. Y, si tienes tanto trabajo, eso es buena señal: eso es que cuentan contigo...

—Sí, mamá, lo sé. Pero, dime, no hablemos más de trabajo... ¿Cómo está papá? ¿Está por ahí?

—Él está bien, como siempre. Entretenido con sus cosas... pero ahora acaba de salir a comprar algo para el jardín, cielo. Verás cuando vuelva y le diga que ha llamado su niña y no ha podido hablar con ella...

—Vaya, ¡qué lástima! Tenía ganas de hablar con él también.

Hubo un breve silencio.

—¿Estás bien, Eli? Te noto apagada, cariño.

—No, ¡qué va, mamá! Solo estoy cansada... Solo es eso, de verdad...

—¿Seguro? —preguntó con preocupación en la voz.

—Te lo juro... Solo estoy cansada. ¿Oye, qué tal los preparativos para la boda?

—Bien. Parece que ya empieza a tener todo medio organizado, aunque tu

prima está histérica con el tema del vestido...

—¿Sí? —pregunté riéndome.

—¡Uf! Sí... El otro día las acompañé a una de las pruebas del vestido, y tengo que decir que estaba guapísima...

—¡Vaya! Seguro que sí... —intenté imaginarme por un momento a mi alocada prima vestida de novia. La que decía que ella nunca se iba a casar—. Me encantaría poder verla y estar ahí con toda la familia para celebrarlo.

—No te preocupes, cielo. Grabaremos toda la boda para que después puedas verla.

—Claro... —respiré hondo—. Oye, mamá, tengo que dejarte. Acabo de acordarme de que tengo que terminar unas cosas. Intentaré volver a llamar la semana que viene a ver si pillo a papá también, ¿vale?

—Claro, cariño. No te preocupes. Nosotros estamos bien. Si tú estás bien; nosotros, también.

Hice el intento de sonreír.

—Un beso y un abrazo muy fuerte para los dos, mamá. Os quiero...

—Nosotros también a ti, Eli. Muchísimo...

—Adiós.

Y, con un nudo en la garganta que dolía, colgué. Sabía perfectamente que se quedaría llorando durante un buen rato, pero era algo inevitable para las dos. Bastante bien estaba llevando el que yo estuviese aquí sola, sumado a la incertidumbre de no saber cuándo nos volveríamos a ver... pero por mí, y solo por mí, era capaz de aguantar.

Un rato después, sobre las cinco y media de la tarde, iba a empezar a recoger tras ojear mis diseños por ultima vez, cuando sonó mi teléfono y vi en la pantalla el nombre de mi queridísima amiga Denise, provocándome inconscientemente una descarga de buena energía que, no sé por qué, era precisamente lo que necesitaba en ese momento.

—¡Denise!, ¿qué tal? ¡Qué alegría!

—¡Hola, mi niña!, ¿cómo estás? ¡Qué ganas tenía de hablar contigo! —dijo con verdadero entusiasmo.

—¡Y yo! ¿Ya estás por aquí? ¿Cómo ha ido?

—Sí, ya estoy de vuelta. Lo estaba deseando... Ha ido muy bien, pero es muy duro, Lis. A veces veo cosas que no entiendo...

—Puedo imaginármelo, pero estar allí tiene que ser otro mundo, ¿verdad?

—Sí, realmente otro mundo. Cosas tan bellas y, a la misma vez, tan desgarradoras... A veces me pregunto cómo puede ser que cambien tantísimo las cosas de un lugar a otro, viniendo todos de donde venimos...

—Pero, entonces, tú, bien, ¿no?

—Sí, sí... Ahora, hasta dentro de unos meses, no vuelvo a marcharme, ¡así que tenemos que recuperar todo lo que nos hemos perdido, nena!

—Mmm... Sí, me gusta la idea. Estoy hasta arriba de trabajo, pero me da igual. Voy a sacar de donde no haya para salir y ponernos al día.

—¡Esa es mi chica! —exclamó con orgullo—. Oye, ¿y qué tal Susan? Todavía no la he llamado. ¡Tengo unas ganas locas de veros!

—Ella bien, como siempre...

—Bueno, cuando la veas le das un besazo de mi parte, y ya sé que ella el domingo come con la familia y que no creo que pueda, ¿pero qué te parece si quedamos tú y yo para comer pasado mañana?

—¡Perfecto! Me irá bien salir un rato y distraerme el finde antes de volver a arrancar la semana.

—Muy bien preciosa, ya concretaremos hora, pero te veo el domingo. ¡Me muero por darte un pellizco en ese culo tan bueno que tienes! —dijo mientras se le escapaban unas risas.

—¡Adiós, preciosa!

—Muuuuuuuuuuuu —me envió un fuerte beso.

Colgamos, y me quedé con una agradable sensación en el cuerpo y una gran sonrisa en los labios.

Denise era un torpedo, un volcán de energía. Vale que yo era activa, pero lo suyo era una locura, una locura que, reconozco, me encantaba y me venía bien tener cerca. Era mi otra mejor amiga. Por desgracia, su puesto de trabajo nos impedía pasar más tiempo juntas, a diferencia de Susan y yo, que compartíamos más cosas gracias a que trabajábamos en el mismo lugar. Pero, es que, Denise era la guinda del pastel. Cuando nos juntábamos las dos, lo petábamos; y las tres, ni te cuento... Denise era un bombón, no había noche que saliéramos que no tuviésemos que espantar moscardones... Era morena, como yo, pero con una melena corta y lisa al estilo Cleopatra, por encima de los hombros, que resaltaba sus dulces rasgos y unos bonitos ojos grises que le

daban un toque pícaro a su imagen. Una gran periodista que, en los últimos dos años desde que la conocía, se había dedicado a hacer reportajes para una revista sobre naturaleza en los lugares más recónditos del tercer mundo.

Había llegado la hora de plegar y, más que convencida de que ya me tocaba, eso hice: recogí mis cosas, me despedí de los compañeros que todavía pululaban por las oficinas y me fui. No me cambié los zapatos por las Converse, porque todavía me quedaba por pasar a ver un muestrario de telas que, debido a que eran realmente caras y exclusivas, no me las podían enviar por correo a mi despacho, así que me tocaba aguantar un poquito más con mis taconazos y mi estrechísima falda lápiz de color cereza, combinada con una escotada blusa negra, y acabar el último trabajo (si así se podía llamar) del viernes por la tarde.

CAPÍTULO 3

Un par de horas más tarde, con un dolor de talones de no te menees y un ligero hormigueo en las puntas de los dedos, me dirigía a casa con todo el trabajo finalizado. Mientras giraba la esquina que daba a mi calle, iba escribiéndole un mensaje a Susan donde le explicaba que Denise ya estaba aquí y nuestra quedada para comer el domingo, por si podía interesarle, aunque ya sabía con certeza su respuesta. Me encontré la puerta del portal abierta de par en par, pero no hice caso y la cerré. Comencé a subir tramos de escaleras hacia mi apartamento, evadida en mis pensamientos y en el dolor de mis pies, cuando, de repente, algo me sorprendió. En el último escalón que llegaba a mi rellano, algo me impedía seguir y entonces vi un montón de cajas amontonadas por el medio, que me dificultaban el paso hasta la puerta de mi apartamento.

—¿Pero qué coño?

Si cada vez que digo o pienso un taco metiera un dólar en una hucha, tendría ya un par de vacaciones pagadas, seguro... Me quedé allí de pie un segundo, con los brazos en jarra, observándolas. Me sorprendí muchísimo, la verdad. No me lo esperaba porque ni tan siquiera había visto a nadie viendo el apartamento de al lado en los últimos días, pero si lo pensaba bien tampoco era de extrañar ya que, con todo el trabajo, tampoco había andado últimamente mucho por casa; solo lo justo para ducharme, cambiarme de ropa y dormir (una media de unas seis horas). Seguidamente, las sorteé, metí la llave en mi cerradura, y entré... ¡pero bendita memoria la mía!, que, antes de cerrar mi puerta, recordé que esa misma mañana me había terminado la leche y el pan, y me apunté mentalmente (por cierto, increíble que lo hubiera recordado, aunque un poco tarde), que me tocaba comprar a la vuelta.

«¡Mierda!», dije para mí sola.

Dejé caer los brazos a los lados con gesto de cansancio y resoplé.

—Grrrr...

Me resigné y, sin pensármelo mucho, volví a cerrar la puerta, a esquivar todo aquel pelotón de cajas, haciendo equilibrios e intentando no caerme por la poca movilidad que me prestaba la ajustada falda, para bajar de nuevo por las escaleras.

—¡Malditas cajas! —maldije pensando de quién diantres serían.

Llegué hasta abajo, me colgué de nuevo el bolso en el hombro, me re Coloqué bien la falda tirando de ella hacia las rodillas, alargué el brazo con idea de salir y, justo cuando giraba la maneta y abría la puerta del portal para dirigirme de nuevo hacia la calle, tuve la sensación de que se congelaba el tiempo, de que todo a mi alrededor se había detenido hasta tal punto de que hasta el aire se hubiera vuelto espeso, y me costaba respirar..., cuando me encontré de frente con el hombre más guapo y atractivo que había visto en mi puñetera vida.

—¡Joder!

Entonces, de fondo, muy de fondo, de entre el silencio salió un pitido de mi bolso al recibir un mensaje; seguramente, la respuesta de Susan.

No daba crédito. No podía creer que tuviese frente a mí a aquel Adonis mirándome con aquellos penetrantes ojos, que eran, de largo, los ojos más hermosos que había visto jamás. Me costaba reaccionar con esa imagen delante y, no sé por qué, me dio la sensación de que a él le ocurría lo mismo conmigo.

Llevaba una caja cargada, que sujetaba contra su impresionante pecho con el brazo izquierdo y, con el otro, marcando un tentador bíceps, sujetaba por encima del mismo hombro derecho, una gran bolsa de deporte negra que descansaba sobre sus fornidas espaldas. Su camiseta negra de manga corta y cuello redondo definía perfectamente todos y cada uno de sus músculos (sin olvidarse ninguno), y conjuntaba especialmente bien con unos vaqueros desgastados, que, al no llevar cinturón, caían sugerentemente sobre sus caderas dejando a la vista parte de la goma de unos calzoncillos negros.

—Mmmm...

Una fuerza invisible hacía que mi cuerpo no pudiese reaccionar, y mis

ojos no pudiesen dejar de escrutar aquella potencia de hombre. Tenía la piel deliciosamente tostada y una ligera capa de sudor hacía que los brazos le brillaran a través de un vello dorado por el sol. Se le veía que debía ser castaño claro (creo, porque llevaba la cabeza rapada, pero en su justa medida), y se unía por sus patillas con lo que parecía ser una barba de un par de días que remarcaba una mandíbula masculinamente pronunciada. Sus ojos, que no dejaban de mirarme y, con seguridad, fue lo que más me impresionó de él, eran de un verde claro casi cristalino, que pocas veces había visto, pero lo que hacía que todo el conjunto rozara casi la perfección eran sus finos pero carnosos labios, que, entreabiertos, dejaban ver unos alineados dientes blancos. Todo ello consiguió que algo dentro de mí se agitara. Tengo que decir que tenía un aspecto deliciosamente peligroso y que hacía qué quisiera follarle salvajemente allí mismo. Era la jodida perfección.

«¡Por favor, contrólate, Eli!»

—Hola... —salió como un susurro de sus labios y, seguidamente, me mostró una cálida sonrisa haciendo que explotara toda mi vida en mil pedacitos.

Intenté decir «hola», pero mi cerebro y mis cuerdas vocales no se pusieron de acuerdo y la voz no me salió entonces, pero por mi propio bien y para que no pensara que era mema, conseguí centrarme y articular palabra.

—Perdona, pasa... —dije mientras abría del todo la puerta de la calle y le cedía el paso para que entrara.

—No, sal tú primero, por favor... —dijo mientras retrocedía hacia la calle con gesto caballeroso.

«¡Mmm, además educado!»

Entonces salí calculando bien las pisadas para no caerme con mis taconazos delante de aquel monumento, mientras le aguantaba con un brazo la puerta y, ya que él tenía las manos ocupadas, pudiese entrar. Y así fue. Entró cerca, muy cerca de mí, quedándonos a pocos centímetros el uno del otro bajo el umbral de la puerta. Instintivamente (supongo que por el deseo que despertaba en mí semejante hombre), me mordí el labio inferior y eso hizo que me volviera a regalar otra provocativa sonrisa.

—Gracias... —dijo antes de girarse para empezar a subir por las escaleras.

—De nada... —casi suspiré a sus espaldas, y no pude evitar sonreír

tontamente yo también.

Su voz, tan dulce y masculina a la misma vez, podría volver loca a cualquier mujer con tan solo un susurro. Estaba segura de que no me importaría nada despertarme todas las mañanas oyendo aquel canto. Salí cerrando la puerta a mis espaldas y entonces vi algo de lo que, cuando entré escribiendo el mensaje a Susan, no me había percatado: un pequeño camión con lonas negras y una pequeña plataforma bajada (que sería con el que estaría haciendo la mudanza el *sexy* transportista), que se encontraba aparcado a pocos metros de la puerta.

«¡Susan!»

Creí recordar el pitido de un mensaje y busqué en mi bolso para sacar mi móvil, y efectivamente, era ella. ¿Cómo conseguía estar siempre en los mejores momentos? Leí la respuesta que confirmaba lo que yo ya sabía y le respondí con un breve mensaje:

—Ok, el lunes nos vemos, ¡un beso!

Y ni siquiera recuerdo cómo compré el pan y la leche. Mi cabeza estaba recordando una y otra vez, milímetro a milímetro, el escandaloso cuerpo que me había alegrado lo que quedaba de día. No es que fuese una obsesa del sexo y los hombres, pero aquel tipo de hombre, por desgracia, no se olvidaba así como así. Y más aún, teniendo en cuenta que en las últimas semanas el único polvo que había echado era con Alan, y mi vida sexual desde que llegué tampoco había sido una locura. Se basaba básicamente en algún que otro polvo de una noche, que se podían contar con los dedos de las manos, y no porque no quisiera más, sino porque tampoco había estado como para perder el tiempo con cualquier gilipollas.

Al volver de comprar no había ni rastro de él en la calle ni en el portal, me encaminé por las escaleras y mientras subía a mi apartamento no pude dejar de pensar en quiénes serían mis nuevos vecinos. Tan solo había visto un montón de cajas por el suelo, y a aquel transportista que, ¡oh, Dios mío!, me daban ganas de cambiarme de apartamento solo por hacer una mudanza con él; bueno, con su camión y con él encima; bueno, dentro... ¡oh, por Dios! ¿pero qué me pasa?!

Llegué a mi rellano, que todavía seguía con algunas cajas por el medio, pero sin nadie a la vista y con la puerta de al lado cerrada, y no me quedó más

remedio que entrar en mi casa y quedarme con la intriga metida en el cuerpo. La verdad era que, con lo cansada que estaba, solo tenía ganas de prepararme algo y cenar mientras veía «60 segundos», una de mis películas favoritas, que daban por la tele esa misma noche.

A la mañana siguiente me desperté tarde. Me encanta dormir. Creo que es uno de los mayores placeres de la vida que uno puede disfrutar y por el que de momento (tiempo al tiempo), no te cobran... Además, había decidido que ese fin de semana me lo tomaría con calma. Me dispuse a preparar tranquilamente el desayuno, puse en la tele el canal de música en el cual estaba sonando «Happy», de Pharrell Williams, consiguiendo que, al oírla, me diera un subidón tremendo de buena energía y los pies me empezaran a bailar. Subí el volumen de la tele bastante... y, como os imaginareis, con el mando a modo de micrófono, me puse a cantar la canción como una loca a grito *pelao* mientras me movía meneando el culo por toda la cocina como una posesa.

—Because I'm happy!

Clap along if you feel like a room without a roof.

Because I'm happy!

Clap along if you feel like happiness is the truth...

Pero, en cuanto encendí el tostador para hacerme mis tostadas y me calenté la leche para el café, el raciocinio volvió a mí y caí en la cuenta de que al lado igual vivían ya los nuevos vecinos y que podría molestarles el volumen de la música tan alta.

—¡Hostias!

Rápidamente la bajé mientras me asomaba por la mirilla para ver el rellano y comprobar si había alguna señal de vecinos por la zona, pero nada de nada. Total, convencida de que igual todavía no se habrían mudado, la volví a subir y seguí mi coreografía donde la había dejado, concentrada en untar mantequilla y mermelada de arándanos en mis tostadas a partes iguales, vestida tan solo con un *culotte* de ropa interior y una camiseta de tirantes sin nada debajo, con unos calcetines roñosos que me ayudaban a deslizarme por todo lo largo del piso. Menuda estampa...

Los suelos del piso eran de madera natural de roble, pulido y barnizado. El apartamento tenía vigas vistas de hierro y maderas nobles que combinaban

perfectamente con la pared de ladrillo visto en tonos rojizos, que se extendían todo lo largo del salón, donde estaban unas grandes cristaleras tan luminosas que daban un toque industrial al conjunto. No llegaba a ser precisamente un dúplex, pero sí que la única y habitación principal, junto al gran baño, se encontraban en otro nivel, separados del resto de la casa por una escalera de peldaños al aire. La cocina, a la derecha de la puerta de entrada, en tonos negros y grises, era abierta con una isla central y, en frente de ella, a la izquierda de la puerta de entrada, se encontraba el cálido y gran salón comedor, en tonos vainilla y melocotón, decorado con texturas de pelo y piel. Así era mi precioso apartamento de soltera. El «picadero» como decía mi padre.

Cuando terminé de recoger los cacharros del desayuno, puse una lavadora y una secadora (esas cosas que no te da tiempo de hacer entre semana), me di una rápida ducha, me puse mi máscara de pestañas de YSL, mi colorete preferido de Chanel, mi brillo de labios color fresa de Guerlain y me vestí para salir a comprar provisiones para los siguientes siete días. Me enfundé en unos arrapados tejanos, que acompañé con una camiseta de manga corta y pronunciado escote cuadrado de color blanco que me quedaba como un guante, me subí a mis botines troquelados de tacón de color camel, que tan peligrosa me hacían, dejé mi larga melena mojada suelta y, con el bolso colgado y mis Ray-Ban de aviador marrón claro preparadas en la mano, cerré la puerta del apartamento con ganas de comerme el mundo... Pero lo que si me hubiese comido habría sido al depredador que encontré detrás de mí, mirándome como si de su presa se tratase.

«¡Joder! ¡Era él!»

No podía creer lo que veían mis ojos. Era el *sexy* transportista que me había estado perturbando la cabeza desde ayer cuando lo vi. Estaba casi más guapo que ayer si se podía. Iba vestido con una camiseta pegada al cuerpo de manga corta blanca y unos tejanos negros con unas deportivas grises. Tenía un aspecto fresco, como de haber descansado, y olía deliciosamente bien, demasiado bien... como a gel de ducha mezclado con un toque excitante de colonia que hacía resaltar toda su virilidad. Traía en la mano una barra de pan y una bolsa de papel, seguramente con algo de compra dentro. Todo mi cuerpo se tensó y reaccionó rápidamente a aquel exquisito olor mientras mi

cabeza trabajaba a toda máquina por entender la situación. Si él estaba allí, ¿significaba entonces que él era mi nuevo vecino? Eso hizo que el estómago se me encogiera de emoción y se me escapara una ligera sonrisa.

¿Pero estaría solo él?, ¿o estaría su pareja dentro esperándolo? Ayer, mientras él subía cajas, su pareja (si la tenía) podría estar dentro organizándolas... ¡Dios mío, qué paja mental me había hecho en un momento! Pero un dulce «Hola» me hizo bajar rápidamente de mi nube y yo, mirándolo con la misma intensidad con que él me miraba a mí, contesté:

—Hola... —Armándome de valor y con todo el morro del mundo le extendí mi mano derecha, que era la que tenía libre, y me presenté—: Soy Elisabeth, la vecina del quinto.

Hasta el nanosegundo que tardamos en tocarnos fue excitante.

—Hola, Elisabeth... —Torció una seductora sonrisa sin apartar sus inquietantes ojos de mí—. Tienes un nombre precioso... —Creo que en ese momento me ruboricé y se me escapó hasta una tonta sonrisita—. Yo soy Jason, el nuevo vecino... —y fue entonces cuando casi me derribo.

«¡¿Por favor, por qué me haces esto?! ¿Qué jodido hombre, cuando te presentas, dice que tienes un nombre precioso? ¡Ninguno!»

No pude evitar sonreír aún más cuando me confirmó que era mi nuevo, delicioso y *sexy* vecino, y noté cómo me acaloraba rápidamente... La verdad, no era fácil sacarme los colores, pero él lo había conseguido con nota. Como decía mi madre, desde pequeña había sido bastante contestona y descarada, y no me frenaba ni cohibía fácilmente ante nada ni ante nadie, pero él, no sé por qué, hacía que me sintiera de papel. Al igual que no se podía negar que había algún tipo de atracción entre nosotros cuando nuestros ojos se encontraban, pero lo que sentí cuando mi mano entró en contacto con su piel, fue un éxtasis de placer que hizo que palpitara mi entrepierna y que volviera a pensar en un sexo excepcional y voraz con él.

«¡Yeeeha! ¡Vaya con el nuevo vecino!»

—Encantada... —respondí, aún con nuestras manos estrechadas.

Podría haberme lanzado a darle un par de besos gustosamente para presentarme, pero, ante la duda de si me podría haber controlado o no en busca de más al notar su piel rozar con mis labios, decidí ser precavida y mantener las distancias. ¡Que una anda un poco necesitada de cariño

últimamente!

—Igualmente... —respondió con una mirada que parecía que iba arder de un momento a otro (todo hay que decirlo).

Entonces, los dos a desgana soltamos la mano; él en ese momento, con gesto juvenil, se llevó la suya al bolsillo. No sé la edad que podría tener: parecía joven, pero sus facciones reflejaban un hombre maduro y con experiencia en la vida. Y, como no sabía qué más decir...

—Espero no haberte molestado esta mañana con la música... No estoy acostumbrada a tener a nadie al lado... —me disculpé señalando su puerta con un gesto con la cabeza.

—No, tranquila. Me gusta la música y, por cierto..., cantas muy bien... —añadió con una pícaro sonrisa.

¡Mierda! ¿Había vuelto a ruborizarme? ¡¿Pero cómo lo hacía?!

—¿Me has oído? —sentí verdadera vergüenza en ese momento—. Vaya, no me lo puedo creer, ¿tanto he gritado? —me mordí el labio inferior—. Creí que igual, todavía..., no... —Me mostró sus perfectos dientes en una amplia sonrisa—. Lo siento, lo tendré en cuenta de ahora en adelante... —dije, riéndome ahora yo, nerviosa.

—No, por favor. No te preocupes, me has servido de despertador... Estaba tan cansado que no tenía narices de levantarme y he apagado como quince veces la alarma del móvil... —aseguró.

No pude evitar reírme ante aquello, pues yo hacía casi cada mañana lo mismo.

—Sí, sé lo que es eso... —sacudí mi melena mojada a un lado y me pareció ver un destello (¿de deseo?) en sus ojos—. Yo lo hago muy a menudo...

Sonreímos, nos miramos y un silencio nos envolvió. No sabíamos qué más decir. Tan solo hacía unas horas que nos habíamos visto por primera vez y nuestros cuerpos ya estaban pidiendo demasiado. Demasiado...

—Eh... Bueno... creo que yo, debería... —Pude notar cómo mi corazón empezaba a bombear más rápido de lo que debería; aquel hombre conseguía que no tuviera control sobre mi cuerpo ni mi mente—. Yo... tengo que irme. No quiero entretenerme más; seguro que tienes mucho que hacer... y, de nuevo, disculpa el escándalo de esta mañana...

Quería cortar la tensión (sexual) que se había creado de repente entre nosotros.

—Sí, la verdad es que me da miedo entrar al apartamento con tanta caja... —bromeó al darse cuenta de lo mismo que yo—. Y, por lo de esta mañana..., puedo asegurarte de que no me ha molestado para nada, al contrario... —me miró fijamente a los ojos. Sus perturbadores ojos no me dejaban casi ni pensar—. Además, si alguien tiene que disculparse, ese soy yo, por dejar ayer tarde todo por aquí en el medio... Lo siento...

—No, no pasa nada. Es lo que tienen las mudanzas...

—Si, son un coñazo. Y además se complica la cosa si tiene que hacerlo uno mismo... y solo...

«¡Bingo! ¡Solo! Espera, ¿habrá querido decirme algo...?»

Antes de volver a montarme películas, me deshice de aquella inquietante y seductora idea de la cabeza para conseguir despedirme, sin ganas, de mi muy agradable nuevo vecino.

—Ya, puedo imaginármelo... —Miré mis manos, que retorcían nerviosas mis Ray-Ban una y otra vez—. Y, bueno, si necesitas algo, ya sabes... no dudes en llamar... —dije señalando mi puerta con la mano.

—Gracias. Lo tendré en cuenta, te lo aseguro... —su voz fue sugerente, tanto que hasta sentí sofoco—. Hasta pronto, Elisabeth... —se acercó más a su puerta e introdujo su llave en la cerradura.

—Adiós, Jason... —me despedí de él antes de girarme para empezar a bajar por las escaleras.

Al darle la espalda, pude notar su mirada detrás taladrándome de tal manera que tuve que agarrarme bien al pasamano para no tropezar. Segundos después, oí su puerta cerrarse.

CAPÍTULO 4

A la vuelta de la compra, como cada sábado, paré en la verdulería del local de al lado a saludar a Carmencita y a su sobrino Carlos, ya que siempre me tenían en cuenta y guardaban el mejor género que tuviesen para mí. Eran de lo más agradable y cariñosos conmigo y, es más, Carlos, el sobrino de poco más de veinte años, digamos que a veces se pasaba un poco de cariñoso con las mujeres con ese don tan característico de los cubanos de camelarte y llenarte de piropos, que conseguía que, por muy mal día que tuvieses, te sintieras mejor después de comprar allí. Todo un sol.

—Buenos días, Carmencita...

—¡Muy buenos días, mi *amol!* ¿Cómo te va?

—Bien, muy bien. Gracias. ¿Y a vosotros?

—Bien también. *Gracias...*

Eché un rápido vistazo a los coloridos estantes y a las repletas cajas de variada fruta y apetecibles verduras de verdes intensos, y enseguida supe lo que iba a necesitar.

—Hoy me llevaré solo cebollas, tomates, lechuga y algo de fruta... — Cogí un majestuoso melocotón de buenas proporciones y lo aspiré—. Mmmm, Dios, ¡qué delicia! Ponme unos cuantos de estos...

—Lo que tú me digas, mi niña... —entonó con aquel acento tan peculiar.

—¿Y Carlos? —pregunté al no ver a su sobrino, el que rápidamente se acercaba a saludarme nada más me oía—. ¿No está hoy?

—Sí, ahorita mismito regresa. El chamaco salió un momentico... —Cogió una bolsa para meter en ella todo lo que le había pedido—. Hoy se te ve bien linda, mi *amol...* ¡Estás bella!

—Gracias, Carmencita. Tú también estás muy guapa hoy con esa blusa de

flores... —le agradecí el cumplido con otro.

—Ay, *gracias*... —se sonrió agradecida—. Te metí también un mango *pa* que lo *pluebes*. Está bien rico...

—¿Sí?

—¡Ajá! —reforzó su confirmación con la cabeza—. No son los de *siempre*...

—Mmm... qué rico, ¡lo probaré!

Un par de horas después, con toda la compra ya hecha y cargada con unas cuantas bolsas, me dirigí de vuelta a casa. Mientras entraba en mi apartamento y soltaba la compra sobre la isla de la cocina, escuché el pitido de un mensaje en mi móvil. Era de mi amiga Denise, donde me decía la hora y el lugar de nuestra comida pendiente:

—Hola, preciosa. Mañana en The Heights Bar&Grill a la una, ¿ok? Besos.

«¡Humm, perfecto! Aquí cerquita», pensé y seguidamente le respondí con otro mensaje.

—Perfecto, nena. Allí estaré. Muchos besos.

Me había quitado la ropa y me había puesto algo ligero de estar por casa para cocinar. Llevaba puestos unos *shorts* estilo boxeador de color blanco, y arriba llevaba puesta una camiseta de tirantes color gris con un gran escote, que me encantaba porque, digamos, hacía resaltar notablemente algunos de mis firmes atributos... Y, cómo no, descalza para así poder notar la calidez de la madera bajo mis pies.

Empecé por abrir una botella de vino tinto y servirme una copa para arrancar un poco más contenta junto a Bruno Mars, que me encanta, y que sonaba de fondo a un volumen más decente que el de esa mañana. Después preparé todo lo necesario para mi plato estrella, y me puse con el sofrito de mis macarrones *a la putanesca* que, por cierto, tengo que decir que me quedan de rechupete. Pero, de mientras, e inconscientemente... creo, me puse a recordar el momento en que ayer por la tarde vi por primera vez a mí tremendamente sexy nuevo vecino, y tengo que decir que no pude evitar fantasear un poco con él (como todas haríais), imaginándome cómo sería acariciar y besar sus suaves labios, notar sus grandes y fuertes manos recorriendo todo mi cuerpo con devoción, notar el peso de su cuerpo sobre el

mío..., cómo sería acariciar aquel puñado de músculos sudados después de hacer el amor... (bueno, mejor dicho, mojados bajo la ducha después de hacer el amor). Y también cómo sería, en fin..., demasiadas cosas, a cual más caliente. Y no sé cómo ni de qué manera noté que algo en mí se humedecía.

—Ay, por Dios, ¡pero qué calor!

La verdad, tenía demasiadas pero demasiadas ganas de volverlo a ver y, por supuesto, pasar más tiempo a su lado disfrutando de sus hipnotizadores ojos y aspirando su aroma... Y no sé si el cosmos me escuchó o si el destino me quiso hacer un regalo compensándome por todos los gilipollas que había puesto hasta ahora en mi camino, pero en aquel mismo instante lo trajo a mí...

De repente sonó el timbre de mi puerta, con más ganas de lo normal.

«¿Quién será?», pensé, ignorante de mí.

Ya era tarde y no esperaba a nadie, así que me dirigí hacia la puerta para abrir, pero, no sé por qué (nunca lo hacía por mucho que mi madre insistiera siempre en ello), antes me asomé por la mirilla para ver quién era y, cuando lo vi allí detrás de mi puerta, tan impresionante como era, di un brinco hacia atrás.

«¡Jason!», resonó en mi cabeza y en mi entrepierna...

Me miré de arriba abajo algo nerviosa y, con las manos, sacudí mi melena al aire para hacer algo así como peinarme a la misma vez que, con la lengua, repasaba mis dientes por si quedaban restos de vino tinto y ensombrecía mi bonita sonrisa. Y, una vez preparada para enfrentarme a la tentación que esperaba tras mi puerta, soltando una gran bocanada de aire y sacando pecho, abrí.

—Jason, hola... —dije lo más normal que pude, como si el hombre que tenía delante de mí no me hiciera hervir la sangre de excitación.

—Ho... hola... —salió entrecortadamente de sus labios, acompañando la frase con cara de perplejidad.

Seguía llevando la misma camiseta blanca de esa mañana, que remarcaba un torso y unos brazos perfectamente esculpidos, pero se había cambiado los tejanos por unas bermudas cortas más cómodas de color beige. Y sus ojos, aquellos ojos....

Se había hecho un silencio. Ahora era él el que no podía articular palabra ante mí. Supongo que no esperaría verme con aquel vestuario tan escueto y,

la verdad, todavía podía dar gracias, ya que la mayoría de veces llevaba menos ropa puesta encima...

—¿Puedo ayudarte en algo? —pregunté curiosa, haciendo que regresara de donde estuviese en su mente.

—Sí... perdona, no sé si vengo en buen momento —consiguió decir con lo que parecía verdadero arrepentimiento por haber llamado.

—Sí, tranquilo. Solo estaba haciendo la comida... Dime, ¿necesitas algo? —pregunté mientras mis ojos se desviaban inconscientemente a aquellos labios tan suculentos que daban ganas de morder.

Demasiado suculentos... Creo que aquella boca debería ser pecado. Todo él debería ser pecado.

—Sí, necesito algo... —En ese momento se humedeció los labios mientras, con la mirada, repasaba los míos—. Aunque, si te soy sincero, me da hasta vergüenza pedírtelo. Te vas a reír... —Aquello mismo ya hizo que me riera, intentando liberar de mi cuerpo toda la tensión sexual contenida del momento—. ¿Ves? Ya te estas riendo y tan siquiera te lo he dicho... —sonrió también él.

—No, perdona... —intenté ponerme seria, aunque no lo conseguí—. Dime, ¿qué necesitas? —dije empezando a imaginar posibles cosas indecentes.

«¡Mmm... sí, pídemelo lo que quieras!», pasó por mi caliente cabeza.

—Bueno, ahí va... ¿Preparada? —Dije que sí con la cabeza, ya que, si hubiera abierto la boca, se me habría salido el corazón de las palpitaciones que me estaban empezando a dar—. Necesito un tomate... —intentó ponerse serio, cosa que no consiguió.

Lo miré incrédula, sin saber cómo reaccionar.

—¿Un tomate? —pregunté—. ¿Tanta intriga por un tomate? —dije abriendo los ojos como platos y arrancándome a reír—. ¿Te estás quedando conmigo?

Era la excusa más tonta y absurda con la que un tío me había entrado nunca. Si es que lo estaba haciendo...

—Sí... Bueno, no, no. No me estoy quedando contigo. Es cierto, ya sé que suena a tópico, pero es que necesito uno para mi sándwich... —seguía mirándolo sin poder creérmelo mientras me mordía el labio para no matarlo

por lo nerviosa que me había puesto en un momento—. Es que he bajado a la verdulería pero ya estaba cerrada. Como todavía no me sé los horarios de la zona... —añadió cómo disculpa con una tierna sonrisa que hizo que pasara de querer matarlo... ¡a querer matarlo pero a polvos!

Torcí una sonrisa, supongo que por lo descolocada que me quedé.

—Claro... los horarios... —dije mirando la ternura que reflejaban sus cristalinos ojos mientras él se miraba nervioso las manos. No me podía creer que un hombre que parecía tan seguro e imponía tanto respeto pudiese encontrarse delante de mí tan nervioso y vulnerable para pedirme un puñetero tomate. —Pasa, acabo de comprarlos esta mañana...

Mientras me acercaba a buscar los tomates a la cocina, no pude evitar recordar algún capítulo de esos de CSI, en el que un psicópata mata a su vecina por la espalda, y resonó en mi cabeza la vocecita de mi madre diciéndome «Eli, no dejes entrar en casa a desconocidos».

—Vaya, tienes un apartamento increíble... —me sacó de mis retorcidos pensamientos la voz de Jason, que, prudentemente, se había quedado junto a la puerta.

—Gracias. El tuyo también tiene que serlo, ¿no?

—Bueno... Es muy amplio y luminoso, pero no como este... Después de mucho mirar, es lo mejor que encontré por la zona.

«¡Oh, gracias señor, por haberlo traído hasta aquí!»

—Pensaba que todos los apartamentos del edificio serían iguales... —dije realmente sorprendida.

En cuanto volví hacia él y le tendí los tomates, nuestras manos se acariciaron provocándome una descarga eléctrica que me erizó hasta los pelos de la nuca. En ese momento nos miramos como si quisiéramos empaparnos con las miradas, deseando no tener qué despedirnos ya. Sentí la necesidad de abalanzarme sobre él y besar aquellos labios que llevaban rato torturándome. Sentí que quería más...

«¡Joder!, ¿pero qué me pasaba con este hombre?»

—Y, ¿ya tienes todo lo demás para tu delicioso sándwich? —pregunté maliciosa, sonriendo y rompiendo la tensión sexual que había (de nuevo) entre nosotros.

—Sí, creo que sí... Bueno, eso espero. No me he asegurado... —confesó

mientras lanzaba al aire divertidamente los tomates—. Será mejor que me vaya. Hacerme la comida me va a llevar rato... —dijo con guasa—. Además, no te quiero molestar más... —se notaba que intentaba alargar el momento, tanto que ni se esforzaba en disimular—. Y, aunque lo tuyo huele mejor, seguro que lo mío está más bueno que lo que estás preparando... —La sonrisa que me mostró entonces, definitivamente, me enloqueció.

—¿Que mis macarrones *a la putanesca*? ¡No lo creo! me quedan buenísimos... —dije más que convencida. Y, sin buscar una excusa para alargar aquello un poco más ni querer encontrarla... pronuncié unas palabras que, hasta yo misma, me sorprendí al escucharlas (no sé si fueron mis labios de arriba o los de «abajo» los que hablaron): —Si quieres, puedes comer conmigo y comprobarlo. Hay comida de sobra...

«¿Qué? ¡Pero qué cojones! ¿De verdad acabo de decir eso?»

Se sorprendió tanto como yo por mi invitación, tanto que se le iluminaron los ojos como a un niño cuando abre un regalo por su cumpleaños y, durante unos segundos, los cuales a mí me parecieron eternos, estuvo callado como debatiéndose entre el bien y el mal.

—Me encantaría probar tus macarrones *a la putanesca*. Solo... si tú aceptas otro día probar mis deliciosos sándwiches... —contestó divertido, como si de un reto se tratase.

Y yo, sin poder esconder la emoción del momento, sonreí nerviosa, le eché una seductora mirada y contesté:

—Lo estoy deseando...

Estaba claro que, entre nosotros, saltaban chispas.

«¡Dios, estoy loca! ¡Pero cómo puede ser que ayer viese a este hombre por primera vez y ya vayamos a comer juntos?! ¡Y en mi casa! ¡Si se entera mi madre, me mata!», pensé.

Pero es que no había cosa que deseara más en ese momento; bueno, sí, pero eso ya era mucho correr.

Era una locura, fue una locura lo que hice; pero, sin duda, una locura con la que los dos disfrutamos mucho. Al principio era inquietante tenerlo allí. Estar en mi cocina con aquel pedazo de tío al lado mientras removía la olla de pasta hirviendo era algo con lo que nunca antes había podido disfrutar.

«Joder... ¡pero mira qué bien la remueve!», decía para mis adentros,

embobada, cada vez que lo miraba de reojo.

El calor de mis mejillas cada vez se iba concentrando un poquito más abajo. ¡Era tan estremecedor y excitante a partes iguales tenerlo allí!

Y, aunque poco a poco nos fuimos soltando y relajando, pude notar cómo, entre risas, la tensión sexual entre nosotros seguía creciendo más y más... Cada vez me daba más cuenta, y era más consciente, de lo mucho que me iba a costar sacármelo de la cabeza y cruzármelo por las escaleras sin intentar rozar su piel. Jason me estaba «noqueando» minuto a minuto. Me estaba ganando en la puñetera lucha de la seducción. Aquel hombre rebosaba virilidad por los poros. Y hasta hubo un instante en que pensé que mis bragas se iban a achicharrar cuando, en una de esas, nuestros cuerpos chocaron sin querer y nos miramos fijamente a los ojos, cara a cara, retando a la tentación. Su cuerpo, tan grande, firme y duro... Y yo, tan... caliente.

Nos sentamos uno frente al otro para comer. Jason no bebió vino. Me dijo que él no bebía alcohol, lo cual no me extrañó tanto al ver su atlético cuerpo... Bueno, eso o pensar que era un ex alcohólico, que tampoco encajaba mucho en su perfil. Él se encargó de poner la mesa y de rellenar mi copa de vino cada vez que hacía falta (la verdad, demasiado a menudo, creo yo), pero, entre lo fresquito que estaba y la sed del momento, aunque no toda fuera de vino, entraba bien y empezaba a notar cómo me iba acalorando para la poca ropa que llevaba puesta.

«Menos mal que llevo el sujetador...», —recordé. Porque, cada vez que recorría su cuerpo y nuestras miradas se encontraban mientras me imaginaba cómo sería que me agarrara con sus fornidos brazos y me tumbara sobre la mesa, o lo montara salvajemente haciéndolo delirar, no podía evitar que los pezones se me endurecieran.

—Tengo que reconocer que, para superar tus macarrones con mis sándwiches, voy a tener mucha faena... —dijo con verdadera admiración mientras saboreaba a conciencia cada bocado.

—Te lo dije... —respondí con una amplia sonrisa de satisfacción mientras miraba sus impresionantes ojos verdes, con los que me encandiló.

—Tenías razón: te quedan buenísimos, pero estoy seguro de que, en cuanto pruebes mis sándwiches, me vas a rogar que te los prepare cada día... —dijo con el plato ya casi vacío.

«O quizá te ruegue otra cosa...», pensé.

—¿Sí?, ¿tú crees? Te veo muy seguro... —no pude evitar sonreír cuando él, sin decir palabra, asintió firmemente con la cabeza.

—¿Te parece si brindamos por tus macarrones? —dijo mientras rellenaba mi copa de vino y acababa de vaciar la lata de Aquarius en la suya.

—Me parece. Y es más... brindo por los nuevos vecinos... —añadí sin pensar, levantando mi copa con una sonrisa, seguramente algo perversa, gracias a lo achispada que ya comenzaba a estar.

—¡Vaya, gracias! Entonces, yo brindaré por tus macarrones y... por las vecinas como tú... —dijo torciendo una seductora sonrisa y fijando sus abrasadores ojos en mí— ...que prestan tomates...

Fue entonces cuando supe que me deseaba tanto como yo a él. Hubiese firmado un pacto con el diablo con tal de tirármelo en ese momento.

—Gracias... —contesté, con la mirada igual de encendida que la suya.

Chocamos nuestras copas en un brindis, nos batimos en un duelo de miradas ardientes y reprimimos, una vez más, todo el calor que recorría nuestros cuerpos.

Después de comer, seguimos hablando un buen rato más sin entrar en detalles personales. Hablamos sobre la zona donde vivíamos, y le puse al corriente de los horarios y demás cosas de interés sobre las tiendas y locales que teníamos alrededor, como la verdulería de Carmencita y su sobrino Carlos, con los cuales ya le expliqué no le costaría demasiado entablar una buena relación. Me preguntó sobre mi apartamento, a lo que yo le expliqué que era de alquiler y que, gracias a mi amiga Susan, que era conocida del propietario, lo podía alquilar a un precio razonable, ya que este vivía fuera por motivos de trabajo y no tenía problemas económicos precisamente. También le expliqué que lo había redecorado yo, ya que era interiorista, y que el propietario y yo habíamos llegado a un acuerdo. Jason, sorprendido, me insinuó que le encantaría que le diera algunas ideas sobre su nuevo apartamento, lo que me hizo pensar en que, para eso, debería entrar en su casa, y solo pensar en ello se me tensó todo el cuerpo de excitación... Seguidamente, yo, toda intrigada, le pregunté a qué se dedicaba y él, sin ser muy explícito, simplemente me respondió que trabajaba en seguridad y, no sé por qué, muy sutilmente fue cambiando de tema.

«¡Ay, omá que rico!»

Eran las cinco y media de la tarde y, a desgana, los dos sabíamos que llegaba el momento de la despedida, aunque, la verdad, ya me podía dar por contenta por haber disfrutado de un agradable sábado junto a él teniendo en cuenta que éramos dos completos desconocidos. Nos retiramos de la mesa y comenzamos a caminar, cerca pero sin rozarnos, hacia la puerta, lentamente... Yo era consciente de que él también me había estado observando con verdadera vehemencia durante todo el rato que habíamos estado juntos y, es más: muchas de las veces que nuestras miradas se aguantaban podía ver cómo apretaba y se le tensaba la mandíbula como conteniéndose, seguramente intentando controlar aquel arrebató de pasión que, dentro de él, como en mí, crecía por momentos.

—Bueno, creo que es hora de que me vaya y te deje ya tranquila por hoy... —dijo intentando quitar hierro al momento—. Y gracias por invitarme: los macarrones me han encantado... —se quedó un instante en silencio contemplándome—. Bueno, todo... me ha encantado...

Yo bajé la mirada al suelo y me mordí el labio inferior, algo avergonzada por el atrevimiento con el que estábamos llevando la situación, antes de volver a mirarlo para contestar. Todo estaba yendo demasiado rápido, ¿no? ¿O quizá es que nunca había vivido una situación tan excitante?

—De nada, ha sido todo un placer... Aunque reconozco que te ha salido bien la excusa de los tomates para que te invitara a comer... —dejé entrever una pícara sonrisa.

Apoyé mi cabeza en el quicio de la puerta y me atreví a mirarlo durante varios segundos con fijación. No sé si lo reté con la mirada o eso le pareció... porque pude ver cómo su cuerpo se ponía rígido y volvía a apretar la mandíbula mientras sus ojos me acechaban.

«¡Dios, qué guapo es! ¡Tiene que doler y todo ser tan sexy!»

Levantó el brazo izquierdo, lo llevó hacia mi nuca agarrándome con delicada posesión e hizo que nuestras cabezas se acercaran y, quedándose unos segundos tan cerca de mí que pude notar su húmedo y cálido aliento en mi cara, aguantó la mirada, para finalmente besarme en la mejilla izquierda lo más tiernamente que pudo.

¡Oh Dios, me muero! Aire... Necesito aire...

Sin decir nada más, se dio la vuelta, caminó unos pasos y se quedó frente a su puerta... parado, supongo buscando las llaves, o eso quiero pensar, porque lo vi pensativo, descolocado, como luchando contra algo mentalmente. ¿Qué era? Entonces, con la poquita fuerza que todavía me quedaba en el cuerpo, cerré mi puerta y allí me quedé, repasando en mi cabeza todo lo sucedido. Pero no pude evitar girarme al instante y mirar por la mirilla para volver a verlo de nuevo. Vi que allí seguía, con la llave ya dentro de la cerradura y la puerta a medio abrir... volviéndose a girar hacia mi puerta, buscándome para, seguidamente, entrar dejándome necesitada de aquel cuerpo sobrenatural; necesitada... de él.

¿Qué ocurría? ¿Qué había sucedido? ¿Qué habría pasado por su cabeza para poder retener todo aquel torbellino de pasión que deseaba tanto me arrollara? Seguramente, yo ya estaba deseando mucho para lo que él me podía dar, y con razón: si lo pensaba bien, tan solo hacía horas que nos conocíamos y, tampoco podía pedir más. Ya habíamos comido juntos y todo, pero era algo tan fuerte lo que despertaba en mí semejante individuo que creo habría hecho y dejado hacerme gustosamente todo lo que él hubiese querido. Y, cuando digo todo, es todo, con tal de poder saborearlo aunque tan solo fuese una vez.

Acabé de pasar el día aturdida, pensativa, exhausta por la tensión tan fuerte que había entre nosotros cuando estábamos juntos, recordando una y otra vez sus ojos, sus labios, sus manos... Me pregunté si él también estaría pensando en mí de la misma forma en que hacía yo, y me hubiese encantado picar a su puerta para poder comprobarlo, pero, al final, sabiendo que aquello no podía ser, que sería irracional por mi parte, solo conseguí dejar de fantasear con él perdiéndome en un profundo y húmedo sueño.

CAPÍTULO 5

Al día siguiente me levanté fresca, pues había descansado al final con tanto agotamiento nervioso. Pasé un agradable día gracias a que Denise abarcó toda mi atención durante la comida y después de ella. Nos pusimos al día, me enseñó fotos e intentamos arreglar el mundo después de que me explicara las injusticias y todo lo que había visto por esos países perdidos tercermundistas, sentadas en un agradable restaurante comiendo lo que queríamos, bebiendo, disfrutando divinamente bien y sin grandes necesidades, que es lo que siempre hacemos todos egoístamente desde nuestra posición: hablar, hablar y hablar sobre lo que sería mejor y deberíamos hacer para mejorar el mundo; y luego nadie somos capaces de mover un puñetero dedo por conseguirlo. Luego, para cambiar de tema, hablamos de Alan y mi «percance» con él, por llamarlo de alguna manera y, sobre todo, acabé teniendo agujetas por todo el cuerpo de tanto reírme con sus ocurrencias... La verdad era que ya había cargado las pilas para toda la semana y, finalmente, volvimos a quedar para salir a cenar y bailar el próximo viernes las tres juntas. La adoraba.

Llegué casi a las ocho a casa, entré en mi apartamento sin ninguna señal de mi nuevo vecino Jason en todo el día. Me duché, cené, vi algo en la tele y me acosté dando por finalizada otra semana más, aunque esta había sido diferente; me había dejado buen sabor de boca, creo... No todos los días venía un sexy vecino nuevo, y encima tenías el placer de comer con él, ¿no? Y, no sé por qué, me daba a mí que, a partir de ahora, las cosas iban a ser distintas. Mi vida iba a cambiar... esperemos que a mejor. Aunque eso... nunca se sabe.

El lunes llegué al trabajo antes de hora, supongo que instintivamente por

salvarme de seguir pensando en Jason y dejar de pensar en algo que no me pertenecía, pero que ya, en tan breve espacio de tiempo, anhelaba demasiado. No lo entendía. Esta sensación no la había sentido nunca, una sensación de plenitud y vacío al mismo tiempo que hacía que se me encogiera el estómago solo de pensarlo, como si supiese que había algo en todo aquello pero, no sé por qué, quisiera ignorar.

Cuando entré en las oficinas de WA&D, no vi a Susan en recepción. Seguramente estaría haciendo unas fotocopias o entregando algún paquete interno. Encendí mi ordenador, fui a por mi segunda dosis de cafeína diaria, arranqué motores centrándome en las ideas que había comentado el otro día con Claire, y comencé por hacer un nuevo boceto para, finalmente, mejorar y ajustar el diseño a las necesidades del cliente, ya que el miércoles teníamos contacto con ellos y era un día clave.

—¡Hola, preciosa! —Susan asomó la cabeza por la puerta de mi despacho —. ¿Cómo ha ido el fin de semana?

—Hola, cielo. No te he visto al entrar...

—Habrá coincidido que estaba entregando un muestrario. ¿Qué tal la comida de ayer con Denise? Tengo ganas de verla.

—Bien, muy bien. Ya la conoces; con ella nunca puede ir nada mal... — dije con sentimiento pensando en ella.

No le había hablado a Denise de Jason y tampoco pensaba hacerlo con Susan. Las conocía demasiado bien como para saber lo que me esperaría después con ellas y ya tenían bastante tema de conversación con Alan como para darles más carnaza.

—Fuimos a comer algo cerca de casa, unas cervecitas, muchas risas y dijimos de quedar para salir el viernes a cenar las tres. ¿Qué te parece? ¿Puedes?

Susan seguía apoyada en el quicio de la puerta y sujetaba unos folios con el brazo izquierdo, contra su pecho.

—¡Bien! Sí, creo que sí. Creo que todavía no habíamos hecho planes Richard y yo que... ¡ah! por cierto, hoy saldré a la hora de la comida para ir al dentista y no creo que vuelva por la tarde. Liliana se encargará de recepción si necesitas algo...

—¿Qué te pasa? No me habías dicho nada...

—Ya. Pensaba aguantar un poco más con la dichosa muela, pero me ha dado el fin de semana y he pedido cita urgente... —torció el gesto.

—Vaya, ¡pues que no sea nada! —dije desde mi sitio levantando los hombros con cara de dolor.

—Gracias... Bueno, te dejo... Voy a adelantar trabajo para que Liliana no tenga que pensar mucho luego... —se burló traviesamente, tirándome un beso desde la puerta.

—¡Que mala eres! —la acusé mientras sonreía y le devolvía el beso desde mi sitio.

Ese día seguí trabajando duro y sin novedades. Tampoco vi en todo el día a Alan, lo cual fue un verdadero alivio, pero aquello me hizo recordar que antes o después tendría que quedar con él para hablar sobre lo ocurrido entre nosotros en su coche y darle una disculpa, ya que, aunque yo no lo viese de la misma forma que él a mí, mis intenciones en ningún momento habían sido las de darle falsas esperanzas, y tenía que reconocer que pensar en perderlo como amigo y como compañero tampoco era una idea que me gustara.

Volví a casa agotada, pero con la ilusión de que, a mi llegada, algo o alguien (que era nuevo en mi vida, aunque fuese de forma paralela), me pudiese alegrar lo que quedaba de día. Pero no fue así; no tuve nada de nada. Al subir por las escaleras y pasar por delante de su puerta cerrada, sentí la necesidad de su mirada, de sentir de nuevo la sensación de que algo despertaba en él, de ver de nuevo su irresistible sonrisa... pero no fue así. La puerta de Jason no se abrió en ningún momento.

El martes transcurrió parecido al día anterior, pero con la diferencia de que salí a comer con Susan, que, la pobre, todavía por las molestias de la muela, no pudo comer con normalidad. Aunque tengo que decir que lástima no le afectara también al habla porque, aunque la quisiera muchísimo, cuando le rondaba la mosca detrás de la oreja con algo no había Dios que la desviara del camino. Además, me conocía tan bien que, con una simple mirada, ya sabía si algo me llevaba de cabeza.

—¡A ti te pasa algo! —exclamó de repente Susan al poco de terminar de comer.

—¿A mí? No, qué va... ¿por qué lo dices?

—Porque lo sé... Dime qué es, o no pararé y lo sabes.

—Joder, ¡a veces pienso que eres un clon de mi madre! —no pude decir otra cosa, pues me había pillado y, aunque no estaba dispuesta a darle explicaciones sobre Jason, por lo menos por ahora no podía negar que no se le escapaba una —. Estoy bien, Susan. De verdad...

—Lis... —dijo en tono amenazante.

—No me pasa nada...

—Lis... —volvió a repetir.

—¡Que no me pasa nada, Susan! De verdad... —Sí que me pasaba, pero no iba a decirle a mi amiga que hacía cuatro días que había conocido a mi nuevo vecino y que ya estaba coladita por él—. Solo es que debería quedar con Alan y hablar con él, y no me apetece; o no me veo con fuerzas o no veo el momento, no lo sé... —Es lo primero que se me pasó por la cabeza, y pareció colar, porque le cambió el gesto acusador de la cara.

—Si quieres, hablo yo con él... —dijo mientras pegaba el último trago de su infusión, ya fría, que le quedaba en la taza.

—¿Qué? ¿Cómo vas hablar tú con él?! Imagínate la cara que se le quedaría a Alan, si te presentas tú para aclarar lo de nuestro polvo... —le recriminé yo riéndome.

«¿Cómo lo hacía para sacarme una sonrisa hasta en los momentos de más aturdimiento?», me pregunté.

—¿Qué pasa? ¿Tú crees que le importaría?

—¡Sí! Claro que le importaría... Para él no resultó ser un error como lo fue para mí...

—Bueno, ¿y qué? Tampoco puede pretender que, después de un polvo, te vuelvas loca por él...

—Lo sé, pero... entiende...

—¡Espera! —Susan levantó una mano, y me miró con gesto serio—. Tengo una idea...

—¡Uff! Qué miedo me das cuando empiezas con tus ideas...

—Puedo decirle... que no quieres saber nada más de él... porque la tiene muy pequeña... —hasta mi amiga comenzó a reírse antes de terminar la frase por lo ridícula y descabellada que sonaba.

Yo solté una carcajada.

—¿Estás loca? Puede coger un trauma si le dices eso... —dije riéndome

—. Además... sin razón... —solté otra carcajada, porque sabía cuál sería su reacción.

Los ojos de mi amiga se abrieron como los de un búho.

—¿Qué quieres decir con eso...?! —preguntó sorprendida e intrigada.

—Bueno... —yo me removí en mi silla, algo avergonzada, antes de contestar—. No es que su «miembro» sea enorme... pero tampoco es pequeño... —no podía dejar de reír ante la atenta mirada de mi amiga, la que seguro que ya estaba imaginándose «a pelo» la entrepierna del guapo Alan.

—Vaya, vaya con Alan... —torció la sonrisa—. Entonces, ¿es la más grande de las que has visto hasta ahora...? —me preguntó.

En ese momento tuve que pensar en Jason y preguntarme cómo la tendría. Me moría de la curiosidad.

—Tengo que decir que sí... Hasta ahora... ha sido la mejor...

—Enséñame cómo es de grande con las manos...

—¿Qué? —pregunté, muerta de la risa por su obsesión con los miembros viriles.

—Que me muestres cómo es de grande... Vamos, Lis. Ya sabes a qué coño me refiero... ¿Es así? —preguntó separando las manos exageradamente.

—¡Sí, hombre! —le di un manotazo—. Más quisiera él... —Mi amiga me miraba esperando que le aclarara la gran duda—. Que no lo sé ahora, Susan... No me acuerdo...

Y las dos, discutiendo sobre el tamaño del pene de Alan y riendo a carcajadas, mientras salíamos del restaurante de comer, imaginamos cómo sería que ella hablara con Alan muy seriamente sobre nuestro fortuito polvo y sus partes pudendas. Nos dirigimos de vuelta a las oficinas para, en unas pocas horas, terminar con lo que había sido otro martes más.

De nuevo, al llegar a casa y pasar frente a su puerta, volví a revivir aquella sensación de necesidad, necesidad de él.

«¿Será cada día así?», me pregunté algo inquieta y confusa.

Me contuve de picar a su puerta con alguna excusa tonta y comprobar si estaba dentro, comprobar, al ver sus cristalinos ojos, si reflejaban el mismo apetito de mí que yo sentía por él; pero no podía ser, no podía vivir de imaginaciones mías y debía seguir adelante con mi vida. Tampoco había ocurrido nada entre nosotros como para qué me sintiera tan enganchada a él.

Era de crías, enganchada a un hombre que hacía cuatro días que había conocido y del cual tan solo sabía su nombre... así que entré en casa intentando dejar en el rellano mis pensamientos sobre Jason, y me obligué a centrarme de nuevo en mi vida, que era lo que tenía que hacer. Mañana me esperaba un día importante en el trabajo: venían los prestigiosos clientes del nuevo proyecto y debía estar entera para afrontar ese gran reto. Me quité la ropa, me di un gran baño y, en cuanto bajé para prepararme algo de cenar, vi en mi móvil que había un mensaje esperándome. Alan.

«¡El que faltaba!»

En el mensaje me preguntaba si estaba bien, ya que hacía días que no nos habíamos visto por el trabajo, y rápidamente recordé que, desde el momento de la sala de café, donde él estaba ocupado con la exuberante rubia, nuestras miradas no habían vuelto a cruzarse. Pero lo que me remató del mensaje fue ver que me pedía que nos viéramos esa semana y tomáramos algo, ya que tenía ganas de verme y hablar conmigo.

«¡Vaya, parece que ya ha llegado el momento que tanto estaba evitando!», pensé, «¿por qué tiene que ser todo tan complicado? Por un lado, tengo un hombre al que no deseo, pero con el cual me he acostado, aunque reconozco que no estuvo nada mal... Y por el otro, tengo a Jason, que me lleva loca y daría lo que fuera por profanar su cuerpo, pero pasa de mí... ¿cómo se entiende esto? ¿De verdad les pasa esto a todas las mujeres? ¿O soy yo la única gilipollas que se complica así la vida?»

Y, a falta de respuestas coherentes, decidí dejar de pensar. Tan solo le devolví el mensaje a Alan sin más preámbulos, diciéndole lo que él quería oír e hice de tripas corazón.

—Me parece bien: el jueves nos vemos y hablamos, un beso.

Rápidamente contestó con otro mensaje:

—Perfecto. Ya tengo ganas de verte, preciosa. Un beso.

«¡Pues qué bien!», resonó en mi cabeza y ahí di por finalizado el día.

El miércoles conseguí centrarme en mí y en mi trabajo, y dejé de perder el tiempo pensando en unos y en otros, que solo conseguían liarme la cabeza y calentarme la entrepierna para luego no llegar a nada.

—Solo tú y el proyecto Eli, solo tú y el proyecto... —me levanté,

diciéndome a mí misma, concienciándome para darlo todo. Luego engullí un buen desayuno para coger energías, recogí mis cosas, y me fui con las pilas cargadas, convencida de que iba a ser un gran día.

Esa mañana, ya que tenía que demostrar que era una mujer capaz de todo y asombrar a todo el mundo presente, me puse un vestido de tubo de color negro sin mangas y cuello redondo que moldeaba perfectamente mi silueta, al cual acompañé con un cinturón a modo de fajín atado a la cintura de color marrón chocolate, que ayudaba a resaltar mis curvas, junto con unos zapatos de salón de impresionante tacón con estampado de leopardo, que daban el toque de fiera que estaba buscando con mi larga melena suelta. Vamos, una *femme fatale* en toda regla...

«¡Perfecta!»

Sobria, elegante y me sentía preparada para comerme el mundo... No podía estar mejor para el momento.

Llegué al trabajo con tiempo para preparar con Claire la presentación y todo lo necesario para recibir a las diez a los importantes clientes, y decidí prescindir de mi segunda dosis de cafeína, ya que eso me pondría más nerviosa de lo que ya estaba. Mientras estábamos en la sala de reuniones esperando el momento, vi pasar a Alan, acompañado de otros clientes que se dirigían hacia su despacho para zanjar unos asuntos de otro proyecto en el que estaba involucrado, y, en cuanto me vio, no pudo evitar poner cara de asombro mientras, disimuladamente, me recorría de arriba abajo con sus intensos ojos. Solo le faltó relamerse los labios. No pudo contenerse en guiñarme un ojo y mostrarme una de sus sonrisas de «Te comía hasta la etiqueta», lo cual no pude evitar que me hiciera sonreír. A los dos minutos, ya me había escrito un mensaje al móvil.

—Hoy estás realmente preciosa. Te deseo suerte.

—Gracias, yo también te deseo suerte... —le contesté.

La reunión se alargó algo más de lo normal, pero fue verdaderamente bien y los clientes salieron especialmente contentos y convencidos de nuestro alto nivel de eficacia. Una vez más, volvíamos a dejar a WA&D en buen lugar y en el puesto que se merecía. En cuanto nos despedimos de los clientes y estos salieron por la puerta, Claire me felicitó por el trabajo realizado y por mi exposición.

—Magnífico trabajo, Elisabeth. Sabíamos que no nos equivocábamos dándote a ti esta oportunidad pero, la verdad, nos has sorprendido aún más con los resultados... Gracias por trabajar con nosotros.

—¡Vaya, Claire! Creo que te has pasado... —dije emocionada mientras sonreía nerviosa—. Si algo tengo que agradecer, es que confiéis tanto en mí y me deis la oportunidad de demostraros las ganas que tengo de hacer lo más me gusta en el mundo...; además, al lado de profesionales tan grandes como vosotros, he podido crecer muchísimo desde que estoy aquí. Gracias por dejarme trabajar para vosotros.

Claire me miró con aprecio y nos despedimos amistosamente con un cálido abrazo. Mi carrera profesional iba viento en popa y rumbo fijo hacia el éxito. No me lo podía creer.

El resto de la mañana transcurrió con normalidad, a excepción una sensación de plenitud y satisfacción en el cuerpo que hacía que quisiera soltar un inmenso grito de felicidad. Y, cómo no, en ese momento no pude evitar pensar en mis padres y en lo mucho que deseaba, más que nunca, tenerlos a mi lado. Los echaba tanto de menos y se iban alegrar tantísimo con la buena noticia del nuevo proyecto que pensé en llamarlos, pero, al ver la hora que era, seguramente no los encontraría en casa así que aplacé mi llamada para otro momento. Volví a centrarme gustosamente en lo que debía y esperaba sobre mi mesa, pero a los pocos minutos de estar revisando el mobiliario del nuevo diseño, el teléfono sonó. Era Susan desde recepción, que me pasaba una llamada:

—Dime, Susan...

—Hola, cielo. Te paso una llamada. Creo que es un cliente que pregunta por ti.

—Ok, gracias. Luego te veo...

—¡Ah! Por cierto, felicidades. Eres la mejor.

—¡Gracias! —me arrancó una sonrisa—. ¡Te quiero!

—¡Y yo!

Y, tras un breve pitido a través del auricular, escuché una voz que, no sé cómo, hizo que mi estómago se encogiera y el cuerpo me convulsionara de placer. Esa voz me sonaba pero no estaba segura, entre otras cosas, porque era imposible que me llamara al trabajo... si no poseía ninguna información

sobre mí.

—¿Elisabeth? —preguntó una turbadora voz masculina.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —pregunté con una curiosidad acusadora.

Hubo un breve silencio.

—Soy Jason, tu nuevo vecino.

Creí que se me había parado el corazón. Me quedé en blanco y con la sensación de que no me llegara del todo la sangre a la cabeza.

—Eli, ¿estás ahí?

—Sí, sí, Jason, es que... no... te esperaba... ¿Qué, qué ocurre? ¿Cómo... cómo has sabido dónde trabajaba?

Un escalofrío me recorrió el cuerpo, ya que no recordaba haberle dado aquella información sobre mí.

—Eso ahora no importa, Eli. Te llamo porque, al llegar a casa, he visto que por debajo de tu puerta se escapaba agua. Debes de haberte dejado algún grifo abierto o tener alguna fuga en el apartamento...

—¿Qué? No puede ser... ¡joder! —me levanté de un brinco de la silla.

¡Demasiado bien iba la mañana!

—Te he cerrado el general de la sala de contadores, pero creo que deberías venir por si es algo más grave...

—Sí, sí, claro —dije mientras intentaba averiguar en mi mente cuál podría haber sido el problema, porque juraría que no me había dejado nada abierto. Siempre tenía mucho cuidado con esas cosas ya que el piso no era mío.

—Espero que no tengas problemas para salir del trabajo, porque yo tampoco puedo ayudarte mucho desde aquí fuera...

—No, no... Ahora mismo voy para allá, Jason. Muchas gracias, adiós... —le colgué sin esperar su respuesta.

Rápidamente, recogí todo lo que tenía a la vista, salí a recepción a avisar a Susan, y me fui en taxi para llegar entera ya que, con las prisas, no me había cambiado los zapatos de tacón por las deportivas.

CAPÍTULO 6

El taxi paró frente al edificio en un tiempo récord. En cuanto conseguí abrir la puerta del portal, después de pelearme ligeramente con la cerradura, que se atascaba cuando le daba la puñetera gana (ahora era una de esas... O es que yo iba tan nerviosa que no atinaba una, que también puede ser), subí lo más rápido que pude por las escaleras, pensando una y otra vez qué puñetero grifo sería el que me había podido dejar abierto, imaginando el follón, según las palabras de Jason, que me podía encontrar...

—Joder, joder, joder... —subí los escalones casi de puntillas y me agarraba al pasamano, impulsándome como quien quiere echar a volar.

Había que cerrar el puñetero grifo cuanto antes, porque no me podía permitir, ni de coña, una derrama como aquella en este momento. Y a todo esto... el ajustado vestido tampoco me daba tregua. Llegué hasta arriba del todo; vi primero la puerta de Jason, que estaba cerrada; acabé de subir los pocos escalones que me quedaban y, en cuánto subí el último tramo y paré frente a mi puerta, miré el suelo y mi alrededor, y me sorprendí tanto al ver que no había ni rastro de agua por ningún lado, que se me debió de quedar cara de idiota.

—¿¡Qué coño!?

No entendía nada. ¿Qué estaba pasando? ¿Y Jason? ¿Y el agua? En ese mismo instante, como si me hubiese escuchado o me estuviera esperando, Jason abrió su puerta, mostrándome una cara que no sabía muy bien cómo definir.

—¿Pero por qué...? —me pregunté en silencio.

Fue entonces cuando me di cuenta de que había sido una completa mentira. Sus ojos me lo decían todo, me pedían perdón y, a la misma vez,

había tanto deseo en ellos que creo que hasta le cambiaron de color. Tenía las pupilas dilatadas, y estas ardían en llamas. Pero lo entendí mejor en cuanto vino hacia mí, agarró mi mano, me acercó a él, y me rodeó por la cintura con su musculado brazo para quedarnos separados por tan solo unos centímetros él uno del otro.

—Jason... —tragué saliva y es lo único que conseguí decir.

Me faltaba el aire por el hecho de haber tenido que venir a toda prisa, sumado a lo que aquella criatura provocaba en mí.

—Te deseo... —confesó sin rodeos mientras su pecho subía y bajaba por la agitada respiración, y me devoraba con sus impresionantes ojos.

Sus inesperadas palabras consiguieron que la respiración se me acelerara, que el corazón me fuera a mil por hora y que bombeara toda la sangre hacia lo más húmedo de mí. Notaba su dulce aliento en mi cara; lo notaba a él pegado contra mi cuerpo... como tantas veces había deseado.

—¿Qué? —no podía creer lo que estaba sucediéndome.

¿De verdad había montado todo aquello para poder tenerme entre sus brazos? No puede ser. ¡Estaba más loco que yo todavía!

—¡Joder, Eli! Hoy estás preciosa... —susurró cerca de mis labios. No me dio muchas más explicaciones.

Posó su cálida mano detrás de mi nuca para asegurarse de que no nos separáramos ni lo más mínimo, y pasó sus suaves y delicados labios acariciando los míos. ¡Dios, qué tortura! Lo deseaba, lo deseaba y mucho. Ya, allí mismo. Estaba haciéndome, simplemente con un susurro y un roce de labios, muchísimo más que otros durante toda una noche de sexo. Estaba empapada y palpitante, ardía toda yo. Temí por un momento que fuera a tener una combustión espontánea de lo caliente que llegué a estar.

—Jason, estás loco... —susurré mientras nuestros labios solo se rozaban.

Se apretó todavía más contra mí si podía, lo que hizo que pudiera notar contra mi cuerpo su duro y grueso pene a través de su pantalón. Aquello consiguió que me volviera más loca aún de deseo por él; por todo él, por su cuerpo... Y entonces rodeé con mis brazos su ancho y rígido cuello dándole respuesta a lo que su febril cuerpo me estaba preguntando.

—Tienes razón. Me estás volviendo loco... Me está torturando por dentro pensar en ti cada minuto del puñetero día desde que te vi y no poder tocarte...

—acarició por encima mi labio inferior con su pulgar. —Saborearte...

Era demasiado todo aquello, demasiada la tensión sexual que había habido entre nosotros desde el minuto uno, y ahora lo tenía allí, deseándome, rogándome que me dejara ir con él. Todo lo que había querido y necesitado durante esos días me lo estaba ofreciendo ahora, allí mismo. Estaba atrapada en él y me encantaba. Y ocurrió, ocurrió lo que llevaba varias noches soñando, lo que precisamente esa misma mañana me había propuesto olvidar. Tan siquiera me fijé cómo iba vestido. Solo sé que estaba guapísimo y que daban ganas de comérselo, y eso hice. De mi boca se escapó un jadeo cuando él, con un suave gesto, torció ligeramente mi cabeza para así poder acceder plenamente a ella. Él también jadeó por lo excitado que estaba cuando introdujo su lengua dentro de mí para saborearnos los dos con largas y hábiles lengüetadas. Parecíamos enfurecidos. Besaba deliciosamente bien, demasiado bien. Estoy segura de que podría haber llegado al orgasmo con tan solo aquel beso; era dulce pero con un punto salvaje que hacía que me doliera la entrepierna de excitación. Succionaba mi lengua a la vez que subía sus firmes manos y me cogía la cara para llegar más dentro de mí, pero no tardó en bajar una de ellas para agarrar mis nalgas y entonces oí cómo salía de su pecho un desgarrador gemido que me hizo saber cuánto le gustaba lo que estaba poseyendo. En ese momento nos sobraban las palabras, pero aun y así, no dejaba de alabarme haciendo que me derritiera todavía más por él. Agarrada a su nuca y con sus manos sujetándome la cara de nuevo, con nuestras bocas selladas con frenesí, conseguimos entrar a trompicones a su apartamento. Jason cerró la puerta con el pie. Levantándome en volandas, me posó sobre lo que sería la mesa del comedor. Nos dolían los labios, ya sensibles y enrojecidos por el arrebató de pasión que estábamos viviendo, pero eso no nos hizo detenernos; al contrario, necesitábamos más, mucho más... Me estiró hacia detrás, de modo que quedé tumbada sobre su mesa, toda a su merced. ¡Me encantaba mirarlo! Ese hombre despertaba en mí algo que no tenía ni idea de que existiera. Empezó a acariciar mis piernas desde abajo sobre mis finas medias, con delicadeza, mientras clavaba en mí sus arrebatadores ojos verdes. Parecía que me estuviese hipnotizando. Cuando sus deliciosos dedos rozaron por detrás de mis rodillas, no pude evitar retorcerme de placer, arqueando la espalda a modo de reclamación. Sin

miramientos, subió hacia mis muslos y, en cuanto se topó con mis ligas, que sujetaban la parte superior de mis medias, oí que salía de su boca algo como con un gruñido.

—¡Joder, Eli! Quiero follarte... Necesito estar dentro de ti...

¡Dios! Aquello me encendió tanto... Sonaba tan bien mi nombre saliendo de entre sus labios tan vulgarmente...

—Dime que tú también lo necesitas —me dijo casi rogándolo—. O si no, me volveré loco...

—Sí, por favor... sí... —dije entre jadeos mientras sus manos me seguían torturando—. Jason...

Metió su caliente mano derecha entre mis piernas, a lo que yo respondí automáticamente abriéndolas con descaro mientras subía la otra mano hasta mi cuello para rodearlo y acariciarlo con ternura. Y, en cuestión de segundos, me encontré con su pulgar dentro de mi boca en busca de mi lengua. Lo rodeé y jugué con él como si no hubiese mañana e, incluso, lo mordí cuando noté uno de sus dedos de la otra mano apartando mi pequeño tanga de encaje y acariciando por dentro mi húmeda y resbaladiza entrepierna.

—Me vuelves loco... —dijo con sofoco.

De mi garganta se escapó un intenso gemido. Deseaba besar su boca, lamer su lengua y volver a sellarme con él. Me erguí curvando mi espalda, por donde caía mi larga melena negra, y volví a quedarme frente a él sentada en la mesa buscando sus abrasadores labios, pero me agarró ferozmente por las nalgas y me levantó con delicadeza para llevarme hacia su habitación. Al llegar, me soltó sutilmente, haciendo que pusiera los pies en el suelo. Me tuve que agarrar de nuevo a su cuello para no perder el equilibrio, ya que tenía una sensación de embriaguez que no podía ni pensar. Aunque tampoco lo pretendía: estaba saboreando al máximo todo lo que aquel Dios del sexo me estaba regalando y dejando hacer.

—Eres preciosa... —dijo claudicando—. Cuando te tengo cerca, me bloqueo. Eli, me absorbes... No sé lo que me pasa...

—Sé lo que es eso —dije anhelando de nuevo su boca.

Nuestros besos eran carnales y húmedos a la misma vez. Comenzó a desnudarme lentamente, como estudiando mi cuerpo para no olvidarse nunca jamás, regalándome caricias que me hacían enloquecer. Me quedé frente a él

sin ropa y todavía subida a mis zapatos de tacón de leopardo. Tan solo llevaba puesto mi precioso conjunto de ropa interior de encaje de color marfil, que tan bien resaltaba con mis mejillas sonrosadas por el calor y la excitación, y mis enrojecidos labios palpitantes. Dio un paso atrás para verme mejor, tocando la parte baja de la cama con sus gemelos y, con una sonrisa pícaro y gozosa, dijo:

—Dios... quiero un regalo así todos los años por Navidad.

Aquello me hizo soltar una carcajada. Lo agarré con los puños cerrados por el cuello de su camiseta para atraerlo hacia mí y así poder coger lo que era mío (por lo menos, en ese momento...), lo que ansiaba. Él aprovechó para poder manosear todo mi cuerpo semidesnudo. Seguidamente, mientras nos mirábamos los dos con los ojos entreabiertos por el deseo, bajé mis manos hacia el bajo de su camiseta para poder subirla y sacarla por su cabeza, y así dejar al descubierto su monumental e impresionante torso.

«¡La hostia!», pensé.

Al contemplar aquella hermosa imagen, tuve que parpadear varias veces para saber si era real. Aquellos músculos estaban cincelados sobre una dura losa de piedra. Acaricié con necesidad por encima de su pulcro vello dorado, remarcando y dibujando con mis dedos sus pectorales a la vez que bajaba mi mano derecha hacia sus recalcados abdominales y tiraba juguetonamente de la cinturilla de su pantalón.

—¿Te gusta lo que ves, Eli? —preguntó descaradamente sonriendo.

Su piel estaba ardiendo. Estoy casi segura de que, si en ese momento le hubiese derramado agua por encima, habría desprendido vapor de su cuerpo.

—Me encanta lo que veo... —dije devolviéndole la sonrisa—. Te lo puedo asegurar.

«¡Dios! Qué día tan tórrido estaba teniendo... ¡Quién me lo iba a decir!»

Dispuesta a llegar hasta el final, lo empujé hacia detrás, haciendo que se quedara estirado sobre su cama, le quité con habilidad el pantalón y yo, muy lentamente, con movimientos gatunos, fui subiéndome al colchón hasta quedarme a horcajadas sobre él, notando debajo de mí una deliciosa y viril parte de Jason, que reclamaba mi atención a gritos y desconsoladamente.

—Ahora me toca a mí... —dije mirándolo desde arriba mientras me mordía el labio inferior pensando en lo que me iba a comer.

Moviendo mis caderas sobre él, acaricié todo su largo mientras él, con sus manos, me agarraba y me apretaba hacia abajo siguiendo el ritmo que yo marcaba para que el placer fuese mutuo, lo que hizo que un intenso «¡Ahhh!» saliera de entre nuestras gargantas.

—¿Te gusta cómo me muevo? —pregunté con voz ardiente mientras seguía moviéndome con fricción sobre él y notaba cómo la costura del tanga me estaba rozando inoportunamente, pero en ese momento era lo que menos me importaba.

—Me encanta... —levantó ligeramente el cuello para poder mirarme mejor.

—Pues esto no es nada...

—Eso te lo puedo asegurar, preciosa. Yo me encargaré de que esto se alargue... —añadió mientras subía las manos para agarrar mis pechos por encima de mi sujetador.

«¡Dios, cuántas veces me había imaginado eso desde el viernes!»

—Mmm... —Bajó mi tirante derecho del sujetador, y con un hábil gesto, se incorporó quedándose sentado conmigo encima para poder mordisquear y besar mi hombro desnudo—. Tienes unos hombros preciosos... —Subió con sus labios por mi cuello hasta llegar a mi mandíbula para, después, encontrarse con mi juguetona lengua. Volvíamos a comernos lascivamente, lentamente, explorando y acariciando nuestro salivado interior, sin prisas.

—¡Eres tan suave!, ¡sabes tan bien! —dijo con un susurro mientras ponía una mano en mi espalda, haciendo que me curvara sobre ella para ofrecerle mis pechos al descubierto después de que él desabrochara mi sujetador.

—Jason... —susurré sin que me salieran las palabras.

Jugeteaba con ellos hambriento, rodeándolos sin cesar con su lengua y sus labios, ayudándose con la mano que tenía libre y con la que no dejaba de acariciar mi torso desnudo.

—Eli...

—Oh, Jason... —volví a susurrar mirándolo a los ojos y agarrándome con firmeza a su cuello. Aquellos ojos que no hacían otra cosa más, que hacerme desvariar.

—No aguanto más... Eli, lo necesito... —dijo agarrándome por la nuca, obligándome a volver a él—. Te necesito ya.

—Dámelo... por favor... —le pedí.

Me deshice de mi pequeño tanga empapado, me quedé con tan solo las medias y el ligero puestos, y mis impresionantes zapatos de tacón.

—No te quites los zapatos... Estás impresionante así... —añadió mientras rápidamente se deshacía de su parte de abajo y me mostraba, dejándome atónita, una gran e imponente parte de su cuerpo que, cómo no, iba acorde con sus dimensiones.

«¡Guau! Creo que nunca antes había visto algo así», pensé, recordando la conversación del día anterior con mi amiga Susan.

—¿Tienes preservativo? —pregunté antes de volver a montarme sobre él.

Jason alargó el brazo para abrir el cajón de su mesilla de noche, sacó un paquetito plateado que, con habilidad, rasgó y se colocó ante mis atentos ojos, que disfrutaban ya solo de contemplar aquella imagen y pensando en lo que le seguiría después.

—¿Quieres subir al tren? —preguntó divertido, sentado en la cama frente a mí, preparado como yo quería.

No sé cuántas veces me lo había imaginado así: desnudo, empalmado y preparado para mí.

—Estoy deseando no bajarme... —susurré cerca de sus labios mientras me subía sobre él con cuidado para poder asimilar todo aquel poderío dentro de mí—. ¡Dios mío! —salió de mi boca, casi sin poder respirar.

—¡Oh, Dios! —gimió mientras me cogía por la cintura para acoplarnos los dos más cómodamente—. ¡Oh, Eli!

—Eres tan... ¡Oh, Dios! Tan... perfecto... —ronroneé mientras él me ayudaba con sus caderas a coger el ritmo y me dejaba ver una sonrisa de lujuria que me empujó a ir en busca de más.

—Eli... ¡qué bien te mueves, cielo! Sabes acogerme tan bien... —dijo entrecortadamente mientras tiraba suavemente de mi melena para que echara mi cabeza hacia atrás, y besaba y mordía con hambre tanto mi cuello como mis pechos—. No sabes la de veces que te he imaginado así sobre mí..., lo que tuve que controlarme el otro día en tu casa, durante la comida, para no poseerte sobre la mesa...

—Ohhh, Jason... Y yo deseaba tanto que lo hicieras que, por un momento, creí volverme loca al tenerte delante y no poder montarte así... —resoplé por

el enardecimiento y la temperatura que estaba cogiendo mi cuerpo mientras me apretaba más contra él con ritmo cada vez más acelerado.

Comenzábamos a desvariar por el intenso placer que recorría nuestros cuerpos.

—Así, Eli, así... —Me agarró por la cintura con su fuerte brazo y levantó sus caderas para amortiguar mis rebotes y que las embestidas fuesen más rudas —. Oh, sí... — salió de su garganta

Aquello hizo que los dos sintiéramos aún más los movimientos y las sacudidas. Rodeé su cuello con mis brazos mientras nuestras miradas se encontraban y nuestras bocas se acercaban para que nuestro contacto fuera pleno. No podía sentirlo más dentro de mí. Creo que nunca había tenido un sexo tan crudo y real como aquel. Estaba perdiendo la cabeza, me sentía tan efusiva que en ese momento habría sido capaz de hacer cualquier cosa por él. Solo sentía delirio.

—¡Oh, Dios mío, Jason! —susurré contra sus labios cuando empecé a notar cómo me acercaba cada vez más al abismo.

—Joder, Eli... —me abrazó contra él—. ¡Qué gusto, preciosa!

Sabía que él también estaba cerca: me lo decían sus ojos perdidos en mí, dejándose poseer bajo mi cuerpo que, con furia, cabalgaba sobre él con desenfreno. Y entonces llegó. Cuando agarró mis nalgas desnudas y las apretó por última vez, nuestros cuerpos explotaron arrastrándonos a los dos a un orgasmo devastador de intensos espasmos, consiguiendo que nos fundiéramos en uno solo y, con nuestras bocas selladas, pudiéramos absorber los gemidos primitivos que se escaparon de nuestras gargantas.

CAPÍTULO 7

Abrí poco a poco los ojos, al mismo tiempo que dejaba salir de mis labios un intenso suspiro, que delataba esa sensación tan placentera que almacenaba dentro. Creo que, por un momento, me había quedado dormida. Y allí estaba él, pegado a mí, apoyando la cabeza sobre su brazo izquierdo, mirándome con sorprendente adoración.

—¡Hola, preciosa! —dijo con casi un susurro.

—Hola... —dije esbozando una sonrisa.

Acercó su mano derecha a mi cara y apartó un mechón de pelo que caía por mi mejilla, dejándome la cara totalmente al descubierto. Se acercó todavía más a mí, quedándonos completamente acoplados el uno con el otro y con nuestros cuerpos desnudos tocándose. Yo todavía llevaba el liguero, las medias y los zapatos de tacón. Jason llevaba puestos unos calzoncillos, pero, debajo de ellos, pude notar cómo crecía por momentos su verga contra mi muslo izquierdo, que estaba metido entre sus fornidas piernas. Empezó a deslizar sus hábiles dedos a lo largo de mi espalda hasta llegar a mis nalgas para luego volver a ascender hasta mi nuca, haciendo que se me estremeciera todo el cuerpo y me dieran punzadas de placer en mi deliciosamente dolorida entrepierna.

—Tus ojos me fascinan, no me dejan pensar... —me confesé, absorta ante él. Nunca había visto unos ojos como aquellos.

No pude evitar acercarme más a él y morderle esa barbilla tan masculina que poseía, pero rápidamente me negó aquel placer con otro más sabroso: sus labios. Besándome con arrebatamiento, se colocó sobre mí dejándome prisionera de sus brazos, de su cuerpo, de nuestra necesidad. Volvía a subir nuestra temperatura mientras nos devorábamos el uno al otro. Íbamos a

volver a revivir la misma lujuria de hacía un rato. Solo de recordar el intenso orgasmo que había disfrutado junto a él, perdía la cabeza. Había sido el mejor sexo, con diferencia, que había tenido en toda mi vida, y el orgasmo había hecho palpar hasta lo más profundo de mis entrañas.

—¿Qué me haces, Eli? —preguntó mirándome fijamente a los ojos.

—¿Y tú? —pregunté debajo de él—. No has dejado de estar en mi cabeza desde que te abrí la puerta de la calle por casualidad...

—¿Sí? —preguntó confirmando sus creencias, torciendo una sonrisa—. Pues ahora te aseguro, preciosa, que no solo voy a estar metido en tu hermosa cabeza... —besó mis labios dulcemente—. Me vas a tener que rogar para que salga de dentro de ti... —dijo con pasión en sus palabras mientras recorría mi cuerpo con su mano derecha.

Pero, en ese mismo instante, algo se escuchó de fondo que a los dos nos alertó. En ese momento maldije con todo mi ser a la telefonía.

—¿Eso es un móvil? —preguntó—. ¿Es tuyo, Eli?

Reaccioné unos segundos tarde.

—¡Sí, mierda! ¿Quién será? No sé ni qué hora es...

Había perdido la noción del tiempo junto a él. Lo único que recordaba era mi llegada histérica por la fuga de agua y, en pocos minutos, estar tumbada sobre su mesa del comedor disfrutando de sus dedos perversamente.

Me levanté súbitamente y a desgana de la cama de Jason, que tan bien olía, y corrí hacia el comedor, donde se encontraba mi bolso en el suelo, cerca de la puerta de entrada.

—¡Susan! —me mordí con fuerza el labio inferior—. ¡Joder, pero si son las cuatro de la tarde...! —dije en voz alta.

Por el rabillo del ojo vi que, por detrás, aparecía con unos bóxers blancos, que le sentaban demasiado bien a su atlético cuerpo desnudo.

—¿Pasa algo? —preguntó al ver mi cara de circunstancias—. ¿Va todo bien?

No le contesté con palabras, sino levantando un dedo a modo de silencio. Mientras en el móvil daba tono de llamada, él se quedó prudentemente callado.

Uno, dos, trrr...

—¿Eli, dónde coño estás?! —respondió la histérica voz de Susan,

sobresaltada—. ¿Estás bien?

—¡Susan, hola! Siento no haberte llamado, pero tranquila: estoy bien... — contesté mientras me mordía el puño apretado y pensaba en la excusa que le iba a poner, con la atenta mirada de Jason delante de mí con el ceño fruncido.

—¿Lo siento?! —preguntó mi amiga indignada—. Tres horas esperando tu llamada. Ya pensaba que te había pasado algo... Oye, ¿y el agua? ¿Qué ha pasado con el agua? ¿Y dónde coño estas tú? Te estoy oyendo hablar y no es por el móvil. ¿Estás en tu casa?

—Sí, sí. Estoy en casa, tranquila... ¡Espera! —miré de repente al hombre que esperaba a mi lado y, que intentaba entender la situación—. ¿Me has dicho que me oyes hablar? ¿Dónde... dónde estás tú?

—¿Dónde voy a estar?! Picando a tu puerta. ¿Puedes abrirme, por favor?

—¡Joder, joder! ¡No! —le lancé mi teléfono a Jason, que fue rápido y lo cogió al vuelo haciendo malabares—. ¿Y mi maldita ropa?

Miré a mi alrededor en busca de algo con lo que taparme, pero mis ojos solo veían cosas esparcidas por el suelo y a un majestuoso Jason intentando esconder una traviesa sonrisa.

—A mí no me hace gracia... ¿sabes? —casi lo regañé sin motivo ni razón.

Él se frotó su perfecta cabeza rapada. Y, al cabo de unos segundos, no tuve más remedio que abrir la puerta del apartamento de mi vecino, mostrándole a mi amiga una inquietante y desconcertante imagen que consiguió que se quedara perpleja.

—Hola... Susan... —murmuré avergonzada, mordiéndome de nuevo el labio inferior.

Y se hizo un silencio... Con verdadero asombro en su cara y sin poder parpadear, nos miraba fijamente, con el móvil en la mano a unos pasos, delante de mi puerta.

«Di algo...», pensé.

Yo estaba desnuda, tapándome tan solo lo justo por delante con mi vestido negro, que era lo único que me había dado tiempo a coger, y Jason permanecía a mi lado unos pasos más atrás, mostrándole a mi querida amiga su escandaloso cuerpo en calzoncillos. Esperaba que, por lo menos, ese regalo amenizara su cabreo.

—Vaya, no... no me esperaba esto..., la verdad... —pudo decir,

recuperándose de su asombro.

—Perdona que no te haya llamado antes, pero bueno. Yo... es que... resulta... que él... —solo podía escupir palabras sin sentido mientras, con la otra mano que tenía libre, señalaba a Jason detrás de mí.

—Hola... —Jason levantó la mano para saludar a mi amiga, tratando de ocultar una inevitable sonrisa.

Susan levantó tímidamente la mano del móvil para saludar.

—Hola... —contestó mi amiga medio lela con una risita tonta, incrédula ante semejante ejemplar.

—Susan, lo siento de verdad... —volví a disculparme.

Sacándola de lo que ya seguramente empezaban a ser pensamientos obscenos con el pedazo de tío que, dos horas antes, me había hecho enloquecer con aquel intenso orgasmo. Pero Susan volvió a la carga.

—Podrías haberme llamado, Lis... Estaba muy preocupada y, al no tener noticias tuyas, quise venir por si te ocurría algo o tenías problemas con el agua... Por cierto, ¿dónde narices está el agua?

Aquella pregunta hizo que se me escapara una risa, delatándonos ante mi amiga, que nos miraba todavía intrigada y con atención, a la vez que Jason se frotaba la cabeza como pensando en algo... Seguramente, recordando lo que un rato antes había ocurrido allí mismo. Y creo que fue entonces cuando Susan, ella solita, supo descifrar el mensaje.

—Vale, creo que empiezo a entenderlo... —dijo algo más calmada—. Bueno, pues entonces, ya que os he jodido el polvo (seguro) y la tarde, creo que debería irme ya para mi casa... Aunque tú... —dijo en tono autoritario señalándome con un dedo—. Espero que mañana me lo expliques todo muy bien o se te caerá el pelo, muñeca... Merezco más que una simple explicación.

—¿Todo, todo? —pregunté yo intentando aguantarme por no reír.

Y, como la situación ya empezaba a ser insostenible, cierto caballero decidió intervenir.

—De acuerdo... —interrumpió de repente, agarrándome por detrás y rodeándome con su brazo la cintura—. Ahora, si nos disculpas, Susan, tenemos algo que hacer... Voy a darle más tema de conversación para mañana a tu encantadora amiga... Por cierto, encantado de conocerte. Ha sido todo un placer. Espero volver a verte pronto... —soltó Jason, dejándonos a las dos

asombradas mientras le guiñaba un ojo a mi amiga con idea de poner fin a aquella incómoda conversación.

«¡Vaya, qué tío!», pensé. La cara de mi amiga era todo un poema.

—Dios, quiero ser como tú de mayor, nena... —dijo Susan después de oír las palabras de Jason, antes de guardarse el móvil en el bolso y despedirse con la mano—. Mañana te veo en la oficina y... pásatelo bien...

Y, aunque me aguanté, en mi cara apareció una enorme sonrisa.

—No sabes cuánto... —mordí mi labio inferior—. ¡Te quiero! —conseguí decir con todo el cariño que pude mientras reía por las cosquillas que me provocaban las traviesas manos de Jason paseándose por mis desnudas caderas.

En cuanto cerré la puerta, supe muy bien lo que me esperaba mañana con Susan y, además, estaba casi segura de que buscaría refuerzos... y no sabía a cuál de mis dos queridísimas amigas temer más. Pero ahora mismo tenía otra cosa mejor en la que centrarme; otra cosa más sexy, grande y fuerte, que estaba esperando detrás de mí con un enorme cargamento entre las piernas. ¡Nunca me había gustado tanto... tener vecinos!

Tuvimos una tarde de lo más movidita: con preliminares, sin preliminares, él encima, luego yo, de lado... a cuatro pa... (ups) Bueno, pues eso... muy ajetreada. Sobre las ocho de la tarde, cansados y sudorosos, decidí que ya era hora de volver a casa y seguir con esa *gymkana* sexual otro día, si es que tenía la gran suerte de que volviera a surgir...

—¿Quieres ducharte conmigo? —me propuso un indecente Jason, estirado a mi lado, apoyando el codo sobre la almohada y dejando caer la cabeza sobre su mano izquierda.

—Humm, qué bien suena eso... —contesté, recorriendo su cuerpo con la mirada en la misma postura que él.

—Luego puedo prepararte mis deliciosos sándwiches para cenar...

—Vaya, eso suena casi mejor que la ducha contigo —dije bromeando.

—¿Ah, sí? Pues tendrás que ducharte primero conmigo para comprobarlo... —Acercó sus suaves labios a mi cuello y lo besó varias veces.

—¿Qué tal otro día? Podrías llamarme al trabajo diciendo que hay un incendio en mi apartamento... —dije torciendo una sonrisa y disfrutando de sus agradables besos.

—Mmm... No sabes la de excusas que se me pasan por la cabeza con tal de tenerte desnuda sobre mi cama —susurró mientras acercaba su boca a mi yugular y la mordía con delicadeza.

—Ahhh... —Me estremecí de gusto—. Para... O, al final, no me voy a poder ir... —dije atontada, ya de nuevo, por lo que me estaba haciendo.

—A mí me parece perfecto...

—No...

—Sí... —susurró mirándome con sus verdes ojos.

Estaba claro que se resistía a dejarme ir.

—¿Te puedo hacer una pregunta, Jason?

—Claro, preciosa... —me miró con atención.

—¿Cómo supiste dónde trabajaba? El otro día en mi casa te dije que era interiorista, pero en ningún momento mencioné el lugar.

Se hizo un silencio.

—Eso es fácil. Seguramente, serás una de las mejores decoradoras del país... y todo el mundo sabe que los mejores trabajan en World Architecture&Design —contestó como si nada, enterrando el rostro en mi cuello; creo que evitando mirarme.

Lo retiré lo justo de mí para mirarlo, escéptica.

—Imposible, no me lo creo... No me creo que mientas así de mal y que tus ligues se lo traguen... —dije cogiéndolo por la barbilla.

Esta vez sus ojos no iban a jugar conmigo.

—Perdona, preciosa, pero yo no tengo ligues... —torció una irresistible sonrisa.

—¡Ja!

—Es verdad, ¿no me crees?

—No, no te creo, Jason... Ni una cosa ni otra... Eres un mentiroso.

Su gesto cambió.

—Nunca te mentaría. Me importas, Eli... y nunca te haría eso —declaró tan seriamente, clavando sus ojos en mí, que me quedé atónita.

«¡Eh, para el carro!». No supe qué pensar, qué decir, ni cómo reaccionar. Me quedé helada. Vale que él también removía algo en mí y que no había podido dejar de pensar en él desde que nuestras miradas se encontraron por primera vez, pero... estaba mostrando sus sentimientos muy rápidamente.

Demasiado, ¡qué coño! Más que demasiado... y eso, sinceramente, creo que me asustaba... Iba todo muy deprisa... ¿Sería un maníaco acosador? No pude evitar que se me pasara por la cabeza.

—Entonces, ¿eres un psicópata que me espía y quiere matarme? — pregunté aun sabiendo que, si realmente fuese uno, tampoco me lo diría.

Y se ve que mi conclusión... le hizo gracia. Se mordió el labio inferior mientras se sonreía.

—Sí, Eli... Quiero matarte, pero no precisamente cómo tú te imaginas... —dijo acercando sigilosamente su boca a la mía y tirando con los dientes de mi labio inferior con sensualidad—. Quiero volverte completamente loca de placer, matarte de gusto... —recorrió lentamente mis labios con su lengua de una forma tan provocadora que casi consigue que explote debajo de él del gusto—. Conseguir que pierdas el sentido como nunca antes nadie te lo haya hecho perder... —susurró pegado a mi boca.

Y aunque no quisiera... y, aunque contra todo pronóstico, me negara a hacerlo... volví a desearlo. Por un momento me cabreé conmigo misma por aquello. No sé ni cómo ni por qué, nos habíamos desviado de lo que empezaba a ser una conversación inquietante ya que Jason había conseguido, de nuevo, que la temperatura entre nosotros subiera. Pero esta vez no, esta vez quería más, y no me refería a sexo. Me debía una explicación.

—Me gusta la idea. Pero todavía no has respondido a mi pregunta... — susurré ahora yo, con el poquito aire que me quedaba en los pulmones por los sofocos que comenzaba a tener.

Todavía permanecíamos en la cama, completamente desnudos, después de haber disfrutado de un intenso segundo orgasmo tras el percance con mi amiga Susan. Y, como si de repente se hubiera roto el hechizo, el pecho de Jason se hinchó y soltó un intenso suspiro a la vez que me colocaba detrás de la oreja un mechón de pelo, con semblante serio.

—Como recordarás, dije en tu casa durante la comida que trabajaba en seguridad...

—Sí... —confirmé, animándolo para que prosiguiera.

Y al ver que permanecía a la espera de una explicación, prosiguió.

—Muy bien, pues digamos que tengo mis contactos... —soltó como si nada, como si fuese lo más normal del mundo, pensando en que esa respuesta

me sería suficiente.

¡Pero qué equivocado estaba! Supongo que con las otras muchas, muchísimas, con las que seguro se habría acostado antes, le resultaría fácil engañarlas para conseguir lo que quisiera, pero conmigo... lo llevaba claro; claro no, clarinete... Lo miré a los ojos, recelosa.

—¿Contactos de qué? —pregunté cada vez más intrigada y a la defensiva —. Sé un poco más concreto si no te importa... —Mi tono de voz también cambió.

—¿Qué más quieres que te diga, Eli? —respondió algo nervioso, poniéndose a la defensiva él también.

—¿Perdona?! —me incorporé de golpe y me quedé sentada en la cama —. No me toques las narices, Jason... ¿A qué coño viene tanto secretismo?

—No es secretismo Eli, es solo que...

—¿Entonces qué es? ¡¿O es que tú te crees que, por ser tremendamente sexy, por tener una polla enorme y follar extraordinariamente bien te va a ser suficiente como para cuándo te apetezca echar un polvo, llamarme con una mierda de excusa al trabajo, y yo venir corriendo a abrirme de piernas a ti sin más?! —empezaba a calentarme y no precisamente por estar cachonda.

—Eli, Eli... ¡frena un poco, por favor! Lo siento, tienes razón. No debería haberte llamado al trabajo y haber liado todo esto, pero... no aguantaba más sin verte.

—Que hayas liado todo esto es lo de menos, Jason... ¡Entiéndeme! Has conseguido información privada mía, y no me quieres decir cómo. ¿Qué quieres que piense?

—Tienes razón... Pero si hago esto es solo por tu bien...

Me puse en alerta.

—Jason... —le advertí en tono amenazante.

—De verdad, Eli... Es por...

Lo dejé con la palabra en la boca, me levanté de un salto de la cama para dirigirme al salón a recoger mis cosas sin intención de seguir escuchando más mentiras.

—¡Eli, espera! Joder, ¡qué carácter! Me encantas —dijo levantándose a toda prisa tras de mí y frenándose por el brazo con un cuidado exquisito.

—Suéltame, Jason... —le ordené, soltándome de su mano de un tirón y

alzando la voz.

Cualquiera hubiera dicho que me iban a violar... ¡qué ocurrencias las mías!, después de pasarnos toda la tarde fornicando como conejos en su cama. La verdad es que, si me paraba a pensarlo, intimidaba bastante estar en casa de un hombre cómo aquel, que imponía físicamente tanto respeto y que no conocía de nada, y que, no sé por qué, se resistía a dejarme ir... o por lo menos, eso me parecía. Pero era más el cabreo que llevaba encima por que me mintiera y me tomara el pelo que pensar en que me pudiera hacer algo .

—Eli... joder... —dijo a la vez que me volvía a sujetar con firmeza, pero delicadamente, por los dos brazos—. Espera... —me suplicó.

—Suéltame o te juro que te arrepentirás... —lo amenacé, aun sabiendo que no tenía mucho que hacer contra él. Era un hombre de tamaño armario dos por dos.

—Está bien. De acuerdo... —me miró a los ojos y pude ver algo en ellos, pero no sabría decir muy bien el qué—. Joder, te lo explicaré... —me soltó, se llevó las manos a las caderas, y se escapó un gran suspiro de inquietud de su pecho—. Joder, Eli, ¡eres preciosa! —no pudo evitar decir mientras acercaba su mano y rozaba mi mejilla con su pulgar—. Si algo te pasara por mi culpa, yo...

En ese momento me estremecí.

—Vale, Jason, me estás asustando... —y tengo que reconocer que hasta el estómago se me encogió de incertidumbre.

—Perdona, perdona... Lo siento. Pero quiero que entiendas que no es fácil para mí... —añadió frotándose la nuca algo nervioso—. No suelo decir esto a nadie... hay muy poca gente que lo sepa y... —una ligera sensación de ansiedad se empezaba a apoderar de mi cuerpo.

—¡Por Dios, Jason! —pedí poniendo los brazos en jarras.

Me miró más fijamente que nunca y confesó:

—Trabajo... Bueno... yo... soy... soy... —resopló—. Soy guardaespaldas, Eli... —se frotó la cara y la cabeza inquieto—. Y tienes que entender que no pueda darte mucha información detallada, pero lo que si te puedo decir es que tengo mis contactos... Y que poca información hay que yo no pueda saber si quiero.

Se hizo un intenso silencio.

—¿Estás bien, Eli? —preguntó Jason, preocupado—. No te quedes callada, por favor... —cogió dulcemente mis manos y besó mis nudillos.

No podía apartar la vista de sus ojos mientras, en mi cabeza, aparecían miles de imágenes de películas sobre guardaespaldas, disparos y gente herida. ¿Me lo estaba diciendo de verdad o era una puñetera mentira?

—Vaya... Eso no me lo esperaba... —conseguí decir al fin con cara de sorpresa e incredulidad.

—¿No... no me crees?

—Sí, bueno, supongo... —dije arrastrando las palabras, pensativa. ¿Debería?

—Eli, te he dado una información confidencial aun sabiendo que podría ser peligroso para los dos solo por el hecho de que confíes en mí y no salgas corriendo de mi lado... ¿Y ahora no crees lo que te estoy diciendo? —había ansiedad en su tono de voz.

—Sí, Jason... No sé... Bueno... Claro que te creo, supongo... pero joder, ¡no eres un pizzero! ¿sabes? Entiende que tenga que procesar esa información, ¿no? —Eso explicaba, supongo, el tremendo cuerpo tan impresionante y trabajado que tenía—. ¿Y para quién trabajas? —le pregunté sin pensar—. ¿Has matado a alguien? ¿Te han herido alguna vez? No he visto ninguna herida ni ninguna marca en tu cuerpo de disparos o...

—Basta, Eli. Eli... —me interrumpió seco y cortante—. No sigas por ahí, no quieras correr tanto... Hay cosas que...

«Aquello sí que era bueno: ¡él hablando de correr!»

—¿Cómo? ¿Que no quiera correr tanto? ¿En serio? —interrumpí yo, esta vez más alterada—. Para meterte entre mis piernas, tú sí que puedes correr, pero para saber más de ti... ¿yo no puedo correr tanto? —pregunté indignada—. Muy bien, pues entonces me iré para mi casa y así evitaremos los dos volver a correr más de la cuenta...

Me puse como pude el vestido para no salir al rellano en pelota picada.

—¡Joder, Eli, por favor! —dijo con las manos en las caderas mirándome con desesperación. Abrí la puerta de su casa para salir de allí—. Te comportas como una cría...

«¿Qué? ¿Cómo? ¿Pero qué cojones?».

Aquello me dolió más que cualquier otra cosa; más que pensar en que

cada día ponía en peligro su vida para que otros, con más dinero y poder, pudieran salvarse el culo. O, por lo menos, eso pensaba.

—¡Vete a la mierda, Jason! —le escupí sin más—. Hasta otra... —me despedí pegando un portazo a mis espaldas, dejándolo allí con cara de desolación.

Entré en mi apartamento a medio vestir y pegando el mismo portazo tras de mí. Tiré con rabia mis cosas sobre el sofá y me dirigí hacia la ducha para meterme debajo de aquel torrente de agua y que así se perdieran mis lágrimas en él, unas lágrimas que ni yo misma entendía muy bien por qué derramaba. Supongo que demasiada emoción en un solo día.

CAPÍTULO 8

Un soleado jueves entró por mi ventana sacándome de un desagradable sueño con puñetazos y golpes. Desayuné fuerte, aunque no tuviera excesiva hambre, pero es que el día anterior había sido demasiado intenso, no había comido y, además, había gastado bastante energía..., la cual echaba ahora en falta porque por la noche tampoco era que hubiese cenado demasiado que digamos. Preparé mis cosas y salí hacia el trabajo sin mucho entusiasmo en el cuerpo. Me puse un sencillo vestido blanco de vuelo por encima de las rodillas, con estampado de diminutas flores en tonos rosas y azules, de tirantes finos y escote con forma de corazón con el borde de puntilla, que enmarcaba y realzaba mis turgentes pechos y dejaba ver un sugerente canalillo; y lo completé con unas sandalias altas de cuña y una alta cola de caballo que dejaba a la vista mi delicado cuello. Ese día pasaba de bastante todo, hasta de ir al trabajo vestida de forma formal, cosa rara en mí.

Entré por las puertas de las oficinas WA&D sin poder evitar resoplar al ver la cara acusadora de mi amiga Susan, que sonreía con intención desde detrás del mostrador.

—Muy buenos días, Elisabeth... —dijo mi amiga con retintín.

Nunca me llamaba Elisabeth. Mis amigos más cercanos de aquí me llamaban cariñosamente Lis, y mi familia y amigos de España me llamaban Eli. Bueno, también Jason y, no sé por qué me había llamado Eli e, incluso, en alguna ocasión Elisabeth, supongo porque fue así como me presenté.

—Buenos días a ti también, Susan —respondí a secas y sin detenerme frente a ella, como hacía cada mañana.

—Vaya, ¡qué vestido más... más... de domingo te has puesto hoy!, ¿no? ¿Has dormido bien? —preguntó a mis espaldas mientras me seguía como un

perrito faldero a mi oficina.

Odiaba que hiciera eso, que tuviera motivos y, además, razón para darme un discurso de los suyos.

—Podría haber dormido mejor, pero también podría haber dormido peor... —me giré hacia ella y le hice una mueca con la boca.

Creo que Susan no lo entendió. Y no la culpo.

—Vaya, no sé qué decir... —dijo parada desde la puerta de mi oficina, mirando atentamente cómo sacaba mis cosas y las dejaba sobre mi mesa.

—Pues no digas nada... —respondí.

Mi amiga me miró escandalizada.

—¡Oye! ¿Y a ti qué coño te pasa hoy? —Se cruzó de brazos—. ¿Es que tienes resaca de polvos o qué? —contestó Susan, indignada conmigo y con mi actitud.

Solté un gran suspiro, me dejé caer hacia atrás en mi cómoda silla de trabajo, y cerré los ojos un segundo.

—Perdóname, Susan... Lo siento, hoy no me hagas caso ¿vale? —me disculpé—. ¿Salimos luego a comer? ¡Me apetece un burrito gigante!

Susan me miró intrigada por mi comportamiento.

—¿Vas a dejar de preocuparme ya de una vez, Lis? Me tienes en ascuas, ¿sabes?

—Ya, ya lo sé. Tengo que aclararte muchas cosas, pero hoy voy a estar muy liada. Hablamos luego, ¿vale?

Fue a abrir la boca para decir algo, pero se quedó en el intento.

—De acuerdo, cielo. ¿Sabes que te quiero, verdad? —me recordó con cariño mi amiga.

Yo torcí una forzada sonrisa.

—Lo sé. Y yo a ti también, Susan, y yo a ti también... —y, antes de que saliera por la puerta de mi oficina, añadí—: Hoy no me pases ninguna llamada. Di que no estoy o que he salido, o lo que quieras... Invéntate algo, ¿ok?

Mi amiga me miró desconcertada y con cara de preocupación, pero sabía que no era momento de preguntar mucho.

—Estoy bien, Susan, de verdad. Luego te veo...

Cerró la puerta de mi despacho, dejándome allí dentro sola con mis miles

de millones de pensamientos, cosa que no sé hasta qué punto agradecí.

A las doce del mediodía, sorprendentemente con el trabajo ya bastante adelantado, salí del despacho en busca de Susan para preguntarle si le importaba que saliéramos a comer, ya que pensaba acortar la hora de la comida para así poder recoger más pronto por la tarde.

—Claro, no me importa. Dame un minuto, cielo... —respondió Susan a la vez que terminaba de archivar unos informes tras ella.

Y, en cinco minutos de reloj, estábamos en la calle. Fuimos cerca del trabajo a comer, donde nos sirvieron rápidamente unos burritos considerables y una gran ensalada para compartir, que no tardamos en devorar. Miré a mi amiga, sentada frente a mí, tan bonita como siempre con su impresionante melena rizada recogida en un moño alto, y sabiendo lo mucho que le estaba costando aguantarse por no empezar a disparar preguntas... porque sabía perfectamente que la escopeta la tenía bien cargada... Pero, aun así, decidí empezar yo... dándole primero una disculpa.

—Siento mucho lo de ayer, Susan... —me disculpé cogiendo su mano derecha, que descansaba sobre la mesa—. Debería haberte llamado. No tengo excusa.

Mi amiga me miró con amor, como solo una madre, o ella misma, podría hacer.

—Sé que lo sientes, Lis. Yo también te debo una disculpa por ser una histérica. A veces me preocupo demasiado por ti... ¡Cualquiera diría que soy tu madre!

Las dos sonreímos ante aquello, porque sabíamos que era verdad.

—Mi madre, no, pero sabes que eres como una hermana para mí... —dije con verdadero cariño apretando su mano—. ¡Qué haría yo sin ti, Susan!

—Para. Me vas a hacer llorar y no quiero que te desvíes del camino... —dijo riéndose y abanicando con la mano sus preciosos ojos para evitar que unas minúsculas lágrimas resbalaran.

—¡Eres lo peor! —y tras una breve pausa, acompañada de un intenso suspiro, comencé mi explicación. Estaba claro que había llegado el momento—. Jason... —no pude evitar estremecerme al pronunciar su nombre—. Es el nuevo vecino del apartamento de al lado.

Arqueó una ceja y puso cara de sorpresa.

—¡Vaya, te han brillado los ojos cuándo has pronunciado su nombre! —
Se me escapó una amplia sonrisa ante el acertado comentario de mi amiga—.
Debe de gustarte mucho. Desde que te conozco, nunca te habías comportado
así.

Mordí mi labio inferior y bajé la vista a mi regazo.

—¿Tanto se me nota? —pregunté, sonriendo avergonzada.

—La verdad es que ¡a quién no le gustaría! ¡Está tremendo!

Mi sonrisa se amplió.

—Sí, está buenísimo. Es dulce, atento, me río con él... Y, además, ¡oh,
Dios mío! ¡Cómo es en la cama! —no pude evitar decir, mordéndome el
labio inferior más fuerte y de gusto al recordarlo.

—Mmm... Sí, tiene toda la pinta... —confirmó divertida mi acalorada
amiga como si se lo imaginara.

Susan se abanicó esta vez, pero no para evitar derramar lágrimas.

—Pues fue él el que llamó ayer a la oficina preguntando por mí para
decirme lo del agua. Bueno, lo del supuesto agua...

—¿Sííí? —mi amiga abrió los ojos sorprendida.

Afirmé con la cabeza y proseguí.

—Se inventó una excusa para así poder sacarme del trabajo y que fuese
rápidamente para casa... Porque, según él... —carraspeé para aclararme la voz
—. No aguantaba más sin verme y quería... saborearme.

Creo que a mi amiga, si abría un poco más los ojos, se le iban a salir de
las órbitas.

—¿Quééé?! No me lo puedo creer... ¿Qué tipo de hombre hace eso? —
preguntó mi amiga, más que escandalizada—. ¡Dios! ¡Qué polvo tiene!

—¡Oye! Contrólate, que tú estás casada... —le recordé riéndome.

—Ya... Pero es que tu vecino... —contestó también riendo—. ¿Oye, pero
cuándo lo conociste?

Me atusé el pelo y puse un mechón detrás de mi oreja.

—El viernes pasado —confesé—. Me lo encontré cuando abrí la puerta de
la calle para salir y él entraba cargado con sus cosas de hacer la mudanza... —
el estómago se me encogió al recordar ese maravilloso momento—. Y, la
verdad, cuando nuestros ojos se encontraron, pareció que el mundo se

hubiese detenido a nuestro alrededor...

¿¡Qué ñoño había sonado eso, verdad!?

—¡Ohh, qué bonito! —dijo mi amiga aplaudiendo—. Pero, espera, si os conocisteis el viernes... ¡Ayer solo hacía apenas unos días que os habíais visto por primera vez...! —llegó rápidamente a la conclusión—. ¡Vaya! ¡Eso si que es correr, nena!

Resoplé.

—No me hables de correr, por favor... —pedí, recordando el motivo de nuestra pelea el día anterior en casa de Jason.

Acordarme de nuevo de aquello hizo que un sentimiento de culpabilidad y angustia recorriera mi cuerpo al pensar en el tipo de vida que debería de haber llevado (o mejor dicho, llevaba) en relación a su trabajo. Porque, la verdad, me parecía tan intrigante a lo que se dedicaba, era tan inquietante y me ponía los pelos tan de punta que creo que era mejor que nadie supiera sobre aquello.

—¡Uy! Creo que tendrás que explicarme el resto otro día, Lis... —dijo Susan de repente mirándose el reloj—. Deberíamos irnos ya...

—¡Mierda, es verdad! ¡Qué rápido se me ha pasado! —dije con pesar.

Estábamos tan a gusto y me sentaba tan bien hablar con ella que, muy a mi desgana, nos tuvimos que levantar para volver a incorporarnos a nuestros puestos de trabajo.

Estaba en mi despacho centrada en el trabajo, sonó mi móvil y, sin querer, di un brinco en mi silla.

«¡Jason!», no pude evitar pensar, «¿Será él?», me pregunté entre el deseo de que así fuera y de que no.

No le había dado mi número de teléfono, pero estaba claro que eso no iba a ser un problema para él. Pero, al alargar el brazo y coger mi *smartphone*, me quedé más tranquila al ver que era mi madre.

—¡Hola, mamá!, ¿qué tal?

—¡Hola cariño! ¿cómo estás, hija? —Hasta que no escuché su voz, no me di cuenta de lo mucho que necesitaba hablar con ella—. ¿Puedes hablar o te pillo trabajando?

—No, no... Puedo hablar: estoy en mi oficina.

—¿No has salido a comer todavía?

—Sí, hoy he salido antes y ya he vuelto... Dime, ¿qué tal estáis? Tenía ganas de hablar con vosotros.

—Sí, y nosotros también, cariño. Estábamos pensando qué hacer para cenar y nos hemos acordado de ti, al decir papá que haría el arroz que a ti tanto te gusta, cielo.

—¡Mmm, qué bueno! ¡Qué bien le sale el arroz con conejo a papá! — ¡Cómo echaba de menos la comida de allí!—. Lo que daría por poder cenar ahí con vosotros... —dije con sentimiento.

—Sí, hija. Nos encantaría que estuvieses aquí para cenar con nosotros... —dijo mi madre, con la voz ya medio rota por aguantarse un sollozo.

Tuve que contenerme al escucharla. Aunque empezaran a escocerme los ojos por las lágrimas retenidas, tenía que demostrarle a mi madre, para su total tranquilidad, que aquí era lo suficientemente feliz y que todo me iba genial.

—Sí, a mí también me encantaría, mamá. Por cierto... —dije, cambiando de tema rápidamente para evitar derrumbarme.

—Dime, cariño...

—Ayer... dieron el visto bueno los nuevos clientes al proyecto tan importante que os expliqué del nuevo hotel... ¡Y están encantados con mi trabajo!

—¡Qué bien, cielo! ¡Cómo me alegro! Verás tu padre cuando se lo digas...

—¿Está por ahí? —pregunté ansiosa por explicárselo a él también.

Tenía la misma sensación, y me sentía igual de bien que cuando tenía que darles las notas de final de curso a mis padres, y lo había aprobado todo.

—Sí, sí. Aquí lo tengo pegado esperando su turno... Bueno, cariño, me despido ya, que no quiero entretenerte mucho si tienes faena... —Eso era lo que más odiaba hacer mi madre, despedirse de mí—. Te quiero mucho, hija.

—De acuerdo. La próxima vez llamaré yo, mamá... Yo también te quiero.

Ahora sí, pude escuchar cómo se apartaba del teléfono sollozando. Nuestras conversaciones eran breves, pero intensas, y las necesitábamos para sentirnos mejor.

—¡Hola, cariño!

—¡Hola, papá! ¿Cómo estás? —¡Cómo echaba de menos un abrazo suyo!
—. La otra vez no pude hablar contigo.

—Sí, me lo dijo tu madre. ¡Qué mala suerte, ¡pero ahora sí! —aquel comentario me arrancó una sonrisa, aunque la garganta me ardiera por las emociones—. Explicame, hija, ¿cómo te va por esos barrios?

—Muy bien, papá. Le explicaba a mamá que el proyecto tan importante que tenía que presentar, el del hotel que os expliqué, ha encantado a los nuevos clientes. ¡Y están encantados con mi trabajo!

—¡Cuánto me alegro, cielo! ¡Eres la mejor!

—Bueno, no exageres, no exageres. Eso es amor de padre...

Siempre me hacía reír y sentir tan especial...

—¿Cómo me dijiste que se llamaba? —me preguntó.

—Golden Apple... —respondí riéndome—. Manzana dorada... —le traduje—. Será un precioso hotel de lujo en el centro de Manhattan.

—Vaya, eso suena a caro... —dijo mi padre.

—Sí... Muy caro, papá... —sonreí—. Bueno, ¿y vosotros, alguna novedad?

—Nada importante: rutina... ¿Qué esperas de dos jubilados? —dijo riéndose.

—Y los preparativos de la boda, ¿cómo van?

—¡Uy! A tu prima le va a dar algo, va como loca con la boda. Le queda poco más de un mes... creo.

—Sí, ya le queda poquito... —golpeteé sobre la mesa con las uñas, viajando con el pensamiento—. ¡Cómo me gustaría estar ahí para la boda y veros a todos!

Oí un suspiro escaparse del pecho de mi padre a través del auricular.

—Pronto nos veremos, hija. Ya verás...

«Ojalá», pensé.

—Bueno, papá. Tengo que dejarte, tengo mucho trabajo...

—Claro, cielo. Tranquila, en unos días volvemos a hablar... Tu madre te manda otro beso, y uno muy muy muy gordo de mi parte, cariño.

—Claro, papá. Otro igual para los dos. Os quiero.

—Te queremos, Eli. Cuídate mucho, cielo. Adiós.

Colgué. Tuve que apretar los ojos y los dientes, tragar saliva incluso, para aguantar la postura. Cada vez me resultaba más difícil hablar con mis padres y no echarme a llorar. Seguramente sería por estos dos años que llevábamos

ya separados cuando, antes, lo más que habíamos estado sin vernos había sido el tiempo que pasaba de colonias, de viaje de fin de curso, o algunas vacaciones relámpago que me podía permitir. Pero tenía la inmensa esperanza de, muy pronto (antes de que terminase el año, quiero pensar), poder verlos y abrazarlos a los dos. Pero ahora, tenía que quitarme la tristeza de encima y centrarme de nuevo en todo el trabajo que tenía por delante para, en un par de horas, poderme ir a casa y terminar con el jueves.

Al llegar a casa y pasar por el rellano, el recuerdo de la declaración de Jason el día anterior me atizó.

«Te deseo...»

Me dio un vuelco el corazón. Me pregunté si estaría en su casa, pero retiré rápidamente de mi cabeza la idea de picar y comprobarlo. Sabía que mi despedida no había sido la correcta y que, seguramente, no se merecía las formas en que me fui, enviándolo a la mierda, pero todo ese secretismo, esos arrebatos suyos, el pensar el peligro al que debería enfrentarse, en ocasiones privándose de una vida normal, para que otros pudieran disfrutarla... Me costaba encajarlo todo en mi cabeza. Pero sería que, ahora más que nunca, me invadía esa sensación de temor al pensar que podría perderlo en cualquier momento, como si alguna vez hubiese sido mío. Dejé las cosas sobre la encimera de la isla y, cuando me dirigía a mi habitación para quitarme la ropa, sonó el timbre de mi puerta, haciendo que se me encogiera el estómago al pensar de nuevo en él. Él, él y él.

—Jason... —me tensé.

Pero, al abrir la puerta de mi apartamento, me encontré con alguien al que había olvidado totalmente por completo.

—¡Alan...! Hola, ¡qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —y, a la misma vez que preguntaba aquello, recordé que habíamos dicho de hablar el jueves, pero en ningún momento habíamos concretado nada.

—Hola, Lis, ¿qué tal? —me mostró la mejor de sus sonrisas—. Es que he pasado por tu oficina para quedar contigo, pero me han dicho que ya habías plegado y, bueno, he pensado en venir —se llevó las manos a los bolsillos de su pantalón—. Espero que no te moleste... Tenía ganas de verte.

—No... No, claro... —mentí.

En ese momento no era a él precisamente a quién me apetecía ver. Y, no

sé por qué, aunque tuviese la puerta abierta de par en par, no le invité a entrar. Supongo que no tenía el día... y quería mantener las distancias. Bastante la había cagado ya acostándome con él, aunque fuese bebida, como para que aquí, en mi casa, se fuese a pensar algo que no era.

—¡Vaya! Se me había olvidado por completo lo de hoy Alan, lo siento. Voy muy despistada últimamente... —aquello no podía ser más verdad.

—Tranquila, no pasa nada. Solo me apetecía verte, y... —sacó las manos de los bolsillos, las colocó sobre mis hombros desnudos y acarició suavemente mis brazos—. Ver tus preciosos ojos...

Me quedé sin palabras, sin saber qué hacer ni qué decir ante aquel inesperado comportamiento por su parte. Porque, para más inri, no era para nada desagradable el tacto de sus manos sobre mi piel.

—Alan, yo no...

—Estas cada día más preciosa, Lis... Te sienta muy bien este vestido de flores... —repassó sutilmente mi cuerpo de arriba abajo con sus oscuros ojos y vi, cómo en cuestión de segundos, su mirada se encendía.

Alan estaba muy guapo ese día, con tejanos y camisa blanca y aquel masculino aroma que, aunque no fuese como el de Jason, también resultaba realmente apetecible. Y, si hubiese querido, solo habría necesitado chasquear los dedos para que se arrodillara ante mí.

—Espera, yo no...

Y gracias a Dios que entonces sonó de fondo un móvil, que resultó ser el mío. Se encontraba encima de la isla, a unos metros de la puerta. Fui rápidamente a por él dando gracias por poder salir de aquel momento que tan tenso se estaba poniendo. Más de lo que deseaba...

«¡Mierda, es Denise!», pensé.

Vi que era Denise, mi amiga, y sabía perfectamente por qué llamaba, pero la verdad, delante de mi compañero, no vi oportuno ponerme a hablar sobre lo ocurrido con Jason, así que decidí colgar.

«Después la llamaré...», me dije.

Y, con el móvil aún en la mano y sin saber muy bien cómo sacarme de encima al atractivo Alan, que esperaba junto a la puerta, empecé a dar vueltas en mi cabeza a miles de excusas que poner para, rápidamente, terminar con aquella inoportuna visita. Pero no me hizo falta. Como si de un rayo se

tratara, entró por la puerta, esquivándolo, un poderoso Jason que, cegado por mí, entró dando fuertes pisadas hacia donde yo estaba para, con desesperación, rodearme por la cintura y, sujetándome la cabeza, sellar nuestras bocas con un profundo y húmedo beso (de película, sí, de esos). Casi no podíamos ni respirar por la furia de nuestras lenguas. Me daba vueltas la cabeza por la agitación. Otra vez había vuelto a mí. Pero el que de verdad se quedó sin aire fue Alan, que, desde el umbral de la puerta, nos miraba con cara de no creerse lo que estaban viendo sus, ahora más que nunca, oscuros ojos.

CAPÍTULO 9

Era una locura lo que aquel hombre despertaba en mí. Era salvaje y tierno a la misma vez cuando me besaba, cuando me tocaba... Tenía las manos más fuertes y seguras que había visto jamás. Y después de saber hasta dónde era capaz de llegar con ellas, no pude evitar que mi cuerpo se estremeciera de placer debajo de ellas. Nada ni nadie me excitaba tanto cómo él. Cuando conseguimos separar nuestros mojados y enrojecidos labios, nos miramos con los ojos entreabiertos por el deseo, como drogados el uno por el otro.

—Eli... —no dijo nada más. Jason respiraba entrecortadamente, pero rebosaba virilidad reclamando lo que era suyo.

No pude hablar. Tan solo conseguí alzar mi mano derecha y acariciar su mejilla con suma ternura.

—Vas a acabar conmigo como sigas así... Me estás volviendo loco.

—Lo siento... —es lo único que conseguí murmurar, sintiéndome arrepentida.

—No, no, preciosa, por favor —susurró mientras, con el pulgar, rozaba la comisura de mis labios—. Soy yo quien lo siente, perdóname.

Y un ruido a lo lejos me hizo recordar que Alan todavía permanecía ahí. Jason había conseguido, por un instante, que desapareciera todo el mundo de mi mente. Nos giramos los dos a la vez. Alan tenía cara de pocos amigos, pero también era verdad que, para haber contemplado aquella apasionada y repentina escena, que seguro no había sido de su agrado, se mantenía bastante entero (o, por lo menos, eso parecía).

—Lis... —se pronunció entonces, sin entender la situación y preguntándose quién cojones era ese armario de tío que había entrado arrasando como alma que lleva el diablo.

Sé que estaba pidiendo una explicación, aunque yo no tuviera obligación de dársela.

—Alan... —dije recomponiéndome mientras cogía de la mano a Jason y nos acercábamos hacia donde él estaba, con el porte impresionantemente rígido. Jason lo contemplaba fijamente, como si buscara en su ordenador mental datos sobre aquel individuo. Los presenté: «Alan, Jason. Jason, Alan...»

Sin darme cuenta de que acababa de enfrentar a aquellos dos titanes que se encontraban en el mismo lugar por mí.

—Ya... —verbalizó secamente mi compañero mientras, a desgana, extendía su mano derecha para apretar la firme mano que le había tendido Jason.

La tensión del momento se podía palpar y, al contemplar sus manos apretadas, pude ver cómo sus nudillos se volvían blancos por la fuerza que ambos deberían estar demostrando. Estaba claro que Alan no podía competir contra él ni en fuerza ni en físico, ya que, aunque fuese un atractivo moreno que llamaba la atención y hacía suspirar a muchísimas mujeres; de Jason se podía decir que era un dios con un tremendo atractivo sexual, que podría hacer delirar a cualquier tipo de mujer. U hombre.

No pronunciaron palabra. Solo se estrecharon la mano y se batieron en un duelo de miradas, a lo que me vi obligada a intervenir haciéndoles volver al sitio.

—Alan es un compañero de trabajo. Es arquitecto en WA&D... —dije con claridad, para que quedara constancia de que no había nada más entre nosotros dos.

Simplemente trabajo. Bueno, y un desconcertante (aunque nada malo) polvo por equivocación, que acechaba en mi cabeza desde entonces y que urgentemente debía aclarar con él.

—Y él... —añadí seguidamente mirando a Jason—. Es el nuevo vecino...

Alan torció el gesto. La mirada de Jason era gélida. Demasiada testosterona junta.

—Vaya, ¡qué bien se trata aquí a los nuevos vecinos! Igual debería plantearme mudarme yo también... —dijo Alan desafiante. Se notaba que estaba dolido.

Vi la reacción de Jason, que, cerca de mí, tensaba la mandíbula e, inconscientemente, apretaba los puños.

«¡Ay, madre!»

Eso hizo que me alertara, pues sabía perfectamente lo que era Jason y para lo que estaba entrenado, y Alan no iba a ser, ni muy de lejos, un digno rival. Y, anticipándome a las acciones de mi nuevo vecino por si acaso... (tampoco creo que le fuera a arrear al otro sin motivo aparente, supongo...) me interpuse sutilmente entre los dos, dejándolo tras de mí y cerrando la puerta a Alan, del cual me despedí lo más cordialmente que pude.

—Alan, creo que deberíamos vernos mañana en el trabajo.

—Claro... —dijo con fastidio—. ¿Puedes concederme las dos horas de la comida?

Se moría de ganas por estar a solas conmigo. Eso me había quedado claro.

—No. Solo tengo una, lo siento... Si te va bien, perfecto... Si no, tendremos que quedar en otro momento. —contesté sin rodeos.

Sé que no era lo que esperaba escuchar.

—Me va bien. Pero que no se te vuelva a olvidar, por favor... —suplicó.

—Tranquilo, Alan. No se me olvidará —Ahora sí que no—. Hasta mañana...

—Hasta mañana, Lis... —se acercó a mí, y me dio un casto y delicado beso en la mejilla. Estaba claro que lo quería, pero no del mismo modo que él a mí.

Cerré la puerta soltando un gran suspiro de desahogo del pecho, pero en cuanto me giré y contemplé la rabia (una rabia que no entendí muy bien cuando él era el que me había comido la boca y no el otro) que se reflejaba claramente en la cara de Jason, que permanecía junto a la isla, la inquietud volvió a mí.

«¡Uf!»

Me mordí el labio, dubitativa, y lo observé: Estaba distraído. Con la mente perdida, inconsciente de mi atenta mirada escrutadora, ignorante de mis ojos que repasaban su esculpido cuerpo de arriba abajo una y otra vez. Estaba más guapo que nunca y olía deliciosamente bien: a seducción. Llevaba una camisa negra con las mangas arremangadas, dejando a la vista unos remarcados antebrazos, junto a unos tejanos negros que resaltaban

demasiado bien su perfecto culo, y unas deportivas grises. Pensé en cómo lo hacía para conseguir estar tan sexy, y sin querer, recordé su gran habilidad en la cama para hacerme enloquecer, y eso dejó salir un arrebató de celos al pensar en la cantidad de mujeres con las que debería de haberse acostado para conseguir aquella sublime experiencia.

Pero, de repente, Jason consiguió sacar de un plumazo aquel pensamiento de mi cabeza buscándome con su mirada llena de necesidad. Y, de nuevo, volvía a desearlo. Necesitaba notar su piel rozando la mía y, para ello, fui directa hacia él, lo cogí del cuello de su camisa y lo atraje hacia mí para coger lo que ahora, ya sí, decidí que era mío: su boca. Volvíamos a estar encendidos. Volví a anhelar que estuviese dentro de mí. Nos besamos sin prisas, con intensas lengüetadas, saboreándonos lascivamente. Succionaba su boca con ansia y, al mismo tiempo, notaba cómo crecía su potente erección contra mi vientre. Éramos como dos imanes, condenados a permanecer enganchados.

—Dios, Eli, te necesito tanto... —dijo entre roncós sonidos de placer. Estaba muy excitado y a mí me volvía loca de orgullo el saber que era por mí —. ¿Me deseas? —preguntó sensualmente.

—No sabes cuánto... —contesté gozosa.

Me apretó contra su cuerpo.

—Demuéstramelo.

—Deseo esto... —dije con un susurro mordiendo su labio inferior mientras bajaba mi mano y agarraba su gran y duro paquete.

De su boca se escapó un intenso jadeo. Estiró con delicadeza de mi coleta hacia detrás y acercó sus labios a mi cuello.

—Es todo tuyo. Yo soy todo tuyo...

—¿Sí? —pregunté con erotismo. Oír aquellas palabras me llenaron de felicidad.

—Te lo aseguro.

Con un rápido movimiento, me cogió en brazos y vi que nos movíamos hacia el sofá, donde, en cuestión de segundos, nos dejamos caer quedando yo prisionera debajo de su cuerpo. Jason me miraba con la mirada llena de lujuria y perversión.

—Dios mío, Eli. No sabes lo muchísimo que me gustas, lo mucho que me

gusta tu escandaloso cuerpo, tus pechos, tu culo... ¡oh, sí! —dijo en tono bravío—. Tu bonito y perfecto culo... Me encanta notar cómo se mueve cuando estoy dentro de ti... —subió su mano derecha por mis desnudos muslos, bajo mi vestido subido, que dejaba mis largas piernas al descubierto.

Con habilidad, sin dejar de besarme, se deshizo de mi pequeño tanga blanco, dejándome completamente desnuda de cintura para abajo, excepto por mis sandalias de cuña. Yo le rodeaba el cuello con posesión susurrándole al oído cuánto me gustaba. Entonces, con delicadeza, acarició lo más íntimo de mí haciendo que los ojos le brillaran de triunfo al notar lo húmeda que estaba.

—Me gusta saber que esto es por mí —dijo con una sonrisa perversa mientras yo, empapada y jadeante, movía mis caderas detrás de su mano.

—Solo por ti... —aseguré lamiendo el lóbulo de su oreja—. Jason...

—Dime, preciosa.

—Dámelo ya... —le supliqué mientras estiraba mi brazo por debajo de él y acariciaba su potente erección.

Él respondió introduciendo un dedo dentro de mí, atormentándome con aquel deseo de más, de todo...

—¡Jason! —salió con un gran gemido de mi boca al notar el segundo dedo que entraba.

—¿Sí? —Jason me contempló—. Dime lo que quieres, Eli, dímelo...

—A ti, te quiero a ti... ¡Te quiero ya! —exigí al mismo tiempo que bajaba su cremallera y accedía al interior de ella agarrando con firmeza todo su grosor por encima del calzoncillo.

—Pues entonces estaré encantado de dártelo, cielo...

Él todavía estaba vestido. Comencé a desabrochar botones de su camisa con ansia y torpeza por el placentero aturdimiento que tenía en mi cabeza. Mientras, él rápidamente se deshacía de sus pantalones con agilidad para mostrarme el regalo que tenía preparado para mí. Era una cuenta atrás en toda regla. Pero, sin poder esperar más, en cuanto yo iba por la mitad de los botones de la camisa, de un violento tirón, Jason acabó de abrirla, haciendo que saltaran por los aires los pocos botones que quedaban. Era un salvaje, un potro desbocado que, como si le faltara el aire, necesitara estar dentro de mí para seguir respirando. Jason se colocó con destreza un preservativo ante mi

atenta y deseosa mirada.

—Coge lo que es tuyo, Eli... Empálate conmigo.

—Eres muy grande...

—Pero sabes acogerme bien entre tus piernas... —ronroneó—. ¿Lo ves? —sonrió con lujuria en los ojos mientras se clavaba—. ¡Oh, joder! ¡Qué caliente y jugosa estás!

—¡Oh, Jason!

Solo con ver aquella imagen suya en aquella posición entrando dentro de mí, podría estallar en mil pedazos.

—Eres jodidamente hermosa —Esas palabras tan sucias, groseras y obscenas saliendo de su boca... no sabía que pudiesen despertar algo tan salvaje y primitivo en mí—. ¿Dónde has estado todo este tiempo, Eli?

No sabía lo que me estaba haciendo, me sentía borracha. Notaba un zumbido en los oídos por la sangre bombeando por todo mi cuerpo y las desbocadas embestidas de Jason sobre mí. Y pronto, demasiado pronto, comencé a notar cómo una corriente arrolladora me abrasaba por dentro saliendo de entre mis piernas, que me iba destruyendo a su paso con fuertes e intensas convulsiones de un exquisito placer. Mi cuerpo se tensó, curvando mi espalda en busca de su cálida boca. Y, cubierto ligeramente de un dulce sudor y sonrojado por el calor y el esfuerzo, se tragó mi orgasmo gustosamente. Pero, tras aquello, no cesó. Rodeándome las caderas con sus fuertes brazos y agarrando mis desnudas nalgas con avaricia, siguió sin piedad, en busca de más.

—Vamos preciosa, vamos... regálame otro...

Me estremecía exageradamente debajo de él. ¡Oh, Joder! Su voz. Notar su aliento caliente y húmedo escapándose contra mi cuello de entre sus perturbadores labios apretados pidiéndome más... Aquello iba a acabar conmigo. Y así fue.

—¡Oh, por Dios! ¡Oh, por Dios, Jason, me muero!

Me acercaba al segundo orgasmo, que amenazaba ser de gran intensidad.

—Te dije que te iba a matar de placer, cielo —me mostró una sonrisa exquisitamente malvada, que me hizo enloquecer—. Vamos, vente ya, vente conmigo...

Y aquellas palabras fueron la mecha que me hizo explotar con

desmesurada locura junto a él.

Nos quedamos tumbados en el sofá, medio atolondrados, besándonos y regalándonos caricias. Estos dos orgasmos habían sido casi mejores que los de ayer. Los había saboreado plenamente, a conciencia. Y, no sé por qué, Jason se volcaba en mí como si yo fuese el último ser de este planeta, como si no existiera nadie más para él. Su comportamiento no era normal, lo reconozco, pero tampoco me importaba. Ahora tenía a un exquisito hombre solo pendiente de mí. ¿Sería aquello mi perdición?, ¿sería peligroso para mí?

—Jason... —dije mientras deslizaba mis dedos por el suave y masculino vello de su pecho. Nunca me habían gustado los hombres que iban más depilados que yo.

—¿Sí?

—Siento mucho lo de ayer, lo que te dije y la manera en que me fui...

Girándose hacia mí para quedarnos cara a cara, me mostró la parte de él que más me enloquecía: sus ojos.

—Yo también lo siento, pequeña. Quizá fui yo, que no tuve tacto para decir según qué cosas... —dijo con tono de culpabilidad—. Y, si te soy sincero, me gustó que me enviaras a la mierda, ninguna otra mujer lo había hecho antes...

Ese comentario hizo que me riera.

—¿No me digas que es eso lo que te gusta de mí?

—¡Buf! Si supieras todo lo que me gusta de ti... —recorrió mis labios con su insaciable lengua—. Sabes tan bien...

—Mmm... Sabes cómo encenderme.

—Y a mí me vuelve loco hacerlo. Desde el momento en que te vi, no he podido dejar de imaginarme todas las cosas que te haría.

Nos atraíamos él uno al otro, irremediabilmente.

—Yo me moría de ganas de recorrer todo tu cuerpo con mis manos —dije con sofoco.

—Deseaba lamerte... —bajó con su dedo por mi cuello hasta mi escote—. Olerte...

—Arañarte... —proseguí clavando mis uñas en su pecho.

—Joder, preciosa, ¡cómo me pones! —pasó su pulgar por mis labios.

—Dime, ¿has tenido muchas amantes? —pregunté de pronto, cambiando

de tema y arrepintiéndome de haberlo hecho antes de saber la respuesta.

«¡Joder, Eli..., perfecto!», pensé.

—¿A qué viene eso? —Me miró arrugando el ceño.

—Eres demasiado bueno en la cama y seguro que se debe a tu extensa práctica... —Aquello le provocó una sonrisa.

—Te equivocas: eres tú, que consigues sacar lo mejor de mí —me besó dulcemente.

—¿Seguro? —pregunté incrédula ante aquella conclusión.

—¿Por qué nunca me crees, Eli? —me miró fijamente—. ¿Y tú? podría decir lo mismo de ti... —añadió divertidamente con gesto acusador.

—¿De mí? —Entrecerré los ojos.

—¡Ajá!

—¿Pero qué dices? Explícate...

—Bueno: si tan convencida estás de que soy bueno en la cama será porque debes de haber tenido muchos amantes para comparar, ¿no? —arqueó su ceja derecha—. Podría pensar eso...

Aquella rebuscada conclusión de Jason volvió a hacerme reír.

—¿De qué te ríes?! ¿Eso confirma lo que acabo de decir?

—¡Nooo! Yo no he dicho nada...

—¿Es Alan uno de tus amantes? —preguntó de súbito, haciendo que me quedara descolocada y sin ganas de seguir riendo.

«¡Joder! Eso no me lo esperaba...»

—¿Perdona? —reaccioné como si no hubiese entendido la pregunta, intentando ganar tiempo para pensar en una respuesta, aunque la respuesta era bien sencilla.

—Ya me has oído... —respondió.

Después de presenciar la tensión que se había creado entre ellos, no me atreví a contestar con sinceridad, aunque maldita la hora en que lo hice... y, sin pensar con mucha claridad, cometí el gravísimo error de mentirle sin necesidad. Gilipollices que hacemos a veces las mujeres... y pensando, cómo no, en que le daría las pertinentes explicaciones a su debido tiempo, en cuanto aclarara con Alan la incómoda situación que me ataba a él, si es que el caso volviera a salir.

—No. No es uno de mis amantes —conseguí decir tras tragar el enorme

nudo que se me había creado en la garganta mientras me recorría un desgarrador sentimiento de culpabilidad por todo el cuerpo.

«¿Pero qué necesidad de mentir tienes?», preguntó indignado mi subconsciente cruzándose de brazos.

—Te creo. A diferencia de ti... —dijo sellando firmemente sus labios a los míos. ¡Uf!—. En muy poco tiempo, bueno... en pocos días... —dijo con una tierna sonrisa— has pasado a importarme mucho, Eli...

«¡Dios mío! ¿Qué he hecho?», me reocriminé. No debería haberle mentido, pero los dados ya estaban lanzados; el daño ya estaba hecho.

—¿Te apetece una ducha conmigo? —se me ocurrió decir de repente para desviar el tema y alejar de mi cabeza la exasperante acusación que crecía dentro de mí. Sin necesidad, lo sé...

—Siempre... —acarició mi labio inferior con su pulgar—. Aunque no te aseguro que vaya a ser una ducha sin más... —dijo viciosamente.

«Por favor, ¡qué máquina!». Este hombre no se cansaba nunca. Se notaba que estaba bien entrenado...

CAPÍTULO 10

Estaba exageradamente sexy y apetecible empapado bajo la ducha y, cómo no, tal y como Jason había advertido, la cosa se alargó más de la cuenta... Seguidamente, él en calzoncillos y yo con una larga camiseta de tirantes por donde se podían ver parte de mis desahogados pechos sin sujetador, y unas braguitas blancas de algodón, bajamos a la cocina verdaderamente hambrientos.

—¿Tienes hambre, preciosa? —preguntó mientras sacaba su móvil del pantalón, que, tras nuestro primer arrebató de pasión, se había quedado enrollado en el suelo.

—Mucha... —respondí pícara recorriendo su escandaloso cuerpo con la mirada.

—¿Y dices que yo soy el obseso? —contestó torciendo una seductora sonrisa—. Eres insaciable nena... Me encanta.

Creo que no hubiese aguantado otro orgasmo más. Aunque también era verdad que, si me lo hubiese pedido, habría sido incapaz de negárselo. Como él mismo había declarado, Jason también comenzaba a importarme mucho, y no podía negar que pensar en la idea de que aquel varonil y tórrido hombre fuese siempre mío no me desagradaba para nada.

—¿Qué te apetece? —pregunté abriendo la nevera—. Puedo preparar algo...

—Nada de eso. Quiero disfrutar de ti a mi lado... —se acercó a mí por detrás y apartó mi melena a un lado para besar varias veces mi cuello—. Pediremos algo, ¿qué te parece?

«Dios, creo que estoy en el paraíso».

—Me parece bien —me giré hacia él para rodear su cuello y poder besar

sus labios—. ¿Qué tal una pizza?

—Perfecto... —me devolvió otro rápido beso—. Llamaré.

En unos cuarenta minutos estábamos cenando sobre unos cojines, en la alfombra de piel de vaca en tonos blancos y marrones, delante del sofá. Abrí una botella de vino rosado para mí y cogí una lata de Aquarius para Jason, y pusimos música de fondo en la tele, aunque no le prestáramos especial atención. La conversación de dos personas dispuestas a conocerse más a fondo era más trascendental.

—¿Llevas mucho tiempo aquí? —preguntó sentado frente a mí.

—Casi dos años. El día de mi cumpleaños se cumplirán.

—¿El día de tu cumpleaños? —Jason torció la cabeza—. ¿Entonces llegaste aquí ese día?

—Sí... Fue uno de los momentos más duros y, a la vez, más emocionantes de mi vida —reconocí—. Tener que despedirme en el aeropuerto de mis padres sin saber cuándo los volvería a ver... —me quedé un segundo pensativa— para llegar aquí, a lo desconocido, y poder cumplir mi sueño, un sueño que no sabía si tendría cabida en este mundo tan exigente.

Tuve que dar un trago a mi copa de vino para conseguir deshacer el nudo de emociones que se había creado en mi garganta al recordarlo.

—Vaya... lo siento, no quería... —Jason alargó su mano y acarició mi mejilla.

Era todo un amor.

—Tranquilo. Solo ha sido un pequeño bajón... —dije intentando sonreír para que no se sintiera culpable por ello—. Espero verlos pronto. Me muero de ganas.

Me devolvió la sonrisa.

—Entonces, tu cumpleaños, ¿cuándo es? —preguntó desviando mis pensamientos—. ¿Y cuántos cumpleaños?

—Vaya... ¿no posees esa información sobre mí? —sonreí con inofensiva malicia.

—Eres muy mala, ¿lo sabías...? —me regaló una perturbadora mirada.

—Traviesa, soy traviesa... —arqueé la ceja derecha con gesto seductor.

Jason me contempló.

—¿Me está provocando, señorita Elisabeth? —casi afirmó,

humedeciéndose los labios.

—Para nada. Nunca haría tal cosa... señorito Jason.

—Menos mal. Porque no sabes lo mucho que me está costando tenerte delante con esa insinuante camiseta, sin nada debajo, y no hincarte el diente, pequeña...

Qué facilidad tenía este hombre para derretir a las mujeres. Tuve que sonreír a la fuerza.

—Mi cumpleaños es el trece de junio. Y cumplo veintinueve —respondí.

—Eso es dentro de nada... —Asentí con la cabeza—. ¡Vaya! Así que una bella señorita de veintinueve años... —cogió mi mano y besó mis nudillos.

Sonreí.

—Y tú, ¿cuántos años tienes? —le di un enorme bocado a mi trozo de pizza—. ¿Y tu apellido? porque, ¿de dónde eres?

Se sonrió, dejándome ver una dulce sonrisa aniñada, como si no estuviese acostumbrado y le diese vergüenza hablar sobre él.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

—De nada. Solo que me hace gracia que pongas tanto entusiasmo en todo, Eli... —Jason me miró con ternura—. Nunca había conocido a nadie cómo tú. Me fascinas. Y no quisiera que te alejaras de mi lado por nada.

«Perdona, ¿qué?, ¿puedes repetir?»

En ese momento me pregunté cómo era posible que no tuviese ya a una mujer a su lado. Me parecía imposible. Lo tenía todo, o eso parecía. Y se entregaba como si nunca antes se hubiese entregado a nadie en el amor. ¿Pero por qué? ¿Sería por algo en especial? No parecía el típico hombre que solo buscaba sexo. Aunque le encantara practicarlo, se le veía necesitado de cariño, y él estaba lleno de ello para darlo, y eso era algo que realmente me desconcertaba.

—¡Vaya!, sabes cómo enamorar a una mujer... —me abalancé sobre él haciendo que cayera de espaldas sobre la alfombra.

Lo miraba desde arriba, sentada a horcajadas en su regazo.

—Nunca me he preocupado de mi vida ni de mí. Nunca me ha importado lo que pudiera pasarme... —hizo una breve pausa y acercó su cálida mano a mi mejilla para acariciarla—. Pero no sé que es lo que me has hecho para que ahora desee, con ganas, vivirla contigo.

Lo deseé con todas mis fuerzas. ¡Qué locura! ¡Qué puta locura!

—Jason... —salió como un susurro de mis labios, procesando sus palabras.

Nos fundimos en un húmedo beso acariciando nuestras lenguas sensualmente, lamiéndonos el uno al otro como si fuésemos dos perros heridos. Aquello, me excitó.

—Eli, para, por favor, o no vamos a poder seguir cenando... —noté su dura erección, que crecía con rapidez bajo mi entrepierna.

Reaccionábamos inmediatamente a nuestro mínimo contacto.

—Perdona, tienes razón.

—No me pidas perdón, preciosa... —me miraba con adoración.

Volvimos a nuestros puestos, solo que Jason me arrastró hacia él para que quedara más cerca de su cuerpo.

—Bueno, ¿me vas a decir entonces cuantos años tienes?, ¿o te vas hacer de rogar...?

Dio un largo trago de su lata antes de seguir hablando.

—Mi nombre es Jason Smith, soy de Boston, y tengo treinta y dos años. Y... mi cumpleaños es el veintiséis de julio.

—Jason Smith... me gusta. Y me gustan los hombres de treinta y pico...

—¿Los hombres...? —reiteró divertido.

—Sí. Pero tranquilo, tú te llevas la palma.

—Eso me gusta más —dijo riendo—. ¿Y tú eres de...?

—Un pueblecito costero de Barcelona, España.

Se le iluminaron los ojos. Lo vi gratamente sorprendido.

—Mmm... me encanta España... —manifestó—. Solo fui una vez por trabajo, a Barcelona precisamente. Y, la verdad, no me importaría para nada volver de nuevo.

Por un momento pensé en que no me importaría nada enseñársela personalmente. ¿Llegaríamos a eso?

—Y tus padres, ¿viven en Boston? —pregunté antes de dar un enorme bocado a mi trozo de pizza.

Brindó el silencio. Nunca pensé que, con una pregunta tan simple como aquella, se pudiera crear un silencio tan intenso como aquel.

—Bueno... Mis padres... murieron en un accidente de coche cuando yo

tenía catorce años... —dijo en un doloroso susurro.

El silencio, de nuevo, reinó. Imaginarme aquel hombre tan varonil y fuerte, tan seguro de sí mismo, que se encontraba cerca de mí con la mirada clavada al suelo siendo un crío de tan solo catorce años, sin padres... me desgarró el alma. No pude evitar que me entraran ganas de llorar. Me ardían los ojos al intentar contenerme. Tuve que tragar poco a poco el bocado de pizza para no atragantarme ya que se me había cerrado la garganta. No podía ni quería pensar que habría hecho yo si hubiese perdido a lo que más quería en este mundo.

—Lo siento. Lo siento muchísimo, Jason... No creí que... Yo...

—Tranquila, tranquila, cielo... Intento no pensar en el infierno que supuso para mí su muerte. Pero vivo del recuerdo de ellos cada día.

No pude retener una salada lágrima que desbordó de mis ojos mientras lo contemplaba y agarraba con fuerza su firme mano.

—Eli, no llores, por favor, pequeña... Si tengo que sacar algo de aquello es que me convertí en lo que soy. Me convertí en un hombre fuerte, capaz de todo. Sin miedo a nada. Después de aquello, nunca sentí dolor o sufrimiento. No me importaba lo que me pudiera pasar. Nunca he tenido nada que perder —se quedó callado—. Hasta ahora... —alargó su mano para acariciar mi humedecida mejilla.

—Jason, pero no puede ser. Tienes que quererte, debes preocuparte por ti... —exigí tiernamente mirándolo a los ojos.

—No. No me importa nada. Desde entonces, mi única preocupación fue prepararme lo mejor que pude para ser implacable. Para ser el mejor. No puedo permitirme fallos: hay gente que deja sus vidas en mis manos. Que necesitan que alguien, como tú muy bien dijiste, deje de tener una vida normal para que ellos puedan seguir viviéndola.

—Pero eso es...

—Pero eso es nada, Eli. Es lo que yo elegí y es lo que yo hago —sentenció—. Es lo que me salvó después de la muerte de mis padres. Estaba solo. No tenía a nadie que pudiese hacerse cargo de mí. Y mi decisión fue ingresar en la Academia Militar de los Estados Unidos.

No me hubiese podido imaginar nunca que, detrás de aquel hermoso hombre, hubiese tal vacío. Aquello me partió el corazón. Aquello me hizo

romper a llorar como hacía tiempo que no lloraba. ¡Y pensar que durante estos dos años no he dejado de quejarme porque no tenía cerca a mis padres, pudiendo hablar con ellos cuando quisiera! ¡Qué egoísta me sentía!

—Eli, no me hagas esto, por favor te lo pido. No puedo soportar ver que lloras, que derramas lágrimas por mí. Por eso, cuando te digo que me importas, te lo digo tan seriamente, preciosa. Porque tú, en cinco puñeteros días, me has hecho vivir y sentir algo que, hasta ahora, yo no conocía —tragó saliva—. Que no pensara que necesitara tanto. Y, si algo me duele ahora mismo, es pensar en que puedas volver a marcharte de mis brazos y no me quieras volver a ver.

—Lo siento, Jason. Lo siento, lo siento, lo siento. Yo no pensaba que te estuviera haciendo tanto daño. Yo solo...

—¡Shhh! —tapó mis labios con su dedo para que me callara—. Ven aquí... —pidió haciendo que me sentara sobre él, rodeando su cintura con mis piernas—. ¿Ahora entiendes por qué te necesito tanto? —Afirmé con la cabeza, mirándolo a los ojos—. Voy a hacer lo que haga falta para que sientas lo mismo que yo siento por ti... —Me temo que no había mucha cosa por hacer: cada segundo a su lado iba siendo un pasito más cerca de mi perdición. Me volvía loca. —Pero, por favor, dime que no te vas a ir corriendo nunca más...

—Te lo juro, Jason —aseguré firmemente y rodeé su cuello con mis brazos—. Te has metido en mi cabeza como nunca antes nadie se había metido. Necesito verte cada día. Me encantan tus besos, tus caricias... Ver cómo me miras con tus ojos llenos de ternura y adoración. Me encanta sentirme atada a ti. Me encantas todo tú.

Nos fundimos en un intenso beso. Pero, aunque hubiese toda la atracción sexual que siempre había entre nosotros, en ese momento prevaleció otro sentimiento: el amor. Y así nos quedamos abrazados durante varios minutos. Nadie hubiese dicho que tan solo hacía unos días que nos conocíamos. Ni tan siquiera nosotros.

—Vaya, esto se ha enfriado —dijo Jason llevándose un trozo de pizza a la boca—. Mañana trabajas, ¿verdad?

—Sí. Me muero de ganas por terminar la semana... —bufé.

—¿Cenas mañana conmigo? —preguntó.

—No puedo. Hemos quedado para salir las tres...

—¿Las tres...? ¿Qué tres?

No sé por qué di por hecho de que ya conocía a mis buenas amigas.

—Susan, Denise y yo.

—Vaya, no sé por qué, me da miedo solo de oírlo... —soltó riéndose.

—Ya te lo puede dar, créeme... —aseguré riéndome yo también.

—Tu amiga Susan se llevaría una mala impresión de mí el otro día...

—No sabes lo que dices... Está encantada contigo y ni tan siquiera te conoce...

—¿Sí? Y eso, ¿a qué se debe?

—Tu verás... —dije señalando su cuerpo de arriba abajo—. Bueno, y quizá... a algo más que yo misma le he contado...

Jason me miró atentamente.

—Mmm... me interesa. Explícame, ¿que es eso que le has contado? —preguntó con interés escondiendo una sonrisa.

—Eso no te importa —dije con una infantil burla.

—¿Ah, no?

—No...

—Te advierto de que poseo grandes dotes para sonsacar información a la gente...

«¡Ups!»

—¿Ah, sí? —lo reté con picardía—. Pues que sepas que no conseguirás nada conmigo...

—¿Quieres que lo comprobemos, pequeña? ¿Vas a ponerme a prueba...? —su mirada se enardecía por momentos.

«¡Joder, pero qué sexy!»

—No sabes lo cachonda que me pone oírte decir eso... —confesé mordiéndome el labio inferior.

—Ven, preciosa... Te voy a demostrar algunas de mis habilidades para torturar a la gente y lo malo que puedo llegar a ser... —Jason me tomó por la cintura y me tumbó sobre la alfombra, deseoso de mí.

—Mmm... Sí, quiero que me lo muestres todo.

Me miró desde arriba.

—¡Oh, cielo!, ¡no sabes las ganas que tenía de quitarte esta puñetera camiseta!

De nuevo, increíblemente, por tercera vez y sin terminar de cenar, aunque no os lo creáis, volvimos a perder la cabeza. Estaba viviendo un sueño. Ese hombre no podía ser real...

CAPÍTULO 11

—Entonces, ¿mañana no te veré? —preguntó.

Después de que Jason me hubiese regalado cuatro maravillosos orgasmos en cinco horas (algo increíble), nos despedimos ya en la puerta de mi apartamento.

—No creo. Voy a estar muy liada, incluso a la hora de la comida... —dije poniendo inconscientemente los ojos en blanco, recordando la conversación que me esperaba con Alan.

Creo que Jason, no sé cómo, fue capaz de descifrar mi mirada, porque, por un momento, juraría que el semblante le cambió.

—Dame tu teléfono... —pidió como un adolescente—. Por lo menos, necesito saber que te puedo escribir en cualquier momento para que no te olvides de mí.

Aquello me hizo gracia; parecíamos dos quinceañeros.

—Eso es imposible, cielo. Me acordaré de ti cada vez que me siente y cruce las piernas... —expuse encantada y sonriendo, mientras cogía un bolígrafo del precioso *bureau* con persiana de color cerezo que estaba al lado de la puerta, y le escribía mi número en un post-it de color azul.

—Eso me gusta... —torció una débil sonrisa—. Pues hasta el sábado, ¿entonces? —preguntó como si fuese demasiado tiempo para él.

—Sí, hasta el sábado... —afirmé, preguntándome si yo también sería capaz de aguantar.

—Ten cuidado mañana por la noche, preciosa, por favor...

Aquella petición por su parte me pilló desprevenida.

—¿Ahora has pasado a ser mi guardaespaldas? —pregunté con cierta ironía.

Se acercó a mí y rodeó con un brazo mi cintura.

—Si fuese tu guardaespaldas, no me separaría de ti bajo ninguna circunstancia... —Me puso un mechón de pelo detrás de la oreja—. Solo me preocupo por ti como lo haría cualquier otra persona a la que le importas mucho... —Alzó mi barbilla y rozó tiernamente mis labios con su pulgar.

«Vaya, ¿de verdad le importaba tanto como aseguraba cada dos por tres?»

—Gracias, pero puedes estar tranquilo. De verdad —acaricié su bonito rostro reforzando mis palabras.

Nos dimos un último e intenso beso y, finalmente, Jason se fue de mi casa a las diez de la noche, sin ganas. Era evidente que, cuando estábamos juntos, pasaban demasiado rápido las horas, dejando de existir para nosotros el resto del mundo exterior.

El viernes me sentía especialmente bien, feliz si me atrevía a decir. Tenía el trabajo que deseaba, donde no cobraba nada mal haciendo lo que más me gustaba. Tenía las mejores amigas que podía tener, que eran más que eso. Había conocido a un super atractivo hombre que, aparte de ser mi vecino, había tenido la gran suerte de haber disfrutado junto a él el mejor sexo que nunca hubiese podido imaginar y que, además, perdía la cabeza por mí. Y, lo más importante, tenía a mis padres vivos sabiendo que podría decirles lo mucho que los quería. Aquello hizo que se me encogiera el corazón de nuevo por Jason. Pensando en cómo alguien había podido pasar sus últimos quince años sin el amor y el calor de una familia.

Durante la mañana solo crucé palabra con Susan para decirle que nos veíamos esa noche, que le diría hora y lugar en cuanto hablara con Denise y también, que no me esperara para comer, que salía a comer con Alan para, por fin, aclarar todo lo que hubiera que aclarar.

—¿Cómo? —esa fue su respuesta.

Cuando mi amiga escuchó mis últimas palabras, no pudo evitar poner su tan expresiva y cómica cara de asombro, que tan bien le salía, y aquello me hizo reír. A la una menos diez recibí un mensaje. Cogí mi teléfono para leerlo, pensando en que sería Denise recordándome que no le había devuelto la llamada ayer después de colgarle.

«Joder, esta noche me va a matar...», pensé.

Pero... no era ella; era alguien que, al leer su texto, consiguió que apareciera en mi cara una gran sonrisa mientras me estremecía de placer al rozar mis muslos, y sentía mi delicada entrepierna dolorida por él:

—Llevo desde las diez de ayer noche pensando en ti, preciosa...

Sonreí aún más al darme cuenta de que era la hora en que cerré mi puerta después de despedirnos y que Jason se metiera en su apartamento.

—Pues a mí no me ocurre lo mismo... —lo pinché

Sabiendo que no tardaría en llegar su respuesta.

—¡¿Nooo?! —fingió estar escandalizado—. ¿No has pensado en mí?

Respondí rápidamente:

—No... Yo llevo desde ayer noche volviéndome loca por volver a estar contigo... Te deseo.

—Eres muy mala conmigo, Elisabeth. Quizá tenga que volver a torturarte para que te portes mejor...

«¡Joder, cómo me ponían esas palabras imaginándomelas de su boca!»

—Me encantaría que volvieras hacer eso conmigo, Jason... Solo de pensarlo empiezo a tener calor...

—Me encanta lo ardiente que eres, pequeña... Si quieres, puedo ir ahora mismo a tu trabajo y darte lo que necesitas encima de tu mesa...

«¡Me cago en mi estampa!» Este hombre, con dos míseras palabras, me ponía como una moto. Notaba bajo mi sujetador cómo mis pezones empezaban a endurecerse y a reclamar mi atención a gritos. Bueno, mejor dicho, la atención de Jason.

—¡Uff! Para, por favor. Me están empezando a sudar las manos solo de imaginarte sobre mí y lo que te haría encima de...

Cuando alguien detrás de mi puerta, picando varias veces, me devolvió al lugar sacándome de mis fantasías de golpe.

«¡Mierda!».

Casi se me cayó el móvil al suelo de lo nerviosa que me puse. «¡Joder!»

—¡Adelante! —dije recomponiéndome en mi silla, seguro, toda sonrojada. Podía notar perfectamente cómo me ardían las mejillas.

Y, a continuación, se abrió la puerta de mi despacho mostrándome a un seductor Alan, que ese día se había arreglado más de la cuenta. Desde mi mesa pude oler su masculino aroma dulce, que tan bien le sentaba a su

impresionante cuerpo, vestido con un traje gris de tres piezas. Tenía que reconocer que era realmente guapo, y que ese día estaba sumamente atractivo. Muchas mujeres aseguraban que tenía un cierto parecido a Ashton Kutcher, lo cual le otorgaba cierto poder para «calentar» a las mujeres con facilidad. Y precisamente, en ese momento, no ayudaba. El tórrido intercambio de mensajes con Jason unos instantes antes y la repentina aparición de Alan, rebosando virilidad, me hicieron vulnerable en ese momento.

—Hola, Lis...

Saludó desde la puerta con cierta chulería, con una mano descansando en el pomo de la puerta y la otra metida en el bolsillo, apartando a un lado una parte de la americana, dejando a la vista parte de su trabajado cuerpo entallado.

—Alan... Pasa, recogeré mis cosas y nos iremos —sacudí la cabeza y me centré.

Se acercó a mi mesa, quedándose a pocos pasos de ella, mirándome con unos penetrantes ojos que irradiaban seducción. En silencio. No abrió la boca. Me contemplaba. Me ponía nerviosa tenerlo cerca de mí callado, reparando en todo lo que yo hacía. Empecé a sentir cómo el calor se acumulaba en mi cara y en mi estómago por los nervios.

—¿Estás bien? —preguntó con un bajo tono de voz, apoyando sus manos sobre la mesa, e inclinándose hacia mí.

Alcé la cabeza y nos encontramos. ¿Estaba jugando a ponerme nerviosa? Porque el muy cabrón lo estaba consiguiendo.

—¿Qué? Sí, sí... Enseguida nos vamos...

—Tranquila, no tengo prisa. Tengo para ti todo el tiempo del mundo... — en su voz hubo erotismo.

Y aquello no me ayudó. Se me cayó al suelo, frente a sus pies, una carpeta que dejó varios folios esparcidos por suelo.

«¿¡Joder, pero qué me pasa!?!»

Al instante, nos agachamos los dos a recogerlos haciendo que nuestras frentes casi se rozaran.

—¿De verdad te encuentras bien, Lis? —preguntó Alan muy cerca de mí, mirándome con sus turbios ojos mientras alargaba una mano y rozaba mi

mejilla muy cerca de mis labios.

Aquello me hizo dar un brinco y volver a mi sitio, como si sus dedos me quemaran... Solté los folios sobre la mesa y, sin coger nada más, salimos de allí para conseguir escapar de aquella tensión sexual, que no sé por qué cojones se había creado en un momento entre nosotros. Al salir del edificio, un soplo de aire fresco me sirvió de ayuda para empezar a despejarme; lo necesitaba. Debía estar entera para lo que me esperaba a continuación. Aclarar las cosas con Alan era, en ese momento, más primordial que nunca para no perjudicar a Jason más de lo que ya había hecho con mi mentira, pues tenía muy claro que ese hombre no se merecía sufrir más de lo que ya había sufrido, y menos por mi culpa.

Buscamos un lugar cercano al trabajo para comer, ya que yo disponía de poco tiempo. El restaurante estaba abarrotado, pero como todos a esa hora y en ese lugar. Tuvimos que sentarnos en una pequeña mesa al fondo de la sala, donde nuestras rodillas casi podían rozarse por debajo de la mesa por la cercanía que había entre nuestros cuerpos. Pedimos un plato combinado cada uno, y el simpático camarero trajo una botella de agua para compartir, seguramente pensando en que seríamos pareja. Supongo que dábamos aquella impresión. Y, poco después y viendo que yo no me arrancaba, Alan empezó rompiendo el hielo.

—Bueno, me alegro de que por fin podamos estar juntos... Y solos... — clavó sus ojos en mí mientras alzaba su copa de agua para beber.

Aquello me hizo recordar a qué veníamos y me removí nerviosa en mi silla.

—Sí. Llevo tiempo que quería hablar contigo, Alan... Bueno, aclarar algo... —pinché sin hambre unas deliciosas patatas fritas de mi plato y decidí ir directa al grano. Como dice el dicho: «muerto el perro, muerta la rabia». O algo así, creo...

—¿Sí? Me alegra oír eso. Me daba la sensación de que estuvieses evitando verme. Desde la noche de nuestro encuentro en mi coche... —hizo una breve pausa—... no habíamos vuelto a estar solos...

En ese momento alargó su mano para poder rozar la mía que descansaba sobre la mesa. Con un acto reflejo, recogí mis dedos cerrando el puño y retiré la mano de allí, lo que no sentó muy bien a Alan, que rápidamente saltó a la

defensiva conmigo.

—¿Lis, qué ocurre? —me miró entre confuso e irritado—. ¿No quieres que te toque? ¿Por qué te apartas de mí? —Debía de imaginarse a qué se debía mi reacción, y aquello no le haría mucha gracia, porque, la verdad, tampoco había muchos más motivos.

—No, no es eso Alan. Bueno, no exactamente...

—¡Ah!, ¿no? ¿Y que es exactamente? Explícamelo... —exigió empezando a ponerse nervioso.

Debía reconocer que estaba realmente sexy cuando se enfadaba. Y el traje gris que llevaba puesto hacía resaltar el intenso oscuro de sus cautivadores ojos, consiguiendo que me costara apartar la mirada de ellos. Maldito cerdo engreído... y guapo.

—Acostarnos, si así se puede llamar, fue... un error...

Entonces recordé a Alan bramando de placer en el asiento delantero de su coche mientras me movía sobre él con acelerado ímpetu. No sé por qué, aquel recuerdo consiguió que una corriente se centrara en mi entrepierna y ascendiera por mi columna, estremeciéndome de placer.

—¿Si así se puede llamar, Lis? —preguntó con agravada ironía—. Claro que se llama así lo que pasó en mi coche... Te guste o no, follaste conmigo y no hay marcha atrás... Y, por cierto, me encantó lo salvaje que fue... —confesó a los cuatro vientos. Yo tragué saliva—. Cada vez que te veo, no puedo evitar recordarlo y se me pone dura de nuevo, preciosa.

«Vale, esto ya se está yendo de madre...»

—Alan, no te pases conmigo. Si estoy aquí es solo para pedirte disculpas por lo que pasó; iba muy bebida y no sabía lo que...

—No, Lis... —me cortó tajantemente—. No me vengas con eso, porque sabías perfectamente lo que estábamos haciendo. Yo no te forcé, y lo sabes. Y creo recordar que tú también disfrutaste bastante, al igual que yo... —Ahí tenía razón. No podía negar lo innegable. Fue un buen polvo con el que disfruté, pero también era verdad que, en otras circunstancias, no habría accedido—. Así que no acepto tus disculpas porque no hay nada que disculpar.

—Pero no debería haber ocurrido. Fue un error. Lo siento, pero para mí no fue nada más. No te quiero perder como amigo Alan, pero...

—Pero para mí no solo fue un polvo, y lo sabes... —reveló lo que yo ya sabía—. Fue contigo Lis. ¡Contigo! Sabes lo que siempre he sentido por ti...

—¿Y qué me dices de los polvos con todas las demás, Alan? Seguro que también estás enamorado de ellas hasta que consigues lo que quieres...

«¿Qué mierda acababa de soltar? ¿De verdad había dicho eso?». Dije algo a la defensiva, sin fundamento. No había por dónde coger aquella acusación hacia él, pero, no sé por qué, se me ocurrió soltar aquella idiotez como si fuese una vía de escape reprocharle que se acostaba con todas cuando eso a mí no debería importarme. O así debería ser.

—Eso es un golpe bajo, Lis... Tú siempre has sido tú y lo sabes. Por eso, yo pensé... que tú y yo...

«¡Dios, pero qué difícil todo!»

—¡Joder, Alan! Lo siento, de verdad. Mi intención nunca fue la de darte falsas esperanzas... Se me ha ido de las manos. Te lo juro. Siempre te he querido como amigo, como compañero... pero nada más. Y un polvo no va a cambiar eso, lo siento —lo escupí todo, como si llevara días intentando digerirlo en mi estómago, pero la única solución fuera vomitarlo todo. Y así lo hice, por muy mal que me supiera a mí también—. Creo... que será mejor para los dos que lo olvidemos.

Se hizo un profundo silencio. Hubo una breve pausa en la que los dos intentamos tranquilizarnos, por nuestro bien y por no dar el espectáculo. Pero Alan, herido, apretaba la mandíbula y resoplaba fuertemente mirándose los puños apretados.

—¿Es por él, verdad?

—¿Qué?

Clavó sus ojos en mí.

—Ya me has oído, Lis. Estoy seguro de que, si no lo hubieses conocido, tú y yo podríamos...

—Ni se te ocurra, Alan. No sigas por ahí... —le advertí—. No metas a Jason en esto. Nuestro polvo fue antes de conocerlo y ya entonces me arrepentía de lo ocurrido. Ya te he pedido perdón. Si no quieres aceptarlo, no puedo hacer nada más.

Tragó saliva lentamente.

—Claro... —Alan entrecerró sus preciosos ojos y vi un destello de maldad

en ellos. Creo que nunca los había visto así—. Y... ¿se lo has contado a ese tal Jason? —preguntó con el ceño fruncido. Aquella pregunta me descolocó.

«¿Y a ti que narices te importa!?!», pensé.

Pero el maldito Alan consiguió que volviera a mentir de nuevo con tal de terminar con aquel tema de una vez por todas. Nunca había mentido tanto, y menos por un puñetero polvo.

—Sí, lo sabe —dije maldiciendo mientras, por debajo de la mesa, retorcí mis manos por no estirarme de los pelos por todo lo que estaba acarreándome aquel maldito polvo.

—Vaya... —le sorprendió mi respuesta—. ¿Y qué tal le ha sentado a tu nuevo novio saber que follamos como dos animales en mi coche y disfrutaste como una verdadera loca?

En ese mismo instante, tal cual terminó Alan la frase, me levanté de la mesa a medio comer y le di un majestuoso y sonoro bofetón, que hizo que se girara parte de los camareros y de la gente que se encontraba comiendo cerca de nosotros.

—Te lo he avisado... —lo amenacé con el dedo—. No vuelvas a hablar nunca más sobre el tema o me perderás de vista para siempre... —asegué firmemente.

Pero el bofetón no es lo que más le dolió. Salí por la puerta dejándolo allí solo, muerto de rabia e impotencia, al darse cuenta de que nunca me podría tener. El espectáculo estaba servido.

CAPÍTULO 12

Cuando entré en mi oficina, con el estómago revuelto por los nervios de enfrentarme a mi compañero y la tensión que provocaba en mí acechándome con sus insinuaciones, tenía ganas de vomitar.

«Ya está, Eli... Ya está. Está todo aclarado...», repetí para mí misma. Aunque, no sé por qué, no me lo acababa de creer.

En ese mismo momento sonó mi teléfono repetidas veces sobre la mesa de trabajo, pero hice caso omiso de él. No me apetecía mirar la pantalla y ver el nombre de Alan pidiéndome explicaciones de por qué le había girado la cara en público y me había largado sin más.

—Capullo... —dije en voz alta, refiriéndome a él (o al teléfono, no lo sé...)

Pero, al ver que no dejaba de sonar, decidí, por lo menos, mirar la pantalla para ver de quién se trataba. Era Denise.

—Hola, Denise... ¿qué tal? —contesté con todo el entusiasmo que pude.

—¡Lis! ¿Dónde coño te habías metido, tía? —respondió algo alterada—. Llevo varios días intentando hablar contigo y es imposible...

—Si, ya lo sé. Lo siento pero ha sido una semana algo movidita...

—Sí, sí... Algo de eso tengo entendido... Creo que tienes mucho que explicarme... Por cierto, ¿que tal ha ido la comida con el capullo de Alan? He llamado a Susan para concretar lo de esta noche y me ha dicho que salías a comer con él.

Resoplé más fuerte de lo que debía.

—Bueno, no muy bien, la verdad —dije todavía algo agobiada.

—¡Vaya! Eso no es bueno, aunque ya se veía venir... Oye, ¿y por qué me colgaste ayer?

—¡Uff! Es un poco largo de explicar... —eché la cabeza hacia atrás, reclinándome en mi silla—. Por la noche te explico toodo con pelos y señales, ¿vale?

—Joder, Lis. Me estás preocupando, te noto agobiada... ¿Quieres que vaya para allá?

—¡No, no! Estoy bien, de verdad. Solo necesito un par de buenas amigas para esta noche, ¡y unas cuantas copas! Tengo ganas de verte...

—¡Y yo, cielo! Pero esta noche es nuestra, pequeña... —aseguró—. ¡Ah! Susan te dirá dónde y a qué hora, así que nos vemos en unas horas, ¿vale?

—Vale, preciosa... Hasta la noche. Un beso.

—Un beso. Te quiero...

Un rato después, plegué del trabajo. Eran las cuatro y al fin era viernes, y lo único que podía conseguir levantarme el ánimo era pensar en la noche que me esperaba con las chicas. Bueno, y Jason, claro. Me moría de ganas de verlo, de besarlo... de estar a solas con él. Solos los dos. Sin nadie más. Eso hizo que quisiera estar más sexy que nunca para él. Pensé en que, ya que tenía toda la tarde para mí, podría comprarme algo para sorprender al hombre que tan loca me volvía. Y eso hice. Me dirigí al centro comercial y me relajé comprando algunas cositas. Entré en varias tiendas de ropa y di algunas vueltas por ellas sin encontrar nada que me entusiasmara, pero al final di con algo que llevaba mucho tiempo buscando y queriéndome comprar. Nada más verlo, supe que iba a ser mío. Decidí comprarme un sexy y bonito corpiño morado para salir aquella misma noche, que pensé en combinarlo con unos simples pitillos negros que ayudaban a realzar mi respingón culo, y terminar poniéndome unas provocativas sandalias de tacón con los dedos al descubierto.

«¡Uh, esta noche promete!»

Seguidamente, entré en otra tienda de lencería fina que me encantaba, donde estuve probándome varios conjuntos sugerentes y *sexys* que me hacían parecer realmente explosiva, pero al final me decidí por un irresistible *body* negro transparente descubierto por detrás, que dejaba a la vista parte de mis nalgas. Por delante ofrecía un gran escote, con unos delicados tirantes finos que realzaban descaradamente mis pechos y mis hombros, y dejaba

deliberadamente a la vista mi completamente depilada entrepierna. Como detalle, tan solo tenía unos diminutos topitos negros en un suave y aterciopelado relieve, dándole un toque *sexy* y dulce a la misma vez. No pude evitar pensar en la cara que pondría Jason y en las ganas que tenía de enseñárselo.

«¡Me encanta!»

Finalmente, llegué a casa entusiasmada y cargada con unas cuantas bolsas, con el tiempo justo de ducharme y volverme a arreglar para dirigirme hacia donde habíamos quedado las chicas y yo, para comenzar con lo que prometía ser una gran noche.

Las chicas y yo fuimos a cenar a nuestro restaurante favorito. Era un italiano que nos encantaba a las tres. Tenía buena comida, buen ambiente, precio razonable y, casualmente, unos guapos camareros que nos alegraban la vista e incluso nos hacían reír. Era perfecto para nosotras. Susan pidió, como siempre, su lasaña de boletus, que tan rica estaba; Denise cambió su clásica pizza de atún por una pizza cuatro quesos, la cual tenía muy buena pinta, y yo fui fiel a mis tallarines verdes Don Giovanni que tanto me gustaban, con sus trocitos de pollo y jamón dulce, acompañados con unos champiñones laminados bañados en su deliciosa bechamel y queso fundido. Y, para beber, ya que nos sentaba especialmente bien, demasiado bien incluso..., pedimos un Lambrusco, que importaban especialmente desde Italia, elaborado minuciosamente en el pueblo del chef.

—Bueno, creo que esto se merece un brindis, ¿no creéis? —dijo Denise alzando su copa, que esa noche estaba realmente guapa con un bonito vestido negro ceñido al cuerpo de escote *halter* y sus zapatos rojos de salón.

—Tienes toda la razón. Esta noche se merece unos cuantos brindis... —añadí alzando yo también mi copa para brindar con mis dos queridas amigas.

—¡Por nosotras! —gritamos al unísono antes de pegar un buen trago.

Esa noche era nuestra y estábamos dispuestas a comérmola.

—Vas a tener que hacer doble ejercicio esta noche, Lis, para quemar todo eso... —dijo Denise con gran picardía.

Se acababa de abrir la veda a las preguntas sobre Jason y esta última semana.

—Puedo permitírmelo... Llevo dos días pasándome de ejercicio... —añadí con una traviesa sonrisa. Las tres nos echamos a reír ante aquel perspicaz comentario.

—Así que una semana movidita, ¿eh...? —preguntó casi confirmándolo. Suspiré y afirmé.

—Sí, la verdad es que sí... Muy movidita... —respondí llevándome el tenedor con unos tallarines enrollados a la boca.

—¿Y realmente está tan buenorro, como dice Susan, ese nuevo vecino tuyo?

—¡Oh, sí! —Cogí mi copa y, mientras la sostenía, torcí la cabeza para seguidamente exponer algo como explicación—. Digamos... que es un Dios del cielo que ha sido desterrado por ser endemoniadamente *sexy* y ha sido enviado a la tierra, como castigo, para que vuelva locas a las mujeres con su cuerpo y su verga, y así acabar con las tristes fantasías y los falsos orgasmos que nos estaban proporcionando algunos villanos terrestres.

Soltaron una carcajada.

—Amén, hermana —bromeó Susan juntando las manos como si rezara.

Esa noche estaba guapísima con vestido palabra de honor azul y su pelo rizado recogido. Aquello nos hizo estallar a reír ante la atenta mirada de parte del restaurante, que nos observaba.

—Veo que te ha calado hondo, nena... —dijo Denis, vaciando lo que quedaba en la botella en nuestras copas medio vacías.

—¡Y tan hondo...! —contesté.

En ese momento nuestras carcajadas fueron aún más sonoras.

—Controlaos, chicas, o nos echaran del restaurante, y no podremos volver a venir... —dijo Susan bajando la voz, algo avergonzada.

—¡Qué va! Si somos el alma del restaurante... ¡Camarero! —gritó de golpe Denise, levantando la mano a un guapísimo moreno que estaba cerca de nosotras.

—¿Qué vas a pedir? —preguntamos las dos mirándola.

El guapo camarero, muy elegante, vestido absolutamente todo de negro, se acercó a nosotras muy servicial, pero, cómo no, Denise, intencionadamente, consiguió sacarle los colores.

—Señoritas... —se dirigió a nosotras con las manos detrás en la espalda

en un gesto servicial.

Era un atractivo moreno de ojos azules y pelo negro, con alguna greña que caía descuidadamente sobre sus ojos. Era difícil que pasara por tu lado y no te giraras a mirar.

—Hola... —susurró Denise al camarero con una de sus intimidadoras y sugerentes sonrisas.

La mirada del atractivo camarero se centró en ella.

—Buenas noches... Díganme, ¿qué necesitan?

—¿Cuál es tu nombre? —Denise lo sorprendió de verdad con aquella pregunta.

Susan y yo ya veíamos venir por dónde iba nuestra descarada amiga y nos tuvimos que cubrir la cara con las manos para que el guapo camarero no nos viera reír.

—¿Mi nombre? —Estaba claro que no se esperaba esa pregunta por parte de Denise. Su cuerpo ligeramente se tensó.

—Ajá... —Ella lo recorrió de arriba abajo con sus preciosos ojos grises, que hacían delirar a la mayoría de los hombres.

—Mi nombre es Daniel, ¿puedo ayudarla en algo...? —empezaba a ponerse nervioso e hizo el amago de una nerviosa sonrisa.

—Seguro que sí, Daniel... —y, con toda la picardía del mundo, soltó lo que estábamos esperando Susan y yo desde que había empezado a hablar con él. La pregunta del millón, consiguiendo dejar perplejo al atractivo camarero y a nosotras—. ¿Qué nos puedes ofrecer, a las señoritas y a mí, de beber... que consiga apagar el abrasador calor que llevamos dentro...?

El camarero arqueó la ceja derecha, más que sorprendido por las sugerentes palabras de mi amiga, y tragó poco a poco saliva. Aunque no le salieron las palabras. Seguramente, cada día no se encontraba a una *sexy* morena de ojos azules que le provocara de aquella manera. Susan y yo la mirábamos asombradas, sin creernos lo que acababa de hacer, porque vale que siempre tenía arrebatos de divertida locura y hacía de las suyas, pero lo de provocar a un pobre camarero tan descaradamente no lo había hecho nunca. El atractivo camarero tuvo que parpadear varias veces hasta recuperar la compostura. Pero, una vez conseguido, sin apartar la mirada de Denise, la cual se iba encendiendo por momentos, respondió con mucha

profesionalidad, pero cambiando el tono... a algo más sensual.

—Sé perfectamente lo que necesitan las señoritas... de beber, claro... —respondió desnudándola con la mirada.

Había que reconocer que fue muy discreto y correcto, pero no debíamos olvidar que, al fin y al cabo, era un hombre... un atractivo hombre.

—Mmm... ¿sí? —hubo una breve pausa entre ellos mientras se comían con los ojos. Nadie de la mesa dijo nada—. Está bien... —Denise se relamió los labios—. Gracias, Daniel. Seguiremos con el Lambrusco. Eso es todo...

«¡¿Qué?!»

Susan y yo la fulminamos con la mirada sin poder creernos lo que acababa de hacer. El pobre camarero aguantó la mirada unos segundos más antes de marcharse, descolocado, después de aquel sugerente y desconcertante juegucito de mi endiablada amiga.

—¿Qué coño haces? —pregunté yo acusándola—. Te has pasado...

—Qué cruel has sido... ¿Por qué juegas así con él? —le recriminó Susan.

—Tranquilas, tranquilas, lobsas... Sé lo que me hago... —aseguró torciendo una sonrisa mientras se llevaba la copa de vino a los labios, desviando la mirada hacia la barra desde donde estaba Daniel contemplándola.

—¿A qué estás jugando? —pregunté.

—Yo no juego, solo preparo el terreno...

—¿De verdad? ¿Vas a ir a por él? —preguntó Susan.

—Lo único que quería conseguir es que no se olvidara de mi cara... —respondió insinuante.

—¡Pues creo que lo has conseguido! —dijimos Susan y yo a la vez.

Nos miró y en su cara apareció una sonrisa de triunfo. «¿Pero qué le pasa a esta?»

—Bueno... Vamos a brindar de nuevo por nosotras, ¿no? —Denise elevó su copa y no dijo nada más al respecto.

La miramos recelosas y desconfiando de su siguiente paso, porque sabíamos que la cosa no iba a terminar ahí.

—¡Chicas! —replicó Denise al ver que no reaccionábamos.

Susan y yo elevamos entonces nuestras copas para brindar.

—Está bien... ¡Por nosotras! —brindamos algo intrigadas.

Después de aquella tensión que se había creado entre Denise y el camarero, proseguimos con la cena más tranquilamente mientras nos poníamos al día con nuestras interesantes y ajetreadas vidas.

CAPÍTULO 13

El Moroco era un conocido y elegante pub donde el ambiente era agradable y tenías la opción de, simplemente, tomar algo tranquilo en sus cómodos sofás o descender por una de sus dos escaleras y desmelenarte hasta perder el sentido bailando en su amplia pista central, donde estaba la larga barra por la que merodeaban parte de sus atractivos camareros y exuberantes camareras. Nosotras nos acomodamos, nada más llegar, en un extenso sofá con una mesita baja a los pies, que se encontraba cerca de una de las escaleras desde donde podíamos contemplar perfectamente lo que se cocía en la pista. Era inevitable escuchar la música y que nuestros cuerpos no respondieran, pero decidimos pedir unas copas y seguir hablando un rato más antes de perdernos en la noche. Primero, antes de todo, un guapo camarero de piel oscura nos invitó a una ronda de chupitos para ir calentando motores, aunque de eso ya nos habíamos encargado de hacerlo antes en el restaurante. Y, después de arrancar con tequila, seguimos con unos cuantos riquísimos margaritas más.

—¡Qué ganas tenía de esto, chicas! —dijo Denise abalanzándose sobre nosotras para estrujarnos cariñosamente.

Verdaderamente, nuestra relación era especial. Nos queríamos y nos apoyábamos en todo ciegamente las unas a las otras.

—¿Cuándo vuelves a marcharte? —le pregunté.

—¡Uff! En principio, hasta septiembre nada, pero aquí nunca se sabe: si sale algo especial... ¡zasca!, te mandan a tomar por culo sin preguntar... —dijo antes de dar un largo trago a su margarita.

—¡Por cierto, Lis! —saltó Susan de repente, que estaba reclinada en el cómodo sofá de cuero rojo—. No nos has explicado tu comida de hoy con Alan...

—Cierto... —dijo Denise.

Las dos me miraron con atención.

—Dios, no me lo recordéis... —puse los ojos en blanco—. Creo que ese maldito polvo me va a acompañar el resto de mi vida... —resoplé.

Las luces del techo iban y venían, y rebotaban iluminando nuestras caras.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó Denise.

—Depende de lo que para ti signifique ir mal...

—Hombre, pues no sé... —se quedó pensando—. Para mí, ir mal significa que le tengas que dar una patada en los huevos a un tío, ¿quizás...? —preguntó medio en broma.

«¡Casi!»

—Vale, pues entonces, fue «algo» mal... —aseguré riendo y haciendo comillas en el aire con los dedos.

Las dos me miraron con los ojos abiertos como platos a la vez que sorbían de las pajitas de sus respectivos margaritas.

—¿No me digas que le has pegado? —preguntó expectante Susan.

Me mordí el labio inferior.

—Un poquito... —dije haciendo una mueca con la boca.

—¡Oh! —soltaron las dos a la vez con entusiasmo mientras chocaban espitosas sus manos.

—¡Esa es mi chica! —exclamó Denise.

—Explica, explica... —reclamó Susan con ansia.

Se me escapó una carcajada. Ahora me reía de la situación.

—Primero decir... que ayer, cuando plegué antes del trabajo, ¿te acuerdas Susan?

—Sííí...

—Pues, al poco de llegar a casa, justo cuando me iba a quitar la ropa, sonó el timbre de mi puerta, y era él... Se había presentado en mi apartamento sin avisar... —ninguna de las dos articuló palabra.

Estaban demasiado concentradas chupando de sus pajitas y escuchando lo que salía por mi boca. Las miré por si alguna quería añadir algo, pero fue que no.

—Entonces... —proseguí con mi explicación—. Después de saludarnos en la puerta, porque de ahí no pasó, fue cuando sonó mi móvil y, al ir a cogerlo,

vi que eras tú —señalé con el dedo a Denise, que lo confirmó en silencio con la cabeza—. Y te colgué... —recordé. —Sabía que preguntaría por Jason y, al estar Alan delante, no vi oportuno hablar sobre él... —hice un pequeño parón en mi explicación para dar más entusiasmo a lo que le procedía—. Pero, al momento de girarme para volver otra vez hacia la puerta, donde estaba esperándome, entró rozándolo, casi apartándolo del camino, Jason como alma que lleva el diablo, que vino hacia mí para agarrarme y soltarme un espectacular morreo delante de Alan.

Las dos se quedaron con la boca abierta y con la mirada tan fija en mí que hasta los ojos se les debió de secar.

—¿Qué coño?! —salió de la boca de Denise.

Y yo, toda orgullosa al recordar el húmedo beso de Jason, asentí firmemente con la cabeza.

—Increíble... —consiguió decir mi amiga Denise.

—¿Y dónde se compran esta clase de tíos? —preguntó Susan haciéndome reír.

—Vaya... ahora si que tengo deseos por conocer a ese escandaloso hombre que va por ahí alterando el orden público... —añadió Denise mientras mordía el extremo de su pajita rosa.

Yo no pude evitar reír aún más por la explicación en sí, y satisfecha por el ejemplar encontrado.

—Imaginaos la cara de Alan...

—Hubiese pagado por verla —dijo Susan

—Ya te digo... —aseguró mi otra amiga.

En ese mismo momento nos interrumpió una atractiva camarera rubia preguntándonos si deseábamos algo más al percatarse de nuestras copas vacías. Y, cómo no, pedimos otra ronda, ya que todavía tenía mucho que explicar.

Acabé con la garganta seca y la boca hecha un trapo de tanto hablar y mis dos queridas amigas más borrachas que yo, ya que solo tenían dos faenas que hacer: beber y escuchar. Parecían dos crías sorbiendo de sus pajitas. Y fue entonces cuando mi querida Denise decidió que ya era hora de bajar a la pista a mover las caderas.

—¡Vamos a mover ese cucu!

Aquello ya se había animado lo suficiente como para que dieran ganas de bajar a acoplarse a toda aquella manada de lobos, restregándose por allí unos con otros. Tenía que reconocer que, aunque no fuese borracha, sí que tenía ese agradable punto de embriaguez, que tan bien sienta y que tan *sexy* puede llegar a hacer sentir a cualquier mujer. Y, por eso mismo, sin tiempo que perder, nos encaminamos hacia la pista.

Denise abría camino delante y Susan la seguía desde unos pasos más atrás. Yo me quedé la última. Aquello ya se había llenado lo suficiente como para tener que ir arrimándose por los lados para poder cruzar o llegar al sitio.

—¡¡Joder!! —se quejó Susan gritando—. ¡¡Esto está lleno!!

—¡¡Sí!! —le contesté desde detrás, pero creo que ni me escuchó.

Mientras bajaba por las escaleras, eché un rápido vistazo a la gente que había a nuestro alrededor, porque tuve la sensación de que alguien me estuviera observando. Alcé la vista en busca de algún individuo que tuviese la mirada fija en mí, pero nada: no me pareció ver a nadie.

«No bebas más, Eli...» —me aconsejé a mí misma.

Pensé que serían imaginaciones mías, pero... no era así. Antes de volver a centrarme en los escalones para dirigirme en busca de mis amigas, que ya se encontraban abajo, vislumbré de entre las mesas, a unos cuantos metros, unos impresionantes ojos que destacaban a gritos y que me eran gratamente familiares. Pocos ojos había así de hermosos. Y resulta que allí estaba él, rebosando seducción por los poros. Tan guapo como siempre, o más, no lo sé. Lo cierto es que me quedé sorprendida y anonadada al verlo. Otra vez volvía a tener ese poder sobre mí que hacía que la cabeza se me nublara tanto que no dejaba enviar señal a mi cuerpo para responder. No supe cómo reaccionar: si hacer cómo si nada o acercarme a él y saludarlo, y, por qué no, volver a rozar su piel. Él me miró tan fijamente que pude sentirlo en mi entrepierna y, acto seguido, fue recorriendo mi cuerpo de arriba abajo con una mirada tan caliente que se iba encendiendo por momentos, casi iluminando el lugar, y consiguió que en mis labios, como en los de él, apareciera una tonta sonrisita. Todavía no podía creer cómo ese hombre, de apariencia todopoderosa, a veces se mostrara frente a mí tan delicado y vulnerable.

«¡Dios del amor hermoso!»

Vi que estaba sentado en un pequeño sofá, acompañado por otro atractivo

y musculado hombre, que se llevaba a los labios un vaso cuadrado de cristal, de lo que seguramente debería de ser un *whisky* a secas. Jason le dijo algo, acercándose a él para que pudiese oírlo y haciendo que el fornido hombre se reclinara en su sofá. Acto seguido, un exquisito Jason, vestido absolutamente todo de negro, se levantó mostrando al mundo su escandaloso cuerpo, haciendo que las cuatro chicas del sofá de al lado se alborotaran como gallinas.

«¡Serán hijas de puta!», pensé, medio borracha, «¡Es mío! ¡Es mi vecino!»

Pero él solo tenía ojos para mí. Estoy segura de que, si en ese momento le hubiesen plantado un muro delante, habría sido capaz de atravesarlo con tal de llegar hasta donde yo estaba. Pude olerlo todavía a lo lejos, como si fuese una perra en celo. Aquel olor, su olor, su exquisito y sublime olor, hizo que algo en mi entrepierna se despertara. Parecía que mi entrepierna lo hubiese visto venir a lo lejos y lo estuviese saludando con entusiasmo.

«¡Eh, hola! ¡Aquí!»

Al llegar, sin decir nada, me rodeó con su brazo izquierdo y, con la otra mano, cogiéndome por la nuca con habilidad, como si llevara días sin comer y estuviese hambriento, se comió mi boca dejándome casi sin aliento. Me absorbió.

—Hola, preciosa... —dijo cerca de mi oído.

—Hola... —dije, atontada todavía por el beso que me acababa de robar.

Acarició mi mejilla con el dorso de su mano.

—Estás exquisita esta noche... —me repasó de nuevo con la mirada.

—Gracias. Tú, irresistible como siempre... —contesté rodeando su cuello con mis brazos.

Me sonrió en agradecimiento.

—¿Qué tal la noche? ¿Te lo estás pasando bien con tus amigas? —preguntó.

—Genial. Me lo estoy pasando genial y, además, parece que la noche mejora por momentos... —dije rozando con sensualidad sus labios con los míos.

—Te he echado de menos... —rozó ahora él mis tiernos labios con su lengua.

—Y yo. No sabes cuánto... —respondí mordiéndome el labio inferior y derritiéndolo con la mirada.

—¿El día, bien?

—Sí, bastante bien... Gracias.

—¿Seguro, pequeña? —insistió.

Me apretó más a su cuerpo.

—Sí, de verdad —y, para desviarnos del tema de Alan, al que muy sutilmente se refería Jason, desvié la mirada hacia donde él había estado sentado, y comenté—: Pensaba que no conocerías a nadie por aquí... Al ser de Boston...

Él torció una sonrisa y recorrió con su pulgar mi labio inferior.

—Pues ya ves que sí... —respondió sin más antes de besarme.

—¿Algún contacto de los tuyos? —pregunté toda traviesa.

—Eso... no te lo voy a decir —amagó una sonrisa.

—Entiendo... —sonreí, poniéndome de puntillas para llegar a su perfecta nariz y darle un cariñoso beso de esquimal.

—¿Y tú? ¿Estás sola? —miró a mi alrededor.

—No, qué va... Las chicas han bajado a la pista y yo las seguía... Pero algo me frenó de repente, haciendo que lo deseara con todas mis fuerzas...

Volvimos a enrollar nuestras lenguas en otro placentero beso y comencé a notar, contra mi parte baja, algo grande y duro que crecía dentro de sus pantalones.

—¿Notas eso? —preguntó con pasión, pegado a mi boca.

—Sí, ya lo creo que lo noto... —respondí soltando un jadeo.

La respiración de los dos se aceleraba por momentos y nuestra piel comenzaba a quemar.

—Eso es lo que provocas en mí, Eli... Todo mi cuerpo responde con tan solo una mirada tuya —Aquello era cierto.

Ni tan siquiera me había dirigido a él desde la escalera y él solito se había levantado para venir en mi búsqueda. Ansioso de mí. Necesitado de mi boca.

—Me gusta... Aquí también hay alguien que pregunta por ti... —dije descaradamente, introduciendo entre mis piernas su robusto muslo—. Estoy segura de que, si no lleváramos pantalones, podrías empaparte de mí... —aseguré excitada frotando su muslo con mi entrepierna. La débil luz en esa

zona de las escaleras escondía nuestra perversión—. ¿Notas el calor...?

—Joder, Eli, ¡qué caliente estás! Haces que quiera darte la vuelta y te dé...

—¡Hola chicos! —justo en ese momento apareció a nuestro lado, salida de la nada, mi queridísima amiga Susan, tan oportuna como siempre, cortando la frase de Jason que tan febril me estaba poniendo.

Susan nos miraba entusiasmada a los dos, ignorante de lo que nuestros cuerpos empezaban a necesitar. Jason, con un rápido movimiento, consiguió ponerse tras de mí de forma discreta para que mi amiga no percibiera y se escandalizara con su tan prominente paquete.

—Hola... —consiguió decir este con una sonrisa de nerviosismo y excitación.

—¡Vaya... Susan! ¿Qué haces aquí? —pregunté yo sonriendo acalorada.

Mientras, podía notar perfectamente el duro e hinchado paquete de Jason pegado detrás, contra mis nalgas.

—Es que... como no venías... —respondió una Susan embobada.

—Sí, es que justo me lo he encontrado y..., por cierto, Susan, ¿te acuerdas de Jason?

—Sí, claro. ¡Cómo olvidarme! —Susan sonrió mientras se estiraba para dar un par de besos al hombre que tenía detrás, enganchado como un mono.

—¿Qué tal, Susan? —respondió Jason como saludo a sus dos besos, con el paquete ya menos hinchado.

Estaba claro que se había esfumado la excitación de repente con la inoportuna aparición de mi amiga.

—¡Ah! Estáis aquí... os estaba buscando. ¡Vaya! Hola... —dijo una estridente voz detrás de Susan.

Y, con una rápida aparición, Denis se colocó justo delante de Jason, que ya se había colocado a mi lado para así poder plantarle dos besos sin preguntar. Supongo, por las concisas descripciones mías, que ya se imaginaba quién sería.

—Valeee, ¡ya estamos todoss! —añadí con guasa al ver a mi otra querida amiga—. Jason, esta es Denise... —los presenté.

—Encantado —saludó él ante la más que atenta mirada de mis dos amigas.

—¡Encantadísima! —respondió Denise riendo—. Pensábamos que te

habían secuestrado, nena... —Denise, por un momento, desvió su seductora mirada para dirigirse a mí.

—Tranquilas, no sufráis. Tengo guardaespaldas... —dije bromeando y agarrando el fuerte brazo de Jason.

Él clavó su hermosa mirada en mí y, aunque hubo complicidad entre nosotros, no sé si mi broma fue acertada.

—Bueno, chicas, creo que debería irme ya y dejar que sigáis disfrutando de la noche...

—Bueno, a ver cuándo encontramos el momento y podemos hablar algo más tranquilos... —se aventuró a decir Susan dirigiéndose de nuevo a él.

Yo sonreí ante aquel comentario de mi amiga. «¡Qué descarada se estaba volviendo, oye!»

—Estoy completamente de acuerdo contigo, Susan... —respondió un encantador Jason.

Estaba claro que tenía enamorada a mi amiga (y al resto del mundo), que se quedó de nuevo embobada mirándolo mientras él se acercaba a ella para con dos besos despedirse ya. Hasta Denise se dio cuenta y tuvo que tirar de su brazo para que reaccionara. Seguidamente, se acabó de despedir con otros dos besos más de mi otra amiga, que esperaba ansiosa su turno, y finalmente, vino a por mí. De nuevo, rodeándome con sus brazos, volvió a regalarme otro de sus vibrantes besos, de esos que tanto me gustaban.

«¡Mmm, qué gustito!»

—Y a ti, señorita... —dijo amarrado a mi cintura—. Ya te daré yo guardaespaldas... —bromeó con pasión en sus cristalinos ojos verdes mientras bajaba sus ansiosas manos para agarrar mis nalgas.

—Mmm... ¿Vas a castigarme de nuevo? —pregunté perversa—. Dime que sí, por favor...

Se acercó a mí oído y, después de darme un beso en el cuello, aseguró:

—Voy a hacerte de todo, pequeña... pero ahora me esperan. Consigue aguantar entera hasta que llegue mi turno, preciosa...

Se despidió dándome un casto beso en los labios y se alejó de mí, dejándome agarrada a la barandilla de la escalera deseando más... Deseándolo todo.

CAPÍTULO 14

Me quedé unos segundos más contemplando su masculinidad. Era irremediable que, al pasar, fuese por donde fuese, la gente, en especial las mujeres (y, muy en especial, las zorras), no se giraran para contemplar aquel metro noventa de impactante cuerpo caminando con aquella seguridad.

«¡Dios, qué bueno está!» pensé. No me hubiese importado nada haberle hecho en ese momento, allí mismo, un traje entero de saliva. Pero, como a mí también me esperaban, antes de que se sentara de nuevo con el paciente joven que había estado esperando todo el tiempo, yo descendí por las escaleras para buscar en la pista a mis queridísimas dos amigas, que se encontraban en un lateral de la pista cerca de la barra, meneando el culo como dos posesas. Aquella imagen me hizo reír y me uní a ellas rápidamente.

—¿Qué estáis tomando? —pregunté a gritos cuando las tuve delante. Susan ni se inmutó ante mi pregunta y siguió bailando en su ignorancia.

—¿Por qué no vamos acabando? —contestó Denise muy convencida, lo que consiguió que me echara a reír con su divertida conclusión a mi pregunta. —Si acabamos de empezar...

Así que viendo el panorama, decidí acercarme yo sola a la barra y pedir por mi cuenta.

—¿Que quieres tomar, preciosa? —preguntó un camarero moreno con coleta.

—Una *caipirinha*, por favor.

—Ahora mismo... —y ahí que fue, a preparar mi *caipirinha* con arte y salero.

Eché un vistazo a lo largo de la barra y vi que estaba a reventar.

—Joder...

Mientras esperaba con los brazos apoyados, vi que a mi izquierda había un grupito de chicas también pidiendo algo de beber, y flirteando con dos camareros que estaban encantados con ellas. Y así, por obra y gracia del señor... por mi derecha asomó, pegándose a mí más de la cuenta, un chico rubio muy resultón que, disimulando (o eso creía él), intentaba rozarse conmigo y acercó su cara demasiado a la mía para saludar.

—¡Hola, guapa! —gritó cerca de mi oído para que pudiera escucharlo.

—Hola —lo saludé a secas y sin mucho interés, buscando con la mirada al camarero que me había atendido.

—Eres preciosa... —dijo sonriéndome—. ¿Puedo invitarte a algo?

—No, no, gracias —contesté, casi sin mirarlo para no darle coba.

—¿Por qué no? —insistió.

—Porque no. Lo siento, me están esperando... —señalé con el dedo hacia la pista.

No sé por qué, en ese momento no pude evitar desviar la mirada hacia donde debía de estar Jason, y efectivamente, allí se encontraba, mirando en la dirección que yo estaba.

—Toma, preciosa. Aquí tienes...

Pero el camarero irrumpió entonces con mi *caipirinha* y yo, por fin, después de pagarle, pude deshacerme del pesado resultón, que seguía insistiendo en invitarme, y regresé de nuevo con mis dos buenas amigas.

Estuvimos un buen rato bailando y meneándonos al son de la música. Solo hacía que salir canciones de esas que te transportan a tus mejores años de juventud y que te invitan a darlo todo, sin sentir vergüenza de nada. Y, además, hacía tiempo que no disfrutábamos de una noche así las tres juntas, y estaba claro que ya lo necesitábamos. Pero nuestro momento no duró mucho más porque, en una de las veces que me giré, me sorprendí al ver a Denise muy animada, hablando muy cariñosamente con un chico alto y con aspecto atlético, al cual no pude ver la cara porque estaba de espaldas a nosotras.

—Oye, ¿quién es ese buenorro? —pregunté intrigada a Susan, que me respondió, más intrigada que yo, con un gesto de hombros como si no tuviera ni idea.

—¡No tengo ni idea!

Pude ver que la tenía cogida por la cintura con un brazo y, por lo que

parecía, debían de conocerse muy bien porque el atractivo moreno se acercaba demasiado a ella para hablar. O eso creímos.

—Vaya... Al final se la va a comer... —bromeó hacia mí Susan, riéndose.

Instantes después, cuando el chico, todavía agarrado a Denise, se giró mostrándonos el rostro, Susan y yo nos quedamos de piedra al ver de quién se trataba.

—¡Hostias! —grité.

Nos quedamos estupefactas al ver que era el guapo camarero, Daniel, al que en la cena había «torturado» nuestra amiga Denise.

—¡Me *cagüen* en la leche! —soltó Susan con la boca abierta.

El chico, cortado por nuestras miradas de asombro, nos saludó tímidamente y se quedó a unos pasos de Susan y de mí cuando nuestra amiga se acercó a nosotras para preguntarnos algo.

—Chicas, tengo que preguntaros algo... —nos avisó, como si aquello no fuera a gustarnos—. ¿Os importa que me aleje un rato? —preguntó riéndose al vernos la cara, pero también sintiéndose culpable por dejarnos.

Nosotras no respondimos a su pregunta, pero si preguntamos otra cosa:

—¿Qué coño haces con el camarero?!

—Bueno, digamos que, cuando nos íbamos del restaurante y os dije que iba al baño, no fue así... Fui a darle mi teléfono a Dani...

—¿Dani? ¿Ya ha pasado a ser Dani? ¿Ya no es el camarero...? —pregunté acusándola con una sonrisa.

Supongo que sintió vergüenza por mi acusación.

—¿Quieres parar y dejar que os lo explique? —me intentó regañar sin argumentos.

—Claro, sigue y sorpréndenos...

Añadió con guasa Susan.

—Pues os decía que, cuando os dije que iba al baño, no fui al baño... Busqué a Dani... —dijo recalcando su nombre y mirando hacia mí—. Y le di mi teléfono. Pero él dijo que no quería llamarme, lo que quería... era verme otra vez esta misma noche...

—¡Vaya! No pierde el tiempo este tampoco... —dijo Susan.

—Así que decidimos quedar aquí para tomar algo... y hablar... ¿Qué os parece? —preguntó como si necesitara nuestra aprobación o permiso.

Susan y yo sabíamos que tramaba algo porque, cuando salió del baño diciendo muy convencida que viniéramos a tomar algo aquí, estaba demasiado entusiasmada.

—Genial, me parece genial... —dije verdaderamente—. Ya sabía yo que tenías mucho interés por venir al Morocco... —sonreí y mi amiga respondió con otra pícara sonrisa—. Pero no hagas la tonta: es la primera vez que te veo hacer esto con un chico, Denis...

—Quizás... Es que me gusta de verdad... —respondió ella entusiasmada, y demasiado convencida, diría yo—. Y, además, precisamente tú, Lis... no puedes decirme nada porque has hecho lo mismo con ese tal Jason, bueno, con ese buenorro de tu nuevo vecino...

«¡Touché!»

—Eso es verdad... —se giró Susan para mirarme.

—Sí, tenéis razón... Solo puedo decirte que disfrutes y que tengas cuidado...

Ahora era a mí a la que le estaba saliendo la vena protectora con Denise pues, de las tres, era la más pequeña. Ahora me hacía una idea de la preocupación que sentía muchas veces Susan por mí.

—Lo tendré. Pero, ¿os importa que me vaya?

Susan y yo la miramos con cariño.

—No, tranquila. Aguantaremos sin ti... —bromeé para que se fuese más tranquila.

—Tú ve y disfruta...

Susan le dio una palmada en el culo.

—¿Seguro? —preguntó con un bonito brillo en los ojos.

—Seguro... —confirmé.

—Que sí...

—¡Os quiero, chicas! —nos abrazó—. Y ahora me voy... que me están esperando —se despidió guiñándonos un ojo y frotándose las manos.

—¡Te queremos, pequeña zorra! —gritó Susan.

—¡Hasta luego! Gracias por ser tan buenas... —gritó Denis, ya a unos pasos de nosotras, con el brazo de Daniel rodeando de nuevo su cintura.

—Definitivamente, está loca... —añadió Susan.

Contemplamos cómo desaparecían entre la gente.

—Muy... loca... —confirmé yo.

Tras la desaparición de nuestra preciosa amiga, Susan y yo volvimos a coger el ritmo, pero la tranquilidad poco duró. Nos acercamos de nuevo a la barra para pedir otra ronda más de lo que estábamos bebiendo, regresamos a nuestro sitio, donde poco antes habíamos estado moviéndonos como si hubiéramos montado un cercado imaginario (marcando nuestro territorio, que es lo que se suele hacer, ¿no?), y, a los pocos minutos, alguien detrás de mí, más pegado de la cuenta, hizo que me girara de golpe pensando en que sería Jason, ya que sabía que estaba en el lugar. Pero, para mi pesar, no, no era él.

—Pero bueno...

Mi cara cambió radicalmente al descubrir de quién se trataba. Se trataba del chico rubio de la barra que un rato antes había pretendido invitarme varias veces.

—Joder...

Iba borracho. De eso me di cuenta..., además de recordar el olor a alcohol que desprendía por la boca, cuando antes me había hablado.

—Otra vez este...

Había perversión en sus ojos, parecía que, de un momento a otro, se fuera abalanzar sobre mí.

«Menudo gilipollas...», pensé.

Hice como si nada y me aparté a un lado con la idea de dejar claro que ni tan siquiera quería que me rozara, pero parece ser que no fui lo suficientemente clara. No sé por qué, inconscientemente, volví a desviar la mirada hacia donde sabía que debía estar Jason, pero no lo vi. Ya no había ni rastro de él. En su lugar, había un grupo de amigos bebiendo sin cesar. En ese momento lo eché de menos. Pero intenté seguir con lo mío, haciendo caso omiso, y me acerqué más hacia donde estaba Susan para seguir moviéndome a mi ritmo. Pero... no me dejaron. De repente, un brazo me rodeó con fuerza la cintura arrastrando de mí hacia detrás y, seguidamente, pude notar cómo alguien comenzaba a restregarse con ganas y con descaro contra mi trasero.

—¡Serás cerdo!

No me lo podía creer. Aquel pervertido volvía a molestarme de nuevo y ahora se había pasado de la raya.

—¡Suéltame, pedazo de cabrón!

Intenté deshacerme como pude de aquel posesivo brazo que me rodeaba y entonces vi la cara de Susan, que se había percatado de lo que ocurría.

«Oh, mierda...», pensé.

Su cara era un poema. Se le transformó de golpe al ver aquello. Yo reaccioné levantando la mano para atizarle en la cara a aquel asqueroso nada más darme la vuelta, pero, justo antes de que mi mano impactara contra su cara, mi querida y protectora amiga se me adelantó, girándole la cara con un buen puñetazo en el lado derecho.

«¡Dios mío, Susan!»

Esa reacción hubiese sido más de mi amiga Denise. Y, la verdad, menos mal que no estaba aquí: si no, la que se hubiese liado habría sido buena... en plan navajera.

—¡Susan! —grité al ver su reacción.

—¡Toma, cabrón! —es lo único que le oí decir después de que le diera aquel revés.

La gente se apartó ligeramente de nuestro lado, haciendo un pequeño corrillo y dejando espacio para ver bien el espectáculo. El chico rubio no se lo podía creer. Se quedó por un segundo con la cara girada y su mano frotando su enrojecido pómulo.

—¿Pero qué coño? —se dirigió a mi amiga clavando sus enfurecidos ojos en ella.

Estaba claro que se iba a revolver como un perro enrabiado, humillado con aquel puñetazo por parte de Susan ante toda la gente que miraba.

—¡Serás puta!

Y cuando el cerdo asqueroso se fue a encarar contra mi amiga, como salido de la nada, de entre la multitud de la gente, se interpuso en su camino Jason intimidándolo con toda su hombría.

—¡Jason! —dije realmente sorprendida.

La verdad es que en ese momento al último que esperaba ver era a él después de pensar que ya se habría marchado. Tenía el semblante inescrutable, pero se reflejaba claramente rabia en sus ojos. Con la mandíbula tan prieta que hasta los dientes le debían de doler, se estuvo conteniendo de hacer algo, seguramente nada bueno para él, su carrera y su reputación.

—Creo que ya es hora de que dejes de molestar a las señoritas... —exigió

muy seriamente Jason mirándolo a los ojos.

La gente miraba y cuchicheaba.

—¿Y tú quién coño eres?! —preguntó el rubio, desconcertado por su repentina aparición—. ¡Sal de en medio, esto no va contigo! —advirtió el otro ignorante, ante la atenta mirada de la gente que teníamos a nuestro alrededor.

Pues ni se imaginaba que el hombre que tenía frente a él estaba perfectamente preparado, si fuese necesario, para ser una peligrosa máquina de matar. Aquello hizo que me entraran náuseas. No quería que se pelearan. No quería que, bajo ningún concepto, Jason se peleara por mí. Sabía perfectamente quién tenía las de ganar pero, aun así, pensar en que pudieran golpearlo me dolía solo de imaginármelo.

—Te he dicho... que dejes de molestar a las señoritas... —volvió a repetir Jason muy pausadamente, bajando el tono de voz a modo de amenaza.

Cuando me di cuenta, tenía al tipo agarrado por el cuello de la camisa, con los puños apretados y la cara pegada a la suya, consiguiendo que el rubio se pusiera de puntillas para llegar a su altura. Susan y yo, mirábamos desde detrás, con su mítica cara de asombro, que ahora me había contagiado a mí. Y el tipo listo, al darse cuenta de que no tenía nada que hacer, levantó las manos, dando por zanjada la disputa para que Jason le soltara el arrugado cuello y, entonces, poder poner los pies en el suelo.

—Vale, vale. Todas tuyas... —añadió con desprecio refiriéndose a nosotras.

Se colocó bien su horrible camisa barata.

—¡Joder, tío! Me has arrugado la camisa... —se quejó.

Pero el cretino, dolido por la degradación y la humillación, al marcharse con su amigo que se encontraba al lado contemplando el espectáculo sin hacer nada, se fue dejando una desagradable frase en el aire:

—Vámonos a otra parte. Putitas de estas hay en todos los lados...

Jason reaccionó súbitamente volviéndose a girar para agarrarlo por el cuello y darle su merecido. Pero más rápida fui yo cogiéndolo a él por el brazo y consiguiendo que volviera a mí.

—¡No! ¡Jason!

—¡Suéltame, Eli! —me ordenó—. ¡Voy a hacer que te pida perdón hasta

que se le caiga la lengua a trozos! —bramó realmente enfurecido.

Tenía que reconocer que intimidaba muchísimo, e incluso llegaba a atemorizar verlo así de enfadado.

—¡Jason! Por favor, no vale la pena. Y tú no puedes permitirte...

Aquello era verdad. Pocas cosas sabía sobre los guardaespaldas, pero una de ellas era que debían evitar las peleas a toda costa intentando solucionar los conflictos mediante el diálogo, siempre utilizando la violencia como último recurso. Pero eso a él, ahora mismo, era lo que menos le importaba.

—¡Sí, Eli! Claro que vale la pena partirle la cara a ese imbécil por ti... ¡No sabes cuánto! —estaba embravecido.

En ese momento solo se me ocurrió hacer una cosa para calmar aquella violencia que crecía dentro de él y que sabía que no me negaría. Lo agarré con dominio por el cuello de su inmaculada camisa negra y lo atraje hacia mí, buscando con desespero su enfurecida boca. Él me respondió al instante gozosamente en cuanto introduje mi lengua y acaricié la suya con gusto. Se rindió a mí. Recorrimos el interior de nuestras bocas, explorando y acariciando todos los suaves rincones. Me dolían los labios por toda la ira retenida que estábamos descargando en nosotros por lo que acababa de ocurrir.

—Eli, por favor... Déjame que le parta la cara a ese desgraciado... —me suplicó.

Negué con la cabeza a la vez que me aferraba más a él.

—¿Y dejarme sola otra vez? Ni hablar... —Nos perdimos con las miradas el uno en el otro. Creo que fue entonces cuando confirmé que, realmente, estaba enamorada de aquel hombre. De aquella bestia con piel de cordero—. No me dejes, Jason... —rogué con un susurro, muy cerca de él.

—No voy a dejarte. Solo voy a salir y... —entonces, al ver lo que reflejaban mis ojos, supo a qué me refería.

Nos aislamos mentalmente de todo el mundo presente.

—Nunca... —le pedí.

—Nunca, Eli, nunca... —aseguró antes de fundirnos en un profundo beso.

CAPÍTULO 15

La voz de Susan se oyó de fondo cerca de nosotros, logrando que nuestros labios se separan sin ganas.

—Chicos, perdonad... —dijo con cautela.

Mi única reacción fue abalanzarme sobre ella para abrazarla con todas mis fuerzas en agradecimiento por lo que acababa de hacer, por protegerme sin pensárselo, una vez más.

—¡Mi heroína! —grité dándole un fuerte beso en la mejilla—. ¿Desde cuándo vas por ahí soltando puñetazos?

—¡Desde que intentan pasarse con mi amiga! —aseguró con firmeza—. Juro que, en cuanto vi cómo se estaba pasando contigo..., lo hubiese agarrado por el cuello... y... —de nuevo se estaba enrabiando.

—Vale, vale, cielo. Estoy bien... tranquila —la volví a abrazar—. Gracias por volver a estar ahí en el momento oportuno —volví a darle otro beso con fuerza—. ¡Por cierto, a ver tu mano!

Cogí su mano con cuidado para mirársela.

—Tranquila, está bien... Podría volver a arrearle otro en el lado izquierdo... —rio soltando otro puñetazo en el aire—. Verás cuando se entere Denise... Si llega a estar aquí... —me recordó Susan riéndose.

¡Menuda era aquella! Yo creo que, en sus tiempos de chiquilla, tuvo que ser una pandillera de navaja en el bolsillo.

—¡Uff! Si llega a estar aquí... —respondí riendo yo también.

Intervino Jason, a mi lado.

—Sí, Susan. Gracias por defender de esa manera a tu amiga. Lo que has hecho ha sido muy valiente... —añadió realmente agradecido—. Ahora sé con quién no debo meterme...

Bromeó haciendo que los tres riéramos.

—Ella sabe que haría eso, y más, por su bien... —confirmó Susan, dándome otro cariñoso abrazo.

Jason nos miró con ternura al darse cuenta de que nos queríamos como dos verdaderas hermanas.

—Por cierto, y a todo esto... ¿Dónde estará Denise...? —pregunté a la vez que sacaba mi teléfono del bolsillo para mirar si había noticias tuyas, y efectivamente, las había... Tenía un mensaje de ella donde se disculpaba y nos rogaba que la perdonáramos, pero que la cosa con Daniel se iba a alargar más de la cuenta. Mañana nos llamaría—. Mira, ha dado señales de vida —le enseñé el mensaje a Susan.

—¡Qué golfa! —la llamó cariñosamente.

—Espero que mañana sea ella quien nos explique los detalles a nosotras... —añadí yo riéndome, pensando en que ahora habían cambiado las tornas.

—Eso espero... por su bien... —Susan rio también, sabiendo que la sometería a un tercer grado.

—¿Tanto le habrá gustado el camarero? —pregunté—. ¿O será un simple capricho?

Susan se encogió de hombros. Aquello era un misterio...

—No lo sé. De ella me lo espero todo... —contestó mi amiga—. Aunque también es verdad que nunca antes se había comportado así con ningún chico...

—Sí, eso es cierto. La verdad es que cuándo se marchaba, le brillaban los ojos...

—Si... —confirmó Susan. Las dos suspiramos al pensar en que igual, por fin, Denise había encontrado al hombre de su vida, tal y como (creo) lo había hecho yo—. Bueno, chicos... Creo que yo me voy a ir para casa... Ya he tenido demasiada emoción por esta noche. Verás cuando se lo cuente a Richard... —Susan se mordió el labio inferior imaginándose, seguro, la reacción de su pacífico marido.

¡La iba a matar por ir soltando puñetazos a diestro y siniestro! Porque, si no hubiese aparecido Jason en ese momento, no me quiero ni imaginar cómo hubiera acabado la cosa... Nos encaminamos hacia la salida del Morocco los tres.

—¡Va a flipar con el derechazo de su mujer! —solté con una carcajada.

—La verdad es que ha sido un buen puñetazo... —la animó Jason—. Tienes una buena derecha...

—¿Sí? ¿Tú crees? —sonrió ella halagada ante aquel cumplido—. ¿Y tú, Jason, sabes de puñetazos? ¿Te gusta el boxeo?

Aquella pregunta pilló por sorpresa a este.

—¿Qué? ¿Yo? No, no... qué va. No tengo práctica en eso de dar puñetazos... —intentó que sonara lo más creíble posible.

Pero no pude evitar mirarlo y sonreírle con complicidad. Sería lo último, que se enterara Susan a que se dedicaba Jason... Definitivamente, perdería la cabeza por él de la misma manera que me había ocurrido a mí.

—Pues al tío lo has acojonado bien cuando lo has levantado del suelo cogiéndolo por el cuello de la camisa... —recordó mi amiga.

Jason no supo qué decir.

—¡Eso es que era una nenaza! —intervine yo, intentando cubrir a Jason en la medida de lo posible. Ahora era él el que me sonreía en agradecimiento.

—¡Seguro que sí! —confirmó ella.

—Oye, Susan, ¿cómo está Richard? Hace tiempo que no lo veo... —intenté desviarme del tema de puñetazos y demás.

—Bien. Con mucho trabajo... Hay días en que casi no lo veo ni yo...

—Pues podríamos quedar un día para comer todos, ¿no? En mi apartamento, por ejemplo... ¿qué os parece? —pregunté mirándolos a los dos.

Quizá me precipité mucho al querer integrar tan rápido a mi nuevo vecino en el grupo, pero, ya que tampoco tenía a nadie con quien compartir buenos momentos (creo), pensé en que igual... sería buena idea.

—Me encantaría... —respondió Jason regalándome un dulce beso en la mejilla.

—¡Sí! —mi amiga parecía entusiasmada con la idea—. Estaría bien... Lo hablamos esta semana, ¿de acuerdo?

—Por supuesto —confirmé ilusionada. En ese momento tuve la sensación de que lo de Jason y yo iba a algo más. Muy rápido: esto no puede acabar bien (seguro que estaréis pensando)—. Vamos, te acompañaremos a casa —dije a mi amiga.

—No, chicos... No hace falta.

—Por supuesto que sí... —dijimos Jason y yo a la vez.

—Tranquilos, yo cogeré un taxi. Vosotros quedaos un rato más...

—Ni hablar... —aseguré yo—. Además, tengo ganas de llegar a casa. Ya estoy cansada...

—¿Cansada...? —preguntó Jason acercándose a mí por detrás para rodear mi cintura y darme un sensual beso en el cuello—. ¿Mucho?

—Lo justo... —contesté estremeciéndome entre sus brazos.

—Lo justo, ¿para qué...? —ronroneó cerca de mi oído.

«¡Dios mío! Era imposible no reaccionar a las caricias y susurros de este hombre».

—Vale, chicos —se vio forzada a intervenir Susan—. ¿Estáis seguros de que podréis aguantar todo el camino sin devoraros? —preguntó mientras conseguía parar un taxi.

Y los dos, sin contestar, sonreímos sabiendo lo mucho que nos iba a costar contenernos hasta llegar a casa... para no comernos enteros por el camino.

Entrar por el portal ya nos costó lo nuestro por culpa del deseo retenido durante toda la noche. Pero lo de subir por las escaleras, con los brazos y las piernas enrolladas el uno en el otro... eso fue todo un logro. Cuando llegamos a nuestro rellano, Jason se acercó hacia su puerta con idea de entrar en su apartamento, pero yo tiré de él, empotrándolo de espaldas a la mía. Él me levantó en volandas haciendo que enrollara mis largas piernas a su cintura, y sin separar nuestras lenguas, no sé cómo, conseguimos entrar.

—Jason... —se me escapó entre jadeos.

—Dime, preciosa...

—Te deseo...

—¡Joder! Eli, creo que no más que yo a ti... —respondió con un gruñido.

Sus labios recorrían mi cuello. Y, todavía conmigo enrollada a su cuerpo se acercó al sofá, para dejarnos caer.

—¡No!

—¿No? —preguntó.

Frenó en seco.

—No... —dije mientras me reía—. Subamos a mi cama... —casi supliqué.

—Mmm... Esa idea me gusta más —torció una sonrisa de satisfacción. — Quería que fueras tú quien me lo pidiera...

—Por las escaleras... —señalé, mordiendo su labio inferior.

—¡Auuuu! —se quejó por mi fuerte bocado. Tenía hambre de él—. ¡Oh, nena! Esta noche voy a tener faena contigo... —Aquello me hizo reír, a lo que Jason aprovechó para introducir su lengua dentro de mi boca—. Joder, Eli... Si algo te hubiese pasado esta noche, yo... —dijo Jason mirándome a los ojos.

Por un momento me pareció ver miedo en ellos. Pero no lo dejé seguir con sus pensamientos y lo hice callar rápidamente.

—Shhh... —callé sus labios con los míos.

Nos quedamos de pie frente a la cama, devorándonos y recorriendo nuestros cuerpos con fervor. Mi habitación era cálida y acogedora, acorde con el resto de la decoración del apartamento. Tenía un espacioso vestidor a la izquierda y, a la derecha, separado en el centro por una gran cama desde donde te podías asomar para ver el salón, se encontraba el amplio baño. Además, de una larga ventana apaisada a modo de cabezal, por donde se podía ver parte de los hermosos cielos de Manhattan.

—Me encanta tu habitación. Es muy acogedora... como tu cuerpo... —mordió suavemente mi barbilla—. Dan ganas de no salir...

—¿De mi cuerpo...? —ronroneé cerca de sus labios—. ¿O de mi habitación...?

—De los dos...

Senté a Jason a los pies de mi cama y yo me quedé de pie, frente a él.

—Eres tan hermosa, Eli... —comentó observándome con la respiración agitada. Me agarró por las nalgas con avaricia para acercar mi cuerpo a él. Desabrochó el botón de mis pitillos y, delicadamente, los bajó lo suficiente como para dejar mis caderas al descubierto. Comenzó a aspirar mi piel, para que mi olor se le grabara en la mente—. ¡Huele tan bien tu piel! Eres tan suave... tan sublime...

—Jason... —susurré agarrando su perfecta cabeza rapada.

—Date la vuelta... —pidió en voz baja.

Me excitaba solo con oírlo hablar, con pensar en lo que venía después. Obedecí gustosamente. Una vez de espaldas a él, me bajó un poco más los pantalones, dejando al descubierto mis nalgas, para así poder tener acceso

total a mi trasero.

—Dios mío... No sabes lo muchísimo que me gusta tu culo, preciosa... — masajeó mis nalgas delicadamente para, de repente, darme un azote, que me sobresaltó y me hizo gemir—. Quítatelos.

Obedecí como si de órdenes se tratase. Aquel hombre sabía lo que se hacía. Sabía cómo excitarme de verdad. Me quedé con tan solo mi corpiño morado, mi tanga y en sandalias de tacón. Y más ardiente que nunca.

—¡Qué hermosa imagen! Agáchate hacia delante...

Y, dejando a la vista toda mi jugosa entrepierna, oí cómo de su boca se escapaba un jadeo a la vez que acercaba su cara a mis nalgas, y mordía muy cerca de mi hendidura.

—Ah... —resonó de mi garganta.

Más que una queja, fue una reclamación, una reclamación de más.

—¿Has visto, pequeña? Yo también sé morder...

En ese mismo momento, con un rápido giro de caderas, me colocó de nuevo frente a él.

—¿Vas a torturarme mucho más...? —pregunté acercando descaradamente su cabeza a mi entrepierna.

—¿Por qué? ¿Estás ansiosa...?

—No sabes cuánto... —aseguré entrecerrando los ojos.

—Ven, siéntate... —me cedió la mano para que me sentara sobre él—. Ahora... falta la parte de arriba...

Me acoplé sobre él y sobre gran parte de su hombría, que empujaba con fuerza hacia fuera para salir. Al sentirla debajo de mí, no pude contenerme en mover las caderas y restregarme sobre él como una gata en celo. Jason me miró con deseo, mostrándome una gran sonrisa y haciendo que quisiera más.

—Veo que tienes hambre...

Estiró delicadamente de mi melena hacia detrás para acceder a mi cuello. Rápidamente se había dado cuenta de que era uno de mis puntos débiles.

Comenzó a lamerlo, morderlo y chuparlo con tanto ímpetu que consiguió que ese dolor se tornara placer. Me sentía borracha. Pero mi cuerpo necesitaba más, más y más. Con habilidad, deshizo el bonito lazo de la parte trasera del corpiño que caía sobre mi culo, para así poder aflojar las cintas de raso que zigzagueaban por toda mi espalda. Al aflojarlo por detrás, pude

notar cómo mis duros y pesados pechos por la excitación, descansaban de la presión que producía la provocativa pieza en mi cuerpo. Y él, entonces con ojos de triunfo, sacando el corpiño por mi cabeza, obtuvo el premio que tanto buscaba. Mis pechos desnudos por completo, mostrándole unos endurecidos y sensibles pezones, quedaron frente a él reclamando su atención desconsoladamente. Los cogió con sus firmes manos, pero con una delicadeza exquisita, que hizo que dejara caer mi cabeza hacia detrás, ofreciéndoselos. Los lamió, los mordió y jugueteó con ellos como solo un niño podría hacer comiéndose una deliciosa golosina.

—¡Qué rica estás, joder! —salió de entre sus labios, abarcando todo mi pecho derecho. Yo, agarrada firmemente a su cuello, le ofrecía gustosa mi cuerpo semidesnudo—. Podría pasarme horas así, entre tus pechos...

—Creo que eso no va a ser posible...

—¿Ah, no...? —preguntó estirando de uno de mis pezones con los dientes.

—Ahh... —sentí un latigazo de placer que consiguió que curvara mi espalda hacia su boca—. No, no será posible. Tengo una sorpresa para ti... —dije sensualmente mirando sus cristalinos ojos, que tan loca me volvían.

—Me encantan las sorpresas... —sonrió.

—Quítate la camisa... De la parte de abajo, me encargará yo... —le ordené, levantándome de su acogedor regazo y caminando provocativamente hacia el vestidor con tan solo puesto mi tanga de encaje y subida a mis sandalias de tacón.

—Sabes cómo calentar a un hombre, pequeña... —aseguró a mis espaldas al verme caminar.

Una vez en el vestidor, frente al largo espejo que tenía de pie entre las estanterías, me cambié el empapado tanga que llevaba puesto por el sugerente *body* que me había comprado esa misma tarde. El *body*, que llevaba cierre por corchetes «abre fácil» en la entrepierna, y al ser tanga modelaba perfectamente mi trasero, ayudaba a que mis pechos se viesen más tentadores con un bonito escote de tirantes finos, mostrando al mundo un enorme canalillo. Lo complementé con unas *sexys* medias de ligero negras de seda, con encaje en la parte superior por donde se sujetaban a mis muslos, y cómo no, mis sandalias de tacón. Por último, agité la cabeza para dar volumen a mi

melena suelta y que tuviese un aire más salvaje y, creo... que lo conseguí.

«¡Guau!». Hasta yo me quedé impresionada con el resultado. Una vez preparada para sorprender al impresionante hombre que esperaba fuera, salí.

CAPÍTULO 16

Cuando abrí las dos hojas de la puerta corredera que cerraban el vestidor, vi a Jason sin camisa cómo le había pedido, semiestirado sobre la cama con los brazos sujetándose la cabeza por la nuca, marcando unos impresionantes bíceps. Di unos pasos al frente mostrándole su regalo y mostrando una pequeña sonrisa por lo perversa que me sentía. Hubiese jurado que se quedó sin aire. Nada más verme, se incorporó en la cama bajando los brazos muy lentamente al mismo tiempo que cogía aire e hinchaba su robusto pecho, para poder respirar. Se quedó callado. Recorriendo mi cuerpo con la mirada varias veces de arriba abajo, de la misma manera que su respiración se iba agitando cada vez más. Di unos pasos más hacia él, pensando en que eso le haría reaccionar. Y por fin, reaccionó, creyéndose lo que sus perturbadores ojos estaban viendo.

—Dios... santo... Eli... —dijo pausadamente. —¿De verdad eres toda para mí? —preguntó mientras se levantaba de la cama y se colocaba de pie frente a mí.

—Toda para ti... —asegué con sensualidad, a la vez que me acercaba a él para besarlo.

Lo besé lentamente, posando una mano en su nuca. Sin prisas. Nuestras lenguas jugaban al juego que más me gustaba.

—Déjame que te vea, por favor... —pidió cogiéndome de la mano y haciéndome girar por completo para poder contemplar lo que estaba a punto de poseer—. Espectacular... —me atrapó entre sus brazos—. Me vuelves loco. Nunca pensé que podría llegar a poseer algo tan hermoso... —susurró a mi oído, deslizando sus manos por todo mi cuerpo.

—¿Te gusta la sorpresa?

—Más que eso. Es... lo que nunca tuve... —los ojos le brillaban más que nunca.

—Me alegro. Pero ahora me toca a mí disfrutar de ti... —dije mientras lo tumbaba sobre la cama.

—Creo que esta noche la voy a recordar toda mi vida...

—Oh, sí... Ya lo creo... Yo me encargaré de eso, pequeño... —asegué arqueando la ceja derecha, y subiéndome a la cama para quedarme a horcajadas sobre él.

Notaba su tremendo bulto debajo de mí. Me encantaba deslizarme sobre todo lo largo de él provocándolo. Él alargó los brazos para agarrarme por las caderas pero se lo prohibí colocándolos de nuevo sobre su cabeza. Me volvía loca verlo así, marcando músculos en aquella posición.

—No, no... señorito Smith... —negué con la cabeza—. Nada de tocar...

Jason me contempló con verdadera excitación en los ojos y con cara de incredulidad por mis palabras.

—Imposible...

Volvió a llevar sus manos a mis caderas para agarrarlas.

—Jason Smith, como no te estés quieto, voy a tener que atarte. Y juro que te volverás loco cuando haga que te desbordes entero en mi boca y tan solo puedas contemplarme desde lo alto... —le mostré una mirada perversa—. ¿Quieres que lo comprobemos? —lo desafié lujuriosa.

—Joder, Eli... Nunca una mujer había tenido tanto poder sobre mí... y no sabes cómo me pone... —Jason apretó la mandíbula de excitación al declarar aquello.

Y un inmenso sentimiento de orgullo y satisfacción me llenó por dentro al escuchar aquellas palabras saliendo de su boca.

—¿Te estarás quieto? —pregunté devolviendo los brazos al sitio.

—Sí... creo... no lo sé... —dudó riéndose nervioso y con gran enardecimiento en los ojos. Lo amenacé de nuevo con la mirada—. De acuerdo.

—Así me gusta —recorrí su torso desnudo con mis manos, arañándolo, clavando mis uñas en él, bajándolas al mismo tiempo hacia la cintura para desabrochar sus pantalones—. Buen chico... —sonreí traviesa, mordiéndome el labio inferior.

Deslicé sus pantalones hacia abajo para sacarlos por los pies después de deshacerme de sus zapatos, haciendo que se quedara simplemente en calzoncillos para, seguidamente, descubrir lo que se hallaba debajo de ellos. Era grande y pesada. Exageradamente masculina. Exquisita. Y conseguía despertar algo sucio en mí. La cogí firmemente para jugar con ella mirando a Jason, que se retorció gustosamente debajo de mí, y vi cómo se mordía el puño apretado al tener que contenerse, como le había ordenado. Aquella imagen de él me encendió como nunca. Un hombre tan voraz, derrotado bajo mis manos. Lo llegué a desear tanto que sentí dolor.

—Dios, Eli, por favor... —me suplicó con sus cristalinos ojos, acechándome.

Estaba acostumbrado a llevar el control de su vida y en ese momento lo controlaba yo. Comencé a mover mi mano con energía y rítmicamente de arriba abajo, haciendo que Jason empezara a gemir. Oírlo me volvía loca. Me animaba a que siguiera sin piedad, queriéndole provocar el mejor orgasmo que hubiese tenido jamás. Para eso acerqué mis labios para acompañar mi mano y, con mi suave lengua, poder catapultarlo hacia el más profundo éxtasis.

—¡Oh! Joder... Eli... No voy a poder aguantar esto... —con sus caderas acompañaba el ritmo que yo marcaba.

—Mmm... Te gusta... ¿verdad? —casi aseguré comiéndome aquel gustoso caramelo.

—Oh, sí... ¡Joder, qué bien lo haces! —se estremecía con tanta masculinidad que no me hubiese importado quedarme sin orgasmo con tal de verlo disfrutar así. Disfrutaba ya solo de ver el poder que ejercía sobre él.

—¿Quieres que siga? —pregunté mirándolo desde abajo.

—Sí, por favor, sí... —Su pecho subía y bajaba cada vez más rápido—. Oh, no pares, Eli...

Oír mi nombre, escucharlo salir de sus labios con aquella aspereza con la que solo un hombre de verdad gimiendo lo podría decir, me encendió de verdad. Seguí unos minutos más, apretando ligeramente conforme el placer en él crecía, y asomaba un tremendo y devastador orgasmo haciendo que, inconscientemente, Jason bajara sus manos hacia mi cabeza, obligándome a alzar la mirada, y así poder ver la lujuria y la depravación que había en mí.

—Oh, Dios... Qué hermosa eres, joder... —aseveró mirando cómo ahuecaba los carrillos para succionarla entera.

La agarré firmemente con las dos manos y la agité dentro de mi boca sin parar mientras contemplaba su hermoso rostro desencajado por el intenso gusto. Jason emitía roncosp sonidos que me hacían enloquecer, puse mis cinco sentidos en lo que estaba haciendo para que, rápidamente, se perdiera dentro de mí, dentro de mi boca. Y así fue: poco después, sus ojos se inundaron de placer al mismo tiempo que de su cuerpo se derramaba un torrente a borbotones.

—Joder... joder... joder... —tuvo que tragar saliva, ya que la garganta se le había secado del intenso gusto. Dejó caer varias veces la cabeza hacia detrás mientras su cuerpo convulsionaba debajo de mí—. Eli, Eli...

Quedó extasiado por mí. Me sentía más triunfante que nunca.

—¿Estás bien...? —pregunté unos segundos después, limpiándome los labios con el dorso de la mano.

—¿Qué coño me haces...? —preguntó humedeciéndose los suyos reseco. —Madre mía, Eli... Ha sido... —dijo Jason todavía estremeciéndose y dejando caer la cabeza sobre la almohada.

—Veo que mi sorpresa ha sido de tu agrado... —casi lo confirmé.

—Ya lo creo, preciosa... —confirmó, quedándose derrotado sobre la cama.

Me encantaba tenerlo allí. Sobre mi cama. A mi disposición. Mientras lo miraba exhausto todavía por lo que le acababa de hacer, no pude evitar pensar en todas las mujeres con las que se habría acostado. No sabía con cuántas, y era posible que ni tan siquiera me enterase de ello, pero lo que empezaba a tener más claro que nunca es que haría todo lo posible por yo ser la última. Me estiré a su lado para contemplar lo hermoso que era mientras jugaba con el pulcro y suave vello de su torso. Era la sexualidad personificada. Era increíble. Instantes después se giró hacia mí para poder mirarme mejor y colocó su cálida mano sobre mi muslo izquierdo, acariciándolo con ternura, haciéndome suspirar.

—Me encantas... —susurró muy cerca de mí.

—Y tú a mí... —Hubo una pausa en la cual tan solo hablaron nuestras miradas—. ¿Vas a pasar la noche conmigo?

—Estaba esperando que me lo pidieras... —contestó acercándose, rozando mis labios con los suyos y desviando su mano hacia mi nalga izquierda—. ¿Quieres que me quede?

—Deseo... que te quedes —aseguré—. Si tú quieres, claro...

—No hay cosa que más desee, preciosa, te lo aseguro... —contestó a la vez que se abalanzaba sobre mí como un tigre para dejarme bajo él, rendida a sus encantos.

Aprisionó mi boca con la suya con pasión regalándome el mejor beso que había recibido jamás. Aquello consiguió encendernos aún más porque, la verdad, cerca de aquel hombre era imposible apagarse nunca.

—Voy a hacer que te vuelvas loca... —aseguró tirando delicadamente de mi labio inferior con sus dientes—. Que me pidas más y más, que pierdas el sentido de la misma manera que me has hecho tú a mí... —mordió con cuidado mi barbilla para después acecharme con su mirada—. A lengüetazos... —me informó con brillo en los ojos y excitación entre las piernas.

—Por favor... sí... —tenía la respiración ya entrecortada.

—Y luego... cielo... —prosiguió alargando las palabras—. Voy a darte lo inimaginable con esto —se agarró el paquete descaradamente con el calzoncillo todavía puesto—. Cada vez que te sientes mañana... recordarás que yo he estado ahí dentro... ¿Te parece bien?

—¡Dios, sí! —exigí reclamando su cuerpo—. Quiero que te quedes ahí dentro para siempre... —rogué.

Aquello le hizo sonreír al darse cuenta de que lo deseaba con suma locura. Bajó un fino tirante de mi *body* dejando el hombro al descubierto y, con necesidad, hizo salir de él mi pecho derecho para llevárselo a la boca obligándome a que, con mi mano, se lo ofreciera.

—Tócate... —por un segundo, me sentí pudorosa ante la lujuria de aquel hombre. Pero aquello no tardó en avivarme todavía más.

—El otro... —exigió.

Haciendo que, con mis manos, se los introdujera en la boca, dejé caer mi aturdida cabeza hacia detrás para así ofrecerle deseosa toda mi delantera.

—Mmm... Sí... Jason...

—¿Te gusta lo que te hago, Eli?

—Sí, me gusta...

Me lamía, mordía y succionaba con el punto justo de agresividad para que un exquisito gusto me corroyera por dentro.

—Veamos cómo andas por aquí abajo... —hizo que doblara mis rodillas para meter su cabeza entre mis piernas.

Verlo así... con su cabeza encajada en lo más latente de mi cuerpo, me volvía loca. Y, en cuanto pude notar cómo sus hábiles dedos desabrochaban con facilidad los humedecidos corchetes, tuve que cerrar mis piernas por el entusiasmo de saber lo que venía a continuación.

—Me encanta tu entusiasmo en todo, pequeña, tu reclamo... —me abrió las piernas de par en par, acercó su pulgar y presionó ligeramente masajeando en círculos exactamente en el punto donde debía presionar.

Él marcaba el ritmo. Yo solo podía mover mis caderas detrás de su mano pidiéndole más. Y entonces me lo dio. Comenzó a luchar conmigo con una furiosa e incansable lengua que consiguió con facilidad entrar en lo más hondo de mí, arrasando con todo lo que tenía en medio con el fin de derrotarme y hacerme estallar... Lamió, mordió y succionó consiguiendo que en seguida explotara en su boca sedienta. Fue rápido, pero no por eso menos intenso.

Había sido tal la excitación que había acumulado en mi cuerpo minutos antes al contemplar a Jason disfrutar debajo de mí que, con solo el suave, húmedo y caliente contacto de su lengua, fue suficiente como para hacerme detonar. Consiguió hacerme delirar, perder el sentido. Las fuertes sacudidas agitaron todo mi cuerpo, dejándome desvalida ante su satisfecha mirada. No podía dejar de gemir.

—¡Qué dulce eres! Eres puro almíbar, pequeña... —Jason alargaba mi orgasmo con su traviesa lengua.

—Jason... Jason... —Tan solo podía respirar violentamente—. Por favor... Jason... para...

Y después de unos lengüetazos más, su castigo cesó.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndose a mi altura y besándome dulcemente con sus labios, unos labios que sabían a mí.

Afirmé con un movimiento de cabeza, intentando abrir los ojos para buscar su mirada.

—No sabes lo que me gusta verte disfrutar así... —acarició mi cara con verdadera ternura—. Pero todavía no he terminado contigo...

Aquel comentario hizo que una tonta sonrisita apareciera en mi cara de satisfacción.

—¿Ah, no? ¿Y qué me vas a hacer? —pregunté atontada, recomponiéndome.

Jason se puso sobre mí de nuevo, clavando los puños sobre el colchón y, mirándome desde arriba con unos ardientes ojos verdes, me pidió:

—Date la vuelta.

Tan solo pude dejar salir un jadeo al imaginarme lo que me iba a hacer. Todavía estaba algo aturdida, pero obedecí gustosamente colocándome boca abajo y quedando toda a su merced.

—Voy a ser salvaje... Eli... —me advirtió, colocándose sobre mí.

Apartó mi melena alborotada a un lado para poder verme la cara. Me dio un tierno beso en el cuello bajo mi oreja y, seguidamente, bajó la mano derecha hasta mi clítoris, todavía sensible e hinchado, el cual masajé lentamente y con esmero para que me abriera como una flor para él.

—Ah... sí... —gimoteé—. Me encantan tus manos...

Eran fuertes y seguras; sabía perfectamente lo que hacer con ellas. Cuando me di cuenta, tenía el culo pegado a su tremenda erección, dejándole espacio para que metiera su mano por completo y abarcara con ella toda mi resbaladiza entrepierna.

—Sí, así... Me encanta lo ardientes que eres, Elisabeth... —susurró.

Me besó con dulzura en la mejilla derecha, que era la que no apoyaba sobre la almohada, y me susurró algo en el oído que consiguió que pasaran mis sentidos de alerta a placer.

—Déjate hacer... Disfruta... Y, si te hago daño, pequeña, dímelo... —se colocó el preservativo con tal destreza que casi ni me enteré.

Notaba cómo su respiración sobre mí se agitaba. Notaba su peso aprisionándome cuidadosamente cuando entonces el tacto de algo hizo que mi atención se centrara en lo más hondo de mí.

—Oh, Eli... ¡Qué cremosa estás! —dijo a mi oído con la mandíbula apretada de excitación cuando por fin se abrió camino exquisitamente, haciendo que lo arrojara cálidamente en mi interior.

—Dios... Jason... ¡Eres tan grande!

Hondo. Muy hondo. Acoplado tras de mí tan perfectamente que nos movíamos como si fuésemos uno solo.

—¡Oh, joder, Eli! Tu culo... —exclamó apretando aún más los dientes por el intenso placer.

Estaba apoyado sobre su brazo izquierdo para no dejar sobre mí todo el peso de su cuerpo mientras, con la mano derecha, empujaba mis caderas para que absorbiera sus deliciosos rebotes. Estaba excitado, muy excitado, ya que aquella posición le proporcionaba absoluto poder. Lo oía resollar pegado a mí, resoplaba de gusto contra mi cuello. Estaba siendo duro. Salvaje. Tal y como me había advertido. Por un momento, clavé mis dedos sobre el colchón por la sensación de estar demasiado llena. Lo sentía demasiado dentro de mí. Pero no sé cómo me posicioné para que todo él se perdiera dentro de mi cuerpo. Podía ver de reojo cómo disfrutaba. Tenía su cara casi pegada a la mía cuando con la mano que tenía libre me ayudó a ladear la cara lo suficiente como para que nuestras lenguas pudieran jugar.

—Qué hermosa eres...

—Y tú qué salvaje... Eres un animal... —mi comentario hizo que se escapara un sordo gruñido de su pecho y que se avivara aún más su deseo de mí.

—¿Te gusta? —preguntó ahogando un gemido—. ¿Te gusta que sea un animal?

—Oh, sí... Me encanta que seas un animal...

—Mañana te acordarás de mí cuando te sientes, preciosa.

—Para eso... vas a necesitar darme más fuerte... —lo provoqué, deseando que no saliera nunca de mi cuerpo.

Y él, retado por mis palabras y mis gemidos, tras unas intensas veces más con las últimas fuerzas que le quedaban y todo sudoroso por el esfuerzo y el calentón, dio unas voraces embestidas, haciéndome gritar como nunca antes había gritado de placer, llegando los dos al clímax y devorándonos con furia la boca.

—¡Oh!.. ¡Eli!.. ¡Dios!.. —dijo en su última embestida mientras se sellaba contra mí.

Me abrazó por detrás y casi pude sentir cómo se estremecía dentro.

—¡Oh! ¡Dios mío, Jason! ¡Jason...! —exploté de nuevo.

Me dio un rápido beso en la cabeza y me apretó más que nunca contra él.

Me encantaba ese hombre. Nunca había conocido a nadie como él, tan rudo y tan dulce a la misma vez. Un hombre de verdad. Se estiró a mi lado casi sin sentido. Estábamos agotados por la larga noche que habíamos tenido en la discoteca y por la maratón de sexo que habíamos disfrutado sobre mi cama. Nos quedamos unos minutos contemplándonos, en silencio, saboreando lo que acabábamos de hacer, paladeando aquel orgasmo.

—¿Estás bien, pequeña? —preguntó Jason con adoración.

Asentí con la cabeza y le di las gracias con una amplia sonrisa.

—¿Te he hecho daño? —preguntó rozando ahora mis labios con su pulgar.

—No... Me ha encantado —Ahora fue él el que me regaló una preciosa sonrisa consiguiendo que lo quisiera. Nunca había sentido por nadie lo que comenzaba a sentir por él—. ¿Una ducha? —pregunté.

—Sí, la necesito... —sonrió.

—Pero solo una ducha... —le advertí divertida.

Hoy si que ya no habría aguantado otro asalto más.

—Lo juro —dijo sonriendo como un niño—. Aunque me va a costar aguantarme... —añadió dándome un delicado azote en el culo mientras nos dirigíamos hacia el baño, y me deshacía de mi *body*, que había terminado enrollado en mi cintura.

La rápida ducha nos reanimó lo justo para aguantar y no dormirnos hasta meternos rendidos en la cama.

—Lo he pasado muy bien, Jason... —acaricié su fornido brazo que me abrazaba desde atrás.

—Y yo... —olió intensamente mi cabello y suspiró—. Buenas noches, cariño.

Cariño. Me acababa de llamar cariño. ¿De verdad Jason también empezaba a sentir lo mismo que yo por él? No lo sé. Y, aunque estaba claro que el sexo entre nosotros era extraordinario, empezaba a sentir que quería más de él. Compartir más cosas. Compartirlo todo. Pero me daba miedo pensar en que su estilo de vida fuera un impedimento para eso. No pude

evitar apretarlo más contra mí, deseando que no me soltara nunca, pues me sentía segura, protegida. Y qué mejor que por un hombre preparado para cualquier cosa que pudiera pasarme en esta vida.

—Buenas noches... —añadí con una débil sonrisa.

Y después de que Jason me contestara dándome el último y cariñoso beso de buenas noches en el hombro, caímos abrazados en un profundo y placentero sueño.

CAPÍTULO 17

A la mañana siguiente me desperté antes que él. Eso me sirvió para regodearme viendo al atractivo hombre que tenía despatarrado en mi cama, durmiendo plácidamente. Tenía un brazo alrededor de mi cintura, solo por el mero hecho de tener contacto conmigo y sentir que me encontraba cerca de él. Me moví con cuidado por no despertarlo, salí de la cama sigilosamente y, aunque se removió entre las sábanas, siguió durmiendo como si de un niño se tratase. Y verlo así, con aquella ternura y aquella paz reflejada en su rostro, me hizo pensar en el gran tipo de personas que debieron de ser sus padres para, en tan poco tiempo, haber dado todo el cariño posible a su hijo y que este se convirtiera en una gran persona capaz de darlo todo por los demás sin esperar nada a cambio. Detrás de aquel durísimo hombre, se escondía un enorme corazón. Sentí ganas de abrazarlo para demostrarle que no estaba solo, pero lo último que quería es que se despertara y saliera de entre mis sábanas.

Me asecé y me puse algo cómodo para bajar a preparar el desayuno. Unas simples braguitas y una cómoda camiseta de tirantes sin sujetador fueron suficientes. Y, cómo no, mis suaves calcetines para deslizarme por la madera del cálido suelo. Puse algo de música en la tele con el volumen no muy alto para no despertarlo y, mientras preparaba el café y tostaba el pan de molde, recordé todo lo sucedido la noche anterior: la entretenida cena en el restaurante con el camarero Daniel y mi amiga Denise; nuestro encuentro por casualidad en la discoteca; el asqueroso tipo rubio que intentó pasarse conmigo y que mi querida amiga Susan golpeó (un buen golpe, por cierto); la aparición de Jason cuando menos lo esperaba y más lo necesitaba; y sobre todo, nuestra maravillosa y tórrida primera noche durmiendo juntos.

¿Significaría eso que empezaba a haber algo más entre nosotros? ¿O sería algo que hacía con todas por conseguir lo que quería? Aquello me dolió. Imaginarme a Jason en la cama con otra mujer, regalándole su enloquecedor cuerpo, los mismos besos y las mismas caricias que me había regalado a mí, sus atenciones... Por un momento sentí que el estómago se me revolvía por los celos. Pero unos suaves dedos que apartaron mi melena a un lado, y unos cálidos labios que besaron mi cuello, desviaron mis pensamientos hacia el impresionante hombre que tenía detrás.

—Buenos días, princesa... —Jason me abrazó.

Me encantaba tenerlo allí.

—Muy buenos días... —sonreí agradecida por tanta ternura. Nunca había comenzado el día tan bien. Me giré para quedar frente a él y poder ver al Adonis que, pegado detrás, reclamaba mi boca. Estaba demasiado *sexy* de buena mañana, con tan solo sus bóxers negros y sus verdes ojos de cristal. ¿Como podía ser que oliese tan bien nada más levantarse? —. ¿Has dormido bien...? —pregunté entre beso y beso.

—Mejor que nunca... ¿Y tú has dormido bien? —me agarró por la cintura para levantarme en el aire y sentarme sobre la encimera de la isla. Enrollé mis piernas a su alrededor.

—Nunca he dormido mejor, te lo aseguro —rodeé su cuello con mis brazos mientras él metía sus manos por debajo de mi camiseta para acariciar mi espalda.

—¿Sin sujetador?

—Sin sujetador... —torcí una sonrisa.

—Mmm... —bajó el tirante de mi camiseta y mordió mi hombro izquierdo —. ¿Quieres desayunar? —preguntó sugerente—. Porque yo sí...

Se estaba encendiendo por momentos y lo mejor de todo es que me estaba encendiendo a mí también. Era una máquina del sexo. Insaciable. Como a mí me gustaba. Como yo lo quería.

—Veo que te has levantado con hambre... —respondí dejando caer la cabeza hacia detrás haciendo que cayera mi melena en cascada sobre mi culo.

—Mucha hambre... —susurró mordiendo delicadamente mi barbilla—. Nunca me sacio de ti, Eli... nunca.

—Ni yo de ti... —mi cuerpo comenzaba a desear que las grandes manos

de Jason de desplazaran hacia otra parte.

—Eso espero, pequeña... —se deshizo de mi camiseta sacándola lentamente por mi cabeza y dejándome sentada sobre la encimera de la isla tan solo con mis braguitas y mis calcetines puestos—. Te deseo tanto, Eli, que a veces creo que me quedo sin aire...

Manoseó mi espalda desnuda mientras nuestras lenguas se lamían. Bajé una mano hasta sus calzoncillos para abarcar lo que dentro de ellos crecía.

—Oh, Jason. Creo que ahora mismo me volvería loca si todo esto no fuese para mí... —con mi otra mano agarré su turgente culo.

—Tranquila... Te aseguro que todo yo soy para ti... —Hizo que me estirara hacia detrás y me tumbara sobre la encimera.

—¡Dios, qué fría! —exclamé riendo y arqueando la espalda al contacto con el frío mármol.

—Tranquila, yo te calentaré... —sonrió débilmente.

Con una mano recorrió mi torso desnudo desde mi ombligo, subiendo por mis pechos, amasándolos, hasta llegar a mi garganta. Encajado entre mis piernas, acercó sus labios a mí y empezó a besar mi barriga. Con un dedo bajó un lado de mi braguita, dejando mi cadera al descubierto para seguidamente morderla con delicadeza, consiguiendo que me estremeciera y me retorciera nerviosa delante de él. Cuando, de repente, algo justo detrás nos sobresaltó a los dos...

—¡Joder! —exclamamos a la vez, nos miramos y reímos.

Comenzó a sonar mi teléfono con tal ímpetu que parecía que fuese a salir corriendo. Pero ni tan siquiera miré de quién se trataba. En ese momento era Jason encajado entre mis piernas el único que me importaba. Acercó de nuevo sus labios a mi cadera y la besó, para después seguir bajando sus traviosos dedos hacia lo más húmedo y resbaladizo de mí mientras yo arqueaba la espalda toda deseosa. Él se deleitaba mirando cómo me retorcía sobre la encimera por lo que sus dedos provocaban en mi cuerpo, sabiendo que comenzaba a necesitar más, sabiendo que, en breve, lo necesitaría a él... cuando, de nuevo, el teléfono a mi lado volvió a sonar con ganas.

—¡Mierda! —maldije casi indignada.

Miré a Jason, que sonreía y resopló cuando dejó caer la cabeza hacia detrás. Me incorporé quedándome sentada y, ante el insistente reclamo de

alguien al otro lado del teléfono, decidimos ver por lo menos de quién se trataba para después poder seguir donde lo habíamos dejado.

—Denise... Es Denise y creo que debería contestar... No sé nada de ella desde anoche que se fue con el camarero... —miré a Jason, que estaba delante de mí, apoyando sus manos sobre la encimera a ambos lados de mis caderas.

—¿Con el camarero? —preguntó frunciendo el ceño—. ¿Qué camarero?

—Es muy largo de explicar... —respondí torciendo una sonrisa.

No preguntó más.

—Claro, cielo, contesta y así te quedarás más tranquila... —me dio un dulce beso en la frente y se alejó prudentemente para dejarnos hablar.

«¡Qué encanto!». Me bajé de un salto y, tras ponerme de nuevo la camiseta, contesté.

—¡Denise! —dije al descolgar.

—¡Lis! Hola, preciosa, ¿cómo estás? —preguntó mi amiga al otro lado del auricular.

—Bien, yo bien. ¿Pero y tú? ¿Tú estás bien...? —apoyé los codos sobre la encimera de la isla para mirar al frente por la gran ventana del salón.

—¡Sí, ya lo creo! Estoy super bien... —contestó entusiasmada y riendo.

—Vaya, me alegro por ti, cielo. Y... ¿Daniel...? ¿Daniel está bien? ¿Todo bien con él? —Miedo me daba preguntar aquello.

—Sí, creo que sí... —Había vida en su voz—. ¡Lis, creo que me he enamorado!

No pude evitar soltar un gritito y echarme a reír por la alegría que recorría mi cuerpo por ella. Si hubiera tenido unos fuegos artificiales, los habría lanzado en ese momento.

—¡Sí! ¡¿de verdad?! —pregunté con entusiasmo.

Jason me miró desde su sitio con una sonrisa sin saber lo que pasaba.

—Mucho, Lis, mucho... —Estaba nerviosa, alegre, entusiasmada...

—¿Estás segura, Denise? ¿No será un simple capricho? —pregunté a mi amiga, aunque sabía perfectamente la respuesta.

Estaba claro que algo despertaba ese chico en Denise, porque nunca antes se había comportado así con ningún otro. Y creo que, en ese momento, al contemplar a Jason cerca de mí preparándome unas deliciosas tostadas, comprendí perfectamente lo que sentía mi amiga. Aquello era amor.

—De verdad, Lis. Estoy segura... Nunca había sentido esto por nadie...

—Sé a qué te refieres... —Jason me miró entonces, con su taza de café en la mano, y me regaló la más hermosa de las sonrisas—. Sí, Denise, eso... es amor —en ese momento no sabía muy bien a cuál de las dos estaba contestando.

Porque fue entonces, al hablar con mi amiga, cuando confirmé que estaba perdidamente enamorada de él. ¿Un pasito más cerca de mi perdición?

—Tú también estás enamorada, ¿verdad, Lis? —Aquello no fue una pregunta.

Me mordí el labio inferior, miré mi dedo índice de la mano izquierda, que dibujaba circulitos sobre la negra encimera de la isla y, por primera vez, reconocí que así era.

—Sí, completamente...

Entonces pude escuchar los gritos de alegría de mi amiga al otro lado del teléfono. Yo me reí, casi avergonzada, y me llevé la mano a la boca.

—Oye, Denise, ¿qué te parece si nos vemos mañana para comer y me cuentas? Además, yo también tengo algo que contarte...

—¿Sí? ¿Qué es? ahora no me dejes así...

—Nada, no es nada. Solo explicarte lo que sucedió en la discoteca después de que te marcharas...

—¿Pasó algo... malo?

—No, no... Gracias a Susan y Jason, no pasó nada...

—Joder, Lis, ahora me dejas preocupada... Pero sí: mañana nos vemos para comer y hablamos... ¿Qué te parece donde siempre, a la una? Por cierto... —se acordó de su otra amiga—. ¿Susan está bien?

—¡Sí, si! Está bien, tranquila... —intenté tranquilizarla—. Y me parece perfecto, mañana a la una te veo...

—Ok, cielo. Cuídate. Un beso enorme, hasta mañana.

—Hasta mañana, preciosa. Cuídate tú también. Un beso... —colgué a mi querida amiga, también enamorada como yo.

Dejé el teléfono de nuevo sobre la encimera de la isla, suspiré. Me acerqué a Jason, que se encontraba aún en un lado de la isla, apoyado con su taza de café humeante en las manos. Había preparado unas deliciosas tostadas para los dos mientras yo hablaba con mi querida amiga, pero yo, a pesar de

nuestra interrupción, seguía teniendo hambre de él.

—Hola... —susurré cerca de su oído, poniéndome de puntillas.

—Hola... —contestó con una sonrisa en los labios, dejó su taza de café sobre la encimera para, seguidamente, agarrar mi cintura—. ¿Tu amiga está bien? —preguntó.

—Sí. Está enamorada... —contesté sin más.

—Vaya, eso es bueno, ¿no?

—Sí. Siempre que seas correspondido, ¿no?

Puso cara de circunstancias.

—Y ella, ¿no es correspondida? —preguntó Jason, dándome un rápido beso en la punta de la nariz.

—Supone que sí...

—Bueno, entonces debería asegurarse antes de hacerse ilusiones, ¿no crees?

—Es posible... —le di la razón—. Aunque hay veces en que no puedes evitar enamorarte de alguien perdidamente...— respondí mirando sus embriagadores ojos verdes, sin darme cuenta de que me estaba declarando.

—Y tú, ¿puedes evitarlo? —preguntó, mirándome fijamente a los ojos.

Tardé menos de un segundo en responder.

—No. Ni puedo, ni quiero evitarlo... —aseguré.

Su única respuesta hacia lo que acababa de decir fue aprisionar mi boca con la suya con desmesurada pasión. Con un beso. Con un apasionado beso.

«¿Estaba siendo aquello su declaración?»

Estábamos amarrados el uno al otro. No nos movimos del lugar. Tan solo se movían nuestras lenguas acariciando nuestros labios. Se detuvo el tiempo a nuestro alrededor.

—Y tú, Jason, ¿puedes evitarlo...? —pregunté mirándolo a los ojos con algo de miedo hacia su respuesta.

Tardó incluso menos que yo en responder.

—Demasiado tarde para eso... —confesó. Volvió a posarme sobre la encimera de la isla con intención de seguir dónde lo habíamos dejado—. ¿Y esto...? ¿No te la había quitado ya? —preguntó sonriendo al sacar de nuevo mi camiseta por mi cabeza.

—Es que me encanta que me desnudes... —sonreí.

—Y a mí me encanta hacerlo, cielo... —volvíamos a estar donde lo habíamos dejado. Yo, estirada de nuevo; y él, preparado para encajar su perfecta cabeza cerca de mí—. Me encanta empezar el día contigo, Eli...

—Y a mí me encanta tu manera de hacerlo... —aseguré, con la respiración ya algo acelerada por lo que sus dedos despertaban en mi entrepierna.

Pero nuestro tórrido desayuno no tardó en verse de nuevo interrumpido. De nuevo, volvía a sonar el teléfono cerca de nosotros con insistencia.

—¡Oh, joder! No puede ser... —lloriqueé. Dejé caer mi cabeza hacia atrás. Alargué el brazo y cogí mi teléfono—. Es Susan... Debo contestar. Susan nunca llama los fines de semana. Espero que no le ocurra nada...

Jason tenía las manos apoyadas sobre mis muslos y se mordía (supongo de frustración) su bíceps derecho.

—Por supuesto, contesta. No te preocupes, cielo... —Se llevó las manos a las caderas mientras sonreía, incrédulo.

—Lo siento. Está claro que hoy nos quedamos sin desayunar... —mordí mi labio inferior y sonreí.

—Eso es sabotaje. Tus amigas me están saboteando... —Jason sonreía mientras se dirigía hacia las escaleras para subir a mi habitación.

—No lo creo... ¡Que sepas que mis amigas te adoran! —sonreí yo también al verlo de espaldas caminar mientras descolgaba el teléfono—. ¿Susan? —pregunté al oír la voz de amiga al otro lado del teléfono.

—Lis, hola...

—¿Estas bien, Susan? ¿Todo bien? —Me extrañaba su llamada: el fin de semana era sagrado para ella y su familia, y pocas veces lo compartía.

—Sí, sí, todo bien. Disculpa que te llame...

—No, tranquila, dime... ¿Qué te ocurre?

—Oye, ¿tú sabes algo de Denise...?

Mi querida amiga, siempre preocupada por nosotras, como la madre superiora. Una madre superiora que iba arreando puñetazos...

—Sí... —confirmé rápidamente para que se quedara tranquila—. Casualmente acabo de hablar con ella.

—¡¿Ah, sí?! ¿Y está bien? La muy zorra ya me podría haber llamado, ¿no?

Yo sonreí por su reacción.

—Sí, tranquila —reforcé mis palabras—. Está más que bien te lo aseguro.

—Es que mira la hora que es y todavía no sé nada de ella...

Yo suspiré.

—Pues será... —Fui a decir algo pero Susan me interrumpió antes de que terminara la frase.

—¡Espera! Me pita el móvil. Me está entrando una llamada... —Hubo un segundo de silencio—. Sí, es ella... Me está llamando.

—¿Lo ves?

—Te dejo, voy a hablar con esta pequeña zorra... —soltó, casi indignada—. ¿Vale, cielo?

—Ok, pero tranquila y no te pases mucho con ella. Está enamorada... —solté sin pensar, riéndome.

—¿Enamorada? ¿De quién? —preguntó, sorprendida y extrañada a la misma vez, como si aquello no pudiera ser posible—. Bueno, el lunes hablamos. Un beso, ¡te quiero!

—Vale, adiós. ¡Te quiero! —Y creo que el «te quiero» ni lo escuchó.

«Siempre tan pendiente de nuestro bienestar».

Colgué a mi amiga Susan y, cuando me dirigía a por mi taza de café y a por la deliciosa tostada que me había preparado el tío bueno de mi vecino, apareció este a mi lado con la camisa a medio abrochar.

«Dios, pero cuánto *sexappeal*... ¡Qué delicia!».

Estaba tremendamente guapo, todo vestido de negro y con aquellos impresionantes ojos verdes que tenían un aspecto sobrenatural. Y, al recordar el momento en que ayer noche me deshice de su ropa, algo en mí palpitó, siguiéndole un sentimiento de tristeza al darme cuenta de que ya nos separábamos.

—Vaya, ¿tú también te has vestido para que te desnude? —pregunté sonriendo y acercándome a él para abrochar los botones del cuello de su camisa.

—Mmm, no me des ideas... —rodeó con un brazo mi cintura y posó la otra mano en mi espalda para pegar nuestros cuerpos.

—Veo que ya te vas... ¿Es por que no te he dado de desayunar?

Él me mostro sus perfectos dientes blancos con una amplia sonrisa. Parecía sacada de un anuncio de pasta de dentífricos, joder.

—No. Te aseguro que no es por eso... Pero, tranquila, podemos cenar esta noche...

—¿Esta noche...? —pregunté haciéndome la interesante—. No sé si puedo... —dije con una traviesa sonrisa.

—¿Ah, no? ¿Has quedado con alguien? —preguntó siguiéndome el juego.

—Puede...

—Y... a ese alguien, ¿lo conozco yo?

—Creo que no. Es un tipo demasiado *sexy*... —exageré las últimas palabras.

—¿*Sexy*? ¿Y que más? —preguntó riendo y colocándose un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Fuerte, sensual, cariñoso... Y me vuelve completamente loca...

—Vaya, es un tipo con suerte... —bromeó mientras me besaba—. Entonces, ¿no cenas esta noche conmigo?

—Me lo pensaré... —dije riendo y tirando del cuello de su camisa para besarlo.

—Pues, si sirve de algo, que sepas que tú me vuelves loco a mí...

—¿Sí? —susurré cerca de sus labios algo enrojecidos de tanto besarnos.

—Me vuelves completamente loco... —Y, de nuevo, hubo pasión en su boca—. Debo irme ya, cielo... —«¿A trabajar?»—. Aunque me quedaría todo el día contigo...

—Como quieras... Tú te lo pierdes. Quizá llame al tipo *sexy* para que venga a desayunar conmigo... —sonreí con algo de malicia.

—No seas mala conmigo. Quizá tenga que hablar al final con ese tipo... —bromeó. Y, mientras nos dirigíamos hacia la puerta, deseé que no se tuviera que marchar nunca—. Te paso a buscar a las nueve.

—¿Me pasas a buscar? ¿Adónde vamos? —pregunté ilusionada.

—A las nueve.

—¿Es una cita?

—A las nueve. En punto. Si no estás vestida, entraré a buscarte y te llevaré tal y como estés —me advirtió cariñosamente dándome un beso en la nariz.

—¿Pero adónde vamos? ¿Qué me pongo...? —pregunté ahora, nerviosa.

—Ponte lo que quieras. Con cualquier cosa estarás preciosa... —torció

una seductora sonrisa de galán—. Pero, por si acaso, ponte elegante... —dijo desde su puerta antes de cerrarla.

Y, con miles de mariposas revoloteando por mi estómago, tuve que cerrar mi puerta para subir corriendo a decidir qué me iba a poner para la cena de esa noche. O, mejor dicho, mi cita de esa noche.

CAPÍTULO 18

Había decidido impresionar a Jason esta noche en la cena. Y, de entre mi sección de vestidos de diseño que tenía reservado especialmente para ocasiones así, encontré uno el cual todavía no había tenido la gran oportunidad de estrenar. Era espectacular, exuberante por definición, incluso demasiado provocativo se podría decir, pero para nada me importaba. Estaba completamente segura de que iba a conseguir que Jason se rindiera a mis pies.

Estuve toda la tarde nerviosa. Intenté entretenerme retocando unos diseños para el trabajo sin éxito. El amasijo de nervios que se estaba asentando en mi estómago no me dejaba casi ni pensar en otra cosa que no fuera él. No conseguía concentrarme en nada más, como si fuera una pequeña mocosa a la que le han dicho que esta misma noche iba a conocer al mismísimo Papá Noel en persona... Vamos, todo un acontecimiento. Así que dos horas antes decidí darme un buen baño relajante para después comenzar a prepararme con tranquilidad para mi deseado hombre.

En cuanto salí de la bañera y me sequé, a una hora y cuarto de nuestra cita, me recubrí la piel con un aceite con suave aroma a vainilla, haciendo que la piel quedara sedosa al tacto. Después comencé alisando mi larga melena, dándole volumen y haciendo que quedara algo aleonada, ya que en un rato el volumen desaparecería y entonces daría el toque despampanante que buscaba para acompañar el vestido. Di brillo a mis uñas. Seguidamente empecé a maquillarme. Y, en la última media hora, decidí empezar a vestirme eligiendo un bonito y escueto tanga de encaje negro, sin sujetador. El escandaloso vestido negro prohibía llevar algo de ropa interior que fuese de tamaño más grande que un diminuto pañuelo de papel, ya que el vestido era «efecto

tatuaje» y se podían apreciar diversas partes del cuerpo bajo sus múltiples transparencias. Y ya que el vestido sin mangas se estrechaba por encima de las rodillas quedando como un guante y resaltaba por sí solo, decidí ponerme unas sencillas sandalias de tacón fino, negras; más una simple, elegante y discreta cartera negra a modo de bolso para acompañar. ¡Perfecta! Y, algo nerviosa, a unos minutos de que Jason picara a mi puerta, di el toque final al conjunto con unas gotas de mi seductor perfume Hypnose de Lancome.

Y, por fin, mi puerta sonó, tan puntual como había advertido.

No se cuál de los dos se quedó más impresionado. Cuando abrí la puerta y me encontré detrás a Jason, irradiando elegancia y masculinidad con aquel traje color gris antracita y camisa blanca, creí estar en un sueño. Al instante me llegó su olor. Su exquisito aroma a hombre, del cual se podía descifrar que acababa de salir de la ducha. Se quedó frente a mí, petrificado.

—Hola... —susurré con un hilo de voz ante mi asombro.

Jason tragó saliva, tardó unos segundos en contestar.

—Vaya, Eli... estás...

—Tú estás impresionante...

—Tú... estás... —solo conseguía mirarme de arriba abajo y levantar la mano hacia mí—. Dios, ¿qué me pasa...? Me has dejado sin palabras... —se acercó a mí con cuidado, como si le diera miedo tocarme—. Creo que nunca en mi vida había visto algo tan hermoso... —confesó.

Parecía cierto lo que decía, nunca había visto antes a nadie mirarme de aquella forma, con tanta expectación.

—Bueno, tampoco creo que sea para tanto... Vale que el vestido vale un pastón y es de diseño, pero...

—¿Puedo besarte? —interrumpió dejándome perpleja con la pregunta.

—Claro que puedes besarme... ¿Por qué me preguntas eso?

Su reacción había superado mis expectativas con creces.

Sin decir nada más, sostuvo con cuidado mi rostro con sus cálidas manos dándome un delicado y sensual beso, haciendo que me temblaran las piernas por el inmenso placer que recorrió todo mi cuerpo.

—Te deseo más que nunca desde que te vi, Eli... —se separó un poco de mí para poder mirarme bien a los ojos—. Y, si te digo la verdad, eso me da

miedo.

No supe qué decir, de verdad. No sé qué rumbo estaba tomando todo aquello.

—Vaya, Jason... No esperaba esta reacción tuya... No sé qué decir...

—Solo espero que me desees de la misma manera que yo te deseo a ti... Si no, voy a tener un problema... —dijo con una tímida sonrisa.

Me acerqué más a él y rodeé su cuello con mis brazos.

—Bueno, pues entonces... puedes estar tranquilo —respondí acercando mis labios a los suyos.

—Hueles de maravilla, preciosa... ¿Es vainilla?

—Sí... —afirmé con la cabeza.

—Me encanta la vainilla... —Acarició por encima mis labios con su pulgar—. Creo que esta noche me va a costar más de la cuenta aguantarme por no abalanzarme sobre ti...

—Puedes hacerlo cuando quieras, te lo aseguro.

—No me digas eso, por favor te lo pido. Ahora no... —aquello me hizo sonreír—. No me atrevo a salir contigo a la calle. Creo que esta noche voy a tener problemas con más de uno...

—O yo con más de una... Estás exquisito con traje...

—Gracias —las manos de Jason descansaban sobre mis caderas—. Pero ya que, respecto a mi trabajo, casi siempre voy con traje... me cuesta ponérmelo fuera de él. Pero la ocasión lo merecía.

—¿Ah, sí? —pregunté acariciando la solapa de su americana.

—Sí... —Acarició mi mejilla con el dorso de su mano—. Bueno, será mejor que nos vayamos ya... porque no sé cuánto más podré aguantar contigo así y teniendo un sofá a la vista... —torció una seductora sonrisa.

—Mmm... —sonreí con picardía, pensando en las terribles ganas que tenía de quitarle aquel carísimo traje—. ¿Y adónde vamos? —pregunté algo nerviosa.

—Es una sorpresa.

—A ti te gustan las sorpresas... —confirmé con una sonrisa al recordar la noche anterior.

—Sobre todo, cuando me las das tú...

Después de cerrar mi puerta y con una mano de Jason en la parte baja de

mi espalda, nos dirigimos hacia las escaleras para bajar.

—Entonces... ¿no me das a decir a dónde me llevas?

—No... —respondió desde detrás, resguardándome las espaldas, cómo no.

Cuando Jason abrió la puerta de la calle y me cedió caballerosamente el paso para salir, me quedé de piedra al contemplar lo que había aparcado frente a la puerta.

—¡Dios mío! —exclamé—. ¿Has visto? —Me giré hacia Jason para mirarlo—. Es un Mustang Shelby GT 500 del 67... Es igual que al Eleanor de la película *Sesenta segundos*...

Me contempló sorprendido por mi reacción y por los datos que le acababa de facilitar en un momento sobre aquel magnífico coche.

—Vaya... ¡Impresionante! —exclamó asombrado.

—¡¿A que sí...?! —lo miré con los ojos como platos.

—No lo decía por el coche, cielo...

—¿Cómo puedes no decir que es impresionante esta preciosidad? —pregunté casi al borde de la indignación.

No podía dejar de contemplar aquel magnífico ejemplar que tan enamorada me tenía. Y, en esa ocasión, no me refería a Jason.

—Sí, claro que es impresionante. En realidad, es una verdadera belleza... Pero lo que más me fascina de todo es que una preciosidad de mujer como tú también entienda de coches... Y, perdona, ante todo no quiero que suene machista, por favor... Pero es que... lo tienes todo, cielo...

—Sí que ha sonado algo machista... —contesté sin mirarlo a la cara, sabiendo perfectamente que esa no había sido su intención—. Pero ahora mismo estoy demasiado ocupada mirando este bombón como para contestarte.

Jason rápidamente se disculpó.

—Disculpa, cielo. No quería ofenderte, pero entiende mi posición... Nunca he conocido a una mujer que, tan rápidamente, sepa de qué coche se trata este peculiar ejemplar...

Jason se acercó al coche.

—Ni se te ocurra tocarlo... —le advertí.

—¿Qué...? —preguntó girándose para mirarme.

—Que no lo vayas a tocar... —le repetí—. Este coche debe de ser de

alguien importante y no debería estar aparcado aquí en la calle... Tiene demasiado valor, ya que es un coche solo de coleccionista... —lo informé, aunque, por descontado, eso él ya lo sabía.

—¿Sí? ¿Tú crees...? —preguntó Jason rodeándolo y torciendo una sonrisa.

—Por supuesto —aseguré.

—¿Te gustaría conducirlo?

—¿Perdona...? Mataría por conducirlo... —dije sin atreverme a acercarme a él.

—Pues, con esos tacones, te va a ser algo imposible...

Lo miré y enarqué la ceja derecha.

—Claro... Será por culpa de los tacones que no lo puedo conducir... —contesté irónicamente, cruzándome de brazos.

Jason, acercándose a mí con verdadero entusiasmo en los ojos, cogió mi mano y la abrió para dejar caer una llave sobre la palma de mi mano.

—¿Qué es esto...? —Pues era completamente imposible que fuera real lo que se me acababa de pasar por la cabeza. Jason tan solo me sonreía—. ¿Qué significa esto, Jason?

Me contempló en silencio mientras se metía las manos en los bolsillos de sus pantalones.

—Todo tuyo, pequeña... ¡Pero con cuidado! —me advirtió sacando una mano del bolsillo y señalándome con el dedo.

—¡No! —lo miré incrédula, seguro, con la cara desencajada.

—¡Sí! —Jason no dejaba de sonreír.

Mi cara debía de ser un poema.

—No, no, no... No puede ser... ¡No! ¡¿Me estás tomando el pelo?! —

—Para nada. ¿Por qué iba a hacer eso? —preguntó entrecerrando sus hermosos ojos—. Te dije una vez que nunca te mentaría, Eli...

Me quedé sin palabras, no podía articular ninguna. Tan solo podía mirar mi mano con la llave, el coche y otra vez a Jason. Así varias veces.

—Dios mío, no puede ser verdad... —Me acerqué al coche con cautela, como si al acercarme a él fuera a arrancar solo y a salir corriendo. ¡Qué imaginación la mía!—. ¿De verdad me lo dices?

—Vamos, pequeña, arráncalo... Pero no mojes el asiento... —me animó

divertido, sabiendo que conducir aquella máquina era lo más parecido a un tener un orgasmo.

—Eso va a ser imposible... Me parece que, si lo oigo rugir, voy a tener un orgasmo... —Jason soltó una carcajada—. Espera..., ¿no será tuyo, verdad? No puede ser tuyo...

—No. Por desgracia, no es mío.

—Y... ¿de dónde ha salido?

—¿Se te olvida que tengo mis contactos?

—¡Oh, Dios, eres el mejor!

No pude evitar tirarme a su cuello y regalarle un millón de besos.

—Me encanta verte disfrutar... —Jason me abrazó—. La verdad, no sabía que fueras una fanática de los coches y esperaba sorprenderte pero, como siempre, me has sorprendido tú a mí...

Nos separamos lo justo para poder mirarnos bien a los ojos.

—Gracias, de verdad, gracias. Nunca habría imaginado que algún día hubiese podido hacer esto...

Sellamos nuestros labios con verdadera vehemencia.

—Vale, cielo... Estoy rodeado de demasiada belleza y se me hace difícil contenerme... —Jason acarició mi espalda desnuda, que asomaba por el gran escote trasero del vestido sin mangas—. No sabes lo que daría por poder hacerte el amor ahí dentro...

—Eso sería una locura que me encantaría... —ronroneé tentándolo, imaginando cómo sería.

—¿Y que me corten los huevos por ello? No gracias. Les tengo cariño... —aquello me hizo reír—. ¿Nos vamos? —preguntó—. Tenemos reserva a las nueve y media y vamos un poco justos... Vas a tener que pisarle... —me tentó.

—No, no... Conduce tú primero. Si le pasa algo..., me muero —le ofrecí la llave.

Me miró en desaprobación.

—¿Qué dices? Te mereces conducirlo tú, Eli —acarició mi rostro con el dorso de su mano—. Y no va a pasar nada...

—Bueno, condúcelo tú primero... y luego yo lo pruebo...

—¿Estás segura?

—Sí, de verdad

—Como quieras... —Jason cogió la llave y se acercó a la puerta del copiloto para abrirla y que yo pudiese entrar—. Señorita... —dijo sonriendo como si fuese un chófer.

—Gracias...

Al entrar en el coche y notar el tacto de sus maravillosos asientos de cuero original, por un momento, me estremecí.

—Bueno, pequeña, ¿preparada? —me miró ya sentado a mi lado y con la llave preparada para arrancar.

Yo asentí con la cabeza sin más, sin decir nada, expectante, ansiosa por escucharlo. Y, segundos después, se escuchó un ronco sonido a nuestro alrededor y una intensa vibración nos recordaba sobre qué máquina estábamos montados.

—¡Oh, Dios, qué gusto! —miré a Jason con los ojos abiertos como platos y me mordí el labio inferior.

—¡Uff! —resopló—. Creo que se me acaba de poner dura... —soltó vulgarmente.

No pude evitar reír a carcajadas por el entusiasmo que recorría todo mi cuerpo. Aquella noche pintaba que iba a ser maravillosa...

Vi que llegábamos a Columbus Circle, y nos metíamos en el interior de un parking que parecía particular. En él había algún que otro coche más aparcado, y todos ellos de verdadero lujo. Estaba más intrigada que nunca intentando averiguar adónde me llevaba Jason, y lo único que sabía es que llegábamos puntuales a nuestra reserva, divirtiéndonos y disfrutando como verdaderos críos con aquel explosivo juguete.

—Ya hemos llegado...

—¿Ya hemos llegado?

—Sí, aquí dejaremos el coche —Jason giró la llave y dejé de escuchar el ronco sonido del motor—. Tranquila, no te voy a dar de cenar en un parking... —me cogió de la mano y la besó antes de bajarnos de él. Yo sonreí.

—¿De quién es este parking?

—De alguien que conozco... —contestó con una media sonrisa.

«Cómo no, no me lo iba a decir...», pensé.

—¿Entonces los demás coches también son de la misma persona...? —

pregunté sorprendida a la misma vez que maravillada.

—Sí.

—Vaya... Impresionante —susurré pensando que esa persona debía de poseer mucho dinero y mucho poder.

Nos dirigimos hacia un ascensor con puertas cromadas para poder subir hacia la superficie, y segundos después, salimos al exterior, quedando frente a las impresionantes torres del edificio encorvado Time Warner Center. Lo miré, todo lo alto que era, y me giré hacia Jason, que me tenía cogida de la cintura.

—¿Adónde me llevas?

Cada vez la intriga y la emoción se iban apoderando un poquito más de mí.

—En poco tiempo lo sabrás... —respondió redirigiéndome al interior del edificio acristalado.

En mi estómago tenía un amasijo de nervios, ansiedad y emoción al mismo tiempo. En cuestión de pocos minutos, después de subir hasta la tercera planta del Time Warner Center, pude descubrir, asombrada, que nos encontrábamos para entrar en unos de los mejores y más caros restaurantes de Nueva York, el refinado y exclusivo restaurante Per Se.

CAPÍTULO 19

—¡Dios... Jason! —no me podía creer que fuésemos a cenar en aquel lujoso restaurante de exquisita comida que ofrecía tales espectaculares vista sobre Central Park, con aquel maravilloso hombre, que cada vez me tenía más cautivada—. ¿De verdad vamos a cenar aquí? —pregunté sobrecogida.

—Esa era la idea. Pero si prefieres otro sitio...

—¿Estás loco? Siempre he querido venir a este restaurante. He escuchado maravillas sobre él.

—Sí, es cierto... Aparte de unos sensacionales platos para degustar, tiene una excelente carta de vinos y los postres son soberbios.

—Ahora soy yo quien se queda sin palabras...

Me acerqué a Jason, antes de entrar, para darle un sensual beso en agradecimiento.

—¿Te gusta la sorpresa? —acarició de nuevo mi espalda.

—No podría pedir más... Gracias.

—No me des las gracias, cielo...

Después de un rápido beso en los labios por su parte, entramos en el espectacular restaurante con decoración de lo más refinada, donde nos recibieron gratamente con dos copas de champán.

Realmente, esa noche estaba siendo un sueño... ¿Cuánto tardaría en despertar?

—Buenas noches, señor Smith... —se acercó a nosotros un educado hombre trajeado de mediana edad que, por lo visto, conocía a Jason de otras ocasiones.

—Buenas noches, Dominic...

—Qué agradable verle por aquí de nuevo...

—Muchas gracias. Es un verdadero placer volver por aquí y poder degustar de nuevo sus exquisitos platos...

Agarrada de la mano de Jason, tan solo podía observar cautivada mi alrededor.

—Tenemos una magnífica mesa reservada para ustedes, acompañenme.

—Gracias, muy amable.

Después de bordear discretamente algunas de las mesas vestidas con verdadero encanto, llegamos a la nuestra, que se encontraba en el mejor rincón de todos, desde donde se podían contemplar las hermosas vistas iluminadas de Central Park.

—¿Esta les parece bien? —preguntó con suma educación el tal Dominic.

—No podría ser mejor... Gracias. —respondió Jason.

—En unos instantes les tomarán nota... —Dominic, muy servicial, separó uno de los asientos de la mesa para, caballerosamente, indicar que podía sentarme—. Una bellísima mujer, señor Smith. Le felicito —añadió con una débil sonrisa.

—Cierto. La más bella de las mujeres... —respondió Jason antes de que este se alejara de nosotros, cogiendo mi mano para besarla. En ese momento me ruboricé—. ¿Todo bien cielo? —preguntó al ver mi estado de estupor.

—Sí, sí..., por supuesto... Es solo que... no quiero despertar de este sueño... —dije entrelazando mis dedos con los suyos.

Jason sonrió dulcemente ante mi comentario.

—Bueno, me alegro de que la sorpresa haya estado a la altura.

—Si te digo la verdad, creo que te has pasado con «las» sorpresas... Todo esto vale muchísimo dinero...

—Esta noche es especial...

—Pero todo esto..., tanto lujo, tantas atenciones... ¡El coche! No todo el mundo puede tener acceso a todo eso... Es realmente increíble. Empiezo a pensar que eres alguien y no me lo quieres decir... —aquello le hizo reír.

—¿Alguien? Claro que soy alguien, Eli. Soy un tipo, al cual has cautivado en tan poco tiempo, que no sé ni quién soy... Has conseguido que me replantee mi vida, y nunca antes nada ni nadie había conseguido eso... —me miraba maravillado.

—Sí, ¿pero de verdad eres guardaespaldas, Jason? Me cuesta creer que,

trabajando de ello, puedas permitirte todo esto... porque parece que has venido más de una vez por aquí y...

Si me paraba a pensarlo, había ciertas cosas que no me encajaban. Jason torció el gesto.

—Claro que he venido por aquí más de una vez, por cuestiones de trabajo y para que mi cliente cerrara algún tipo de trato. Y por supuesto que soy guardaespaldas. ¿Por que siempre desconfías de mí?

—No desconfío de ti, y perdóname pero..., es que no veo que trabajes y consigues coches inaccesibles para llevarme a uno de los restaurantes más caros de la ciudad... ¿Qué quieres que piense? Estoy desconcertada. ¿De verdad puede un guardaespaldas permitirse todo esto?

—Sí, Eli, sí... —clavó sus hermosos ojos en mí—. Siempre que vivas, y digo vivir y no trabajar, para un magnate multimillonario desde los veintinueve años sin tener absolutamente ningún gasto ya que nada de lo que significa disfrutar de la vida te importa... —Jason seguía sujetando mi mano—. Quiero decir... que nunca he gastado un solo centavo de mi suculento sueldo en nada ni en nadie... hasta ahora. Así que... no soy millonario, pero tengo las espaldas muy bien cubiertas, te lo aseguro.

En ese momento solté un intenso suspiro de angustia.

—Jason, lo siento... No quería ofenderte... Estoy estropeando la noche... —dije con pesar y regañándome a mí misma por dentro.

—No digas eso, preciosa. Nadie nos va a arruinar la noche. Te lo aseguro... —justamente en ese momento apareció un agradable camarero para preguntar qué íbamos a tomar.

Ni tan siquiera me había dado cuenta de que, con tanta expectación, no había probado el champán que nos ofrecieron a la entrada ni de que Jason había estado ojeando la carta.

—Buenas noches, señores... ¿Ya saben lo que van a tomar? —preguntó el elegante camarero.

—¿Te apetece seguir con el champán, cielo?

—Sí, claro. Me parece bien...

—Muy bien, pues tráiganos, por favor, una botella de Moët&Chandon Imperial. Será un buen maridaje para las ostras... —Jason cerró la carta y se la devolvió al camarero.

—Perfecta elección, señor... —afirmó este antes de darse la vuelta para marcharse.

Yo, en ese momento, tenía la mirada fija en la nada, evadida en mis pensamientos, regodeándome con toda la belleza de nuestro alrededor. Jason se quedó unos segundos en silencio contemplándome.

—Eres tan hermosa... —Esa bella e inesperada frase me devolvió al lugar.

—Gracias. Al final me lo voy a creer de tanto oírtelo decir... —dije bromeando mientras sonreía avergonzada por lo culpable que me sentía por el inoportuno comentario de antes.

—Pues créetelo... Cuando hemos entrado en el restaurante, todos los ojos se han posado en ti...

—¿Por qué siempre, desde que te conocí, consigues ruborizarme?

—¿Y por qué tú, desde que te conocí, no has dejado de estar en mi cabeza? —alargó la mano para acariciar tiernamente mi mejilla—. Una semana... una sola semana, y has puesto mi vida patas arriba, Eli...

—¿Tengo que entender entonces que no solo es sexo lo que hay entre nosotros? —pregunté porque necesitaba oír lo que deseaba saliendo de sus labios.

—Debo reconocer que el sexo que hay entre nosotros... es el mejor que disfrutado en toda mi vida —oír aquello me dolió. Se acaba de confirmar lo que no quería imaginarme. Sexo entre Jason y otra mujer. Inconscientemente, apreté la servilleta de tela que tenía enrollada entre mis manos—. Pero también es cierto... que no es lo único que siento por ti. Y, aunque no sé si es amor (o cualquier otra cosa) tengo que decir que me encantaría poder compartir más tiempo contigo... —Sus últimas palabras me llenaron de felicidad, con un ápice de tristeza.

—Pero..., ¿cómo...? Es decir, ya sé que no puedes hablarme sobre tu trabajo y que vives para otras personas... ¿pero tú crees que eso no sería un impedimento para poder comenzar algo?

—Sí que es cierto que mi trabajo no es muy compatible con las relaciones y con la familia, pero te aseguro que, si se quiere, se puede... —me miró con sus cristalinos ojos verdes tan fijamente que pude notar cómo entraba dentro de mí—. ¿Tú quieres, Eli?

Jason se me estaba declarando. Y me estaba preguntando lo que tantas

veces durante esa semana había imaginado y deseado. Una semana, una simple semana. Tenía Jason razón: en esa semana había cambiado tanto mi vida que deseaba que siguiera siendo así. La semana más intensa de toda mi jodida existencia.

—Sí, por supuesto que quiero, Jason... Nunca he deseado nada tanto como esto... Pero no podré evitar preguntarte por tu trabajo como hacen todas las parejas... —le advertí con una media sonrisa—. Cuando llegues a casa, te preguntaré: «¿Qué tal el día, cariño? ¿Has matado a muchos hombres hoy?» —dije cambiando el tono y riendo.

Jason rio también ante aquel exagerado comentario por mi parte.

—Cielo, no voy por ahí matando a hombres... Si es eso lo que te imaginas... No soy un matón...

—¿Ah, no? —pregunté sensualmente, acariciando su mano mientras le devolvía la mirada.

—¿Me estás provocando, Eli...?

—No, por favor, no... —Sí que lo estaba haciendo—. Bueno, quizás sí... —me mordí el labio inferior.

—Todavía no hemos pedido, así que no me tientes porque no tendré reparos en agarrarte y sacarte del restaurante para darte lo que buscas... —su mirada se encendió.

—¿Ah, sí...? ¿De verdad harías eso? —pregunté estremeciéndome.

—Haría eso y mucho más... Además, debajo de ese provocativo vestido... no llevas sujetador y no sabes cómo me pongo nada más de pensarlo...

Y no sé ni cuándo ni de dónde salió, el camarero apareció a nuestro lado para servirnos la botella de Moët&Chandon que habíamos pedido. Primero llenó la copa de Jason para que lo probara y diera el visto bueno, seguidamente, me sirvió a mí ante su aceptación.

—¿Saben ya los señores lo que van a pedir? —preguntó otro elegante camarero que se acercó a la mesa, casi remplazando al que se había ido, con un bloc de notas en la mano para poder apuntar en él la elección de nuestros platos.

—Disculpa, algo me dejó absorto... —respondió Jason al camarero, mirándome con fervor.

Esta vez me sonrojé de verdad ante aquel inoportuno comentario de Jason

hacia mí. El camarero, muy discreto, me echó un rápido vistazo antes de comenzar a apuntar lo que Jason acababa de pedir.

—Yo pediré carne de Wagyu poco hecho y... ¿te gustan las ostras, cielo?

—Sí, me gustan.

—Pues tráiganos de primero unas ostras con perlas de caviar... y unos huevos con trufa, por favor.

«¡Uf! aquello sonaba realmente caro», pensé, «Y delicioso...»

—Yo pediré pato... —los dos me miraron ante la simplicidad de mi elección.

—¿Lo desea de alguna forma en especial la señora? —me preguntó el camarero.

—No. Sorpréndame... —respondí antes de que se fuera con todas nuestras exquisiteces apuntadas.

«Señora... qué fuerte suena», pensé.

—Has intrigado al camarero con tu plato... —se burló Jason.

—¿Tú crees? Es que no sabía muy bien qué pedir... Veo tantas cosas deliciosas en la carta que no me decanto por nada en especial.

—Tranquila, tu elección ha sido perfecta. Además, he visto la manera en que te miraba el camarero... y estoy seguro de que, aunque hubieses pedido unos huevos revueltos, habría estado encantado de servírtelos.

—Porque tú seas un depravado... no significa que todos actúen igual que tú... —respondí con una sonrisa y sin creerme mis propias palabras.

—Claro, cielo, claro... —Había ironía en sus palabras—. Bueno... y, ¿por dónde íbamos...? —preguntó con picardía poniendo bien el cuello de su camisa en un gesto arrebatador.

—Creo que me estabas diciendo... que no te gusta nada este vestido sin sujetador... —ronroneé.

—Ah, sí... Ya me acuerdo... —enarcó una ceja—. Me estabas pidiendo algo, ¿verdad?

—Sí... —susurré.

Y, con discreción, introduje un dedo de Jason en mi boca para morderlo, chuparlo y lamerlo delicadamente mientras mis ojos lo acechaban, como si estuviera a punto de abalanzarme sobre él. Este observó con atención el movimiento de mi lengua.

—¡Uff! Pequeña... Al final vas a conseguir lo que buscas... —sonreí triunfante al ver que despertaba tanto deseo en él cómo él en mí. Se removió en su silla, seguramente por lo que debería de estar creciendo ya dentro de sus pantalones—. ¿Brindamos? —intentó desviar el tema ante la rápida subida de temperatura entre nosotros.

Yo me relamí y seguí como si nada.

—Por nosotros... y por esta maravillosa noche de sorpresas... —alcé mi copa para brindar.

—Por ti... y por el inolvidable momento de nuestro encuentro el día de mi mudanza... —alzó también su copa y dio un sorbo de aquel exquisito champán.

—No sé si serás un matón... pero lo que cada vez tengo más claro, es que eres un romántico empedernido...

—Que no te oiga nadie decir eso, por favor... Es una mancha en mi retorcido currículum... —declaró Jason haciendo el papelón, riendo.

—Me encantaría poder ver tu retorcido currículum...

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué? —preguntó sorprendido—. ¿Vas a contratar mis servicios...? —bromeó.

—Mmm... Podría contratarte para muchas cosas... —torcí una sonrisa—. Sí, la verdad tengo muchas curiosidades sobre toda tu vida... pero una de ellas es saber qué preparación tienes, para ver cuán peligroso puede llegar a ser el hombre del cual me he enamorado...

Palabra clave: enamorado. Hubo un silencio entre nosotros.

—¿De verdad estás enamorada de mí, Eli?

Jason retorció sus dedos algo nervioso. Clavó su mirada en mí más que nunca. Siempre me miraba a los ojos. Sería porque no tenía nada que esconder, o eso quiero pensar.

—Perdidamente... —respondí sin más.

Me tiré de cabeza a la piscina y sin salvavidas. Una semana, una jodida semana y ahí estaba... declarando mi amor a un tío. Claro que sí, ¡con dos cojones!

Jason bajó la mirada y se quedó pensativo. Volvía a haber silencio. Ese silencio me estaba matando.

—Me da miedo que pueda ocurrirte algo estando cerca de mí... —vi temor

en su mirada—. No podría soportar volver a perder a alguien a quien quiero...

Eso sí que era una declaración en toda regla. ¡Toma ya! Acababa de decir que me quería. Mi estómago se contrajo de la emoción... o del miedo.

—Te equivocas, Jason. ¿Quién va a protegerme mejor que tú, que estás preparado para ello? —alargué mi mano para coger la suya que descansaba sobre la mesa, y la apreté con fuerza—. Y te juro que no me vas a perder...

—Deseo besarte... —casi rogó.

Y, sin importarme lo que pudiera pensar la gente que se encontraba cerca de nosotros, me levanté para sentarme en su regazo y, con mis brazos rodeando su cuello, besar sus labios con verdadera pasión.

—Deseo cumplido... —dije cerca de su boca.

—Gracias...

—No me des las gracias —dije esta vez yo.

Casualmente, después de volver a mi sitio, Jason pudo ver cómo se acercaban nuestros platos.

—Ahí vienen nuestros platos...

Un camarero se acercó a nosotros para, primero, traer las ostras en un plato perfectamente diseñado, y unos apetecibles huevos decorados minuciosamente.

—Mmm, tiene una pinta increíble...

Se me hizo la boca agua nada más de ver lo que estábamos a punto de degustar.

—Prueba esto...

Jason acercó una bonita cucharilla de diseño a mi boca para que probara los huevos con trufa.

—¡Oh, Dios! Qué maravilla... ¡Se deshace en la boca! —exclamé más alto de lo que debiera, consiguiendo que la pareja de la mesa que se encontraba a unos metros de nosotros se girara discretamente para mirar.

Jason no podía dejar de reír.

—¿Qué ocurre? —pregunté ante su atenta y encantadora mirada.

—Nada, nada... Es que pones tanto entusiasmo en todo, que disfruto contemplándote... —volvió a ruborizarme y, avergonzada, cogí mi copa para beber aquella delicia embotellada—. ¿Entonces te gusta?

—Ya lo creo. Nunca había probado algo así...

—Pues espera a probar todo lo demás...

Jason tenía razón. Los huevos con trufa fueron todo un descubrimiento y una verdadera delicia. Pero todo lo que le siguió fue todo un festival de sabores y sensaciones para mi paladar, consiguiendo que mis papilas gustativas bailaran ante aquel placer sensorial de cada bocado. Fue una magnífica experiencia, inolvidable.

—¿Supongo que querrás postre, verdad? —preguntó una vez terminado su plato mientras esperaba a que los retiraran de la mesa.

—Por supuesto que quiero postre. Creo que va a ser el mejor postre que habré comido en toda mi vida... —dije convencida, terminando de vaciar mi copa y viendo cómo él casi se terminaba la suya.

Jason casi nunca bebía alcohol, por su trabajo, pero, como él mismo había dicho, esa noche era especial y lo estaba demostrando.

—Bueno, a mí se me ocurre otro postre más delicioso que saborear... — Jason besó mi mano.

No pude evitar sonreír tontamente ante su comentario. Creo que nunca había sonreído tanto desde mi llegada aquí como en esa semana desde que lo conocía.

—¿Qué hay de tu trabajo que puedas explicarme? —pregunté.

Torció una sonrisa ante mi insistencia por su trabajo.

—¿De verdad tanto te intriga mi trabajo?

—¿Bromeas? Todo de ti me intriga... Y contando que no has vivido para otra cosa... sabiendo sobre tu trabajo, también sabré sobre tu vida... —concluí.

—De acuerdo... —se aclaró la voz y dio su último trago a la copa de champán—. ¿Qué quieres saber?

—Todo.

—Sabes, cielo, que eso no va a ser posible...

—¿Entonces por qué preguntas? —contesté con una infantil burla.

—Voy a tener que enseñarte modales, pequeña.

—Puedes enseñarme lo que quieras, pequeño.

CAPÍTULO 20

En ese momento nos retiraron los platos y nos dejaron la carta de postres. Jason eligió un exquisito tiramisú casero y yo, una deliciosa tarta de queso con frutos rojos y sopa de chocolate, que no tardamos en acabarnos, intercambiando y degustando plácidamente bocados de los dos manjares. Y, como había algo de la conversación que había quedado pendiente, proseguimos...

—Muy bien. Antes has preguntado sobre mi currículum...

—Sí.

—Puedo abreviártelo. ¿Te parece bien?

Aquello era más que nada.

—Me parece bien...

Hubo una breve espera antes de que Jason comenzara con su inquietante explicación, la cual estaba ansiosa por escuchar. Se acomodó en su silla, descansó los brazos sobre el mantel y se arrancó:

—Como dije en tu casa el otro día, a los catorce años, después de la muerte de mis padres, me alisté en la Academia Militar de los Estados Unidos, donde me eduqué y gradué con base en estudios académicos, rendimiento físico y liderazgo militar...

Pensar en lo que debió suponer para él pasar por ese trance hizo que un sentimiento de tristeza se apoderara de mi cuerpo, pero seguí escuchando con atención e interés todo lo que tenía que contar.

—Allí aprendí paracaidismo, asalto aéreo y batalla nocturna, entre otras muchas cosas. Estudié derecho, geografía, organización y táctica terrestre, sistemas de armas terrestres, política de defensa, tecnología bioquímica, electrónica, sociología, psicología social, relaciones internacionales,

medicina... y muchas cosas más. Finalmente me licencié en Ingeniería industrial para, después, especializarme en artillería antiaérea y de costa, mantenimiento de armamento, técnicas de tiro, técnicas de defensa y combate, planificación táctica y operaciones, táctica militar y estrategia...

—¿Todavía... no has acabado? —pregunté interrumpiéndolo con verdadero asombro.

—Bueno... Querías saber sobre mi currículum...

—Sí, pero has dicho que lo ibas a abreviar... —dije con cara de expectación.

—Y eso estoy haciendo, cielo... Te lo juro... —tuve que sonreír incrédula—. ¿Puedo terminar? —preguntó Jason riéndose—. Si no, luego dirás que no sabes nada sobre mí...

—Sí... Claro, adelante, sigue...

Torció una preciosa sonrisa.

—También tengo conocimientos en equipos y sistemas de seguridad de toda clase, conocimientos de primeros auxilios, conocimiento y entrenamiento en todo tipo de armas de protección incluyendo fusiles y subametralladoras; tengo experiencia en el campo de explosivos, conducción ofensiva y defensiva de vehículos, técnicas de combate sin armas... Practico artes marciales y boxeo... y seguro que hay algo más que ahora mismo se me olvida...

«Aquel hombre estaba más que preparado. Casi era una perfecta máquina preparada para matar. ¡La madre que me parió! ¿De verdad me había acostado con este tío? No me lo creo...».

—¿De verdad? ¿Tú crees que hay algo que se te olvida? —No podía dejar de mirarlo con los ojos como platos.

—No me mires así. Si lo llego a saber, no te explico nada...

—¡No! ¿Pero por qué? Si estoy realmente asombrada de que alguien pueda tener tantos estudios, conocimientos y...

—¡Ah! Se me olvidaba... también hablo francés, alemán, japonés, ruso y chapurreo algo de árabe...

«¡Que me aspen!» Ahí creo que fue cuando me acabó de rematar.

—Increíble... No te puede haber dado tiempo en la academia para estudiar tanto...

«La faena que tuve yo para acabar el curso de francés... el cual no acabé. No sé si me entendéis...»

—Hombre, no solo ha sido en la academia... Ha sido a lo largo de toda mi vida.

—Impresionada... Realmente impresionada... —reconocí mirándolo con adoración.

Nunca hubiese podido imaginar hace una semana, cuando le abrí la puerta durante la mudanza, que ese atractivo hombre al que me encontré tuviera esa impresionante preparación y fuese capaz de hacer lo que hace. Ese hombre era toda una caja de sorpresas.

—¿A que ya no quieres saber nada más sobre mí? —preguntó Jason sonriendo.

—Te equivocas... —sonreí yo también. Ahora sí que quería más—. Y, durante toda tu carrera de militar, ¿llegaste a tener algún cargo?

—Sí.

Jason jugueteó con la servilleta de tela que tenía enrollada en los dedos mientras escondía una media sonrisa. Agachaba la cabeza.

—¿Qué ocurre? —pregunté—. ¿Por qué te ríes?

—Nada, es solo que... —alzó la vista y me miró—. Nunca le he explicado esto a ninguna mujer... —pude ver algo de vergüenza en sus ojos.

—Vamos... —lo animé, tirando de un dedo de su mano derecha que ahora descansaba sobre la mesa—. Te juro que no se lo contaré a nadie... —bromeé.

Dudó antes de hablar, como si fuese a confesar algo, o por lo menos eso me pareció.

—Antes de dedicarme a ser guardaespaldas... fui capitán en el ejército de los Estados Unidos.

«Perdón, antes estaba equivocada, completamente equivocada... Fue ahí cuando me acabó de rematar. ¡La virgen!».

—Vaya... —me abaniqué con gracia después de escuchar aquello, por el calor que me entró al imaginarme a Jason uniformado, siendo capitán—. ¡¿Sabes el *sexappeal* que tiene eso?! —Creo que casi grité.

—¿Sí? —Jason se sonrojó.

—¡Sí! —sonreí. Lo que daría por verlo uniformado para, después, sacarle

el uniforme de un tirón—. ¿Y cómo que no seguiste en el ejército?

—Mi idea, desde un principio, siempre había sido ascender... Es más, justo cuando me decidí a ser guardaespaldas, me propusieron quedarme para ser mayor... Pero supongo que, ya que no tenía ataduras, quería probar otras cosas, algo diferente... Y, aunque yo nunca hubiese mirado el tema económico, si que es verdad que con el puesto de guardaespaldas que me ofrecieron... —pensó en algo. Lo sé, me di cuenta—. Cobraba bastante más que si me hubiesen ascendido... Muchísimo más, la verdad.

—Entonces, ¿con cuántos años dejaste el ejército?

—Con veintinueve.

—Vaya... —me sorprendía pensar en lo joven que era. Por un momento me quedé pensativa, buscando qué otra pregunta más podría hacer sobre él, ya que lo veía bastante predispuesto a contestarme—. ¿Has estado en alguna guerra o conflicto?

Después de conocer toda la preparación que poseía, no era de extrañar que hubiese estado al frente de alguna. O varias. Y, la verdad, pensar sobre aquello, imaginármelo en medio de un fuego cruzado, me ponía los pelos de punta.

—Sí, por supuesto... —Ahora fue Jason el que, por unos instantes, se abstrajo, seguramente recordando todos esos momentos en los que se debió de enfrentar a todo tipo de terroristas, esos momentos en los que debió proteger su vida, la de sus compañeros y su pelotón—. En Afganistán, Irak... —cogió la botella de Moët&Chandon y rellenó nuestras copas vacías en silencio para, después, dar un intenso trago mientras miraba a la nada.

En ese momento me di cuenta de que era hora de cambiar de tema.

—Bueno, y... con tanto entrenamiento y tanta preparación, ¿has tenido tiempo de conocer a alguna mujer?

Aunque solo fuera por cambiar de tema y aunque no tenía claro si quería oír la respuesta, lo solté. Necesitaba saber si antes había estado enamorado de alguien. Masoca de mí... Para, en caso afirmativo, averiguar si su trabajo había sido el culpable de su ruptura.

—¿Eso que tiene que ver con mi currículum?

—¿Eso tampoco me lo puedes explicar?

—¿Por dónde pretendes ir ahora, Eli? —me contempló—. ¿Quieres saber

si alguna mujer antes ha ocupado mi corazón?

—Bueno... yo...

—¿De verdad crees que, con todo lo que te he contado, he tenido tiempo y ganas de enamorarme? —Jason miraba fijamente mis ojos—. ¿Es eso lo que quieres saber? Quieres confirmar si ha habido otra mujer antes, y si ya no estoy con ella por culpa de mi trabajo, ¿verdad?

«¡Bingo! Un peluche para el ganador». Parecía que se hubiera metido en mi propia cabeza.

—No... sí, bueno... Solo...

—He estudiado Psicología Social, Eli... Puedo saber, casi, lo que piensan las personas...

«Joder, ¿de verdad?»

—Sí, es cierto... —confesé—. Quería saber si antes habías tenido algún tipo de relación con alguna mujer y...

—No —fue tajante en su respuesta—. No he tenido nunca ninguna relación con ninguna mujer. Siempre ha sido puro sexo y nada más... Te lo juro —disparó tan rápido que no vi venir la bala...

—Dios, no sé qué habría sido mejor escuchar...

Bajé la mirada hacia mis manos intentando asimilar lo que acababa de oír, intentando hacerme a la idea. ¿Pero qué coño me pasaba? ¿Por qué me estaban afectando tanto sus palabras si hacía pocos días que nos conocíamos? ¡Uf! Esto iba a traer cola...

—Lo siento, Eli. Tú me has preguntado y yo te he respondido sinceramente. Ya sabes que nunca te mentaría...

—Sí, lo sé... Y siento haberte preguntado eso... Pero es que, cuando te imagino a ti... con otra mujer...

—Pues no lo hagas... No hagas eso. ¿De verdad crees que a mí no me ocurre contigo? Pero intento no imaginármelo, y más después de comprobar cómo te miraba ese compañero y amigo tuyo... ¿Alan, verdad?

«¡Lo que faltaba! No me lo podía creer. ¿De verdad se podía acordar de su nombre si tan solo se vieron cinco minutos escasos y después en ningún momento yo lo había vuelto a mencionar...?»

—Sí, Alan... —Otra vez volvía a aparecer en mi vida—. Pero solo somos compañeros... —justifiqué.

—Para él, no solo eres su compañera, Eli... Pero eso, me da igual. Confío en ti y solo quiero estar cerca de ti y verte disfrutar... —alargó la mano y rozó mis labios con su pulgar.

—Gracias, Jason. Has vuelto a evitar que arruine la noche con mi pregunta...

—No digas eso... —me miró con dulzura.

—¿Puedo preguntarte por tus clientes?

—No.

—Bueno, solo dime cuántos has tenido... —rogué con cara de pena.

—He dicho que no. Además, no me mires así... Los guardaespaldas no nos dejamos sobornar.

—No te estoy sobornando. Cuando sobornas a alguien, ofreces algo a cambio... —dije con una tierna sonrisa.

—Entonces, ¿tú no me ofreces nada a cambio?

—No.

Aquello le hizo reír.

—¿Vas a querer algo más? —preguntó—. ¿O pido la cuenta?

—No, no quiero nada más... bueno, del restaurante, claro...

Mi sonrisa era perversa ahora.

—Entiendo...

Alzó la mano con sutileza y pidió la cuenta a Dominic que, en ese momento, lo miró, y minutos después se personó en la mesa para hacerla efectiva.

—¿Han cenado bien los señores? —preguntó con suma educación.

—Realmente bien... Estaba todo delicioso, gracias —respondí yo verdaderamente agradecida por tanta atención.

—Me alegro muchísimo, señorita, o... ¿debo decir señora? —preguntó Dominic con mucha cautela.

—No, no. Señorita, señorita Elisabeth, por favor... —respondí algo avergonzada.

«¿De verdad podríamos pasar por matrimonio?», me pregunté.

—Encantado de haberla conocido, señorita Elisabeth... —Dominic estrechó delicadamente mi mano con un gesto muy caballeroso.

—Igualmente.

Jason se levantó de su silla, cogió su impoluta americana y la dejó caer sobre su antebrazo izquierdo. Yo lo imité levantándome y cogiendo mi cartera.

—Muchísimas gracias por todo, Dominic. Como siempre, todo insuperable... —añadió Jason, redirigiéndome con una mano en la parte baja de mi espalda hacia la salida.

—Gracias a usted, señor Smith. Espero volver a verles pronto... —se despidió el hombre con una cordial sonrisa. Y, antes de que saliéramos del restaurante, añadió algo más, haciendo que el semblante de Jason cambiara por completo—. Por cierto, siento muchísimo la pérdida del señor Dimitri; mis condolencias para la familia y para usted. Y salude, por favor, de mi parte a la bellísima señorita Lora...

Jason ni siquiera se giró a mirarlo. Su mirada siguió al frente.

—Descuide... —murmuró de mala gana apretando y tensando fuertemente la mandíbula.

Su tono de voz había variado. Por un momento la cara le cambió tanto que no me pareció que siguiera siendo él.

CAPÍTULO 21

Hubo un largo silencio mientras esperábamos el ascensor para bajar. Sentí a Jason distante. Parecía que no estuviese ahí a mi lado. Teniéndolo tan cerca de mí... y yo sin atreverme a tocarlo.

—¿Estás bien, Jason? —pregunté con todo mi valor sin saber si hacia bien al atreverme.

Estaba realmente confusa. Siempre me había dicho que estaba solo, sin nadie de quién hablarme y sin ningún familiar cerca... Y ahora, de repente, aparecía una serie de personas a su alrededor... ¿Pero quiénes eran esas dos personas para que le afectase tanto el hecho de que Dominic nombrara? No sabía quién podría ser ese hombre, ese tal Dimitri que, por lo visto, acababa de fallecer; ni, por supuesto, podía imaginarme quién era esa bellísima señorita Lora, como la había llamado Dominic. Pero lo que estaba claro es que debían de significar verdaderamente algo para Jason para que le hubiese afectado de aquella manera aquel breve comentario.

—¿Qué...? —tardó en preguntarme un Jason pensativo.

—¿Te encuentras bien? —pregunté de nuevo pasando mi mano por su brazo.

—Sí, sí, claro... Perdona, cielo... —me besó rápidamente en la mejilla—. Estaba pensando simplemente —Jason volvió a apretar de nuevo el botón del ascensor—. ¿Has cenado bien?

No sé por qué, su pregunta fue seca, casi áspera. Se notaba que estaba molesto por algo, pero intentó hacer como si nada, aunque no lo consiguió.

—Sí, estupendamente... —no pude evitar contestar a secas yo también. No obtuve mayor respuesta por su parte.

A los pocos segundos se abrieron las puertas del ascensor, donde nos

subimos para descender hasta la calle. En su interior, volvió a reinar el silencio. Pero mi lengua y yo no aguantábamos más aquella incomodidad y lo solté:

—¿Quiénes son esas personas? —me vi obligada a preguntar ante aquella inquietante reacción suya.

Se giró hacia mí y me sostuvo la mirada por unos segundos para, después, volver a mirar al frente.

—Eso no es de tu incumbencia —contestó tajantemente.

Me quedé helada ante tanta frialdad por su parte. Aquel no era Jason; por lo menos, el dulce, atento y cariñoso Jason que hace una semana había conocido y que, minutos antes, se me estaba declarando en el restaurante. No entendía qué había ocurrido. No sabía qué pensar.

—¿De verdad tú crees que no es de mi incumbencia? —pregunté arqueando una ceja—. Estás pagando conmigo... algo que no sé qué diablos es y, por lo tanto, creo que sí es de mi incumbencia... —respondí indignada.

«¡Ja!»

Jason respiró hondo, cerró los ojos y apretó con fuerza su mandíbula pensando en algo, algo que lo hizo recapacitar.

—Lo siento. Perdóname, por favor, Eli —se acercó a mí y me rodeó con sus brazos, abrazándome con fuerza—. De verdad que lo siento, preciosa... —me besó delicadamente en los labios.

Suspiré.

—Está bien. Siento yo también haberme puesto así... —rodeé su cuello con mis brazos para poder besarlo mejor.

—Ahora soy yo quien ha estropeado la noche, ¿eh? —me dio un rápido beso en la punta de la nariz.

—Bueno, quizá todavía puedas arreglarla... —busqué su boca de nuevo.

—¿Sí, tú crees...? —puso una mano tras mi nuca para ladear mi cabeza—. ¿Me darías la oportunidad? —preguntó bajando por mi cuello con sus labios.

La temperatura dentro del ascensor subía.

—Inténtalo... —susurré, casi rindiéndome a él.

Posó una mano en la parte baja de mi espalda para pegar mi cuerpo al suyo mientras, con la otra, masajeaba descaradamente mis nalgas por encima de mi vestido. Ahora tenía necesidad de mí.

—No te imaginas lo muchísimo que te deseo, Eli... —volvió en busca de mi boca para comérsela entera.

—Dios, Jason... ¡Me gustan tanto tus besos! Consigues encenderme con tanta facilidad...

En ese momento, para nuestro pesar, se abrieron las puertas del ascensor, consiguiendo que me sonrojara al pensar en la opción de que alguien nos pudiera haber visto.

«¡Ups!»

Jason me agarró de la mano y nos encaminamos hacia el parking en busca de nuestro coche.

—Gracias por la cena... —dije mirando lo guapo que estaba con aquel traje gris.

—De nada, cielo. Ha sido todo un placer... te lo aseguro.

—Me encanta verte con traje.

—¿Ah, sí?

—De verdad. Estás tremendamente *sexy*...

—¿Te digo yo a ti cómo estás? Tremendamente *sexy*... —bajó su mano a mi trasero mientras caminábamos. Yo sonreí.

—Lo digo de verdad. Creo que te sientan muy bien. Demasiado bien, incluso... —pensé en las ganas que tenía de quitárselo—. ¿Es hecho a medida?

—Sí.

—¿Es de trabajo?

—No, este no —torció una sonrisa—. Este es de mi armario personal, reservado para ocasiones especiales...

—Vaya, ¿tienes un armario de trabajo y otro de ropa personal? —No lo habría dicho nunca, ¿o era una broma?—. ¿Pues cuántos trajes tienes de trabajo?

—Unos cuantos... Casi todos negros, pero hay algunos en tonos grises oscuros y azules marino —me informó gratuitamente.

—¿Y todos te los has comprado tú? —pregunté curiosa.

—No. Los trajes son mi uniforme y, aunque hay algunos hechos a medida, todos los guardaespaldas vamos con el mismo patrón de vestimenta; por lo tanto, nos lo proporciona el cliente para el que trabajamos.

Eso me llamó la atención.

—¿Todos los guardaespaldas? ¿Te refieres a más compañeros tuyos?

Me miró de soslayo.

—No se te escapa una, ¿eh, cielo? —Jason besó la mano que me agarraba y confesó—: Sí, tengo bastantes compañeros...

—¿Todos para el mismo cliente? —pregunté asombrada—. ¡Vaya! Debe de ser alguien muy importante...

La reacción a mi pregunta hizo que un reflejo de su mano apretara la mía. Me di cuenta y lo miré.

—Era... —se le escapó como un susurro de los labios—. Era alguien muy importante...

Y en sus ojos pude ver tristeza. Soledad. Volvía a pensar en alguien... Me quedé callada intentando encajar las piezas del puzle con la poca información que me había proporcionado Dominic y con las palabras que se le acababan de escapar a Jason. Y, entonces, rápidamente comprendí quién era el hombre que había fallecido con el nombre de Dimitri. Aquel hombre era su cliente. Y, por lo visto, una persona muy importante para él...

—Jason... ¿Has dicho «era»? —pregunté cuidadosa al ver aquello en sus preciosos ojos.

Me contempló en silencio.

—Sí. Era... —respondió a mi pregunta con la cabeza cabizbaja.

Acerqué mi mano a su mejilla y la acaricié, como si aquel gesto fuera a apartar su dolor de un plumazo.

—Lo siento muchísimo. Debió de ser alguien muy importante para ti.

—Lo fue... —reconoció con verdadera tristeza en la voz—. Fue como un segundo padre para mí... Cuidó de mí casi más que yo de él... —declaró—. Nunca lo olvidaré.

Tragué saliva. Primero, sus padres; luego, una persona que significó tanto para él como su propio padre... ¿Qué sería lo siguiente? Aquello era una tragedia.

—Vaya... Yo... No sé que decir... —lo abracé deseando llenar ese vacío que había en su corazón—. Entonces, ¿es el, el hombre que ha mencionado Dominic en el restaurante? ¿Él era Dimitri?

Jason se apartó de mí como si le hubieran proporcionado una descarga.

Mi pregunta le hizo ponerse de nuevo a la defensiva conmigo, como si algo hubiese a su alrededor que no quisiera que yo supiera.

«¿Pero que es lo que he dicho ahora?», pensé, mirándolo sin comprender.

Pero, si él mismo se acaba de sincerar conmigo respecto a su cliente, ¿qué podía ser lo que estaba evitando que yo preguntara? Repasé en mi mente hábilmente la situación... Y, entonces, caí en la cuenta...

«Jo...der...»

No era hablar sobre Dimitri lo que evitaba, sino hablar sobre la bellísima Lora.

—No preguntes más, Eli... —me advirtió con el semblante serio de nuevo—. Eso no te importa...

Me quedé descolocada ante su reacción. Miento... descolocada es poco.

—¿Pero qué ocurre, Jason? ¿Tan malo es que pregunte por una persona que ha significado tanto para ti? —En ese momento el estómago se me revolvió al darme cuenta de que igual, Lora y él podrían haber tenido algo juntos—. ¿O es que lo que no quieres es que pregunte por esa bellísima mujer que se llama Lora?

Me fulminó con la mirada. Acaba de obtener la respuesta escrita en su rostro.

—Te he dicho... que no preguntes más, Eli. —volvió a advertirme justo al subir al ascensor para bajar al parking.

Apretó varias veces el botón con rabia en sus dedos. Las puertas del ascensor se cerraron.

—¿Me estas amenazando, Jason? —pregunté con el estómago revuelto y encogido.

—¡No! Joder, Eli... ¿Cómo puedes pensar eso? Nunca se me ocurriría... —aseguró girándose hacia mí para mirarme con intensidad—. Estoy loco por ti, pequeña...

—Pues perdóname... Pero, ahora mismo, no te creo.

—Ni ahora ni nunca, Eli. Nunca crees nada de lo que yo te digo... —Ahora estaba empezando a enfurecerse.

—¿Qué quieres que piense si, cuando te pregunto por tu pasado, mira cómo te pones? —le di tiempo, esperando una respuesta, pero no la obtuve—. ¿O lo que tanto te enfurece es que pronuncie el nombre de Lora? Perdón, la

bellísima señorita Lora... Así es como la ha llamado Dominic, ¿verdad? — empezaba a sulfurarme yo también y sabía que eso no iba a acabar bien—. ¿Qué significa ella para ti?

—¡Basta! ¿Por qué sigues por ahí, Eli...? —preguntó, separado de mí por unos pasos.

—¡Porque me da la gana! ¿Qué pasa, que no tienes cojones a contestarme...? ¿Es eso? ¿eh? —me acerqué a él enojada, pegando mi cara a la suya—. ¿O es que todavía estás enamorado de ella y estás intentando olvidarla conmigo...? Mejor dicho, follando conmigo...

Ya no sabía lo que decía; no podía controlar mi lengua. Los celos se apoderaron de mí. Jason me contemplaba y su cara era inescrutable. Las puertas del ascensor se abrieron y yo salí detrás de él sin pensar. Sabía que me había pasado. Sabía que le había preguntado por su cliente cuando él, anteriormente, me había dicho que no lo hiciera, y estaba dando por hecho que entre Lora y él había habido un romance cuando tan siquiera tenía ni idea. Pero, el descubrir que podría haber habido una mujer antes cuando él siempre me lo había negado y repetido tantas veces que nunca me mentiría, aquello... pudo conmigo. En ese momento llegamos frente al Mustang.

—No sabes lo que dices, Eli... —negaba con la cabeza—. Y no voy a seguir hablando contigo de esto... —Jason se acercó al coche para abrir—. Sube al coche... —me ordenó.

«¡Lo que faltaba! ¡A mí órdenes!».

—¿Y si no me da la gana? —lo reté con la mirada—. ¿Y si me niego a subir en él hasta que no me respondas? —me puse las manos en las caderas vacilando, sin intención de subir.

—¿Por qué coño eres tan cabezona?! —gritó desde el otro lado con el coche—. No te voy a contestar a nada de eso, Eli, déjalo ya... ¡Olvídate! —Estaba más guapo que nunca cabreado. Nunca lo había visto así, con los ojos encendidos y su masculina mandíbula apretada mientras resoplaba virilidad ensanchando su espectacular pecho por la desesperación. Estaba acabando con su paciencia—. ¿Quieres subir, por favor, al puñetero coche, Eli...? —se desabrochó la americana con una mano, mientras la otra la apoyaba en el techo del precioso Mustang.

—No.

—¡Joder, Eli, sube al maldito coche he dicho!

Aquella orden me enojó. Me tocó muchísimo las pelotas...

—¡Oblígame! —lo reté alzando la ceja derecha y comenzando a respirar violentamente—. ¡Oblígame si tienes huevos!

Aquella reacción mía lo sorprendió, lo vi en su cara. Y, tras un silencio, contestó.

—Muy bien. Como quieras... —Jason se quitó de un tirón la americana gris antracita de su impoluto traje para soltarla a desgana sobre el techo del coche, consiguiendo que se deslizara hasta mí—. Llevas toda la noche buscándolo... y, al final, lo vas a tener... —rodeó el coche para llegar hasta donde yo estaba con arrebatamiento.

Y, en cuanto estuvo frente a mí, me agarró con fuerza por la cintura para pegar mi cuerpo al de él y, seguidamente, introducir su furiosa lengua dentro de mi boca. Había demasiada pasión entre nosotros. Demasiado fuego. Acaricié gustosa su lengua con la mía por un segundo antes de separarme de él y mirarlo fijamente a los ojos. Lo deseaba tanto que me enfurecí. Y le di un sonoro bofetón, girándole su hermosa cara al desearlo solo para mí.

«¡ZASCA!»

Jason se quedó en silencio con la cara girada, tocándose con la mano donde le acababa de abofetear. No me podía creer lo que acababa de hacer.

—Hacía mucho tiempo que nadie... me giraba la cara... —garantizó mirándome a los ojos mientras movía encajando su perfecta mandíbula.

Yo lo miraba con tanto deseo y arrepentimiento que no supe qué hacer. Y, de nuevo, con más furia que nunca, Jason volvía a estar dentro de mí. Volvió a rodearme con posesión, haciendo que mi espalda golpeará contra el coche. Tiró de mi melena hacia atrás para poder morder mi cuello, consiguiendo que me estremeciera de verdadero placer. Nuestra respiración, agitada como nunca, y nosotros, encendidos como siempre. En silencio. Sin decir nada. Nuestros cuerpos lo decían todo. Busqué de nuevo su boca para entrar en ella y saborear así su agradable dulzor. Sentía los labios doloridos por el repentino arrebató de Jason tras nuestra discusión. Y sentía que necesitaba más. Lo necesitaba a él... en mi interior. Deslizó una mano hasta mi trasero para agarrarlo sobre la tela. Coló la otra mano bajo el vestido y magreó mi muslo desnudo con hambre para después llegar a lo más tierno de mí. No

pude evitar que un gemido se escapara de mi sedienta garganta: desabroché con asombrosa agilidad su camisa blanca para, avariciosamente, acariciar su imponente torso. Lo arañé y de su pecho se escapó un ronco gruñido.

—Joder...

Sentí que él me pertenecía.

Jason, con una mano en mi nuca, lamió mi cuello como si estuviese herido. Mordió mi barbilla lo suficientemente fuerte para que un escalofrío me recorriera el cuerpo entero. Desabroché sus pantalones con rapidez para introducir una mano dentro de ellos y buscar lo que quería, agarrando lo que crecía dentro de ellos y ahora fue Jason el que gimió. Me necesitaba tanto como yo a él. Y sin pensarlo, después de que arremangara mi vestido lo justo para quedar expuesta a él y apartara mi empapado tanga a un lado, me elevó haciendo que enrollara mis piernas a su cintura y me tomó con furia desmedida. Con mis brazos alrededor de su cuello y mi espalda apoyada contra el Ford Mustang, Jason estaba haciendo lo que tenía prohibido y había jurado no hacer.

—¿Por qué me haces esto...? ¿Por qué me vuelves así de loco, Eli...? —La respiración de Jason era entrecortada por las violentas embestidas que me estaba proporcionando. Yo tan solo podía gemir—. Nunca he conocido a ninguna mujer tan testaruda y ardiente como tú. Eres una maldita bomba... que va a acabar conmigo.

—Y tú... eres un gilipollas... que está completamente loco... —dije entre jadeos sin poder pensar, agarrada a su firme cuello.

Con la camisa casi despasada y los pantalones caídos en los tobillos, no dejaba de entrar y salir con ímpetu gustosamente de mí cuerpo.

—Cierto, Eli... Pero te recuerdo que has sido tú la que ha estado toda la noche buscando esto... —me agarró la cara con posesión para que no me moviera y poder besar mis labios—. Pues aquí lo tienes...

—¡Dios mío, Jason! —Casi me faltaba el aire por las inmensas sacudidas de él—. No pares, por favor...

—Es esto lo que querías... ¿verdad? —Jason agarraba con fuerza mis nalgas, que rebotaban—. Has conseguido que te folle en un parking privado donde nos están grabando, encima de un Shelby GT 500...

—¡Oh, mierda! ¿De verdad nos están grabando? —pregunté entre jadeos.

—Sí, cielo. Saluda a la cámara...

«¡Joder! Dios, no me lo podía creer. No se me había ocurrido». Era lógico. Y no creo que aquello fuese una muy buena imagen para él. Pero, aun así, me deseaba tanto que no le había importado las consecuencias que pudiera acarrearle. Jason me bajó, haciéndome poner los pies en el suelo.

—Ven, preciosa... —dijo tirando de mí—. Vamos a hacerlo bien... Vas a recordar este momento toda tu vida... —Abrió la puerta del coche y se sentó en el lado del copiloto, poniendo su americana sobre el asiento para asegurarse de no manchar nada—. Súbete... —volvió a ordenarme, aunque aquella orden no me molestó, al contrario, me encendió como nunca.

—¿Vas a follarme dentro de un Mustang? —pregunté acoplándome sobre él con el vestido arremangado en la cintura.

—No... Tú vas a follarme dentro de un Mustang... —sonrió introduciendo su suave y húmeda lengua dentro de mi boca.

Y, con rabia contenida, me obligó, agarrando mis caderas, a que me moviera con voracidad sobre gran parte de él. En ese momento no pude evitar recordar mi encuentro con Alan en la misma posición. La historia se volvía a repetir, pero con diferentes matices...

—¡Oh, por favor! ¡Jason! Te siento tan dentro... —volvió a entrar ferozmente en mí agarrando mis nalgas sin piedad, sacudiéndome.

—Así, Eli, así. Muévete así...

Y, aunque es cierto que el Shelby GT500 no es uno de los coches más cómodos donde copular, el simple hecho de estar haciendo algo prohibido en un lugar como aquel, fue demasiado como para poder aguantar más de cinco minutos dentro, moviéndome sin cesar sobre aquel ardiente hombre, consiguiendo que rápidamente llegáramos los dos a un intenso y violento orgasmo.

—¡Oh, joder! —me agarró por la cintura en la última sacudida para que me sellara contra él—. ¡Dios... Eli...! —agarró mi cabeza para pegar nuestras frentes y gimió como nunca, resoplando contra mi rostro.

—Jason... Jason... —busqué su boca con desespero, ansiosa para robarle un intenso beso. Jason respondió a él con pasión.

«¡La madre que me parió! Esto sí que era echar un polvo salvaje».

—Lo hemos hecho sin condón, pequeña...

—Tranquilo, no te hubiese dejado si no tomara la píldora.

Y después de que Jason mordiera mi labio inferior, tirando juguetonamente de él, estuvimos así durante unos minutos más. Yo, sentada sobre su regazo, jugando con nuestras lenguas, como siempre, acariciándonos sensualmente sin prisas. Se me habían olvidado los celos... y hasta mi nombre.

CAPÍTULO 22

—¿Así es cómo me vas hacer callar siempre que discutamos? — pregunté, todavía sentada sobre él.

Agarré firmemente su cara para poder contemplar su belleza animal. Aquellos ojos tenían algo de sobrecogedores... Eran tan claros y tan intensos a la misma vez que era imposible razonar cuando te miraban.

—Yo no te he hecho callar, cielo. Solo he conseguido que subieras al maldito coche... —contestó, besando con dulzura mis labios.

—¡Serás...! —le di un pequeño pellizco en su musculado brazo, del cual no se enteró.

—¡Oye! —me apretó en las caderas para conseguir hacerme cosquillas—. Estás muy agresiva tú esta noche... ¿No crees? —me acusó, haciéndome recordar el bofetón que le había soltado por la impotencia que sentí y el repentino ataque de celos.

«Es que las españolas... somos de sangre caliente...»

—Por favor Jason, perdóname... —me disculpé mordiéndome el labio, arrepentida—. Te juro que lo siento... No sé qué me ha pasado. Yo no suelo reaccionar así... —Entonces me vino a la cabeza el momento en que, hacía dos días, le había girado la cara a Alan en el restaurante.

«Vaya, quizá si tenga que hacérmelo mirar...», pensé.

—Sé que te arrepientes, Eli... Pero no tenías motivos... —me recriminó.

«Ahí discrepo».

—Bueno, lo sé. Estaba furiosa... por haberte puesto a la defensiva conmigo sin motivo, y por tu reacción al nombrarte a Lo... —me quedé callada, sin atreverme a volver a pronunciar aquel nombre, pensando en cómo podría reaccionar.

Pero, aún así, reaccionó. Pronunciando su nombre o sin hacerlo, la cara de Jason volvió a cambiar. Su cuerpo se tensó de nuevo.

—¿Otra vez vas a empezar con ella...? —preguntó entrecerrando los ojos y poniéndose nervioso.

—Perdona, pero no he dicho nada —me defendí.

—Pero lo has pensado, que es peor... —Jason estaba de nuevo a la defensiva conmigo por aquella mujer, aquella maldita mujer a la que, sin conocer, ya estaba odiando—. Déjame salir del coche, por favor... Voy a llevarte a casa.

«¡¿Qué?! ¡¿Cómo?!»

—¿Se puede saber quién coño es esa mujer para que te trastorne de esta manera? —pregunté levantándome de encima de él y saliendo del coche mientras me bajaba el vestido después de limpiarme. Jason salió detrás de mí subiéndose los pantalones y abrochándose la camisa—. ¡¿De verdad crees que vas a poder estar con una mujer sin haber olvidado a otra?! —le recriminé cabreada e indignada.

—¡¿Claro que no la voy a poder olvidar si tan solo hace quince minutos que has escuchado su maldito nombre y no paras de repetirlo!! —gritó exaltado desde el otro lado del coche.

¡Crack! Pude escuchar el sonido de mi corazón rompiéndose. Aquello me dolió más que si me hubieran abofeteado, más que si me hubieran tirado al suelo y se hubieran desahogado conmigo a golpes.

—O sea... que es cierto que tienes algo que olvidar... —confirmé con lágrimas en los ojos. En ese momento me sentí engañada, utilizada... y un millón de cosas más—. ¡¿Y qué hay de la frase «yo nunca te mentiría, Eli»?! —le grité soltando hasta babas por la boca como una psicópata.

Miré a Jason con la vista borrosa por las lágrimas y vi que tenía las manos en las caderas y la cabeza cabizbaja.

—No decir nada... no es mentir —concluyó, abriendo la puerta del conductor para subir.

«¡Pero será cabrón este tío!»

—¿Cuántas veces me has dicho que nunca habías sentido nada por nadie, eh? ¡Siempre has dicho que yo era la única para ti!—Menuda imagen de esposa celosa y despechada estaba dando. El que viera el vídeo de las

cámaras de seguridad iba a estar un rato entretenido—. Cómo no, era mentira... —dije secándome las lágrimas de los ojos—. ¡Vete a la mierda, Jason! ¡No vuelvas a hablarme nunca más!

Sin nada más que decir, con unas saladas lágrimas que resbalaban por mi rostro, me di la vuelta para caminar hacia el ascensor lo más digna que pude.

—¿Se puede saber adónde vas, Eli...?! —preguntó a lo lejos arrancando el coche.

—¡Olvídate de mí...!

Llegué al ascensor y apreté con rabia varias veces el botón sin obtener ninguna respuesta. Tenía ganas de gritar, de salir de allí y desaparecer. Apoyé las palmas de las manos en el frío acero de las robustas puertas, cerré los ojos y los apreté con fuerza.

—No puedes irte... —me informó, varios segundos después, detrás de mí desde dentro del coche.

Sonaba realmente bien aquel maravilloso coche encendido.

—¡He dicho que me olvides! —grité histérica, apretando de nuevo el maldito botón y aporreando la puerta con el puño un par de veces.

—Necesitas un código para salir...

«¡Me cago en mi estampa!»

—¡Oh! ¡Joder, joder, joder! —maldije apretando los puños.

Era cierto. Antes Jason había puesto un número en el panel de entrada y de salida para abrir las puertas cromadas del ascensor. Aquel edificio estaba claro que era de alta seguridad. Me sentí atrapada en aquel maldito parking, de donde ahora mismo quería escapar.

—¿Quieres subir al coche? —pidió pausadamente—. Cuanto antes subas, antes saldremos de aquí... y antes me perderás de vista... —Jason abrió desde dentro la puerta del copiloto para que subiera—. Porque es eso lo que quieres, ¿verdad?

Me giré y lo fulminé con la mirada. Lo desintegré de un vistazo.

—No hay cosa que más desee ahora mismo, te lo aseguro... —aseguré con rabia en las palabras y los ojos llenos de lágrimas.

No me quedó más remedio que subir, resentida, dolida, engañada, con un torbellino de emociones recorriendo y revolviendo todo mi cuerpo, nublando mi mente.

El viaje fue tenso, silencioso. Tan solo se podía oír rugir el motor del Mustang a nuestro alrededor. Sé que Jason me observaba cuando yo miraba por la ventanilla hacia afuera... y, por más vueltas que le diera, no me lo podía creer. Las palabras de Jason en la cena no dejaban de resonar en mi cabeza una y otra vez, una y otra vez: «Nadie nos va a arruinar la noche cielo, te lo aseguro». Mentira. Otra mentira más. ¡Cómo podía haber sido taaaan imbécil! Estaba claro que tan solo buscaba sexo a todas horas... en cualquier rincón... Y, aunque fuese el mejor sexo con diferencia que nadie pudiese imaginar, era demasiado tarde para sacarle el lado bueno de las cosas. Demasiado tarde... Demasiado enamorada.

—Eli, yo... —susurró al parar frente a nuestro edificio, con las manos en el volante y la mirada baja.

—Cállate... —rogué—. No digas nada, por favor...

Abrí la puerta del coche para disponerme a salir cuando noté la mano de Jason, que me agarró por la muñeca.

—Lo siento. Siento todo lo que ha pasado. No debería haber ocurrido...

—Tienes razón. Nada de esto debería haber ocurrido. Ni tan siquiera que nosotros nos hubiésemos conocido...

Jason me miró sin poder creerse mis palabras.

—¿De verdad? —preguntó. Había dolor en su pregunta—. ¿Por un nombre, Eli...? ¿Por un simple nombre?

—Eso me pregunto yo... Si tanto despierta en ti un simple nombre, no quiero saber qué sientes o sentiste por esa mujer... —Miré la mano de Jason, que todavía me agarraba delicadamente—. Suéltame... y olvídate de mí. Así, no tendrás que volver a mentirme.

—¿Por qué estás empeñada en que yo te he mentido, Eli? ¡Jamás he hecho eso!

Las manos de Jason apretaron y retorcieron el volante de madera.

—¿De verdad? ¿Otra vez lo vas a hacer? —le recliné y, una vez fuera del coche, me despedí del amor para siempre—. Gracias por esta maravillosa velada que nada ni nadie nos iba a arruinar, Jason. Tenías razón. Nunca se me va a olvidar...

Y, cerrando la puerta del Mustang, aquel precioso Mustang que nunca conduciría, ni conduje, di la espalda al único hombre por el cual hubiese

arriesgado mi vida por estar a su lado.

Subí las escaleras hacia mi apartamento sin mirar donde pisaba; demasiadas lágrimas brotaban de mis ojos como para poder ver. Al introducir mi llave en la cerradura de la puerta, recordé -tres horas antes- sus palabras en la puerta cuando me vino a recoger.

—¡Te odio, Jason Smith! —grité cerrando de un portazo.

Me quedé apoyada contra la puerta, llorando y llorando sin parar. Me quité torpemente las sandalias de tacón. Primero una la tiré con rabia contra el sofá haciéndola rebotar, y después la otra, la cual lancé sin mirar. Aterrizó en algún lugar, todavía no sé muy bien por dónde. Subí hasta mi dormitorio descalza y deshaciéndome del vestido por el camino para llegar al baño y abrir el grifo del agua caliente de la ducha. Volví a bajar, abrí la nevera y cogí la botella de vino blanco que estaba a medio empezar, cogí una copa del armario y la llené hasta los topes de aquel dulzón vino que me bebí de un trago, casi sin respirar. Volví a subir hasta el baño, donde me quité el tanga, que era lo único que llevaba puesto entonces, y me perdí bajo el caliente chorro de agua con mis saladas lágrimas inundándome.

—Maldito mentiroso... —pensé en voz alta—. ¡Seguro que todo es mentira! —dije enjabonándome el cuerpo—. Soy guardaespaldas, tengo mucho dinero, tengo mis contactos, estoy loco por ti... bla, bla, bla... —dije burlándome de él con rabia e ironía—. ¡Todos! ¡Son iguales! Bueno... menos mi padre.

Y, al pensar en él, no pude evitar empezar a llorar aún más. Rompí a llorar como hacía tiempo que no lo hacía. ¡Cómo los echaba de menos! A dos semanas de mi cumpleaños, y yo aquí... sintiéndome ahora más sola que nunca. La ducha fue rápida, ya que lo único que quería era meterme en mi cama y perderme entre las sábanas, unas sábanas que olían deliciosamente bien: a sexo y a mentira, unas sábanas que olían a Jason. Rápidamente, me dormí.

Uno de junio. Un domingo. Un domingo cualquiera para mí. Tenía la sensación de haber llegado al lugar hace poco, y tener que volver a comenzar con mi vida de nuevo. Parecía un *déjà vu*. No sabía muy bien qué hacer, por dónde empezar. No quería ni podía recluirme en mi apartamento por miedo a encontrarme con Jason por las escaleras, pero todo a mi alrededor me

recordaba a él. Menos mal que hoy tenía algo con lo que entretenerme y no pensar mucho en él. Había quedado con mi amiga Denise para comer y explicarme su romance con el camarero Daniel.

—Pobre ilusa... —dije para mí—. Otra más que se enamora para que luego le destrocen el corazón con mentiras...

Pero lo que tenía claro era una cosa: que hoy era su día y no se lo pensaba estropear. Iba a actuar como si nada, como si no estuviera destrozada por dentro, hecha añicos... y no le iba a contar lo que había ocurrido entre Jason y yo ayer por la noche.

Llegué demasiado puntual al restaurante. Tampoco tenía otra cosa más importante que hacer. Me senté en una mesa cerca de la ventana y pedí a la camarera una cerveza con la que empezar a olvidar... Y pensé en cómo sería aquella maldita mujer que tan loco había vuelto a Jason. ¿De verdad sería tan bella como la había descrito Dominic? Tendría algo que ver también con Dimitri, su cliente, ya que la pronunció seguidamente a él... Dios, iba a volverme loca pensando en algo de lo cual no tenía ni idea.

«¿Dónde estará Jason en este momento?», me pregunté una y otra vez, haciendo leña del árbol caído. Y algo en mí se revolvió, consiguiendo que tuviera ganas de vomitar. ¿Estaría en su casa? ¿Solo? ¿Acompañado? ¿Pensando en mí? ¿Habría ido a buscarla a ella...? Pero también pensé en su insistencia al decir que nunca me mentiría, en esa puñetera frase que tantas veces me había repetido, incluso cuando me bajé del coche despidiéndome de él, la volvió a repetir.

—Será mamón... —susurré mirando al asiento vacío de delante.

Pegué un largo trago a mi copa de cerveza para olvidar, y una exuberante Denise entró por la puerta con un vestido de color violeta y zapatos de tacón, que desvió mi atención hacia ella.

—¡Lis! ¡Qué pronto has llegado! —me abrazó con amor, dándome un sonoro beso.

—¡Hola, cielo! Estás preciosa...

—¡Gracias! —arrugó el ceño y me observó—. Tú estás... estás... ¿estás bien? —preguntó mirándome fijamente.

—Sí, sí, claro... ¿Por qué no iba a estar bien?

Me conocía igual de bien que Susan, o quizá algo menos, no lo sé... Pero,

como no hiciera un gran esfuerzo por aparentar como si nada, sabría que algo fallaba.

—No sé... Tienes los ojos rojos, hinchados, vidriosos... como de haber llorado... Y ojeras. ¿No has dormido bien? ¡Espera! Ya sé... Has estado toda la noche follando con Jason, ¿verdad? —preguntó riendo mi amiga, que se desviaba un poco de la realidad.

Tuve que morderme la lengua y tragar saliva para que no me delatara un inminente sollozo. Era mi hora de interpretar.

—¿Que otra cosa podría ser si no...? —pregunté con un nudo en la garganta—. Pero no hablemos de mí. Hoy tienes muchas cosas que contarme...

Hice el mayor esfuerzo de los esfuerzos e intenté sonreír.

—¡Sí! Hay mucho que contar... —agitaba las manos emocionada—. Bueno, aunque algunas cosas, como entenderás, no te las voy a explicar... —. Tampoco pretendía que lo hiciera, y menos en mi estado de ánimo.

—Claro, normal...

En ese momento se acercó la camarera para tomar nota de lo que íbamos a pedir, y después comencé yo primero explicando, ya que era más breve, el percance en la discoteca después de que ella se marchase.

—Pues eso... —acabé diciendo.

Me dio un vuelco el corazón al recordar el momento en que apareció Jason interponiéndose entre Susan y el asqueroso pervertido, y pensé en que igual aquella noche nos salvó.

—Joder, vaya tela...

Cómo no, mi querida amiga Denise se revolvió de rabia en su silla al escuchar todo lo que le estaba describiendo. Sabía perfectamente que, si ella hubiese estado allí en ese momento, las cosas no habrían acabado igual de bien. Habría volado algún vaso o algún taburete por los aires, o habría roto alguna botella contra la barra, agarrándola por el cuello, para rajarse a alguien de los presentes.

—Vaya, por lo visto tienes a un guardaespaldas al lado... —afirmó Denise de repente.

Me quedé de piedra al oírle decir aquello. Por un segundo, sentí ganas de llorar.

—No, bueno... El mérito, si lo miras bien, lo tuvo Susan...

—¡Cierto! ¡Pequeña loba...! —dijo con guasa.

—Ella es la que se enfrentó de verdad al tipo golpeándolo... Pero bueno, ya la conoces... Lo que sea siempre por nosotras.

—Si no, que me lo pregunten a mí... No sabes la bronca que me llevé ayer por la mañana por, según ella, haber tardado en llamarla...

—Sí, me lo imagino... —aquello es lo único que me arrancó una sonrisa de verdad en todo el día—. Me llamó a mi primero para preguntar...

—¿Sí? —Por lo visto, Denise desconocía ese dato—. Pues entonces...

Y así comenzó a explicarme la bonita historia de amor que había nacido entre Daniel y ella. Esperaba que, por lo menos, la suya tuviera más vida que la que acababa de morir..., o sea, la mía.

CAPÍTULO 23

Todo el rato, toda la comida, estuvo en mi pensamiento. Venían imágenes a mi cabeza de un exquisito Jason vestido con traje. Recordé todas las cosas bonitas que me dijo durante nuestra cena, repasando todas las veces que me había dicho y asegurado que me deseaba más que a nada ni a nadie en este mundo... Y no sé si lo que dicen de la atracción entre personas es verdad o no, pero lo que ocurrió en ese momento fue pura telepatía. Recibí un mensaje al móvil que me dejó confusa e inquieta. Pero la lástima, es que no lo escuché cuando me llegó. Lo leí a las cuatro de la tarde cuando volvía de camino a casa.

—Eli, siento muchísimo lo ocurrido anoche. Pero necesito verte, necesito hablar contigo... necesito besarte... Es más complicado de lo que crees... Te estaré esperando hasta las tres en casa. Después, debo marcharme. Si no me respondes, entenderé que no quieres verme más. Y, por favor, nunca dudes cuando te digo que estoy loco por ti, preciosa.

Aquel mensaje, aunque no debiera... removi6 algo en mí.

—¿Es más complicado de lo que crees? —leí para mí—. Uy, sí. Debe de ser super complicado estar follándose a dos mujeres a la vez...

Aunque esa fuera mi primera reacción al leer el mensaje, me moría por hablar con él. Sí había una oportunidad, una mísera oportunidad de aclarar las cosas con Jason, habría sido esa, y estaba claro que ya la había perdido.

—¡Oh, joder! —maldije mi suerte—. ¿Qué hago? ¿Le escribo, no le escribo, lo llamo...? ¿Me olvido del amor de mi vida?

Cómo no, mi instinto me llevó a llamarlo. Lo busqué en mi lista de contactos y le di la tecla de llamar.

—Joder, ¿pero qué estoy haciendo? Estás cavando tu propia tumba... —

me dije mordiéndome el labio, pero una voz al otro lado del teléfono me informó de que estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡Mierda!

Entré al portal y subí por las escaleras con la esperanza de que, al pasar por su puerta, el destino nos volviera a encontrar. Pero no fue así. Cuando estuve frente a su puerta, solo había silencio tras ella. Y, aunque piqué, nadie respondió a mi llamada. Volvía a haber lágrimas en mis ojos.

Lo que quedó de día transcurrió más tranquilo de lo normal, sin noticias de nadie. Por un momento, me sentí apartada del mundo... Me sentí vacía.

El lunes fue peor. Tener que actuar delante de Susan como si nada y aguantar la compostura en el trabajo, cuando lo que menos me apetecía era estar allí, fue lo que más me costó de sobrellevar. ¡Quién me lo iba a decir! ¿Desinterés por mi trabajo...? Nunca antes lo había sentido. Solo pensaba en llegar a casa para así sentirme lo más cerca de Jason posible. Masoquismo se llama..., diréis. ¡Pues sí!

Parecía que estando allí, en mi apartamento, en cualquier momento sonaría mi puerta y aparecería él detrás pidiéndome un puñetero tomate... Sabía que no podía obsesionarme con aquello, pero la única semana que había disfrutado junto a él había sido tan intensa que parecía que lleváramos media vida juntos. Aun sin saber nada sobre él... ¡Putá vida!

—¿Lis, te encuentras bien? —preguntó Claire antes de salir de la sala de reuniones, donde le había expuesto algunas ideas sobre el proyecto Golden Apple.

—¿Qué? —No me esperaba aquella pregunta por su parte—. Sí, sí, claro... —confirmé esforzándome horrores por aparentar lo que acababa de decir.

—No sé. Es que, aunque no tengo queja sobre nada de lo que me acabas de presentar, te noto distraída, como agotada... —Claire me miró fijamente a los ojos mientras cerraba la carpeta que le acababa de dejar—. Además, no tienes muy buena cara... ¿Seguro que te encuentras bien?

Aquel día ni me había maquillado. Me había puesto unos simples tejanos arrapados y una fina camisa negra sin mangas, con unas manoletinas del mismo color. Esa mañana tampoco es que hubiese desayunado mucho y lo

estaba notando en mi rendimiento.

—Sí... bueno, sí... Será que no he dormido bien... —propuse intentando mostrar una débil sonrisa—. Sí, debe de ser eso...

Claire arrugó el ceño.

—¿Desde cuándo no coges vacaciones? —me preguntó.

—Vaya, pues... Ah... creo... que...

—Ni te acuerdas...

«¡Cierto!»

—Sí, sí... Solo intento recordar...

—No lo sabes, Lis... porque hace mil años que no las coges... —confirmó Claire haciéndome pensar que tenía razón.

Recuerdo que, al poco de entrar aquí, tuve unos días, pero no había vuelto a disfrutar de ninguno más desde entonces, a excepción de un breve puente por las navidades anteriores.

—Sí, pero es que, con la presentación y el nuevo proyecto entre manos... hay mucho que hacer, Claire. Tenemos que...

—Tenemos que nada... —dijo tajantemente, algo que me sorprendió tanto que creo que hasta di un bote—. Llevamos muy avanzado el proyecto, y en parte es todo gracias a ti, así que ahora mismo recoges tus cosas y te vas para casa a descansar...

—¿Qué?! No, no, no... No puedo hacer eso...

—Claro que puedes... Y lo vas a hacer —aseguró mientras salíamos de la sala de reuniones.

Me giré hacia ella con intención de discutir aquello.

—Pero... si yo...

—Elisabeth... —me volvió a cortar—. No hay nada que discutir...

—Pero si yo...

Claire se cruzó de brazos, resopló, y esperó a escuchar la excusa que le tenía que poner.

—Es que, bueno... yo... Pensaba pedir algún día, a ver si era posible... Si no había ningún inconveniente... en que... si se podía...

Con todo el trabajo del nuevo proyecto por delante y la última semana tan intensa vivida con Jason, se me había ido de la mente preguntar cuándo podría coger unos días para ver si coincidían con la boda de mi prima y poder

viajar a Barcelona.

—¡Quieres soltarlo ya! —me pidió Claire, impacientándose y sonriendo.

—Sí, perdona... —sonreí—. Es que... dentro de poco se casa mi prima... y... me encantaría poder ver a toda mi familia en la boda... y...

Claire me miraba con aprecio, como cuando miras a una cría avergonzada delante de ti pidiéndote un caramelo.

—Claro, seguro que no habrá ningún inconveniente... —se adelantó a decir—. Ya me avisaras cuando sea el momento... Pero eso no tiene nada que ver con lo que te estoy diciendo ahora...

La miré casi conmovida y confusa a la misma vez. Ella miró su reloj de muñeca e hizo una mueca, sabía que en breve tenía otra reunión.

—¿No pretenderás que coja ahora vacaciones... y en unas semanas me vuelva a marchar para la boda, verdad?

—Sí... —sentenció pasando su brazo por mis hombros para guiarme hacia mi oficina, supongo, pensando en que aquella discusión ya le estaba robando demasiado tiempo—. Y ahora recoges tus cosas, te vas para casa, descansas... El lunes que viene nos vemos de nuevo aquí y, cuando necesites esos días para la boda de tu prima, hablas conmigo y veremos qué podemos hacer...

—Pero eso es mucho... y yo prefiero...

El sonido que dejó salir ahora de su boca me informó de que no le quedaba ya mucha paciencia para aquello.

—Tranquila, tendrás tus días para ir a la boda...

La miré y solté un intenso suspiro yo también, rindiéndome.

—Dios mío, Claire... No sé cómo podré agradecerte todo lo que haces por mí... —dije mirándola a los ojos con verdadero agradecimiento.

—Trabajando igual que hasta ahora, Lis... Estamos muy contentos contigo, ya te lo dije... —Claire, antes de marcharse, me abrazó cariñosamente para despedirse de mí—. Y no quiero saber nada de ti hasta el lunes, ¿de acuerdo? ¡Espera! —hizo memoria de algo—. ¡Nos veremos el sábado en la cena de arquitectos! Se me olvidaba...

«Dios, lo había olvidado por completo».

—Está bien, de acuerdo... —cedí en su petición, pues cualquiera diría que me estaban torturando por unas vacaciones... las cuales me pertenecían. Le devolví el abrazo—. Pero si necesitas algo me llamas, ¡eh! —le pedí sabiendo

que no lo iba a hacer.

—Claro... claro... —contestó riéndose y dándome ya la espalda.

No me podía creer lo que acababa de ocurrir: a las tres horas de haber comenzado la jornada... ¡Vacaciones!

«¡Yupi!»

Ahora, precisamente en este momento, cuando más las necesitaba. La verdad, me irían realmente bien para poder pensar en todo y reorganizar mi cabeza. Y, además, aprender a vivir de nuevo... sin el hombre de mi vida.

Era la una del mediodía y entraba por la puerta de mi apartamento. ¡Qué raro se me hacía estar allí! Me sentía desubicada a aquella hora un lunes en mi casa. Pero, en fin, si mi superiora lo había querido, que así fuese.

Solté mis carpetas y mis cosas sobre la mesa de trabajo que tenía al fondo del comedor, junto a una pequeña biblioteca de tres estantes, y subí a quitarme la ropa a mi habitación, bajé a la cocina a mirar qué hacerme de comer, y cómo no..., Jason siempre en mi cabeza.

«¿Dónde estarás, Jason?», pensé en voz alta.

Miré una vez más mi móvil por si hubiese alguna señal de él, pero ni rastro. Se había ido. Había desaparecido de su apartamento. ¿Pero dónde estaría en ese momento? Si ya no tenía cliente al que defender, ¿a qué se dedicaría ahora? ¿A buscar otro cliente? ¿A prepararse y entrenarse todavía más? ¿A pasar las horas con la maldita y bellísima Lora...?

En fin, no me apetecía seguir pensando y torturándome más. Acababa de decidir que esa misma tarde me la dedicaría toda para mí.

Llamé a Claudia, mi esteticien de confianza, para preguntarle si tenía algún hueco disponible para hoy y así hacerme una puesta a punto, y como su respuesta fue que sí, me puse algo cómodo de vestir y, después de engullirme dos deliciosos sándwiches de atún, me dirigí al centro de belleza donde me esperaban.

Inevitablemente, los sándwiches me hicieron pensar en él, un Jason al cual deseé nada más ver. Y al cual seguiré deseando durante mucho más tiempo...

«Tus deliciosos sándwiches...», pensé, recordando el primer día en que comimos juntos. Lo eché de menos a rabiar.

Si pudiese volver atrás, si pudiese volver al momento de nuestro

encuentro durante su mudanza cuando le abrí la puerta por primera vez..., lucharía con todas mis fuerzas por no enamorarme de él. Aunque aquello era irremediablemente imposible. Cada hora que pasaba me lo demostraba.

Claudia, en tres horas, me dejó cómo nueva, con la manicura y la pedicura hechas, y con el cuerpo más suave y relajado que el de un tierno bebé. Se había empeñado en pintarme las uñas de un precioso color rojo quemado, pero me negué rotundamente y terminé por hacerme la manicura francesa, que ya era mucho para mí, ya que siempre las llevaba sin pintar o, como mucho, me daba una capa de brillo endurecedor en ocasiones especiales.

—Nadie me las va a ver, Claudia... —reiteré.

—Pero nunca me dejas que te las pinte, Lis... —justificó mi guapísima esteticien pelirroja haciendo un tierno puchero—. Y ya que esta semana no vas a ir a trabajar...

—No. En otro momento... de verdad.

—De acuerdo... —respondió a desgana sin quedarse conforme con mi decisión.

Seguidamente, después del intenso intercambio de opiniones sobre las uñas de mis manos y mis pies, Claudia me hizo un maravilloso tratamiento de cítricos, exfoliando, envolviendo, masajeando mi cuerpo y, lo más importante de todo, consiguiendo que me olvidara por un rato de todo y de todos... Hasta de él.

Salí casi a las seis de la tarde de allí. Me sentía bien; por lo menos, mejor que veinticuatro horas antes. Y mi cuerpo estaba descansado, olía deliciosamente bien a frutas y daban ganas de comérselo. Lástima que no tuviese a quien yo quería para que lo hiciera. Pasé por un par de tiendas y zapaterías para hacer tiempo, un tiempo que, ahora de repente, me sobraba y compré unas impresionantes sandalias negras de tacón de aguja pensando en ponérmelas el sábado para la cena de arquitectos.

«Lo que daría por no tener que asistir a esa dichosa cena...», pensé.

Y entonces, de repente, no pude evitar pensar en Alan. Volver a ver a un Alan, seguramente dolido y resentido después de nuestro último encuentro, en el cual le giré la cara después de que, por fin, se diera cuenta de que nunca me podría tener, de que yo con quien quería estar era con Jason, siempre con Jason. Pero ahora él no estaba. ¿Cambiaría eso ahora las cosas? Pues me daba

miedo pensar que, tras la desaparición repentina de Jason, mi corazón se sintiera vulnerable de nuevo y buscara en Alan el consuelo que necesitaba. Pero eso solo sería engañar a mi corazón. Y, definitivamente, a mi compañero.

Durante mi regreso a casa fui hablando por teléfono con Susan, explicándole mi conversación con Claire y lo que había estado haciendo durante la tarde. Y, al llegar a casa, soledad.

Martes. Abrí los ojos poco a poco, desperecé todo mi cuerpo bajo las sábanas. No quería salir de allí. Miré la hora: diez cuarenta y cinco. Hacía tiempo que no me levantaba tan tarde. No me esperaba nadie, no tenía nada que hacer. Entonces, oí un pitido.

—¡Mi móvil!

Bajé corriendo al comedor, donde había dejado el teléfono cargando ayer noche, con la esperanza de que fuera él. Un mensaje. Publicidad sobre unas puñeteras tarifas de telefonía.

—Maldita publicidad... —solté el teléfono sobre el sofá.

«Mi gozo en un pozo». Subí al baño a aseoarme. Me miré al espejo después de lavarme la cara y casi me asusté: ojeras, cara pálida y melena alborotada... que lo único que parecía es que acabara de salir de una pelea callejera.

—La más bella de las mujeres... —recordé apoyando las manos sobre el lavabo de porcelana color arena—. ¡Ja! —me dije al espejo.

Bajé a la cocina necesitada de cafeína y, mientras preparaba el café, di un bocado a un trozo de pizza duro, tieso y frío que se había quedado sobre la encimera ayer noche, después de la cena.

—¡Buahhh! —lo tragué a desgana y volví a soltar el trozo de pizza sobre su caja, donde lo había encontrado muerto del asco, aburrido.

«Ya lo recogeré...» —pensé. Total, no tenía otra cosa que hacer. Y viendo tal y como estaba la casa, hoy no me tocaba otra cosa que recoger y limpiar. Vamos, planazo de día... Y eso hice. Después de desayunar, me puse unas mayas pirata Adidas negras, una camiseta de tirantes negra, unos calcetines tobilleros oscuros también, y me hice una altísima cola de caballo. Hoy todo era de ese color para mí: negro como los cojones de un grillo.

Una vez preparada, enchufé la aspiradora que en las navidades pasadas

me regaló Susan (porque yo se lo pedí, no porque ella hubiese querido hacerlo, pues se negaba a regalarme un cachivache para limpiar, supongo que por sus ideales y todo ese rollo del feminismo), y comencé aspirando mi habitación.

—Joder... parece una puta leonera... —me regañé débilmente a mí misma.

Esta vez no había música en mi salón. Puse en mi cabeza el piloto automático, ese que te hace evadirte del resto de los mortales y te ayuda a no pensar, sentir ni padecer. Necesitaba dejar la mente en blanco, ya que, si seguía estrujándome el cerebro pensando en él, acabaría dándome un síncope.

—Fuera Jason... Ya, se acabó... y Alan... y los hombres... y todo ser vivo que tenga entre las piernas algún colgajo.

Parecía mentira el sentido del humor que podía llegar a sacar aun estando hecha papilla por dentro.

Veinte minutos de reloj tardé en acabar mi dormitorio: limpio, recogido, ambientado, tal y como una buena decoradora de interiores lo debiera tener... Aunque eso fue una eternidad para mí, normalmente en ocho minutos tenía el mismo trabajo listo. Desenchufé la aspiradora con intención de bajar al salón y seguir con mi zafarrancho de limpieza, que falta hacía, pero... algo escuché en ese momento que me alarmó. ¡Ahí estaba! ¡Era el timbre de mi puerta!

—Jason...

Bajé corriendo las escaleras, por las cuales casi caigo al resbalar con los calcetines, que no llevaban ventositas antideslizantes, y me detuve delante de ella. Me detuve como si frente a mí tuviera un escabroso precipicio que fuera a acabar con mi vida por el mero hecho de asomarme.

—Joder...

No sabía qué hacer: si abrir, no abrir, mirar, no mirar... Sabía que, si miraba por la mirilla y lo veía ahí, me derrumbaría y sería capaz de romper a llorar sin fuerzas para enfrentarme a él.

—Oh, Dios mío... ¿qué hago? —me mordí el labio inferior con fuerza y miré al techo.

Y, antes de que el timbre volviera a sonar, respiré hondo, me mantuve entera y decidí abrir para encontrarme con la persona a la que más deseaba.

Pero... no era él.

«¿Quién coño?»

Cuando abrí la puerta de un tirón, dispuesta a todo, me encontré con una persona a la cual... no conocía de nada. No la había visto jamás. Me quedé descolocada.

—Hola... —me saludó una joven mujer de voz dulce.

Era despampanante, preciosa. Una rubia de larga melena y ojos verdes que quitaba el hipo. Pechos firmes y voluptuosos, y repleta de curvas. Todas las curvas que me faltaban a mí las tenía ella. ¡Será cabrona! No sé por qué, me costó reaccionar.

—Ho... hola... —contesté con un hilo de voz.

Y mi intuición hizo su aparición... Algo me decía que aquello no iba bien, que esa explosiva mujer no estaba allí por casualidad. No podía ser que se hubiera perdido y hubiese llegado a mi puerta, así sin más.

—Disculpa que te moleste... —agarró con las dos manos su bolso tipo saco, un bolso que bien costaría mi sueldo de un par de meses, y lo dejó caer frente a ella, pegándolo a sus rodillas—. Pero no sabía a quién preguntar... —parecía tan delicada e inquietante a la misma vez.

Un escalofrío recorrió mi cuerpo.

—Dime, ¿en qué puedo ayudarte? —conseguí preguntar sin saber muy bien cómo comportarme.

—Es que he picado a Jason, pero no abre... —Se giró un segundo para mirar la puerta de él, a sus espaldas—. ¿Sabes si ha salido hace mucho...?

Sentí como si me hubieran golpeado en el estómago. Sentí cómo los músculos se me paralizaban uno tras otro. Sentí una presión en el pecho que hacía que me faltara el aire y no pudiera respirar... Y, seguramente, la cara se me debió de poner igual de blanca que la de la mujer cadáver. Pero no me quedó otro remedio que aguantar.

—No. No tengo ni idea. Hace días que no lo he visto por aquí... —escupí las palabras de mala gana por no escupirle a ella en esa bonita cara.

—Oh, vaya... —Creo que no esperaba escuchar aquello. Desvió la mirada hacia otro lado y se quedó pensando durante un segundo y, justo cuando me iba a despedir y a cerrarle la puerta sin nada más que decirle, reaccionó pidiéndome algo—: Bueno, iré a dar una vuelta para hacer tiempo... pero, ¿antes te importaría darme un vaso de agua, por favor? —sonrió con dulzura—. Estoy sedienta del viaje...

«¡Joder!, ¿de verdad? No podía ser que esto me estuviera ocurriendo a mí».

Estuve tentada de decirle que no, pero pensé que, si le daba el puñetero vaso de agua, igual se atragantaba y se ahogaba, y así la perdía de vista. Creo que hasta recé para ello.

—Pasa... —la invité de mala gana.

Y que conste que me importaba un huevo si se daba cuenta de mi falta de empatía.

—Perdona, ¡qué maleducada soy! No me he presentado... —dijo estirando el brazo y mostrando una amplia sonrisa—. Soy Lora.

Acababa de confirmarme lo que, nada más verla, me temí. La odié como a nadie. Lo juro. Quise abofetearle esa hermosa cara hasta borrarla del todo... pero unas repentinas náuseas comenzaron a asomar.

—Elisabeth... —y, sin darle tiempo a que dijera nada más, me dirigí a la cocina para coger dos vasos y llenarlos de agua.

Uno de ellos fue para mí, me lo bebí de un trago y casi sin respirar, pensando en que eso ayudaría a calmar mi estómago revuelto, y deseé con todas mis fuerzas que hubiese sido el *whisky* más fuerte del mundo.

—Vaya, tú también tenías sed... —comentó con presunta inocencia la maldita Lora cuando se colocó a mi lado después de cerrar la puerta.

La miré y sonreí con cara de circunstancias, por no decir con cara de gilipollas... Aquí, la pringada número uno, dándole de beber a mi archienemiga por definición. Que baje Dios y me lo explique.

CAPÍTULO 24

Al fin la conocía. Ahora le podía poner rostro a la maldita mujer que tan trastornado (o enamorado, aunque él lo negara) tenía a Jason. Ahora sabía cómo era, sabía contra quien competía, si es que alguna vez lo hice, y ahora se confirmaban las inoportunas palabras de Dominic a la salida del restaurante. No era de extrañar que Jason hubiese perdido la cabeza por ella como lo había hecho. ¡Era una puñetera belleza!, ¿pero entonces cuál era el problema entre ellos? ¿Cuál sería el motivo por el que Jason, como me confesó a gritos en el parking, la querría olvidar? Olvidar conmigo. Ahora ella estaba aquí por él. ¿Pero él dónde estaba?

Bebía a sorbitos, poco a poco, sin prisas. Seguramente ganando tiempo para ver si, cuando saliera de aquí, Jason ya hubiera llegado y se ahorraba aquella vuelta que afirmó que iba a dar.

Y, cómo no, por si resultaba poco todo lo que me había ocurrido en las últimas setenta y dos horas... precisamente llegó. Y que conste que, a partir de ahí, hasta me replanteé anular el puto timbre de mi puerta.

—Joder, no... No, no, no... —supliqué en silencio.

El timbre de la puerta volvió a sonar. El estómago se me encogió y el pulso se me aceleró tanto que creí sacar el corazón por la boca. No estaba segura de si las piernas me podrían sostener. Y las manos me empezaron a sudar tanto que no tenía claro si podría agarrar la maneta para abrir. Estaba claro que al de ahí arriba no le caía bien... Gracias, Señor... (sarcasmo). Nos veremos las caras.

Pero, después de todo, y sin otra cosa que poder hacer, ante la atenta mirada de Lora a unos pasos de mí, todavía en la cocina, abrí... dejándola oculta tras la puerta.

«Por favor, Eli, aguanta...», me supliqué en silencio.

Y allí estaba. Irremediablemente guapo, endemoniadamente sexy, tremendamente masculino. Con una barba algo más espesa y dejada de lo normal, y con sus embelesadores ojos verdes de cristal. De seguida me llegó y me envolvió su olor, consiguiendo que casi se me nublara la cabeza.

—Eli...

Se fue a abalanzar sobre mí nada más abrir la puerta, seguramente para abrazarme o darme uno de esos besos suyos que tanto me gustaban. Pero rápidamente lo frené poniendo una mano en su pecho. Lo noté tan duro e implacable como siempre, tan tentador...

—Jason... —susurré.

Noté que la garganta me ardía, sentí que los ojos me escocían... me di cuenta de que no sería capaz de aguantar. Verlo de nuevo, después de varios días sin saber nada de él, esperando que el destino nos volviera a encontrar... Pero no así. No con Lora allí. Nos quedamos mirando fijamente en silencio. Todavía tenía mi mano en su pecho advirtiéndole de que no quería que se acercara a mí. Me necesitaba, me deseaba, lo veía en sus ojos, me lo decía su cuerpo. Pero el ruido de un vaso de cristal nos devolvió a la realidad. Se dio cuenta de que no estaba sola, de que había alguien más conmigo, pero lo que no se imaginaba, era quién.

Aparté sin ganas mi mano de su pecho y abrí la puerta del todo invitándole a entrar. Dio unos pasos más hacia mí, siempre con su mirada clavada en la mía, pero la perdió en cuanto ladeó la cabeza hacia la isla y se encontró con los cautivadores ojos de Lora... mirándolo.

—¿Tú...?

La cara se le transformó. Parecía que hubiese visto un maldito fantasma. Me aparté unos pasos de él, crucé los brazos y recé para no desvanecerme en ese momento. Tan solo deseaba que la tierra me tragara.

—¡Jason! —gritó con entusiasmo Lora mientras se acercaba a él.

—¿Qué coño...? —se preguntó en voz alta. No le salían las palabras. Jason tenía la cara desencajada. Apretaba la mandíbula fuertemente—. ¿Qué? ¿Qué haces tú aquí...? ¿Cómo...?

—Cielo, ¿no te alegras de verme? —Lora lo cogió por el brazo y lo besó delicadamente en la mejilla—. Quería darte una sorpresa...

Ella lo miraba con verdadera adoración. Yo, por un momento, aparté la mirada de ellos mientras intentaba regular mi respiración... y cogía fuerzas para echarlos a patadas de mi casa. Jason se giró hacia mí. Entonces nuestras miradas se encontraron. Su mirada encendida y apagada a la misma vez, y la mía nublada por las lágrimas que empezaban a aparecer. Con Lora agarrada del brazo mirándolo cautivada, Jason recorrió con la mirada, minuciosamente, mi cuerpo de arriba abajo, pero no como siempre. Esta vez era distinto. Buscaba algo.

—Eli... —pronunció mi nombre con temor. No respondí—. Eli... —repitió.

No apartaba sus ojos de mí y pude ver cómo apretaba el puño. Lora no tardó en hacerse notar.

—Te estaba esperando, cariño... Y como piqué a tu apartamento y no estabas, decidí picar aquí... Por cierto, muy simpática tu vecina...

Jason la fulminó con la mirada, aunque ella, embobada, no se dio cuenta. No pude más. De mis ojos desbordó una lágrima que no pude retener. Y, sin mirar a ninguno de los dos a la cara, hice lo que tenía que hacer.

—Lo siento. Debéis marcharos ya... tengo cosas que hacer... —les pedí mientras me acercaba a la puerta.

—Claro... sí, perdona... nosotros también tenemos cosas que hacer... ¿verdad, cariño? —Lora salió primero de mi apartamento.

Jason se detuvo ante mí. No me tocó, no me rozó. Tan solo me observó.

—Eli...

—Vete, Jason. Tengo cosas que hacer... —susurré sin poder mirarlo a la cara, aguantando un sollozo.

—Eli, mírame... Dime que estás bien, por favor...

—Adiós, Jason... —no pude evitar alzar la mirada con los ojos empañados en lágrimas—. Hasta nunca... —me despedí con un enorme dolor en el pecho y un terrible ardor en la garganta.

Y, antes de que la puerta se cerrara de un portazo, oí a Lora decir algo:

—¡Ah! Y gracias por el agua...

Me quedé allí, sentada en el suelo, abrazando mis rodillas con la espalda pegada a la puerta. Lloraba como una niña pequeña sin consuelo. Me

atragantaba con mi propia saliva y mi respiración era entrecortada por los espasmos que provocaba mi cuerpo. Ahora sí que era el fin. Lo había visto con mis propios ojos.

—Joder, me cago en la pu...

Veinte minutos estuve en la misma postura, tirada como una colilla en el suelo a la que le habían fumado hasta el filtro con tal de no dejar nada de ella. La cabeza me iba a explotar. No era dueña de mi cuerpo ni mi mente, no podía controlarme. Veía en mi cabeza a Lora besando a Jason una y otra vez. Siempre veía la misma imagen... Y, aparte de todo lo que había tenido que ver y escuchar durante estos días, ahora... lo que más me dolía era lo imbécil que me sentía, lo manipulada y humillada que me sentía por haberme tragado toda esa mentira con la que Jason me regalaba los oídos. Y, sí... esa sensación que nunca nadie me había hecho sentir... Era lo que ahora me destruía por dentro: no ver a Jason recibiendo un beso de otra mujer.

—¡Te odio! —grité.

No sé muy bien a quien de los dos me refería, porque los dos despertaban en mí el mismo sentimiento. Me costaba respirar, me faltaba el aire encerrada en mi apartamento, necesitaba escapar de allí. Subí sin pensármelo dos veces a mi habitación, me puse las zapatillas de correr y, después de secarme la cara, cogí la puerta y me largué. Tenía que irme, desfogarme, desaparecer... Corrí, corrí y corrí hasta que no pude más, hacia la nada. Llegué lejos, muy lejos. Nunca en mi vida había corrido tanto. Si hace unas semanas alguien me lo hubiese dicho, le habría dicho que estaba loco. Que no sería capaz de aquello... Después de unas cuantas horas, regresé a casa. Llegué empapada en lágrimas y sudor. No había comido, no había cogido el teléfono, no sabía nada de nadie, y así lo deseaba. Pasé frente a la puerta de Jason sin mirar, abrí la mía y entré buscando la soledad y aislamiento que ahora mismo tanto necesitaba. Era momento de esconderse a lamerse las heridas.

Después de ducharme, me puse el pijama, el de color azul celeste y ositos blancos que me regaló por mi cumpleaños Denise. El pelo, recogido en un moño mal hecho y los ojos, tan hinchados que casi no podía ni parpadear. Descalza, bajé en busca del teléfono, más que nada por si Claire se había arrepentido de darme esos días y me pedía que volviera a trabajar. Pero no fue así, no tenía noticias tuyas, y lo agradecí. Lo que sí tenía eran dos

llamadas de Susan, una de Denise, cuatro de Jason, más tres mensajes de él también.

—Joder...

Sabía que todos estarían esperando noticias mías, pero no me apetecía en ese momento saber nada de ninguno. Pensé en que, por lo menos, debería escribir a Susan y Denise para que se quedaran tranquilas. Si no, eran capaces de montar una búsqueda y movilizar a toda la policía de Nueva York para encontrarme. Y eso hice. Les dije en un mensaje simplemente que estaba bien, que había estado todo el día ocupada haciendo cosas, y que mañana hablábamos más tranquilamente. Picaron. De Jason, por descontado, pasé. No tenía en este momento nada que decirle aparte de cerdo, mentiroso y aprovechado (como poco).

Me calenté una asquerosa lasaña congelada en el micro. Una simple luz tenue alumbraba el comedor, no necesitaba más, y creo que mis ojos tampoco hubiesen sido capaces de aguantarlo. Me senté sobre el sofá con las piernas cruzadas y el plato apoyado sobre las rodillas. Puse la tele para amenizar mi agonía, aunque no lo hizo y ni tan siquiera la miré. Eran las siete y media de la tarde y aquello prometía que me acostaría pronto.

Al poco, mi teléfono vibró cerca de mí, lo había puesto en modo silencio. En la pantalla vi de nuevo el nombre de él. Un mensaje de Jason. Tan cerca y tan lejos a la misma vez, con ella ahora mismo en su apartamento. Me pregunté si esa noche dormirían juntos, si es que lo único que hacían era dormir, y la lasaña se revolvió, amenazando por salirse de dentro de mi estómago. Tuve que apartar aquel pensamiento de mi mente por mi bien. Y, aunque no sé si debí hacerlo, lo leí. En su mensaje había desesperación, aunque no sé si fingida.

—¡Eli, joder...! ¡¿Dónde estás?! Contéstame, por favor. Necesito saber que estás bien, pequeña...

Estaba hecha un lío. No sabía qué pensar, todo era surrealista...

Nunca pensé que me pudiera ocurrir esto a mí. Si estaba con ella, en su apartamento, ¿por qué seguía pensando en mí? No entendía qué pretendía. ¿Que lo perdonara?, ¿que siguiera como si nada acostándome con él?, ¿que fuera su amante? ¡Dios! Aquello era exasperante. Pero, por más que pensara, mi corazón estaba dolido y eso no iba a cambiar, no podía retroceder. Tenía

que acarrear con las consecuencias de haberme enamorado de un hombre que no estaba hecho para mí.

A las ocho estaba metida en la cama.

Eran las dos de la madrugada y algo me despertó. La vibración de mi teléfono sobre la mesilla de noche me hizo abrir los ojos. Alargué la mano y lo cogí. Un mensaje. Jason.

—Me estoy volviendo loco sin ti, Eli... No aguanto más sin saber que estás bien. Necesito hablar contigo, por favor... Sé que te debo una explicación... Te necesito.

«Dios mío, este hombre iba a acabar conmigo. ¿Pero qué coño le pasa?», me pregunté, «¿Está loco? Tiene a su novia, o lo que quiera que sea, a su lado, ¿y me escribe a mí para decirme que me necesita? Esto no puede ser...» Tenía que acabar con esto ya, así que le contesté.

—¡Basta, Jason! Olvídate de mí. Borra mi número, no quiero saber nada de ti, no quiero volver a verte...

Y, con unas lágrimas que quemaban en los ojos, lo envié. Pero no tardó en llegar su respuesta.

—Sé que no es verdad, sé que estas dolida... y con razón, pero déjame explicártelo... Necesito decirte a la cara que te deseo... No aguanto más sin besarte. Y sé que tú me deseas tanto cómo yo a ti...

No respondí más a sus mensajes. No podía negar lo que él sabía, lo que me acababa de recordar: que lo deseaba con desmesurada locura.

Miércoles. A las nueve de la mañana me desperté. Entraba un radiante sol por la ventana. Era un maravilloso día para disfrutar junto al amor de tu vida. «¡Ah! perdón, que yo no lo tenía...», recordé. Así que me levanté intentando seguir la rutina de cada día, intentando ignorar la realidad que amenazaba con amargar mi vida. Pero no le iba a dejar. No se lo iba a poner tan fácil. Cómo no, me apetecía escapar de mi apartamento, salir a la calle, huir de allí. Me vestí con una delicada blusa vaporosa de color verde agua y una insinuante falda corta de cuero negra que, con unas finas medias (las cuales se sujetaban a mis muslos) y unos bonitos zapatos altos de tacón, acababan de complementar mi atuendo con melena suelta.

Fui al centro de compras. Todavía tenía que pensar en qué ponerme para la cena del sábado. Lo que tenía claro era de lo que no tenía ganas, y era de emperifollarme y disfrazarme para acabar pareciendo un puñetero escaparate, así que busqué algo sencillo, sobrio y elegante pero que me hiciera destacar sobre todas las demás, pero no de la misma forma en que ellas buscaban. Y lo encontré. De camino a casa, paré antes en una gran perfumería. Quería encontrar algo que contrastara con el modelito que había encontrado para la cena de arquitectos y me compré un precioso pintalabios (Rouge allure num.14 passion) y un esmalte de uñas espectacular de Chanel. En ese mismo momento me acordé de Claudia, mi esteticien, ansiosa siempre por darme algo de color en las uñas. Pues esa vez había decidido dárselo yo, y me reí yo sola al pensar por un momento en cómo se pondría si se enteraba de aquello.

Llegaba a casa justo para la hora de la comida. Giré la esquina a mi calle pensando en que tenía que llamar a mis padres, a Susan y a Denise y agradeciéndole mentalmente de nuevo a Claire que me hubiese premiado en este momento con estos necesitados días. No me imagino tener que afrontar todo el tema de Jason mientras estoy en el trabajo con Susan y la presión de tener a Alan cerca de mí. Habría sido desquiciante.

En ese momento mi pensamiento se detuvo en él, en Alan, en cómo me sentiría ahora, que estaba de nuevo sola, cuando lo tuviera frente a mí.

«Y si volviera a surgir de nuevo algo entre nosotros...», pensé por un instante mientras introducía mi llave en la cerradura del portal y abría la puerta. Todo podría ser...

Pero alguien detrás de mí abrió la puerta de par en par de un tirón, obligándome a entrar apresuradamente dentro del edificio. Unas manos me agarraron por la cintura y en ese momento supe que se trataba de él. No lo vi, pero conocí su olor, su exquisito y seductor olor. Me arrastró al fondo del portal, hasta el hueco donde, escondida bajo las escaleras, se encontraba la puerta de la sala de los contadores. No me dio tiempo a nada.

—¡Jason, suéltame! —le exigí quedando contra la pared, con Jason a pocos centímetros de mí—. ¿Qué coño estás haciendo?

—Eli, por favor... Dame un minuto... Necesito hablar contigo...

Era demasiado hombre, demasiado arrebatador. Mi corazón se aceleró y las piernas me comenzaron a temblar. Lo tenía delante, mirándome con

aquellos ojos, aquellos ojos que tantas veces me habían hecho desvariar, enloquecer... En ese instante no pude evitar pensar en todos los orgasmos que había disfrutado junto a él. Y, por un momento, desee vorazmente que ahora mismo me regalara otro.

«¡Mierda, Eli!», me regañé.

—¡No hay nada de qué hablar! —alcé la voz más de la cuenta.

Estaba claro que me había traído aquí por algo: nos estábamos escondiendo, escondiendo de alguien. Yo sabía de quién.

—¡Shhh! —puso un dedo en mis labios para hacerme callar. Y no sé por qué mi puñetero cerebro obedeció. Reconoció su voz. Sabía que él era el único hombre que tenía poder sobre mí, sobre mi cuerpo—. Dios mío, estás preciosa...

Me comió con la mirada.

Su cuerpo se tensó cómo el mío. Acercó su cara a mí para olerme, casi pude notar el tacto de su nariz en mi cuello respirando mi piel. Cerré los ojos, rezando por que no hiciera lo que sabía que iba a hacer, rezando por que no me besara. Sabía perfectamente que sería mi perdición.

—Para, por favor. No sigas... —le rogué.

Aunque no sirvió de nada. Rozó mi pómulos con el suyo, y me susurró algo al oído.

—Te deseo... aquí y ahora...

Se escapó un leve gemido de mi garganta. El abrasador calor que había nacido en mis mejillas descendió rápidamente hasta mi entrepierna. No podía ni quería separarme de él. Me tenía atrapada otra vez.

—No puedes hacerme esto, Jason... No puedes jugar así conmigo...

—Nunca... —aseguró firmemente— ...He jugado contigo. No me lo perdonaría.

—¡No me mientas, Jason, otra vez no!

—¡Jamás lo he hecho! —su voz también se elevó en un susurro—. Es verdad que no te he dado las explicaciones pertinentes, pero... nunca te mentí.

—Se acabó. No quiero seguir escuchándote más...

Fui a escapar de sus brazos, a salir de aquel tentador rincón escondido donde nadie nos veía, cuando se escuchó una puerta cerrarse y unas pisadas sobre nosotros. Jason me retuvo tirando de mí y pegando su cuerpo al mío.

Me retuvo (creo) contra mi voluntad. Miramos en dirección que caminaban las pisadas, que descendieron las escaleras hasta que alguien salió.

Y de nuevo, los dos solos.

Nos contemplamos durante varios segundos en silencio. Pero la tentación era demasiado fuerte. Acercó su boca para acariciar con su lengua mis labios. Era tal y como la recordaba, suave caliente y húmeda, tal y como estaba yo. Inconscientemente, abrí los labios para que pudiera entrar, le di acceso total a mi boca, la cual lamió y recorrió lentamente, saboreándola con esmero. Enrollamos nuestras lenguas, jugamos con ellas, consiguiendo que nuestra temperatura subiera hasta quemar. Entonces, me di cuenta de que no sería capaz de parar hasta llegar hasta el final.

—Jason, déjame ir... por favor. Olvídate de mí... —casi supliqué.

Aunque en realidad, muy a mi pesar, deseaba que no lo hiciera.

—No puedo, Eli... No soporto estar lejos de ti, necesito tenerte... — sostenía mi rostro con sus manos para poseer mi boca. Tiraba de mi labio con los suyos, rozaba nuestros dientes por entrar hasta dentro de mí—. Me has vuelto loco...

—¿Y qué pasa con Lora? Ella está aquí por ti...

—Lora no es lo que crees... No me interesa...

—¿Cómo puedes decir eso? Ayer vi cómo te cogía, cómo te besaba... — tan solo separábamos nuestros labios para poder hablar.

—Nunca la he tocado —aseguró mirándome a los ojos.

Fue el único momento en que dejó de besarme. Me quedé de piedra. No entendía lo que estaba diciéndome.

—¿Qué quieres decir, Jason?

—Solo te pido que confíes en mí, pequeña... por favor. Créeme cuando te digo que tú has sido la única para mí... —aprisionó mi boca de nuevo con pasión.

Puso una mano tras mi nuca obligándome a ladear el cuello. Me mordió, mordió mi yugular consiguiendo que me estremeciera.

—Ahh... —¡qué exquisito placer!—. Jason, frena, por favor... Aquí no...

—No puedo... No quiero parar...

—Alguien nos puede ver...

—¿De verdad crees, cielo, que eso me importa?

—¿Y por qué demonios nos escondemos?

—No nos escondemos, pero sabía perfectamente que, en cuanto entraras en tu apartamento, no podría llegar a ti...

Tenía su boca recorriendo mi cuello cuando con la otra mano desabotonó varios botones de mi blusa, dejando a la vista parte de mi sujetador. Mordía mi escote con hambre, hambre de mí.

—No he dejado de pensar en ti, Eli...

Me abracé a él, rodeé su cuello deseando no tener que soltarme nunca jamás. Subió mi falda, enrollándola en mi cintura y dejando parte de mí al descubierto. Agarró mis nalgas posesivamente, hizo que doblara la rodilla y alzara mi pierna hasta la altura de sus caderas, acarició mi muslo por encima de la media y entonces llevó los dedos por detrás, apartando el tanga a un lado, llegando hasta donde él quería llegar.

—Ahh... Dios... —tragué saliva.

—Oh, joder... Estás tan excitada como yo, pequeña...

Comencé a jadear, a notar contra mi vientre la dura erección de Jason luchando por salir. Tuve que agarrarla por encima de su pantalón. No deseaba otra cosa más que tenerla entre mis manos. Él resopló con su cara pegada a la mía. Desabroché de un tirón los botones de sus tejanos dejando salir el gran bulto que crecía allí. Entonces metí mi mano en sus calzoncillos, tomándola por completo, cogiendo toda su rigidez.

—Como te echaba de menos... —dije a su majestuoso miembro viril. Jason sonrió.

—Ella también te ha echado de menos...

Lo anhelaba, lo deseaba tantísimo dentro de mí que fui yo misma la que introduje su polla dentro de mi cuerpo cuando Jason me elevó en brazos.

—Oh... Dios mío. No me puedo creer que esté haciendo esto... —dije a la vez que gemía agarrada a su cuello.

Había perdido el control, no sabría decir qué es lo que ese hombre despertaba en mí para que me comportara de aquella manera, tan sedienta de su cuerpo.

—Me encanta lo ardiente que eres...

—Eres un puñetero pervertido... Mira lo que me has hecho hacer...

—Joder, Eli... Me he vuelto loco pensando en que no te volvería a tener...

—Jason entraba y salía de mi cuerpo intensamente.

Su respiración era agitada, sus musculados brazos me sostenían por el culo y yo, con la espalda pegada a la pared, no podía dejar de resollar. Nos observamos, ahora nuestras lenguas no se tocaban. Tan solo queríamos contemplar el deseo y la depravación que había en nuestras miradas. Me recorría el cuerpo un inmenso placer, comenzaba a estar extasiada por él, por sus potentes embestidas que hacían que perdiera la cabeza. Y pude notar cómo empezaba a contraerse todo mi cuerpo cada vez que Jason golpeaba contra mí.

—Jason, no puedo más... Voy a estallar... —advertí entrecortadamente.

—Hazlo, preciosa... hazlo... —respondió jadeante acercando su boca a la mía—. Córrete, Eli...

Fue más rudo, más voraz... No tuvo piedad de mí.

—Jason, Jason, Jason... —tan solo podía repetir su nombre pegada a su boca.

—No grites, cielo. No queremos que nadie te oiga... —bromeó sonriendo.

Y, poco, después me siguió. Jason se corrió en silencio, aguantando un arrollador orgasmo. Apretó fuertemente la mandíbula y apoyó su frente contra la mía respirando violentamente. Tan solo dijo tres palabras:

—Te quiero, Eli.

CAPÍTULO 25

Aquellas tres palabras resonaron en mi aturdida cabeza como si tuvieran eco.

¿Era cierto lo que acababa de oír? ¿Había oído bien? Sonó sincero, realmente verdadero, pero justamente en ese momento estaba demasiado extasiado como para haber confundido los sentimientos. Tragué saliva. Después de haber saboreado aquel inesperado orgasmo y haber escuchado su declaración, tuve que preguntar algo... necesitaba que me lo volviera a repetir.

—¿Que es lo que has dicho? —arrugué el ceño.

Todavía me sostenía con sus brazos y mis piernas seguían enrolladas a su alrededor. Yo, pegada contra la pared y él, con sus calzoncillos y sus pantalones arrugados en los tobillos. Se quedó en silencio contemplándome.

—Creo... que te quiero, Eli...

Una sensación de incertidumbre se apoderó de mi cuerpo, noté cómo la garganta me empezaba a arder y sentí unas ganas irremediables de llorar. Comencé a ver a Jason borroso. Una lágrima desbordó de mis ojos.

—¿Por qué me dices eso ahora?

—No, por favor, preciosa. No llores... —Jason sorbió con sus labios la lágrima de mi mejilla.

—¿Por qué ahora, Jason? —hice la intención de salirme de él para que me bajara y así poner los pies en el suelo—. ¿Por qué ahora que está ella aquí? —comencé a abrocharme los botones de la blusa con Jason mirándome atentamente—. ¿Ahora que estás con las dos te has dado cuenta...?

—¡No! ¡Claro que no! Desde el instante en que te vi me enamoré perdidamente de ti, Eli... pero, joder... No sé... es la primera vez en mi vida

que digo esto...

—¿La primera vez? ¿Cómo sé que eso es verdad?

—Por favor, pequeña, confía en mí... Sé que es mucho lo que te pido, y más después de todo lo sucedido estos días, pero... Sé que te deseo con todas mis fuerzas, que cuando no estoy contigo, me vuelvo loco..., que nunca temí tanto perder algo... Y eso solo puede ser amor, Eli...

Y pensar que estos días me había vuelto loca por encontrar una respuesta a todo esto. Ahora sí que estaba desconcertada, no sabía qué es lo que Jason quería de mí.

—¿Qué quieres de mí? ¿Qué pretendes hacer conmigo?

—Te quiero a ti, Eli... Solo a ti...

—No, no, no... ¡Esa respuesta no me sirve!

Me había bajado la falda y había colocado el tanga en su lugar después de limpiarme. Jason apoyaba sus manos en la pared a ambos lados de mi cara. Nuestras narices casi se tocaban.

—Es la única respuesta que puedo darte en este momento... Tan solo dame unos días, por favor. Te lo suplico.

Resoplé, di un intenso suspiro, miré hacia el suelo un momento para poder pensar, pues no podía hacerlo con sus ojos acechando delante. Despertaban demasiadas cosas en mí. Me volvían demasiado loca.

—No sé si voy a poder aguantarlo, Jason... —reconocí alzando la mirada hacia él—. Es que la verdad, no sé qué diantres es lo que tengo que aguantar... —solté una irónica sonrisa poniéndome las manos en las caderas. Jason las cogió para besar mis nudillos.

—Por favor... —me suplicó. Alzó mi barbilla con un dedo para, seguidamente, sellar mis labios con los suyos—. Estoy loco por ti, Eli... Que no se te olvide.

Mordí mi labio inferior mirando el techo, preguntándome si sería capaz de aguantarlo y pensando en qué vendría después sabiendo que aquello me podría destruir definitivamente por dentro, si no lo había hecho ya.

—Juro por Dios, Jason... juro por Dios que, si me haces daño, te arrepentirás... —lo amenacé sin ninguna credibilidad en mis palabras—. Susan vendrá a por ti y te matará... ¿Lo sabes, verdad? —Jason sonrió tiernamente.

—Lo sé... —y, después de volver a besarme con pasión, se despidió de mí sin ganas—. Sube tú primero, yo subiré después.

—Está bien... —dije antes de irme, pero, cuando fui a salir del hueco, Jason volvió a tirar de mí para atraerme hacia él y volver a regalarme otro dulce beso.

Nos miramos por última vez. Sin nada más que decir, ahora sí que subí por las escaleras para llegar, al fin, a mi apartamento. Dos minutos después, oí su puerta cerrarse. Al final, lo que menos hicimos fue hablar.

Me iba a preparar algo de cenar, pero antes decidí escribir un correo electrónico a mis padres. Les había enseñado cómo manejar el ordenador antes de venir para aquí, aunque fuera lo justito para comunicarnos, ya que no eran muy fanáticos de la tecnología. Pero, siempre que podía, intentaba llamar para escuchar sus voces; me calmaba oírlos y saber que estaban bien..., recordar que estaban vivos. Después, escribí un mensaje a Denise para preguntarle si mañana tenía hueco a mediodía para acercarme a comer con ella. Y, como me dijo que sí, quedé que sobre la una del mediodía pasaría a recogerla por el trabajo. Y, finalmente, estuve como una media hora hablando por teléfono con Susan, que tenía unas cuantas cosas que explicar, todas ellas referentes a nuestro lugar de trabajo y, cómo no, acabó saliendo Alan en nuestra conversación. En ese momento sentí lástima por él. Ahora me podía hacer una idea de lo que Alan sintió cuando Jason se interpuso en su camino, cuando apareció de la nada para interponerse entre él y yo, cuando se dio cuenta de que, definitivamente, había perdido a la persona que deseaba, de que me había perdido a mí.

Después de cenar, ver en la tele la romántica película *50 Primeras citas*, y llorar un rato, me acosté, pero no sin antes haber recibido un mensaje de él.

—No dejo de pensar en ti... Te deseo demasiado. No sabes lo que daría por estar ahora ahí contigo...

Tuve que responder a la fuerza.

—A mí me ocurre lo mismo...

Ese día me fui a la cama con algo más dulce en lo que soñar, porque me negaba a devanarme los sesos una vez más.

Jueves. Sonaba mi despertador a las nueve y media de la mañana. Me

desperté con una ligera sonrisa cuando descubrí en mi teléfono otro mensaje de él. No lo había oído llegar. Sería porque esa noche había dormido como un tronco.

—Buenos días, princesa. Me encantaría desayunar contigo... —me mordí el labio y sonreí al leer aquello.

Recordé la mañana en que se levantó junto a mí, después de haber dormido juntos, y que no pudimos desayunar gracias a dos inoportunas amigas que interrumpieron con sus llamadas. Me vi tentada de pedirle que viniera a hacerlo ahora conmigo, pero dudaba de que pudiera ser posible.

«Joder, Eli... otra vez no... », me dije, sabiendo que me estaba metiendo en la boca del lobo.

Y entonces me pregunté si era eso lo que yo quería, compartir un hombre con otra mujer y recoger lo que le sobrara a ella. Pero la frase que ayer, durante nuestro encuentro, dijo Jason me vino de repente a la cabeza como si se me hubiera grabado a fuego. «Nunca la he tocado...»

¿Qué narices significaría aquello? ¿Qué pretendía decirme con eso? ¿Que no eran novios? ¿Que nunca se habrían acostado? ¿Que estaban juntos, pero que ella querría mantenerse entera hasta el matrimonio? Porque estaba claro que él no. Y dudaba mucho de que ella también, porque para nada daba esa imagen, aunque eso nunca se sabía. ¿Pero por qué no era claro conmigo? ¡Joder! ¿Por qué? ¿Por qué no me daba una maldita explicación? Creo que, después de todo, me la merecía.

No lo sé. Demasiadas preguntas hervían en mi cabeza. Demasiadas a esas horas de la mañana. Lo único que sabía es que no aguantaría mucho más esa situación. Nunca había dejado que ningún hombre jugara conmigo, y ahora no iba a ser menos. ¿Casi a los treinta años me iba a dejar mangonear...? ¡Ja! Así que esperaré algún día más a ver cómo evolucionaba la cosa... y si no, estaba claro que le daría puerta.

—Ojalá fuese tan fácil hacerlo como decirlo... —respondió la voz de mi conciencia.

Pero no hice caso y la ignoré, cogí mi taza de café y mis tostadas, y me puse a revisar los últimos diseños que había hecho para el proyecto. Me apetecía distraerme un poco con lo que más me gustaba y olvidarme por un rato de que había un Jason en mi vida y una maldita Lora cerca de mí.

Después, me arreglaría para ir a comer con mi amiga Denise y pasar un buen rato junto a ella.

Era la una menos cinco minutos cuando me acercaba a recepción para preguntar por Denise. Una agradable mujer, exquisitamente arreglada con una media melena de color platino y unas gafas de pasta blanca, alrededor de los cincuenta años, me invitó a que tomara asiento informándome de que Denise le había dicho que ya venía.

—No, gracias, esperaré de pie —respondí devolviéndole la sonrisa.

Giré sobre mis tacones y pululé un poco por la amplia recepción intentando no pensar en nada. Mientras esperaba a mi querida amiga, observé encandilada cómo, por detrás de unas paredes de cristal, se movían de un lado al otro cantidad de personas con verdadera agitación en el cuerpo. Parecían estresadas. Joder, incluso alguna que otra hasta desquiciada.

«Dios mío, que estrés...», pensé.

Era lo que tenía aquel mundo, siempre viviendo pendiente de todo y siempre esperando el momento de salir corriendo a buscar la última noticia. Sin fechas, sin horarios... Pero por delante de mí pasó un atractivo hombre de ojos verdes, con tejanos y camisa a cuadros, que atrajo mi atención. ¡*Mamma mia!* Parece ser que también él se fijó en mí porque, antes de entrar por las grandes puertas de vidrio, se giró de nuevo para regalarme una insinuante sonrisa.

«Vaya...», pensé.

Sonreí algo avergonzada. No eran igual que los de Jason, pero tampoco estaban nada mal... e, instantes después, se abrieron de nuevo las puertas dejando salir a mi hermosa amiga.

—¡Lis! ¡Pero qué guapa estás! —vino directa hacia mí para abrazarme.

Ese día me había puesto unos simples tejanos arrapados, una básica camiseta de tirantes negra a conjunto con mis RayBan aviador, que llevaba en la cabeza sujetando mi melena suelta, y mis altas (pero muy cómodas) sandalias de tacón.

—¡Gracias! Tú estás igual de guapa que siempre... —la apreté con fuerza.

—La última vez que te vi... perdona que te lo diga, pero no parecías tú... —comentó mi amiga, haciéndome recordar que fue el día después de que Jason y yo nos peleáramos tras la cena.

—Qué exagerada eres... —la acusé, aunque sabía que no le faltaba razón —. Bueno, ¿qué, nos vamos?

—Claro, vámonos. Estoy famélica... —pidió mordiéndose el labio divertida—. Adiós, Janeth... —se despidió con la mano de la simpática mujer de recepción.

—Adiós... —me despedí yo también.

—Adiós, ¡que os aproveche!

—¡Gracias! —gritamos las dos a unos pasos ya de ella.

Entramos en un pequeño japonés algo mugriento, pero realmente delicioso, que había cerca de su trabajo para comer, ya que en poco tiempo ella tenía que volver a la revista.

—Bueno, ¿y qué tal sigue tu historia con Daniel? —pregunté cogiendo con mis palillos un gyoza relleno de pollo, y mojándolo en salsa de soja.

¡Me encantaban!

—Muy bien... Demasiado bien incluso, diría yo... Y eso me da miedo —mi amiga suspiró intensamente al reconocer aquello.

En ese momento me tuve que morder la lengua por no decirle que tenía razón, que ya podía tenerlo porque, si le ocurría como a mí con Jason, en este momento cuando mejor les iba todo, se les torcería la historia igual que nos acababa de ocurrir a nosotros.

—No tiene por qué ocurrir nada malo... —intenté convencerla, aunque no sabía si esas palabras iban dirigidas a ella o a mí personalmente.

—Lo sé... Si estamos super bien juntos, nos entendemos, nos reímos... conectamos muy bien, pero por eso mismo me da miedo pensar en que algún día se pueda terminar...

«¡Buf!»

—Sé lo que es eso... —solté sin pensar, y soltando un suspiro de desasosiego.

—¿Sabes lo que es eso? —arrugó el ceño—. Pero si tú y Jason mejor no podéis estar... —aseguró convencida.

¡Cómo me hubiese gustado que aquello fuera verdad!

—Sí... bueno, ¿y qué? Eso no significa que, cualquier día, las cosas puedan cambiar... —pensé en él y en Lora—. Y que dejemos de estar juntos...

Mi amiga soltó un bufido de incredulidad.

—Pero si él está loco por ti, Lis... Vi cómo te miraba en las escaleras la noche del Moroco y eso que no había casi luz... —sonrió mi amiga.

En ese momento resonó en mi cabeza la voz de Jason, diciéndome «Te quiero».

—Sí, lo sé... Bueno, eso es lo que él dice, pero...

Denise me miró recelosa mientras se llevaba a la boca unos fideos de arroz con gambas.

—¿Entonces? —preguntó, como esperando a que profundizara en mi explicación.

«¿Debería explicárselo?», me pregunté. Pero algo me dijo que no.

—Lo único que tengo claro es que yo estoy completamente enamorada de él... Pero nunca se sabe cuándo puede aparecer una maldita mujer rubia, para interponerse entre vosotros... —solté sin más, y me quedé pensando—. Aunque igual resulta que acabas siendo tú la que te has interpuesto entre ellos...

La cara de Denise era para enmarcarla. Mi amiga me miró con cara de no entender nada.

—¿De qué me estás hablando? —preguntó extrañada—. Me estás explicando una peli... una telenovela... —mi amiga se reía, ignorante.

Supongo que ahora mismo nuestra historia sonaba a eso... a película o telenovela, pero era mi cruda realidad. Nunca pedí ser protagonista de ninguna de ellas. Y ahora me tocaba interpretar mi mejor papel.

—Déjalo... no me hagas caso... —intenté persuadir a mi amiga sonriendo yo también. No era el momento ni el lugar—. Por cierto, ¿cuándo hemos pasado a hablar sobre mí si he sido yo la que te ha preguntado?

—Tienes razón..., ¿qué ha pasado? —preguntó riendo Denise.

—No lo sé... —aseguré.

Aunque si lo sabía. Como siempre, volvía a estar Jason en mi cabeza.

CAPÍTULO 26

Volvíamos de comer, empachadas y satisfechas como siempre salíamos de aquel japonés, rellenas como un rollito de primavera (aunque aquella delicia fuera china).

—Dios, creo que voy a reventar... —bromeó Denise.

Íbamos de camino a su trabajo agarradas del brazo como dos buenas amigas, como lo que éramos. Solo nos faltaba dar pequeños saltitos (rollo Heidi).

—Oye... ¿y sobre Alan, no sabes nada? —me preguntó curiosa.

—No, desde que le giré la cara —recordé con cierta amargura—. No lo he vuelto a ver... Aunque, bueno, Susan me dijo que le preguntó por mí el otro día al no verme estos días por el trabajo...

—Pobrecito... —se burló—. Está preocupado por ti... —se mofó haciendo un puchero—. Aunque le giraras la cara un millón de veces, seguiría estando coladito por ti...

Oír aquellas palabras de mi amiga me dolieron. No por qué las dijera ella, sino porque me di cuenta de que estaba probando de mi propia medicina. Estaba en la misma situación que él. Aun sufriendo, seguíamos estando perdidamente enamorados, capaces de tragar con todo.

—Él no sabía nada de los días que me dio Claire, y se habrá estado preguntado dónde estaba...

—¿Y cuando lo veas...? —preguntó, seguro imaginándose el panorama—. Porque en algún momento lo tendrás que ver...

—Sí, claro. Este mismo sábado lo veré... —le informé.

—¿El sábado? ¿Y eso?

—Sí, es la cena de arquitectos...

—Es verdad... Creo recordar que Susan me lo dijo... ¿Y ya tienes pensado qué ponerte?

¡Cómo le gustaban a esta también los trapitos! Era otra fanática de la moda.

—Sí, ya lo tengo todo controlado... —aseguré sonriendo.

Y, justo antes de girar la esquina a su edificio, le expliqué el modelito que tenía reservado para pasado mañana y, después de darme su aprobación, me despedí de ella sin ganas.

¡Qué bien me sentaba hablar con mis amigas y olvidarme por un rato de la cruda realidad! Y aunque sabía que, antes o después, tendría que explicarles todo lo ocurrido estos días entre Jason y yo, llegué a la conclusión de que ahora mismo lo último que necesitaba era tener a alguien al lado diciéndome lo que tenía que hacer o no. Ahora tan solo tenía que ser razonable y escuchar mi corazón... Aunque aquellas dos cosas todo el mundo sabía que eran incompatibles.

Llegué a mi portal, entré en mi edificio, recordando milésima a milésima todo lo sucedido ayer allí, me estremecí. Subí por las escaleras con las gafas en la mano, jugueteando con ellas y haciéndolas girar alrededor de mi dedo y, antes de subir el último tramo que daba a mi rellano, se me escaparon de las manos estrellándose contra el suelo.

—¡Mierda! —exclamé—. Mis gafas nuevas...

Me agaché a recogerlas, miré que estuvieran enteras y no se hubieran dañado, y entonces, cuando alcé la vista para seguir mi camino, allí estaba él presente... frente a su puerta, sobre el último tramo de escaleras que me quedaba por subir, con la despampanante Lora agarrada de su brazo.

«¡Hija de su madre!»

Nuestras miradas impactaron. Tragué saliva, y vi cómo él apretaba su mandíbula. No supe si subir, o darme la vuelta y volver a bajar. Huir corriendo.

«Joder...», resonó en mi cabeza, «Lo que me faltaba...»

Entonces Jason cerró la puerta de su apartamento y en ese momento Lora se percató de que yo estaba allí. Se acercó más a él para dejar claro que él era suyo, que le pertenecía... Solo le faltó mearse para marcar territorio a la muy guarra..., apoyó la cabeza sobre su hombro mientras clavaba en mí sus

inquietantes ojos verdes, y en sus labios me pareció ver el amago de una malvada sonrisa que me produjo verdadero temor.

Creo que todo a nuestro alrededor se paralizó por un instante, o esa fue mi sensación.

—Eli... Sube tú primero... —dijo Jason desde arriba como si aquel fuese su saludo a la vez que me cedía el paso.

«Que ironía», pensé, cuando escuché aquellas palabras. Las mismas palabras que mencionó ayer después de nuestro fugaz y ardiente encuentro, bajo la escalera.

«¡Será cabrón!». Me dieron ganas de abofetearlo. Y a ella... de tirarla por las escaleras.

—Gracias —fue lo único que respondí al llegar arriba sin levantar la mirada del suelo.

En ningún momento los miré. Pasé junto a ellos, más cerca de Lora en concreto. Y un nudo de sensaciones se creó en mi estómago, pero en ningún momento sentí ganas de llorar. Era otra cosa la que deseaba: deseaba gritarles y decirle a la zorra de la rubia que me había estado follando a su hombre una y otra vez en cualquier lado, en cualquier rincón. Fui a meter la llave en mi cerradura y entonces la voz de Lora se escuchó detrás.

—Elisabeth... —oírle pronunciar mi nombre me enfureció. Demasiadas confianzas para dirigirse a mí—. Estaremos fuera unos días... ¿Harás el favor de avisarnos si ocurre algo? —preguntó la bruja.

«Estaremos fuera unos días...», golpeó en mi cabeza como un mazo.

Se iba. Jason se iba con ella, después de llorarme y suplicarme porque necesitaba saber de mí, porque no me apartara de él... Ahora se iba a marchar sin decirme nada. Y estaba claro que Lora quería que yo me enterara.

«Será... cabrona...», pensé.

Apreté la llave en mi mano y conté hasta tres, respiré hondo antes de girarme para, con la mirada, fulminarlos a los dos. La cara de él en ese momento no la sabría definir.

—Si ocurre algo... ¿de qué? —pregunté alzando la ceja derecha, casi retándola con la mirada. Mi tono fue de todo menos agradable.

Jason me vio, se percató de que en ese momento para lo que menos estaba era para tonterías. Sabía que, cuando me encendía, hacía falta toda una

brigada de bomberos para enfriarme o, si no, era capaz de explotar como una caja de petardos... Y se imaginó lo que sería capaz de hacer si él no intervenía. Y por eso, sin pensárselo, reaccionó.

—No te preocupes, Eli... Seguro que no habrá ningún problema... — Maldita sea. Estaba tan guapo como siempre, con tejanos y camisa blanca, y sus verdes ojos de cristal. Y su aroma...—. Vamos Lora, tenemos un largo camino...

Quería acabar con aquella incómoda situación cuanto antes y salir huyendo como un maldito cobarde..., como lo que era. Tragué el nudo que se había creado en mi garganta y, antes de girarme pude ver, de reojo, cómo ella se apretaba más a él.

—Cierto, cielo... —aseguró la zorra de la bruja.

Seguidamente, cuando ya abrí mi puerta y ellos habían bajado unos peldaños, me despedí de ellos, digamos... muy cordialmente.

—Tened cuidado en el viaje... ¡no vaya a ser que tengáis un accidente! — De un portazo cerré—. ¡Zorra! —grité deseando que me escucharan.

Si en ese momento hubiese metido los dedos en el enchufe, habría podido iluminar todo Manhattan.

A los diez minutos, ya había recibido un mensaje de él:

—Eli, pensaba decírtelo... Ha sido de imprevisto, no puedo decirte nada más. Solo te pido que confíes en mí pequeña, estoy loco por ti. Por cierto, hoy estás preciosa.

No le contesté, por supuesto. No supe nada más de él.

Viernes. Ese día, sorprendentemente, me levanté bien. Me sentía con fuerzas para enfrentarme a quien fuera, a quien hiciera falta. Después de mucho sopesar la tarde anterior nuestra relación, parecía que comenzaba a tener las ideas claras, que, de una vez por todas, me sentía firme para, en caso necesario, decirle a Jason que no. Que no iba a seguir jugando conmigo. Que se había terminado nuestro fugaz e intenso romance. Que ahora sí, debía olvidarse de mí. ¡A la mierda!

Bajé a la cocina por mi tan necesitado desayuno. Puse música en mi salón, además a todo volumen: demasiados días viviendo sin ella. En ese momento sonaba *Elastic Heart*, de Sia. Aquella canción no podía sonar en mejor momento. No pude evitar sonreír, aunque aquella sonrisa fuese pura ironía.

Ese día aproveché para hacer recados pendientes, como llevar unos pantalones a la modista, o pasar a buscar un reloj que hace mil años había llevado a arreglar. ¡Toma ya! Planazo de viernes...

Y, además, pasé a comprar el regalo de Hanna, una amiga del trabajo de Denise, a la que hacía relativamente poco que había conocido y que me había invitado a la fiesta que esa misma noche celebraba por su treinta cumpleaños.

«Dios, no sé si debería comprarle esto...», pensé con aquello en la mano, asimilando las desproporcionadas dimensiones.

La verdad, no sé si mi regalo era acertado o no o si tan siquiera si lo utilizaría, pero hice caso a mi amiga Denise y me atreví a comprarle un impresionante vibrador rosa adornado con perlas y luces que, cuando lo encendías, más que un vibrador parecía una puñetera feria... que iba a salir corriendo. ¡Y menuda velocidad cogía! ¿Quién me mandaría a mí hacer caso a la loca de Denise?

Aunque el regalo le encantó y fue el alma de la fiesta. ¡Y qué decir! Aquella noche me lo pasé genial. Fuimos primero a cenar a un sencillo restaurante unos cuantos conocidos y demás de su empresa, para luego encontrarnos en un pub con el resto de amigos, unos amigos de lo más cachondos y agradables que hicieron que el viernes terminara demasiado bien. Esa resaca pintaba que iba a ser de campeonato.

Ese día no tuve noticias de él. Estaba claro que Jason tenía a otra para entretenerse. Tenía otro juguete con el que jugar.

El sábado creía que había muerto y había donado mi cuerpo a la ciencia. Parecía que un grupo de estudiantes estuvieran hurgando en mi cerebro con intención de sonsacar algo de allí, aunque poco iban a encontrar. Creo que la noche anterior me cargué el puñado de neuronas que quedaban sanas a base de tequilas. Parecía que el sol que entraba por la ventana quemara mis retinas. Metí la cabeza debajo de mi almohada para buscar oscuridad.

Era la una del mediodía, y creo que desde que tenía veinte años no me había vuelto a levantar tan tarde. No querría escuchar a mi madre si me viera así, como una yonqui tirada sobre mi cama. Me levanté de ella como pude, a cámara lenta, muy lenta. Llegué al baño a trompicones y con los ojos cerrados (bueno, en realidad pegados), alargando los brazos para evitar darme

con algo, aunque de poco me sirvió, ya que me di en el dedo meñique del pie derecho con el marco de la puerta.

—¡Oh! ¡Joder! ¡Me cago en la...!

Entré en el baño. Abrí el grifo del lavabo y me lavé la cara, alargué la mano para coger la toalla y me sequé. Y, cuando por fin abrí los ojos y me vi en el espejo, pegué un gritito.

—¡Coño!

No me había desmaquillado la noche anterior y mi cara se reflejaba en el espejo llena de manchas grises y churretes negros.

—Joder... —me reí—. La más bella de las mujeres... —dije mirándome al espejo, recordando otra vez más la frase de Jason en el restaurante.

Casi tuve ganas de llorar al pensar en que ahora mismo estaría con ella. Pero aguanté firme y no lloré. Apreté los ojos, respiré hondo, y saqué culo poniéndome tiesa y firme.

—Aguanta, Eli... Tú puedes... —me dije.

No había vuelto a tener noticias de él desde el jueves, y aquello solo podía desembocar en una cosa... buena o mala. Veríamos cuál sería de las dos. Perdí cinco minutos de mi vida en hacer algo así como desmaquillarme, porque, la verdad, la cabeza no me daba para mucho más. Me puse una camiseta de manga corta que tenía por ahí tirada y unas bragas del cajón, y bajé con sumo cuidado las escaleras hacia la cocina.

«Hay que poner una barandilla a esta escalera...», pensé, «Algún día de estos me voy a matar».

Aquello era cierto: la escalera de peldaños al aire era de todo menos segura. ¿A quién se le ocurría diseñar una escalera sin barandilla donde agarrarse?

Lo primero que hice fue tomarme algo para este insoportable dolor de cabeza que tenía atormentándome. Ya podía recuperarme para lo que me esperaba esa noche aunque, por un momento, pensé en aprovecharlo como excusa y así librarme de ir a la cena de arquitectos. Pero sabía de sobra que Susan no me iba a dejar.

«Maldita Susan...», pensé.

Y al acordarme de mi amiga pensé en Denise. Me pregunté cómo estaría ella, en si ya se habría levantado y sería una zombi como yo, o si todavía

estaría en coma metida en la cama. Me acerqué a la isla, donde vi que estaba mi teléfono, y miré si había señales de ella, pero no: solo tenía un mensaje y era de Susan.

—¿Preparada para esta noche...? —preguntaba en el mensaje.

—Preparadísima... —le contesté.

Estaba claro que en el mensaje había cierta ironía, aunque Susan no se percatara.

A las cinco de la tarde me encontraba mejor después de haberme dado un buen baño caliente con sales del mar Muerto (dudé en echar un par de aspirinas efervescentes también) y haber comido algo... Ya era más persona. Pero seguía sin tener noticias de Denise, y aquello empezaba a preocuparme. La llamé un par de veces, pero no tuve respuesta, y pensé en hacer un poco de tiempo para volverla a llamar. Pero, en contra de mi voluntad, me dormí. A las cinco y media empecé a ver una película en la tele que consiguió que me rindiera y cayera en un profundo sueño.

Algo me sobresaltó. Una estridente música me despertaba sacándome de un agradable sueño donde Jason y yo nos regalábamos besos tumbados semi desnudos sobre la fina arena de la playa. Mi teléfono sonaba cerca de mí.

—Dios... —me quejé mientras alargaba el brazo y buscaba a tientas mi teléfono.

Me retumbó ligeramente la cabeza al incorporarme de golpe. Abrí ligeramente un ojo para poder leer la pantalla de mi *smartphone* y vi de quién se trataba. Por un momento deseé inconscientemente que fuera él, pero era alguien que me preocupaba más en ese momento.

—Denise, hola...

—¿¡Lis!?

—Sí, sí... Soy yo... —aseguré riéndome.

—¿Qué te pasa en la voz? ¿Estás afónica? —me preguntó riendo también ella.

—Sí, eso parece... —me sorprendí al percatarme yo también, la verdad, ya que hasta ahora no me había enterado, puesto que tampoco es que hubiese hablado mucho conmigo misma como para haberme dado cuenta antes—. Dime, ¿qué tal estás?

—Bien, bueno... Ahora mejor... —su voz también se notaba resentida—.

¿Y tú?

—Bueno, yo ahora mejor también. La cabeza algo aturdida... pero estoy relativamente bien... —aseguré.

—Sí, yo también tengo la cabeza un poco rara... —soltó una carcajada—. ¿Te lo pasaste bien anoche?

—¿Bromeas? ¡Me lo pasé genial!

—¡Sí! Yo también. Me reí muchísimo...

—¡Sí! La verdad, me sentó bien salir un rato... —aseguré pensando en lo mustia que había estado estos últimos días por todo lo vivido.

—¿¡Un rato!?! —me rectificó mi amiga—. ¡Nos fuimos de la fiesta a las seis de la mañana, Lis! ¡Eso no es un rato!

—Tienes razón. Fue una locura... —aseguré riéndome—. Eran todos tan majos...

—Sí, son todos majísimos... Por cierto, creo recordar que hubo uno que te tiró los trastos, ¿verdad? —preguntó con retintín.

«¡Qué jodía!»

—¿Sí? —pregunté realmente sorprendida—. Qué suerte que recuerdes algo, porque yo tengo la mente en blanco... —Aquello era cierto: intenté hacer memoria por recordar como llegué a casa, pero no sirvió de mucho.

—Sí... Aquel chico rubito tan mono de ojos azules... ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé, Denise... A partir de la tercera botella de vino durante la cena, no recuerdo nada —las dos reímos con ganas.

—He visto tus llamadas... pero estaba metida en la cama.

—¿Todavía...? —pregunté casi acusándola.

—Todavía... —sonrió—. Dani me estaba dando un masaje de pies...

—¡Oh, Dios! Lo que daría yo por uno... Tengo los pies destrozados de bailar.

Tenía agujetas hasta en las uñas.

—Bueno, seguro que a Jason no le importará darte uno...

«¡Mec! ¡Error!»

—Sí, seguro... —aseguré poniendo cara de circunstancias.

Si mi querida amiga supiera que desde el jueves no sabía nada de él porque se había dio con otra... como poco, trinaría. Le cortaría los huevos, los pintaría de color rosa, y se haría un llavero con ellos.

—¡Uf! Además, tú esta noche tienes cena, ¿verdad?

—Sí. Dios mío, no me lo recuerdes... —Dejé caer la cabeza hacia atrás—. Por cierto, ¿qué hora es? —pregunté incorporándome, exaltada.

Había perdido la noción del tiempo por culpa de mi fortuita siesta.

—A ver... déjame ver... —Tardó tres segundos en darme la respuesta, demasiado tiempo para mí—. Las ocho.

—¿¡Las ocho!?! —Me levanté de un salto del sofá—. ¡Dios mío! ¿¡Cómo he podido dormir tanto!?

—¿A que hora es la cena?

—Creo... que a las diez... Pero no estoy segura. Tengo que mirarlo...

—Vale, pues será mejor que te deje entonces —oía reír a Denise al otro lado del teléfono.

—A mí no me hace gracia, ¿sabes? —casi la regañé cariñosamente—. Todavía tengo que pintarme veinte uñas...

—¡Uuuh! ¿Te vas a pintar las uñas? —preguntó con guasa.

—¿Sabes? No me estás ayudando... —pude oír cómo ahora se descojonaba de mí al otro lado del teléfono—. Te dejo: me estás entreteniéndome...

—De acuerdo, lo siento... —No lo sentía—. Bueno, diviértete esta noche en la medida de lo posible y... recuerda, no bebas mucho.

—¡Te puedo asegurar que no beberé nada! —confirmé muy segura—. Ahora ve a devolverle el masaje a Daniel... y déjame tranquila.

—Buena idea...

—Mañana, cuando vuelva a ser persona, hablamos, ¿ok?

—Sí, preciosa... Diviértete.

—Te quiero...

—Y yo...

Y ya arriba, en mi habitación, colgué.

CAPÍTULO 27

Llegué a las nueve cuarenta y cinco a la puerta del hotel. Efectivamente, la cena comenzaba en quince minutos. Entré por una de sus impresionantes puertas giratorias después de saludar al educadísimo portero, y en el *hall* me encontré con la hermosa mirada de mi amiga Susan y su marido Richard, que esperaban dentro.

—¡Hola! —los saludé con entusiasmo—. ¡Pero qué guapos estáis!

Se habían vestido de etiqueta.

—¡Lis! ¡Dios mío, pero qué guapa estás! —exclamó mi amiga al verme.

—Vaya... Esto es una mujer con personalidad... —añadió Richard antes de darme dos cariñosos besos.

Tuve que sonreír.

—Gracias. Vosotros estáis increíbles... —le di dos besos a mi amiga.

—¡Me encanta tu tuxedo! —aseguró Susan mirándome de arriba abajo—. ¿No llevas nada debajo...? —preguntó frunciendo el ceño, sin creérselo y asomándose descaradamente a mi escote.

Mi respuesta fue una simple sonrisa. Ella se llevó las manos a la boca con cara de sorpresa.

—¡Qué guarra! —bromeó.

—¡Uf! ¿No empieza a hacer un poco de calor aquí...? —bromeó entonces Richard, metiendo un dedo por el cuello de su inmaculada camisa blanca.

Susan le dio un débil manotazo teatralmente por aquel comentario hacia mí. Sabía de sobra que su marido estaba completamente ciego por ella como para fijarse en una. Él sonrió por su reacción, y yo, de vergüenza. No pensaba que fuese a levantar tanto revuelo con mi vestimenta. Había elegido para la cena un elegante esmoquin de mujer de color negro, y me había atrevido a

lucirlo sin nada debajo. La verdad, siempre había tenido ganas de uno ,y en cuanto lo vi, supe que tenía que ser mío, y qué mejor momento para lucirlo que este, con mis impresionantes sandalias negras atadas al tobillo y tacón de aguja.

Nos encaminamos hacia el gran salón, donde estaban todas las mesas exquisitamente vestidas, con un decorado minuciosamente elegido en tonos dorados y morados. Como cada año, brindaban la elegancia y el *glamour*. Estaba claro que World Architecture& Design, tenía un gran caché. Y a aquella exclusiva cena iban a asistir desde trabajadores, que éramos unos cuantos, jefes, asociados, hasta algún que otro importantísimo cliente predilecto.

—¿Habéis mirado ya en qué mesa nos toca? —pregunté para desviar la atención de mí, puesto que cada vez se me hacía más difícil: cada pareja o persona que cruzaba frente a mí posaba sus ojos en mi atuendo. Creo que era la única mujer en la sala que no llevaba vestido.

—Sí, y tengo malas noticias para ti... —respondió Susan a mi pregunta, intentando esconder una sonrisa medio mueca.

De seguida, supe a qué se refería.

—¿De verdad? —pregunté sin creérmelo, y con cara de «dime que es una broma».

Y, en ese momento, escuché su voz.

—Hola, Lis...

Cerré los ojos, apreté la mano que sostenía mi cartera negra, que precisamente era la que me puse para la cena con Jason la otra noche (pues no tenía otra) y respiré hondo antes de girarme hacia él.

—Hola... Alan...

Hubo un pequeño e intenso silencio. Y aunque no tanto como él conmigo, yo también me sorprendí cuando lo vi, por lo impecable y guapo que llegaba a estar. Su esmoquin negro y camisa blanca con pajarita y chaleco daba a su aspecto cierto aire desafiante, a la misma vez que elegante, combinados con su seductora e intensa mirada.

—Estás espectacular... —confesó.

No me besó. No se acercó a mí, tan solo me observó con verdadera admiración.

—Gracias... —no supe qué más decir.

Susan, como siempre, vino a mi rescate.

—Bueno, ¿vamos a sentarnos? —preguntó en general rompiendo la tensión entre nosotros.

—Sí, creo que nuestra mesa está hacia allí... —señaló Richard cediendo el paso a su mujer—. Pasa, Lis... —me cedió el paso a mi seguidamente.

—Después de ti, Richard... —señaló Alan.

Y, esquivando algunas mesas de nuestro alrededor, nos encaminamos hacia la redonda y elegante mesa de los cuatro, la cual compartíamos con otra pareja más.

A mi derecha estaba Susan sentada y, a mi izquierda, Alan, muy cerca de mí. O por lo menos, eso me parecía. Después de las reverencias y los agradecimientos por parte de los delegados y directivos, comenzamos a cenar. Alan y yo casi no cruzamos palabra en toda la noche. La verdad, fue una situación algo extraña e inusual. Y aunque era cierto que la relación entre nosotros se había vuelto espinosa, no me gustaba estar así con él. Aunque después de unos cuantos intentos y mucho tantear el terreno, Alan se atrevió a entablar conversación conmigo.

—Bueno, ¿qué tal tus vacaciones? —me preguntó después de que nos retiraran el segundo plato de la mesa.

—Bien, bien... —tuve que fingir. No iba a decirle que su enemigo número uno me había dejado y se había ido con otra. Seguramente, volvería a ver otra oportunidad, y eso solo complicaría aún más las cosas—. He aprovechado para descansar y hacer varias cosas pendientes...

—Pues, para haber descansado, no tienes la voz muy fina... —bromeó intentando suavizar la situación.

Y creo que hasta lo consiguió. O sería que yo ya empezaba a estar cansada de estar enfadada con el mundo, que baje la guardia.

—Sí, tienes razón... —sonreí—. Ayer por la noche salí... Y todavía arrastro las consecuencias... —torcí la sonrisa—. Una ya empieza a ser mayor... —intenté seguir la broma.

Me miró con cara de asombro.

—¿Tú, mayor? ¿entonces yo qué soy? —preguntó fingiendo estar escandalizado.

—Oh, vamos... Solo tienes cinco años más que yo...

—Cinco años, son muchos años... —estaba claro que en ese momento nos faltaba tema de conversación. ¿Alan y yo hablando de la edad?—. Dime, ¿qué tal llevas los interiores?

—Bien... la verdad es que muy bien. Estoy encantada con esta oportunidad que me ha brindado la empresa... —cogí la copa de champán y le di un pequeño sorbo—. Aunque reconozco que me da miedo al final no dar la talla; es un proyecto muy importante...

—Eso es imposible... —garantizó creyéndose sus propias palabras.

Se quedó en silencio. Se quedó, anonadado mirándome.

—Estás preciosa con los labios rojos y el pelo recogido... —soltó con verdadera ternura mirándome a los ojos.

En esa frase había amor, no era un simple cumplido. Su comentario me pilló realmente desprevenida. Tardé varios segundos en reaccionar.

—Alan, por favor. Aquí no...

—Tranquila, lo sé... Discúlpame, pero tenía que decírtelo. Te juro que no volverá a ocurrir...

En ese momento sentí pena por él, bueno... y por mí. Sentí ganas de abrazarlo y demostrarle que no me molestaba que me dijera esas cosas. Decirle que lo que no quería es que siguiera sufriendo por mí de aquella forma, que el amor era tan jodidamente complicado que, si te descuidabas, te apagaba sin darte cuenta. Que no se merecía eso para él.

—Lo siento, Alan. No sé qué más decir...

—No tienes que decir nada más... —me mostró una reconfortante sonrisa—. Soy yo el imbécil que se ha enamorado de ti. Tú no tienes la culpa —Nunca había visto tanta sinceridad en sus ojos—. Tu novio Jason no sabe la suerte que tiene de tenerte a su lado... —oír aquello me encogió el corazón.

«No, por favor... Cállate, no sigas por ahí...», pedí en mis pensamientos.

—Es un hombre muy afortunado por poder disfrutar de ti, y de tu sonrisa cada día. Espero que te cuide y te quiera todo lo que te mereces... —prosiguió, inconsciente de lo que sus palabras estaban provocando en mí.

Presentí unas ganas terribles de llorar. Sentí que la garganta me ardía y no era capaz de decir nada más. Aparté la vista de él para mirar hacia otro lado, pensando en que igual... igual podría aguantar, pero no fue así. Noté cómo

me ahogaba poco a poco y tuve que huir como una cobarde.

—Discúlpame —susurré levantándome de la mesa, aunque creo que Alan ni se enteró de mi disculpa.

Se quedó petrificado al ver mi reacción. Y Susan ni se enteró. Nadie más lo hizo. Salí de la sala, llegué a los aseos y allí me metí. Necesitaba estar sola, alejarme de Alan y dejar de pensar en lo imbécil que había sido al enamorarme de un hombre del cual no sabía completamente nada, lo idiota e ilusa que había sido al encapricharme de mi vecino. Apoyé las manos en el mármol del lavabo, me miré en el espejo y así me quedé, contemplando lo despampanante que me había puesto para que ni tan siquiera Jason me viera.

—¡Joder! ¿Por qué a mí? —pregunté en voz alta dirigiéndome al techo.

Mi respiración era agitada, un reflejo del intenso dolor de cabeza que había sufrido volvió a mí. Debía hacer lo que fuera por tranquilizarme. No podía desmoronarme allí. No era el momento ni el lugar.

Alguien picó a la puerta con los nudillos.

—¡Lis! ¿Estás ahí? —Alan había venido detrás de mí—. Lis, contéstame. Sé que estás ahí... —no contesté—. Lis, si no me contestas, juro que...

Abrí.

—Lis, ¿qué te ocurre? —preguntó Alan acercándose a mí con preocupación en la mirada—. ¿Estás bien?

—Sí, si... Estoy bien... —bajé la vista al suelo.

—Júramelo... —exigió levantando con cuidado mi barbilla.

—Estoy bien, de verdad...

Alan me contempló y sé que se contuvo de abrazarme por miedo a mi reacción.

—Bueno, por lo menos esta vez te has ido corriendo, pero no me has girado la cara... —añadió cariñosamente.

—Por favor, Alan, no me lo recuerdes...

Ladeé la cara para mirar hacia otro lado, avergonzada al recordar aquel momento.

—Oye... No fue culpa tuya, yo me lo busqué —volvió a sostener mi barbilla obligándome a mirarlo—. Me gusta que me peguen las mujeres, sí... ¿y qué? —intentó hacerme reír.

Y lo consiguió. Una pequeñísima sonrisa se posó en mis labios.

—Siento muchísimo lo de aquel día, Alan, de verdad.

—Mentirosa... No lo sientes —bromeó riéndose y haciéndome reír aún más.

—Sí, de verdad. Bueno, solo un poquito... —bromeé yo esta vez.

—¡Lo sabía! —abrió los ojos como si le sorprendiera oír aquello.

Me volvió a contemplar. Yo sorbí mis mocos, algo nada *sexy*, lo sé.

—¿Amigos? —preguntó abriendo sus brazos de par en par.

Lo miré. Y, por un segundo, me detuve a pensar en la de veces que había deseado escuchar esa palabra desde que nos peleamos.

—Amigos... —confirmé refugiándome entre ellos.

Casi me sentí liberada. Por fin me volvía a sentir bien con él. Respiré hondo y vacié mis pulmones en un intenso suspiro. Estuvimos durante unos segundos así: abrazados, en silencio, como dos buenos amigos, apartando de nuestros pensamientos el motivo que nos había arrastrado hasta allí, a aquel lujoso baño. Y, aunque no viniera al caso, decir a su favor, que olía escandalosamente bien.

—¿Volvemos a la mesa? —preguntó—. Creo que hay tarta Sacher de postre...

Ahora me tentó sutilmente, como si fuera una cría que se niega a comer.

—Mmm... ¡Sí! —pedí mordiéndome el labio.

Me miró y sonrió. Sabía que era mi preferida. Salimos del baño juntos, cogidos de la mano casi dando saltitos como dos críos contentos, pues habíamos hecho las paces y volvíamos a ser los mejores amigos del mundo. Alan besó mi mano derecha, que era la que tenía agarrada, y nos dirigimos hacia el salón, cruzando por un lado del *hall*.

—Por cierto, tú también estás muy guapo esta noche con ese esmoquin...

—Oye, ¿no me estarás tirando los trastos, verdad? —bromeó—. Te recuerdo que ya hay una mujer en mi corazón... —aseguró llevándose la mano al pecho.

Aquello me hizo reír y me abracé a su brazo con más fuerza todavía. Pero, de repente, la mirada de alguien que nos observaba a unos metros me paralizó.

—Jason... —susurré.

Me quedé inmóvil. Era a la última persona que esperaba ver allí.

—¿Qué? —preguntó Alan, que todavía no se había percatado de que los ojos verdes de Jason nos observaban.

El semblante de Jason era tan serio como el mío. O más. Entonces mi compañero alzó la vista y lo vio. La sorpresa tampoco fue de su agrado y prudentemente, poco a poco, me soltó.

—¿Puedes... esperarme dentro Alan, por favor? —le pedí.

Alan se centró entonces en mí, ignorante de la situación.

—Claro, preciosa. Estaré dentro...

—Gracias —susurré ya a sus espaldas.

Alan entró al salón, dejándome a solas con Jason en el *hall*, un *hall* que, de repente, se había vuelto pequeño, frío, oscuro, y en el cual me faltaba la respiración. No sé por qué, tenía la sensación de que hacía mil años que no lo veía. No sabía si acercarme a él o no, pero, como siempre, él fue quien vino hasta mí.

Estaba exageradamente guapo, aunque se le veía cansado, como agotado, con un simple tejano y una informal camisa por fuera.

—Hola... —me saludó tímidamente.

Tragué saliva, entonces respondí en un murmullo.

—Hola...

Creo que le faltaban ojos para mirarme. No dejaba de repasar cada poro de mi piel con su mirada y cada centímetro de mi cuerpo con su ser.

—Yo... bueno, yo... No sé que decir...

—Estaría bien por comenzar diciéndome qué haces aquí —mi frase sonó más dura de lo que pretendía en un principio.

—Eli, yo...

—¿Qué haces aquí, Jason? —repetí, acorralándolo.

Mi pregunta creó un vacío.

—Joder. No sé que decir, no sé que pensar... Me cuesta reaccionar contigo así delante... —se frotó la cabeza. Lo vi dubitativo.

—¿Así cómo? —puse los brazos en jarras.

—Así de hermosa... —Jason se acercó a mí y posó su mano en mi mejilla —. Así de irresistible...

Estaba cerca de mí, a pocos centímetros de mi cara, con aquellos ojos devorándome. Sabía que, si no reaccionaba pronto, me besaría y sería mi

perdición.

—No voy a volver a caer en tus palabras, Jason. No me voy a volver a rendir a ti... —di un paso atrás.

—¿No lo entiendes, verdad? —preguntó negando con la cabeza.

—No, no lo entiendo. ¿Qué debo entender? —casi lo desafié con la mirada—. Explícamelo...

Me sentía fuerte, segura, capaz de todo. No sé si sería el hecho de ir así vestida y sentirme una mujer todopoderosa, o no... Pero, me mantenía firme, y así iba a seguir. Aunque por dentro no estuviera deseando otra cosa más que lanzarme entre sus brazos.

—¿No entiendes que soy yo el que se rinde a ti? —Jason tragó saliva, se llevó las manos a las caderas y me miró con una mirada llena de temor e incertidumbre al ver mi reacción.

—Pues no, fíjate que, después de ver que el jueves te largabas con la zorra de tu novia, no me ha quedado muy claro... ¿Por qué será? —torcí la cabeza.

—Eli, eso no es así... —Jason respiró fuertemente.

—Mira, Jason, se acabó. Estoy harta de tus excusas... de tus mentiras... de que solo me quieras para follar... —Jason me miraba fijamente, se pasaba la mano por la cabeza respirando cada vez más fuerte—. De que te creas que soy igual de imbécil que todas las demás... Así que, tranquilo, si alguna vez me apetece echar un polvo, ya te avisaré... —La cara de Jason era un poema; no se podía creer que mis palabras fueran ciertas.

—Sí, ¿de verdad, Eli? ¿Me avisarás a mí o a tu amiguito Alan? —Pude ver cómo su mirada se encendía de rabia y sus puños apretados remarcaban unos blancos nudillos.

—Te avisaré a ti... A él ya me lo he follado...

Dios mío, no me podía creer que esas palabras hubiesen salido de mi boca. Ahora sí que Jason sabía toda la verdad. Y parecía que no le había gustado un pelo.

—¿De verdad te has acostado con él? —preguntó incrédulo, con los dientes apretados.

No supe si responder. Pero respondí, no sin antes tragar saliva muy lentamente.

—Sí, Jason. Pero eso a ti te debería de dar igual... —Me miraba con la

cara desencajada, sin poder creerse lo que le acababa de confesar—. ¿No es a ti al que le gusta compartir?

Se quedó estupefacto, derrotado. Mis palabras fueron como un puñal para él. Pero un hombre así, un hombre de verdad, con aquella extensa y perturbadora preparación, y con todo lo vivido a sus espaldas... no se rendía tan fácilmente.

—Mira, Eli... solo te diré una cosa —volvió a acercarse, a pegar de nuevo su cara a la mía, a acecharme con toda su hombría—. Desde el primer instante en que te vi, me enamoré perdidamente. Nunca antes había visto una mujer tan hermosa y fascinante como tú, y cada puñetero minuto desde el día en que te vi no has dejado de estar en mi puñetera cabeza. Sería capaz de cualquier cosa por ti, te lo aseguro, incluso de aguantar con Lora al lado cuando estaba frente a ti... porque eso, aunque no lo creas, lo hacía solo para protegerte...

No me dio tiempo a reaccionar. De un rápido movimiento, me agarró con posesión por la cintura y me besó. Me besó con tanta pasión que los labios se me enrojecieron igual que si me hubiese pintado de nuevo con mi nuevo pintalabios *rouge* Coco de Chanel.

Separó nuestros labios, a diferencia de nuestros cuerpos, que permanecían pegados.

—Y, aunque ahora mismo no quieras reconocerlo, te mueres por entrar en el baño y echar un buen polvo conmigo... porque sabes que me deseas tanto como yo a ti... Y que estamos locos él uno por el otro —sentenció.

Mi respiración se había agitado, la cabeza la tenía aturdida, me sentía de gelatina. Y lo peor de todo es que tenía razón. Me deshice de sus tentadores brazos.

—Por supuesto que me muero por echarte un polvo, cualquier mujer se moriría... Pero yo ya no soy cualquier mujer, Jason... —respondí arqueando la ceja derecha—. A partir de ahora, tan solo soy tu vecina.

Se quedó en silencio, con su implacable pecho subiendo y bajando por la fuerte respiración. Nos retamos con la mirada. No me podía creer que esto estuviera sucediendo. Allí, en aquel lugar, en aquel momento. Las puertas del salón se abrieron, y tras ellas apareció Susan.

—¿Lis, estás bien? —preguntó al ver que no entraba—. ¡Ah! Hola,

Jason...

Ninguno de los dos respondió.

—Creo que deberías irte...

Susan nos miraba con cara de no entender nada, como si estuviera viendo un entretenido partido de tenis.

—¿Eso es lo que quieres, Eli?

Lo miré fijamente a los ojos, y aunque casi por un segundo dudé, respondí con seguridad.

—Sí.

Noté que me costaba tragar y que los ojos me comenzaban a escocher (de nuevo). No me quedaba mucho más aguante.

—¡Joder! —elevó la voz y miró hacia otro lado. Seguidamente, volvió a clavar sus hermosos ojos en mí—. Solo te pido una cosa... —levantó un dedo para reforzar lo que tenía que decir.

—¿Qué? —pregunté con un hilo de voz, aguantando un inminente sollozo.

—Que no se te olvide... que estoy loco por ti.

De mis ojos desbordaron dos lágrimas. Jason fue a limpiarlas con sus dedos pero se aguantó. Se retuvo con todo el dolor de su corazón de hacer lo que yo en ese momento tanto necesitaba, se retuvo de consolarme. Entonces cerré los ojos y los apreté con fuerza, para acabar de derramar las lágrimas que me quedaban y, cuando los volví a abrir, Jason ya no estaba.

Lo vi de espaldas alejarse de mí.

CAPÍTULO 28

— ¡Lis! ¡¿Me puedes explicar qué coño ha ocurrido?!

Estábamos en el baño. Después de ver a Jason alejarse, tuve que venir corriendo a recluirme aquí. Susan, cómo no, me siguió y no dejaba de preguntarme una y otra vez que es lo que había sucedido.

— ¡Déjame, Susan, no quiero ver a nadie!

— ¡Pues te jodes! No te voy a dejar... — me agarró por los hombros y me obligó a mirarla—. Lis, ¿Qué cojones ha pasado? — preguntó muy seriamente.

— ¡De todo! ¡Ha pasado de todo! — dije gritando sin saber por dónde empezar a explicar.

— ¿Te ha pegado? — preguntó Susan alterada.

— ¡No! — grité mirándola a la cara—. ¡Jason nunca haría eso!

— ¡¿Pues entonces qué coño quieres decir con todo?! — Sostuvo mi humedecida cara entre sus manos.

— ¡Me engañó! Primero me dijo que no, luego resulta que sí... Ella vino a casa... ¡Luego se fue con él! — Solo conseguía escupir palabras y babas a la cara de mi amiga que se encontraba frente a mí, intentando descifrar el mensaje.

— Perdona, cielo, pero vas a tener que ser más clara...

— Estoy enamorada de él, Susan... — confesé haciendo un tierno puchero.

Susan suspiró con fuerza, informándome de que aquello ya lo sabía.

— ¿Y entonces cual es el puto problema, Lis? — preguntó limpiándome las lágrimas con un trozo de papel—. Porque no sé qué es lo que habrá hecho ese hombre, pero te puedo asegurar que cada vez que te mira... solo veo amor en sus ojos...

—¡Lora! ¡Lora es el problema! —exploté.

—¿Lora? —preguntó mi amiga con el ceño fruncido—. ¿Lora es un nombre?

—¡El nombre de una zorra! —grité apretando los puños delante de ella.

Y entonces preguntó:

—¿Jason te ha engañado?

—¡Sí, no, no lo sé...!

—Dios mío. De verdad, ¡qué complicado es todo con vosotras!

Ya le estaba saliendo la vena maternal. Y no la culpo.

—Me voy... —dije de repente.

—¿Que te vas? —preguntó mirándome a la cara.

—Sí, me voy... No me apetece volver a entrar ahí dentro.

—Pero... y...

—¿Puedes sacarme el bolso? Bueno, la cartera... —le pedí—. La dejé sobre la mesa.

—Así... ¿y ya está?

Mi amiga se cruzó de brazos, tal cual una madre.

—Sí, Susan, así... Ya está —la miré con las manos en las caderas—.
Despídete de mi parte de Richard y Alan, por favor.

Susan resopló profundamente. Me miró a los ojos y cedió.

—¡Dios! —gritó al cielo levantando las manos, supongo que rogando fuerzas. Un gesto muy suyo. Le encantaba el teatro.

Sabía perfectamente que intentar convencerme sería perder el tiempo, sabía que no iba a poder conmigo.

—Está bien, pero te acompañaré a casa.

—No, no, no... Cogeré un taxi. Puedo llegar a casa sola.

—Pues te acompañará Richard. No voy a dejar que te vayas sola tal y como estás...

—No.

—Pues entonces que te lleve Alan.

—¡¿Qué?! ¡Ni hablar! —me negué en rotundo.

Solo de imaginarnos otra vez a los dos solos en su coche se me ponían los pelos de punta.

—¿Por qué siempre me tienes que preocupar tanto?

—Porque me quieres... —delaté escondiéndome entre sus brazos para que me arrullara.

Suspiró.

—Tienes razón... —me estrechó con fuerza entre ellos.

—Gracias por estar siempre cuando te necesito. Yo también te quiero.

Me apretó más que nunca.

—Creo que mañana tienes mucho que explicarme... —dijo Susan. Yo asentí con la cabeza—. Voy a por tu cartera... Espérame fuera.

—Gracias.

Dos minutos después, mi cartera estaba fuera, pero no era Susan quien la traía.

—No voy a dejar que te vayas sola, Lis...

Me di la vuelta al escuchar su voz.

—Alan, ¿qué haces aquí? —lo miré con ternura—. ¿Ya te has comido la tarta de chocolate? —intenté sonreír como si nada, sin éxito.

—No está tan buena si no la comparto contigo...

Torció la cabeza y sonrió.

—Gracias —cogí la cartera de sus manos, pero Alan no la soltó—. ¿No me la vas a dar? —pregunté con una débil sonrisa.

Negó con la cabeza.

—No hasta que no te deje en tu casa.

—No, Alan...

—No intentaré nada, Lis... Te lo prometo.

Suspiré. Aquel desliz nos iba a acompañar durante toda la vida.

—Lo sé, pero de verdad que no...

Alan resopló, con su mirada fija en la mía.

—¿Por que siempre has sido tan cabezona?

Aquello me hizo sonreír y recordar todas las veces que me había dicho lo mismo Jason.

—Lo siento, soy así... —me excusé alzando los hombros.

—Así de perfecta... —alargó su mano y acarició mi rostro.

Aquel gesto por su parte me enterneció.

—Adiós, Alan... —me acerqué a él, y le di un dulce beso en los labios—.

Gracias por ser como eres. No cambies nunca.

Me di la vuelta y me fui. Ahora era él el que veía la misma imagen que yo había visto media hora antes. A la persona que amábamos alejarse.

El taxi paró frente a mi edificio sobre las doce y media de la noche. Estaba rendida, consumida. Todavía arrastraba la resaca de la noche anterior, sumado a los nervios que había pasado durante parte de la cena. No tenía fuerzas para más. Lo juro.

Subí las escaleras de puntillas para que no se escucharan demasiado mis tacones resonar en el silencio de la noche. Llegué a mi puerta deseando entrar y quitarme las dos prendas que llevaba encima (bueno, tres si contábamos el diminuto tanga que llevaba puesto), pero justo al introducir mi llave en la cerradura, la puerta de Jason se abrió.

—Eli...

Cerré los ojos, los apreté con fuerza y maldije mi suerte como un millón de veces.

Estaba de espaldas a él, valorando seriamente la opción de entrar en mi apartamento e ignorarlo. Pero no pude, por mucho que me costara reconocerlo, muy a mi pesar, sentía la necesidad de ir junto a él, de sentirlo cerca de mí.

—Eli... —volvió a pedir desde su puerta.

Me estaba reclamando. Me giré y me arrepentí de haberlo hecho nada más verlo: estaba más *sexy* que nunca el muy cretino. Tan solo llevaba puesto un pantalón de pijama gris, que caía demasiado sugerente sobre sus caderas. Su impresionante torso desnudo y ensombrecido por el ligero vello invitaba a la tentación a que se rindiera a sus pies. Era demasiado varonil.

—¿Qué quieres, Jason? —me costó reaccionar. Tuve que humedecerme los labios por que se me secó la boca en cuanto lo vi.

—Tenemos que hablar...

—Ahora no, de verdad... Estoy muy cansada, y no me encuentro bien.

Quizás le di más información de la necesaria.

—¿Qué te ocurre, Eli?

Jason, de dos zancadas, se plantó frente a mí con cara de preocupación. Ahora no se retuvo las ganas de tocarme y posó su mano en mi mejilla. Me

llegó su apetecible aroma. Mi cuerpo, por muy cansado y exhausto que estuviera, reaccionó a su olor, a su contacto. Sentí la gran necesidad de abalanzarme sobre él y morder su cuello, su pecho...

—Mejor hablamos mañana. Si es que tenemos algo de lo que hablar... — respondí girándome hacia mi puerta para entrar y alejarme de aquella terrible atracción que sabía perfectamente como acabaría.

Jason inmediatamente me giró de nuevo, agarrándome por las caderas y consiguiendo que apoyara mis antebrazos en sus pectorales. Nuestras caras casi se rozaron.

—No pienso perderte porque pienses algo que no es...

Susurró tan cerca de mis labios que casi pude saborear su dulzor. Casi comencé a salivar al recordar lo placentero que era recorrer con mi lengua el interior de su boca. Al recordar lo bien que sabía, tragué saliva.

—Jason...

Alcé la mirada y contemplé sus hermosos ojos. Aquello fue lo peor que pude hacer.

—Dime...

—¿Qué tengo que hacer para que te olvides de mí? —con aquella pregunta casi supliqué.

—No puedes hacer nada... —Me tenía cogida por la cintura. Yo apoyaba mis codos en su pecho. Me tenía atrapada en él—. ¿Cuántas veces tengo que decirte que estoy loco por ti, Eli?

Rozó su nariz con la mía, acarició mi pómulos con el suyo, respiró mi piel. No quedaba nada de la Eli segura y firme que le había dicho que no en el hotel. Su hechizo volvía a envolverse. Y no pude más. Rápidamente, sin querer... me rendí a él.

—¿Qué me haces para que no pueda decirte que no, Jason?

Subí mi mano hasta su nuca para agarrarlo y después busqué su boca. Rápidamente, su lengua me encontró y recorrió mi interior. Demasiados días sin degustar su sabor. Pegó mi cuerpo contra la puerta aprisionándome del todo. No tenía escapatoria y tampoco me importaba. Mordía mis labios, jugaba con mi lengua, acariciaba mi cuello con fervor.

Pero hubo un momento en el que dejó de besarme.

—Eli, tengo que hablar contigo... Debo explicártelo todo, pequeña.

—Está bien, pero que sea mañana...

Pasé mis brazos alrededor de su cuello, comenzando a necesitar de él. Rápidamente sentí cómo cada lengüetazo suyo en mi boca me empapaba un poco más la entrepierna. Mordió mi barbilla para descender por mi cuello, lo succionó con tanta delicadeza que un escalofrío me recorrió de arriba abajo. Su mano derecha se coló bajo la americana de mi insinuante tuxedo, acariciando por encima mi sensible e endurecido pezón. Los ojos le brillaron más que nunca al confirmar sus sospechas.

—Joder, Eli... —gruñó—. Eres un puñetero escándalo... —Podía notar perfectamente pegada contra mí su tremenda y abultada erección.

—Ah, Jason... —susurré en un leve gemido.

Mi pequeño tanga empezaba a estar demasiado empapado.

—Me he vuelto loco imaginando que no llevabas nada debajo... —recorrió mi cuello con sus labios—. Esta noche... estás demasiado apetecible...

Lo que crecía dentro de sus pantalones rápidamente me insinuó que iba sin calzoncillos. Aquello era una tienda de campaña en toda regla. No había visto nunca la imagen de un hombre tan *sexy* como él. Y creo que fue en ese momento cuando comenzaron a encantarme los pijamas.

—Pero esta noche no pienso acostarme contigo... —aseguró.

Aquella frase por su parte me dejó perpleja.

—¿Qué? —pregunté mirando a Jason a los ojos.

—Juro por Dios que ahora mismo no deseo otra cosa más que tumbarte sobre mi cama y poseerte, Eli... —Cogió mi cara con sus manos y me miró con atención—. Pero lo último que quiero es que pienses que solo me interesa follar contigo...

Me quedé callada, descolocada, no supe qué decir.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, pequeña... —acarició mis labios con su pulgar—. No voy a volver a separarme de ti. Nadie se interpondrá entre nosotros...

En ese momento me vino Lora a la cabeza, Alan, un millón de cosas más... Y, no sé por qué, por un momento sentí temor.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué pasa con Lora? —tuve que preguntar, aunque me diera miedo hacerlo.

—Ya me he ocupado de ella...

¿Cómo? Se disparó una alarma en mi cabeza.

—¿A qué te refieres? —mi cuerpo se tensó y me aparté ligeramente de él —. ¿Que has hecho con ella?

—Tranquila, Lora está bien... No es lo que piensas —Jason mostró una débil sonrisa con intención de tranquilizarme, pero seguidamente su gesto volvió a ser serio—. Está donde debía estar, de donde nunca debió salir... — Aquella frase me inquietó de verdad.

Comencé a imaginarme posibles cosas sin llegar a la conclusión de nada, pero entonces mi teléfono sonó inesperadamente, consiguiendo que diera un pequeño respingo.

—¡Dios! —exclamé—. ¿Quién será a estas horas? —pensé en voz alta, sacando el teléfono de mi cartera. Jason me observaba a un paso de mí. — Alan... —leí en la pantalla.

Por un momento dudé en responder. Jason se puso rígido y soltó un intenso suspiro. Su mandíbula se tensó y apretó ligeramente los ojos. Estaba claro que entre ellos nunca podría ir nada bien y yo, esa noche, tampoco había hecho mucho por solucionarlo.

—¿Alan? —pregunté con la atenta mirada de mi vecino delante.

Descolgué, sabiendo que, si no lo hacía, las consecuencias podrían ser peores. Alan no dudaría en personarse en mi casa para ver si yo estaba bien.

—Lis... —contestó—. ¿Has llegado a casa? —Se escuchaba ruido de fondo, no lo oía con claridad—. ¿Estás bien?

—Sí, sí. He llegado a casa; estoy bien...

—Dime la verdad... —insistió—. Si no te encuentras bien, puedo estar ahí en diez minutos...

—¡No! —No quería ni pensarlo—. No, no hace falta que vengas... De verdad, estoy bien.

Aquella frase molestó a Jason, lo vi en sus ojos. Por mi respuesta se debió de imaginar lo que Alan me acababa de preguntar.

—¿Seguro?

—Sí. Te lo juro.

—Está bien, de acuerdo... Pero, por favor, si necesitas lo que sea, avísame... ¿Me oyes?

—Sí, Alan... de acuerdo. Gracias por preocuparte por mí.

—¿Cómo no iba a hacerlo...? —dijo tiernamente—. Adiós, preciosa... Descansa.

—Adiós...

Colgué. Colgué casi sin atreverme a mirar a Jason a la cara. Esa breve llamada tan solo sirvió para poner de nuevo la cosa tensa entre nosotros. Hubo un pequeño e incómodo silencio. Y seguidamente, cómo no, Jason habló.

—Veo que se preocupa por ti... —dijo molesto.

—Sí... Lo hace —contesté a secas.

Seguíamos estando a un paso el uno del otro, pero ya no nos tocábamos.

—¿Siempre ha sido así? —preguntó—. ¿O solo desde que te has acostado con él? —había ironía en sus palabras además de rabia.

—¿De verdad crees que voy a contestarte a esa pregunta? —pregunté frunciendo el ceño—. ¿A ti?

Se quedó callado. Vi que su tentador pecho comenzaba a subir y a bajar cada vez con más intensidad. Y mi respiración también comenzaba a ser entrecortada.

—¿Disfrutaste? —su pregunta fue directa, tajante.

«Joder...», pensé.

Por un momento dudé en contestarle, quise recluirme en mi apartamento para no seguir hablando de aquel tema con él, para acabar con aquella incómoda situación. Pero también era cierto que aquel era un tema que tenía que aclarar, para que, de una vez por todas, dejara ya de perseguirme.

—Sí, Jason —tragué saliva para deshacer el nudo que se había creado en mi garganta—. Disfruté...

Jason resopló, se llevó las manos a las caderas y se quedó pensativo bajando la vista al suelo. Yo también miré hacia otro lado porque era demasiada la culpabilidad que sentía por haberle mentado sobre aquello.

—Antes he visto cómo salíais cogidos del baño... —me volvió a mirar—. Acababais de...

—No —no le dejé terminar la pregunta—. No salíamos de follar... si es eso lo que piensas.

—¿Entonces... cuándo?

—Fue poco antes de conocerte... —volví a cortarle con mi respuesta.

Se quedó absorto, asimilando lo que le acababa de decir.

—¿Por qué me mentiste cuando te pregunté, Eli?

—¿Tú me hablas de mentiras? —pregunté alzando ligeramente la voz—.

¿De verdad? —pregunté incrédula—. ¿Cuántas veces te has acostado tú con Lora, Jason? —di un paso hacia él y pegué mi cara a la suya—. ¿Cuántas?

—Ninguna —aseveró.

—¿Perdona...?

—Nunca me he acostado con Lora —respondió exageradamente serio—.

Y te puedo asegurar que no fue porque ella no lo intentara...

Ahora era yo la que tenía que asimilar aquella respuesta.

—Explicáte —le exigí.

Y, tras un breve silencio, se explicó.

—Lora... es la hija de Dimitri, mi cliente, quien hace poco murió... —respiró hondo al recordar aquello—. Siempre ha estado obsesionada conmigo...

Me quedé callada varios segundos, procesando aquella información, antes de preguntar con el ceño fruncido.

—¿Obsesionada contigo...? —no entendía nada.

—Sí, Eli. Obsesionada conmigo... Suena a broma, ¿verdad? —Su rostro era serio y su tono de voz firme—. Con eso quiero decir que, por más veces que Lora intentara acostarse conmigo, nunca lo consiguió. Y te asombraría saber hasta dónde era capaz de llegar con tal de conseguirlo...

Aquello no me lo esperaba, aquella respuesta no era la que esperaba escuchar y, la verdad, me costó reaccionar.

—Me estás diciendo... quieres decir... ¿que Lora te acosa? —pregunté sin poder crérmelo—. ¿De verdad me estás diciendo eso?

Me miró con aquellos hermosos ojos, que ahora reflejaban verdadera sinceridad.

—Sí, así se podría llamar...

Aquella explicación me dejó helada, atónita. No sabía qué diablos creer. ¿Sería aquello cierto? ¿O sería una patraña para convencerme de que él no tenía la culpa de lo ocurrido? Mi mente se quedó en blanco; no podía imaginar lo que Jason me acababa de confesar. Lora, acosando a Jason... Si

que es verdad que, si bien lo pensaba, aquello podría encajar, pues nunca había visto un gesto de él hacia ella. Pero me parecía tan descabellado, tan surrealista... que no lo podía concebir. Por lo menos, esa noche no. Demasiada emoción en un solo día.

—Yo... Jason... No sé que pensar...

—¿No me crees, verdad?

—Yo... No sé... Es tan descabellado...

—Su padre tampoco lo creyó hasta que no lo vio con sus propios ojos... —apretó fuertemente la mandíbula recordando algo—. Menos mal que ese día una cámara lo grabó todo...

Me quedé patidifusa. Un escalofrío me recorrió entera. Mi mente no daba abasto con tanta inquietante información.

—¿Ese día...? —pregunté con miedo, con gran desasosiego—. ¿A qué día te refieres? —sentí que el estómago se me revolvía—. ¿Qué fue lo que ocurrió?

Un silencio por parte de él siguió a mi pregunta Y, después, buscando en su mente las palabras adecuadas, respondió con pesar en la voz.

—Hubo un día... en que tanto se desesperó por mi negación que rompió un vaso..., y con un cristal... —dudó antes de decírmelo— ...se cortó las venas delante de mí...

—¡Oh, Dios mío...! —me llevé las manos a la cara—. No me lo puedo creer... ¡No puede ser cierto!

Mi mirada se perdió en ese momento. En mi cabeza se reflejó aquella inquietante imagen, que era realmente perturbadora. Lora cortándose las venas... por él.

—¿Me crees, Eli?

—No lo sé, no lo sé... —resoplé intensamente—. No sé qué creer...

Miré a todos lados intentando comprender aquella situación, intentando encontrar sentido a todo aquello, porque en mi cabeza no lo tenía. No daba crédito. No me lo habría podido imaginar nunca. Es lo último que hubiese pensado. Sonaba a película...

—Dime, Eli, ¿qué tengo que hacer para que confíes en mí de una vez?

No tenía una respuesta para aquella pregunta. No supe qué decir. Miré su fascinante hermosura. Alargué mi mano y la posé en su mejilla y lo único que

se me ocurrió fue confesar lo que mi corazón sentía, lo que él ya sabía, lo que por mucho que quisiera esconder o ignorar... era una verdad a gritos.

—Jason... Lo único que sé es que estoy completamente enamorada de ti... Es lo único que tengo claro en mi cabeza. Y, por mucho que intente luchar conmigo misma, no lo puedo evitar. No consigo ganar esta pelea...

Cogió mi mano y la besó.

—Eres lo único en mi vida por lo que merece luchar, Eli... —sostuvo mi rostro entre sus manos y selló nuestros labios.

El reflejo de una débil sonrisa apareció en mi rostro. Pero un sentimiento de incertidumbre, inquietud e inseguridad me invadía como un torrente por dentro.

—Pero... entonces...

—Será mejor que hablemos mañana... —ahora fue él el que acarició mi rostro con el dorso de su mano—. Pareces agotada...

Suspiré recordando que tenía razón.

—Lo estoy... —aseguré apoyando mi cara sobre su mano—. Tienes razón. Mañana hablaremos más tranquilamente, ahora necesito descansar. Necesitamos descansar...

Sus hermosas facciones delataban agotamiento.

—Cierto... —me miró con asombrosa ternura—. Mañana tenemos mucho de lo que hablar... Voy a contártelo todo, pequeña.

—¿Todo?

—Todo, cielo. Lo que quieras...

Oírle decir aquello, en cierto modo, me reconfortó. Eso significaba que no tenía nada que esconder, que, de una vez por todas, se abriría a mí. Me contempló por un segundo antes de repetirme lo que tantas y tantas veces me había dicho desde que nos conocimos.

—Estoy loco por ti, Eli... —acarició mis labios con su pulgar—. Estoy loco por ti.

Me humedecí y me mordí el labio inferior por las cosquillas que me había provocado su dedo.

—Hasta mañana, Jason.

—Hasta mañana, preciosa...

Abrazó mi cuerpo y yo me dejé abrazar. Después de tantos días sin

tenerlo cerca, era casi lo que más necesitaba en ese momento; seguidamente, posó sus labios sobre los míos regalándome un dulce beso de despedida.

Entré en mi apartamento con gran incertidumbre en el cuerpo, con una ligera angustia y una extraña sensación, con la cabeza dándome vueltas a toda máquina, sin saber lo que pensar, tras escuchar aquella confesión, con la imagen de Jason diciéndole a Lora que no y Lora... desesperada... intentando quitarse la vida.

CAPÍTULO 29

Era domingo. Faltaban cinco días para mi cumpleaños. Y mi vida había tenido tantos altibajos en esas dos semanas que casi me sentía otra. Pero estaba claro que seguía siendo yo, la misma chica loca que hace dos años llegó para labrarse un buen futuro y que su vida fuera mejor, y aunque creo que lo había conseguido, lo que ahora mismo tenía en mi cabeza era un caos que nunca había padecido.

Estaba metida en mi cama, enrollada entre las sábanas. Sorprendentemente, esta noche también había dormido bien a pesar de todo lo ocurrido... y repasé mentalmente todo lo sucedido ayer. Especialmente mi llegada a casa y la inquietante explicación de Jason. Todavía no me lo podía creer. Me pregunté si todo aquello sería cierto, si de verdad era todo como Jason lo describió. Si de verdad, como tantas veces me había dicho, nunca me había mentado y yo sería la única para él.

Una tremenda ilusión inundó mi cuerpo por un momento. Y sentí unas ganas irremediabiles de correr a él... pero, no sé por qué, Lora se volvió a cruzar en mi camino, ya que mi pensamiento se detuvo en ella. Sentí lástima, sentí pena, pues, según las palabras de Jason, estaba enamorada y tampoco estaba siendo correspondida. ¿Pero por qué? La verdad, era una mujer demasiado hermosa como para no ser correspondida. Cualquiera hombre la querría para él, pero, según Jason, miles de veces la rechazó.

Me fui a levantar, cogí mi teléfono de la mesilla de noche para mirar la hora y vi un mensaje. Hacía rato que me había escrito y no lo había oído llegar.

—Buenos días, princesa. Espero que hayas dormido bien porque yo no he podido hacerlo pensando en ti... Me muero por desayunar contigo así que, en

cuanto te despiertes, escríbeme, y en breve estaré ahí...

Una sonrisa se reflejó en mis labios. Por fin íbamos a desayunar juntos.... Y me moría por que viniera junto a mí. Le contesté:

—Buenos días. Después de leer tu mensaje, el día ha mejorado gratamente... Me encantaría que vinieras junto a mí, estoy hambrienta. Aunque, la verdad, también me gustaría desayunar contigo...

No tardó en llegar su respuesta.

—Me encanta que tengas hambre de mí... porque lo primero que voy a hacer en cuanto te vea va a ser devorarte... P.D: Me encanta lo ardiente que eres, pequeña...

Y, con una tonta sonrisita dibujada en mi cara, le envié el último mensaje.

—¿Podrás aguantar una hora más? Tengo que ducharme. Después, seré toda tuya...

La respuesta de Jason no tardó en llegar.

—Me lo estás poniendo difícil, preciosa. Como me envíes otro mensajito más de los tuyos, iré para allí... y no respondo.

Me reí. Me volvía loca saber que me deseaba con suma locura.

Veinte minutos después salí de la ducha, pensando en todo lo que les tenía que explicar a Susan y a Denise, imaginándome sus palabras y sus respuestas, y, sobre todo, pensando en que ahora Jason y yo volvíamos a empezar. En que, después de aclarar todo con Alan y con Lora lejos de nosotros, todo sería más fácil, todo sería mejor.

Me puse un insinuante conjunto de camiseta de tirantes y *culotte* de color morado con encajes en color frambuesa que me regaló una amiga de Barcelona antes de venir para aquí y, por supuesto iba sin sujetador, ya que siempre lo hacía cuando estaba por casa, y además a Jason le encantaba. Me había recubierto todo el cuerpo del sedoso aceite con aroma a vainilla (el mismo de la noche de la truncada cena), que sabía que le encantaba también a él, dejando mi piel escandalosamente suave al tacto.

—Mmm... —olfateé mi propio brazo pensando en las ganas que daban de morderlo.

Saqué el secador del pelo, que guardaba en un estante del mueble del baño, y cuando lo desenrollé para enchufarlo y secarme la melena, justo en ese momento el timbre de mi puerta sonó.

¡Ding dong!

Solté el secador sobre mi cama, y sin pensármelo demasiado, rápidamente me dispuse a bajar.

—Ay, Jason... —dije para mí, sonriendo.

Miré la hora y vi que se había adelantado casi media hora en venir.

Estaba claro que estaba igual de ansioso que yo por recuperar el tiempo perdido, así que impaciente llegué a mi puerta y abrí.

—Jason... ¿por qué te has adelantado tanto en...?

—¡Vaya! Veo que esperabas a otra persona...

¡PUM!

Algo duro y frío impactó contra mi cara haciéndome caer de espaldas al suelo. Seguidamente, retumbó un enorme zumbido en mi cabeza y de fondo oí cómo el extintor de la escalera golpeaba contra el suelo.

—¿Era a Jason a quien esperabas ver?

Me incorporé del suelo como pude, me tambaleé, toqué mi cara con la mano y vi que me goteaba sangre de la nariz, manchándome parte del labio. Levanté la mirada.

—¿Qué haces tú aquí?

Sonrió exageradamente, con malicia.

—¿Tú tampoco te alegras de verme, Elisabeth?

Lora estaba frente a mí, con un aspecto endemoniado, con verdadera ira en la mirada. Parecía fuera de sí.

—El otro día Jason tampoco se alegró cuando me vio... —recordó molesta. Vino hacía mí para golpearme, pero la esquivé—. ¡Debí de imaginarme por qué era! —gritó.

—¿Qué estás diciendo? —Mi peor pesadilla había vuelto: volvía a estar en mi casa—. ¡¿Qué quieres de mí?!

Estábamos en mi salón, como si fuese un *ring* de lucha libre sin espectadores, tan solo estábamos ella y yo, y la furia que emanaba por los poros envolviendo el espectáculo: una frente a la otra, las dos preparadas para atacar.

—Al hombre que me has robado... —entrecerró sus amenazadores ojos.

—Yo no te he robado a ningún hombre.

—¡¡Mientes!! —gritó lanzando contra mí una figura que tenía en una

estantería, haciéndola mil pedazos contra la pared—. ¡¡Tú me has robado a Jason!!

Estaba poseída.

—No te he podido robar lo que nunca has tenido, Lora.

Mis palabras le enfurecieron aún más al recordarle seguramente algo que ella ya sabía; acababa de liberar a la bestia que llevaba dentro. Lora se acabó de transformar en un ser verdaderamente aterrador, apretó la mandíbula con odio, enseñó los dientes como una perra rabiosa... y casi se le inyectaron los ojos en sangre al oírme decir aquello. Nunca antes había visto tanta maldad en la mirada de una persona.

—¡Cállate! ¡No digas eso! —Lora se abalanzó sobre mí sin darme tiempo a nada y rodeó mi cuello con sus manos—. ¡Voy a matarte, zorra!

—¡Suéltame! —intenté decir, pero no lo conseguí.

Me apretaba. Me ahogaba, no podía respirar, y entonces vi de reojo una cicatriz maltrecha en su muñeca izquierda.

«Dios mío...»

Jason tenía razón, no me había mentado. Lora lo acosaba y ahora tenía delante las pruebas de su intento de suicidio. Ahora estaba comprobando que estaba loca de verdad. La misma perturbada a la que daba de beber hace varios días estaba intentando quitarme la vida en el salón de mi casa. Traté de coger aire pero mis pulmones no se llenaban, y de mi garganta escapaba cada vez menos aire con el que poder respirar. Intenté deshacerme de sus manos, pero no tenía suficiente fuerza para luchar con aquella chiflada poseída.

«Dios mío, por favor...». Es lo único que pedí en ese momento en mi mente. Necesitaba fuerzas.

Nos movimos por mi salón de un lado a otro, Lora luchando contra mí y yo luchando por seguir con vida. Entonces, en unas de las veces que nos acercamos hacia la cocina, yo quedé casi tumbada sobre la encimera con sus manos todavía aferradas a mi cuello. Alargué la mano intentando coger algo con lo que poder golpearla y que sus dedos dejaran de asfixiarme y, por suerte, pude coger un vaso de cristal que, rápidamente, le estampé contra la cabeza. Lora me soltó y se golpeó contra la nevera.

—¡Ah! ¡Zorra! —gruñó.

Tan solo le hice una brecha en la frente, pero fue suficiente para que

apartara sus manos de mi garganta. Tosí con fuerza y llevé mis manos hasta mi cuello para proteger la zona. Pero, sin tiempo que perder para llevar a cabo su intento de asesinato, se volvió hacia mí para volver a la carga y terminar con lo que había empezado: terminar conmigo. Aquel era su propósito. Fui a correr hacia la puerta, que se había quedado abierta, para huir, pero Lora me cortó el paso con un cuchillo que había cogido de mi encimera y con el que me amenazó.

—No vas a escapar tan fácilmente de mí, Elisabeth... —sonrió maliciosamente—. Voy a acabar contigo... —aseguró.

—Estás completamente loca... —No me quedó otra que retroceder.

—Sí, tienes razón... —confirmó, casi satisfecha—. Eso mismo me ha dicho Jason siempre.

Comencé a subir, de espaldas, peldaños de la escalera hacia mi habitación, muy lentamente, poco a poco, calculando bien dónde pisar para no resbalar y caer, ya que no tenía dónde agarrarme, y Lora subía frente a mí, amenazándome con la mirada y con aquel impresionante cuchillo.

—¿Sabes...? Pensé en colarme en tu apartamento una noche para matarte, después de ver todos los mensajes que Jason te envió..., después de leer todas las veces que te decía que te necesitaba y que estaba loco por ti... —Entrecerró los ojos como buscando un blanco dónde atacar—. Pero después pensé que otro día lo saborearía aún más... cuando todo el mundo se creyera que estaba encerrada en el psiquiátrico, a donde Jason me devolvió el viernes... —Se abalanzó hacia mí y me rozó en el brazo con el cuchillo haciéndome un pequeño corte—. Donde me encerró mi padre cuando se enteró de que estaba obsesionada con él...

Ahora sabía toda la verdad. Lora me acababa de confirmar lo que Jason me había confesado anoche. Entonces me di cuenta de que Jason, como tantas veces me había dicho, como siempre me había asegurado, nunca me había mentado. Siempre había sido fiel a mí. Nunca volvería a desconfiar de él. Lástima que igual ya fuera un poco tarde...

—Siempre has estado loca de atar, Lora.

—No, Elisabeth. No te confundas... —torció una amenazadora sonrisa—. Antes estaba loca..., era una desequilibrada. Después de ver la mirada de Jason cuando estaba frente a ti, lo que reflejaban sus ojos cuando te

miraban... me volví loca de atar... —apretó los dientes de intensa rabia—. A mí nunca me miró de la misma forma en que te mira a ti. Nunca se desvivió por mí como lo hace contigo... —enarcó la ceja derecha—. Pero eso se va a acabar...

Subí el último escalón que llegaba a mi habitación. En ese momento tuve a mano mi secador, que, por casualidad, había soltado sobre mi cama, y lo lancé contra ella sin mucho éxito. Lo esquivó perdiendo el equilibrio y tambaleándose cerca de la escalera, pero se mantuvo firme: tenía un propósito y estaba dispuesta a llevarlo a cabo, contra todo pronóstico.

—¿Eli?

Y entonces, en ese momento, se oyó de fondo una voz que venía desde la puerta. Era la voz de Jason.

—¡Jason! —grité.

—¡Eli! —Entró en el apartamento gritando mi nombre. Al entrar, debió de ver los trozos de cristal y cerámica por el suelo y las gotas de sangre, y, cuando estuvo frente a las escaleras y sus ojos, sin dar crédito, vieron lo que sucedía, su rostro se desencajó de verdadero temor—. Dios mío, Eli... ¿Estás bien? —se apresuró a preguntar sin que le salieran las palabras.

Nunca había visto tanto miedo en su hermosa mirada. Asentí con la cabeza. Me entraron ganas de llorar. Verlo allí, tan cerca y tan lejos de mí. Ahora temía por los dos.

—¡Hola, cielo! —Lora sonrió como si nada, embobada mirando a Jason. Estaba claro que su presencia ejercía un poder sobre ella, que casi anulaba su pensamiento y voluntad—. He venido a hacer una visita a tu vecina...

—¿Qué coño haces tú aquí? —Jason subió un par de escalones, muy poco a poco, con la mirada fija en Lora y en el imponente cuchillo.

—El viernes, cuando me devolviste al psiquiátrico, no te despediste de mí, cariño...

—¿Qué? —preguntó sin entenderlo, con la mandíbula y los puños más apretados que nunca—. ¿Cómo has salido? ¡¿Cómo cojones has escapado de allí?! —vociferó.

Lora soltó una carcajada.

—¿Te olvidas de quién soy? —Lora pasó desafiante el dedo por el filo del cuchillo—. Soy multimillonaria, Jason, ya lo sabes tú... —Sonrió—. Puedo

comprar lo que quiera... Y a quien quiera...

Jason negó con la cabeza.

—No, Lora... —Jason llegó hasta arriba de las escaleras, consiguiendo que la loca se hiciera a un lado. Estaba a cuatro pasos de mí y a dos de ella—. Podrás comprar lo que quieras y a quien quieras... menos a mí... —le recordó.

La retó, Lora se tensó y, de nuevo, fijó su mirada en mí. Me atravesó con ella como si fuera el mismísimo cuchillo.

—¿Qué tiene esa ZORRA que no tenga yo? —escupió sus palabras para dirigirse a mí, con la mirada encendida por los celos y la desesperación—. ¿Por qué nunca te fijaste en mí? —Sus ojos se llenaron ahora de lágrimas.

—Lora, creo que deberíamos bajar y hablar más tranquilamente...

Jason la tanteaba con intención de acercarse a ella y arrebatarle el cuchillo.

—¡Quieto! No te acerques... —Lora lo amenazó—. No des ni un paso más, Jason... No soy imbécil, sé lo que pretendes. Y sé perfectamente la máquina que estás hecha para atacar, te he visto actuar... —Jason levantó las manos y retrocedió unos pasos acercándose más hacia donde yo estaba—. Además, ahora viene lo mejor... —sonrió con ironía y pura maldad volviendo a clavar su perdida mirada en mí—. Ahora viene... cuando ella muere...

Tiró el cuchillo hacia abajo, por el pequeño balcón que daba al salón, y Jason y yo observamos cómo, de la pequeña bandolera que llevaba cruzada, sacaba un potente y alarmante revólver.

—Oh, Dios mío... —susurré aterrorizada.

Me quedé helada. En mi vida había pasado tanto miedo como en ese momento. Nunca había visto un arma tan de cerca. Bueno, en realidad, nunca había visto un arma a no ser que fuera en la televisión o en las películas... y mis ojos se abrieron más que nunca. En ese momento pensé en mis padres, me pregunté si los volvería a ver, pensé en Susan y en Denise, en si Jason y yo, de una vez por todas, podríamos estar juntos..., en todo lo que me quedaba por vivir.

—Lora, Lora, por favor... escúchame —Jason intentó mediar con ella—. Dame eso, cariño... —pidió. Lora lo miró sorprendida por aquella palabra de afecto hacia ella, pero el cañón seguía enfocando en dirección hacia mí—. Dámelo y tú y yo nos iremos a casa, ¿sí? ¿Te parece? —Jason le tendió la

mano para que le cediera el arma—. Solos tú y yo...

Su mirada se detuvo en él.

—¿Sí? —preguntó Lora, esperanzada, con los ojos inundados en lágrimas—. ¿De verdad? —preguntó sollozando—. ¿Tú y yo?

—Sí, cielo... de verdad. Pero ahora tienes que confiar en mí... y darme esa arma.

—¿Solos tú y yo? —volvió a repetir.

—Solos tu y yo. Te lo juro...

Las piernas me temblaban tanto que no sabía si me podrían aguantar, los ojos me volvían a escocer y no podía tragar.

—No, no es verdad... —Lora se empezó a poner nerviosa—. Me estás mintiendo, Jason. ¡Tú solo la quieres a ella! —gritó, dio un paso al frente para apuntar de nuevo hacia mí—. Nunca me has querido ni nunca me vas a querer... —apretó los dientes con rabia exagerada.

—¡No! ¡No! ¡Mírame! —Jason dio un paso hacia mí intentando interponerse entre nosotras—. Eso no es verdad... Siempre te rechacé porque trabajaba para tu padre. Nunca quise mezclar las cosas...

Lora volvió a mirarlo y bajó ligeramente el arma. Esa arma que debía de pesar, porque se le veía hacer fuerza para sostenerla firme.

—Es cierto. Trabajabas para mi padre... Y ahora él no está... —desvió la mirada al suelo un segundo, como pensando en algo. ¡A saber lo que en su retorcida cabeza estaba cruzando!—. Ya podemos estar juntos...

Una sonrisa, que me produjo un terrible escalofrío, apareció en sus labios.

—Sí, Lora. Así es. Ahora... dame esa arma...

—Pues entonces... —Lora asentía con la cabeza como solo una loca lo puede hacer; parecía que acabara de razonar algo—. Ella... ella también debe morir para que nadie pueda interponerse entre nosotros... ¿verdad? —preguntó, esperando la conformidad de Jason, su aprobación—. ¡Sí! Eso es... ella... ella debe morir...

Volvió a apuntarme con el arma, decidida a apretar el gatillo. Yo cerré los ojos, solté un leve sollozo y casi esperé el impacto de la bala contra mi cuerpo.

—¡No! Lora, por favor, mírame... ¡No dispires! —rogó Jason alzando la mano hacia ella—. Por favor te lo pido...

—Sí, Jason... Lo voy hacer, lo voy a hacer por nosotros, y todo habrá terminado... —aseguró, dando unos pasos hacia nosotros, dejando las escaleras detrás y amartillando el revólver—. Solo estaremos tú y yo... y por fin... podremos estar juntos... ¿verdad, cariño? —fueron las últimas palabras que pronunció.

¡BOOM!

Disparó. Antes de cerrar los ojos y caer sobre mi cama por el empujón que Jason me propinó, solo pude verlo a él acercarse a mí para interponerse entre la bala y Lora antes de caer hacia atrás por el retroceso del disparo.

CAPÍTULO 30

—¡Jason! —grité levantándome rápidamente de la cama con un zumbido en los oídos—. ¡Jason! ¡Jason!

Lo vi tirado en el suelo, apoyado contra mi cama.

—¡Eli! —gritó—. ¿Estás bien?

Me llevé las manos a la boca para evitar romper en llanto.

—¡Dios mío! ¡Estás herido!

Me arrodillé frente a él con los ojos inundados en lágrimas.

—Eli, dime, ¿estás bien? —preguntó cogiendo mi cara con su mano derecha y obligándome a mirarlo a los ojos.

Era él el que estaba herido y seguía preocupándose por mí. Asentí con la cabeza, sin poder vocalizar.

—¿Seguro?

—Sí, pero tú estás...

—Tranquila, estoy bien. No te preocupes por mí...

Jason buscó a Lora con la mirada. Yo me había olvidado por completo de ella al verlo a él así.

—¿Dónde está? —preguntó intentando levantarse—. ¡Ah! ¡Joder! —se quejó llevándose la mano a su brazo izquierdo.

—¡No te muevas! Llamaré a la policía.

—¡No! Quédate aquí... —me ordenó tirando de mí hacia el suelo.

Su camisa blanca de lino estaba manchada de sangre. Al ser de manga corta, pude ver cómo por su brazo resbalaba aquel fluido rojizo que manchaba su piel. Estaba viendo la imagen de Jason que nunca me quise imaginar: Jason herido. No había ni rastro de Lora en la habitación. Se levantó con una mueca y aguantando un quejido. Se pegó contra la pared con

asombroso sigilo. Me levanté detrás de él.

—He dicho que te quedas ahí... —me ordenó con un susurro señalando con el dedo el suelo.

—No pienso dejarte solo... —respondí firme y sin bajar la voz, pegada detrás de él.

Jason resopló.

—¿Porqué siempre eres tan cabezona? —dijo con desespero regañándome con la mirada—. No quiero que te vuelvas a poner en peligro, Eli...

—He dicho que no pienso dejarte solo —afirmé más que convencida.

—Joder...

Jason resopló aún más fuerte. Me miró desconforme con mi decisión. Seguidamente dio tres pasos, escuchando con atención el mínimo ruido que le diera una pista sobre dónde estaba Lora, alargando el cuello con cuidado para asomarse desde arriba al salón, y así poder visualizar dónde estaba, ver cuál era su posición.

—Dios mío... —susurró, agachando la cabeza al cabo de unos segundos.

Dio un fuerte e intenso suspiro, cerró los ojos y los apretó con fuerza. Estaba claro que había visto algo y no le gustó.

—¿La has visto? —pregunté—. ¿Dónde está?

Mi curiosidad me impulsó a mirar, pero, cuando me fui a asomar, Jason rápidamente me abrazó para cubrir mi rostro con su pecho.

—¡No, Eli! No lo hagas... —me lo prohibió.

No me dejó mirar, no quería que viera aquella perturbadora imagen que se mostraba en mi salón. No quería que viera el cuerpo de Lora, que yacía en el suelo con el cuello roto.

Estaba sentada sobre mi cama con las piernas cruzadas y la mirada perdida, me había cambiado lo que me puse dos horas antes por un pantalón de chándal gris y una camiseta de tirantes deportiva. Jason no me dejó bajar, me subió un vaso de agua y un tranquilizante para que me lo tomara.

—Tómame esto, pequeña. Te irá bien... —acarició mi cara consiguiendo que lo mirase.

Se había quitado la camisa para lavarse en el baño con agua y jabón; él mismo se había curado la herida del brazo que le produjo la bala al rozar y había limpiado con suma delicadeza la sangre reseca de mi nariz y mi brazo.

No pude evitar mirarlo y echarme a llorar.

—¿Cómo está tu herida? —pregunté haciendo un puchero—. ¿Es muy grave?

Los espasmos de mi cuerpo casi no me dejaban hablar y las lágrimas resbalaban por mi rostro.

—No... —sonrió cariñosamente mirándome a los ojos—. No me voy a morir, si es eso lo que estás pensando... —cogió un pañuelo de mi mesilla de noche y secó mis lágrimas con ternura—. Tan solo necesitaré algunas curas, solo es una herida y una pequeña quemadura...

Llevé mis manos a su cara y miré la hermosura de sus ojos. Los ojos de aquel hombre que acababa de arriesgar su vida por mí, aquel hombre que me había salvado.

—Jason, lo siento. Perdóname, por favor... Si hubieses muerto por mi culpa, yo... —me atragantaba con mi propia saliva.

—Eli, Eli, Eli... —sujetó mi cara con sus firmes manos—. Estoy aquí... No me ha pasado nada y nada de esto ha sido por tu culpa. ¿De acuerdo?

—No, Jason... Dudé de ti y tú me dijiste tantas veces que... —Jason me hizo callar sellando sus labios con los míos.

Segundos después, se separó de mí para poder contemplarme.

—Si algo te hubiese ocurrido a ti... —apretó fuertemente los dientes, tensando la mandíbula. Apartó un mechón de pelo que caía por mi cara para poder verme mejor—. No sé lo que habría hecho...

En ese momento sonó el timbre de mi puerta, consiguiendo que se me encogiera el estómago y que diera un pequeño sobresalto.

—Tranquila. Es la policía.

Jason los había llamado. Él se había ocupado de todo, hasta de cubrir el extinto cuerpo de Lora con una sábana mía. No sé si, por suerte o por desgracia, él sabía lo que tenía que hacer. Vinieron varios agentes de policía, y unas personas preparadas con una camilla y una gran bolsa azul con cremallera y unos maletines. Estuvieron un buen rato todos hablando abajo. Ajenos a mí, o yo ajena a ellos, todavía no lo sé. Aquella situación solo la había visto en las películas, pero ahora aquella inquietante escena se representaba en mi salón.

Me había quedado dormida, acurrucada sobre mi cama echa un pequeño ovillo y una dulce voz me despertó.

—Eli... —Unos dedos acariciaron mi pómulo—. Despierta, pequeña...

Abrí los ojos poco a poco y allí estaba él, el hermoso hombre que no tenía miedo a nada ni a nadie, de rodillas frente a mí. Se había vuelto a poner la camisa manchada de sangre, aunque vi que, por debajo de la manga corta de su brazo izquierdo, asomaba un ancho vendaje.

—Unas personas quieren hacerte unas preguntas, aunque los he avisado de que necesitabas descansar y les he dicho que mañana nos acercaríamos a comisaría para prestar declaración, ¿de acuerdo?

Había tanta ternura en su tono de voz al pronunciar aquellas palabras que en ningún momento sentí temor al pensar a lo que tenía que enfrentarme ahora. Me sentía tan segura a su lado..., me reconfortaba tanto tenerlo cerca de mí...

—De acuerdo —me incorporé de la cama y me recogí el pelo torpemente en una coleta alta. Jason me miraba.

—¿Estás bien? —pasó su pulgar por mis labios y yo asentí con la cabeza—. Me han dicho que los avise cuando estés preparada...

—Estoy preparada... —aseguré.

Aunque, en realidad, no estaba muy segura de estarlo. Lo único que deseaba es que se marchara todo el mundo de mi casa y se llevaran aquel cuerpo de allí. Necesitaba estar a solas con Jason. Sentirlo cerca de mí, que me abrazara y no me soltara nunca jamás sabiendo que yo era la única para él.

—No sabes lo que daría por que no hubieses tenido que vivir todo esto, Eli... —dijo con gran pesar. Me abracé a su cuello y él me rodeó con sus brazos—. Estoy loco por ti, preciosa.

—No te separes nunca de mí, Jason, por favor —supliqué abrazada a él.

—Nunca, Eli... —me apretó con más fuerza—. Nunca.

Nos separamos sin ganas, porque nos estaban esperando.

—Voy a decirles que estás preparada... —sostuvo mi cara entre sus manos un poco más para, después, darme un dulce beso.

Yo hice el intento de sonreír para que se quedara más tranquilo, aunque sabía que no lo conseguiría; no estando involucrada en un homicidio.

Seguidamente, subieron dos personas a mi habitación. La inspectora Nelson, una bella mujer de ojos grandes, pelo afro y piel oscura, de unos treinta y pico años, se sentó a mi lado. Sin embargo, su compañero, el inspector Harris, un hombre canoso, de barriga prominente y con edad a punto de retirarse, se quedó de pie frente a mí con Jason detrás de él, a unos pasos de nosotros, prudentemente apartado y en silencio.

—Muy bien, Elisabeth... Tan solo le haremos unas preguntas ¿de acuerdo? —me informó la inspectora. Yo respondí que sí con la voz medio quebrada—. Aunque mañana deberá personarse en comisaría para prestar declaración. ¿Le parece bien?

—Sí —volví a responder después de aclararme la voz.

Seguidamente fue el inspector Harris el que empezó con el breve interrogatorio.

—¿Qué tipo de relación tenía usted con la fallecida?

Tragué saliva poco a poco.

—Ninguna —aseguré mirándolo a los ojos.

—¿Entonces de qué la conocía?

—En realidad, no la conocía. Tan solo la vi un par de veces.

—¿Recuerda cuándo fue la primera vez que la vio?

—Sí... —Recordar la primera vez que abrí mi puerta y me encontré con ella detrás tensó mi cuerpo y consiguió que las manos me comenzaron a sudar—. Fue hace unos días; el martes, creo recordar.

—Y, ¿podría decirnos qué ocurrió?

Retorcí mis dedos nerviosa y mi pulso se comenzó a acelerar.

—Nada. Ella picó a mi puerta y me preguntó por Jason...

—¿Le importaría explicarse mejor? —pidió la inspectora Nelson.

—Quiero decir... —titubeé—. Que ella picó a mi puerta, yo abrí y ella se disculpó por haber picado dándome por explicación que había picado a la puerta de Jason y que él no se encontraba en casa... —miré a Jason a los ojos y pude ver claramente en ellos las ganas que tenía de acercarse a mí y abrazarme—. Y entonces... me preguntó si lo había visto salir.

—¿Y usted que respondió? —preguntó esta vez el inspector.

—Que no. Que llevaba varios días sin verlo...

—Y, ¿de verdad era así?

—Sí, aquello era cierto.

—¿Ella intentó algo en ese momento contra usted? ¿Hizo algún intento de agresión o algo que le llamara a usted la atención?

—No. Me pidió si podía darle un vaso de agua. Me dijo que estaba sedienta del viaje y que después se marcharía a hacer tiempo hasta que llegara Jason...

—¿Y usted cuál cree que ha sido el motivo que la llevó a querer matarla?

—La verdad, no sé qué es lo que tiene que pasar por la cabeza de una persona para querer matar a otra... Pero ella... cuando esta mañana irrumpió en mi apartamento, me acusó de haberle robado a Jason...

En ese momento pude ver cómo la inspectora Nelson le dirigía una fugaz mirada a él.

—Y, por último... —añadió la inspectora—. ¿Podría decirnos qué tipo de relación hay entre Jason Smith y usted?

Nuestros ojos se volvieron a encontrar. Había tanta necesidad de mí en sus ojos como en los míos de él.

—Con todo lo ocurrido durante estos días, no sé exactamente qué tipo de relación es la nuestra... —miré mis manos nerviosa y después volví a alzar la mirada—. Pero lo que sí sé es que... estoy completamente enamorada de él.

En los labios de Jason pude adivinar una débil sonrisa.

—Muy bien. Esto es todo por hoy... —dijo el inspector Harris, dando por zanjado el breve interrogatorio.

La inspectora Nelson se levantó de mi lado a la vez que me levantaba yo también. El inspector se despidió de mí alargando el brazo y estrechando mi mano y seguidamente bajó con Jason al salón, dejándonos a las dos a solas.

—No olvide que mañana la esperamos en comisaría, Elisabeth... —La inspectora estrechó mi mano también. Era cálida.

—No lo olvidaré inspectora, se lo aseguro.

—Muy bien. Ahora descanse... —En ese momento hizo un gesto que me desconcertó: puso sus dos manos sobre la mía en un gesto íntimo—. Y deje que Jason cuide de usted, es un buen hombre.

Aquellas palabras tuyas me sorprendieron. ¿Conocería la inspectora tan bien a Jason cómo para haber afirmado aquello sobre él? me pregunté. Pero sin dejarme tiempo para preguntar, se giró para bajar por las escaleras con

cuidado, y así, volver a dejarme una vez más, sola en mi dormitorio.
Al fin, mi casa se quedaba vacía.

CAPÍTULO 31

—Sigues siendo preciosa... —aseguró Jason sosteniendo mi barbilla.

Estábamos en mi baño, donde había entrado después de que la inspectora Nelson me dejara sola, con intención de ver en el espejo mi «nueva» cara.

—Este morado me va a acompañar durante varios días...

Tenía el tabique de la nariz levemente amoratado por el golpe que Lora me propinó cuando le abrí. Aquello se iba a poner de mil colores.

—¿Te duele?

Jason presionó ligeramente para comprobar, de nuevo, que no la tenía rota. Ya lo había hecho antes, pero ahora lo volvió a repetir.

—¡Ah! —me quejé—. ¡Para...!

—Lo siento... Solo quiero asegurarme de que no la tienes rota.

—No está rota, Jason... —aseguré, mirándolo con el ceño fruncido—. Solo me duele por el golpe.

Por suerte, la loca de Lora solo me dio de refilón.

—Está bien... —me miró con ternura y sonrió por mi reacción, pero volvió a ponerse serio, imaginándose (seguro) lo que Lora me podría haber hecho si él no hubiera aparecido—. ¿Y tu brazo?

—Solo es un rasguño... —lo miré a los ojos y le resté importancia.

—Dios mío, Eli... Si algo te...

—¡Shh! —le hice callar con el dedo—. Tú me salvaste...

Cogió con cuidado mi cara y me besó. Ese beso fue más intenso que todos los demás. Nos saboreamos con ganas, intentando borrar de nuestras mentes todo lo sucedido, aunque borrar aquello iba a ser imposible.

—Todos me mirarán mañana cuando vuelva a trabajar... —murmuré pensando en la vergüenza que me daba.

Entonces caí en la cuenta, caí en Susan y en Denise. Todavía no me había imaginado lo que supondría para ellas enterarse de todo lo ocurrido hoy, el hecho de que una puñetera loca acosadora intentase matarme en mi apartamento. Se iban a tirar de los pelos.

—¿De verdad vas a ir a trabajar?

—Sí, claro. Debo ir... —aseguré, sentándome en el borde de la bañera.

Aunque pensar en volver a trabajar después de que intenten matarte... no es lo que más apetezca.

—Creo que deberías quedarte unos días descansando en casa... —aseguró Jason.

—No puedo. Ya me dieron esta semana de vacaciones y en unas semanas seguramente me den unos días más para poder viajar a Barcelona a la boda de mi prima.

—Pero ahora necesitas descansar, Eli... —se arrodilló frente a mí—. Has estado en estado de *shock*...

—Pero ya estoy bien —aseguré, sin creermelo yo misma mis propias palabras.

—Eso es lo que tú te crees... —Jason acarició mi mejilla—. Tu mente ha pasado por mucho estrés y mucha tensión hoy. Necesitas tiempo para que se estabilice...

—Sí, puede ser... —le di la razón. Negarlo sería una tontería—. Pero no puedo permitirme el lujo de que me despidan.

—Lo sé. Entiendo tu preocupación —Se sentó a mi lado y puso mis manos entre las suyas—. Bueno, preciosa... Ahora tengo algo que proponerte... —dijo para cambiar de tema.

Lo miré de reojo, extrañada.

—Si es algo indecente... puedes ahorrártelo —bromeé tristemente, intentando quitar hierro al asunto. Él sonrió.

—No, no es lo que crees...

—¿Entonces?

—¿Qué te parece si recoges algo de ropa y tu neceser, y te vienes unos días conmigo a casa? —Puso un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Yo cuidaré de ti...

En ese momento me vinieron las palabras de la inspectora Nelson a la

cabeza, pero pensé en que mejor dejar los interrogatorios ya por hoy. Otro día le preguntaría si ya se conocían y cuál era su relación.

—¿Qué me dices?

Me quedé callada, pensando en que realmente era eso lo que ahora mismo necesitaba. Tener a Jason cerca cuidando de mí, porque, la verdad, no me imaginaba quedándome sola en mi apartamento después de tener el cuerpo de Lora muerto en mi salón. Me recorrió un ligero escalofrío al volver a pensar en ello.

—Me encantaría —confesé mirándolo a los ojos.

Creo que le hice el hombre más feliz del mundo.

—Muy bien, pues ve a recoger tus cosas y en breve nos iremos... —Jason se puso de pie y me tendió la mano para que me levantara yo también—. Yo voy a hacer una llamada y después subo a por ti...

—De acuerdo —sonreí algo ilusionada.

Por un momento sentí la sensación de tener nueve años y de que me iba de colonias, solo que no era así. Nada más lejos de la realidad.

—Por cierto, pequeña, antes me quedé sin batería... ¿Te importaría dejarme tu teléfono?

—Claro, cógelo. Está... —lo busqué con la mirada y vi que todavía seguía en mi mesilla de noche, donde lo había dejado después de escribir a Jason esa mañana.

«¿Quién me iba a decir en ese momento que me apuntarían con un revólver allí mismo?», pensé.

—Lo tengo... —Jason lo cogió y bajó por las escaleras.

Yo me metí, pensativa, en el vestidor para, diez minutos después, salir con la maleta hecha. Cuando bajamos por las escaleras para salir de mi apartamento, Jason no dejó de hablar para atraer mi atención. Sabía por qué lo hacía, no quería que mis ojos se detuvieran donde unas horas antes había estado el cuerpo sin vida de Lora tendido en el suelo.

Jason había dejado mi maleta sobre una silla en su dormitorio; perdón, en su desierto dormitorio. La última y única vez que entré en él no me había fijado en lo vacío que estaba. Tan solo podía ver su cuerpo desnudo y el colchón dónde copulamos, debajo de él.

—No tengo mucho espacio para colgar la ropa, pero te conseguiré algunas perchas... —dijo liberando algunas de sus perchas, y amontonando camisas y pantalones sobre otras prendas.

No tenía armario; bueno, en realidad, no tenía de nada... Las paredes eran de un blanco puro y lo único que llenaba su habitación era una burra de esas donde se cuelga la ropa en los desfiles de moda, un gran colchón con el somier, más una única mesita de noche, y aquella triste silla que ahora ocupaba mi maleta. Estaba claro que en aquella habitación había mucho trabajo por hacer y, en cuestión de segundos, no pude evitar redecorarla mentalmente. Y aunque parezca mentira, fue entonces cuando caí en la cuenta de que en su apartamento no había escaleras. Estaba todo en una sola y amplia planta, y lo agradecí.

—Gracias... —cogí varias perchas de sus manos. Jason no las soltó.

—¿Estás bien, pequeña? —me miró a los ojos.

Y, cada vez que lo hacía y veía la turbadora hermosura de los suyos, algo en mi palpitaba.

—Sí, estoy bien... Ahora aquí, contigo, estoy mejor.

Me besó en los labios.

—Quiero que me pidas lo mínimo que necesites. ¿De acuerdo?

Asentí y sonreí en agradecimiento por tantas atenciones. No dudé en ningún momento en que él cuidaría de mí.

—¿Tienes hambre? —me preguntó colgando una de las perchas que le había pasado con un par de camisas más y un par de vestidos—. No hemos comido nada en todo el día... —recordó.

—La verdad, no tengo mucha hambre...

—Pero debes comer, Eli... Te prepararé unos sándwiches...

—¿Tus famosos sándwiches? —pregunté con retintín sin querer.

Jason me miró con cara de circunstancias, entrecerrando los ojos y torciendo una sonrisa.

—¿Te estás riendo de mis deliciosos, sabrosos e inigualables sándwiches?

—¿Qué? ¿Yo? —negué con la cabeza—. ¡Nunca se me ocurriría hacer tal cosa!

Me agarró por la cintura y me tiró, juguetón, sobre la cama, colocó mis manos sobre mi cabeza, sujetándolas con una de las suyas, y la otra la bajó

hasta mis caderas para hacerme cosquillas con ella. No dejaba de retorcerme debajo de él.

—¿No te estarás riendo de mis sándwiches, verdad?

Yo reía nerviosa. Jason tenía el poder de hacer desaparecer hasta lo más oscuro de mi mente. Por lo menos, así fue en ese momento.

—¡Jason, para! ¡Suéltame! —intenté deshacerme de él pero no pude.

Sus malvados dedos seguían recorriendo sin piedad mis caderas por encima de mis pantalones.

—¡Confiesa! ¿Te estás riendo de mis sándwiches, pequeña?

—¡No! ¡No! ¡No!

—¿Lo juras? —preguntó Jason riéndose también.

—¡Lo juro, lo juro! —mentí para que cesara.

—Eres una preciosa mentirosa ¿sabes? —Su castigo cesó. Me contempló a horcajadas sobre mí—. No sabes mentir.

Yo permanecía debajo de él con las manos todavía sujetas sobre mi cabeza, con la respiración algo acelerada por la agitación. Y no pudo más. Se abalanzó sobre mi boca para comérsela entera, para degustar plenamente su sabor. Yo respondí sin pensarlo. Subió su traviesa mano, con la que acababa de torturarme, hasta mi cara para sujetármela. En su boca y en su lengua había desesperación, entraba posesivamente dentro de mí.

—Dios mío, Eli... No puedo hacer esto. Debo controlarme... —murmuró pegado a mis labios a la vez que los besaba—. Pero no puedo parar...

—No pares... —susurré.

—No me digas eso, por favor... —introducía su hábil lengua dentro de mi boca una y otra vez—. Debo hacerlo.

—¿Por qué? —pregunté sin pensar.

Mi cuerpo, como siempre, respondía a la llamada de su lujuria.

—Porque sí... —respondió muy firme, ralentizando sus lengüetazos y frenando la pasión de su boca—. Hoy no, pequeña. Necesitas descansar, no estaría bien por mi parte.

Sus besos ahora eran húmedos pero lentos; acariciaba pausadamente el suave interior de mi boca hasta que paró.

—¡Basta! —se regañó a él mismo—. O no podré parar hasta el final...

Se levantó de la cama, separando nuestros labios sin ganas, y me tendió la

mano para que me levantara yo también. Ese hombre me respetaba demasiado, aunque en ese momento no tenía del todo claro si quería que lo hiciera. Fue a salir de la habitación sin más, pensativo sin decir nada, pero, antes de cruzar el umbral de la puerta, se detuvo y se giró para volver de nuevo a mí.

—Voy a hacerte algo de comer —me dio un rápido beso en la sien y se marchó—. Te esperaré fuera...

Pero antes de girarse pude ver la enorme erección que llevaba guardada en los pantalones, y aquello me hizo sonreír. Diez minutos después, salí yo para dirigirme hacia la cocina.

Me miraba con atención, expectante, como quien espera el veredicto de un jurado. Me di cuenta y dejé de masticar.

—¿Qué? —pregunté con la boca llena.

—¿Y? —me respondió él con otra pregunta.

Yo miré hacia ambos lados sin entender la situación.

—¿Y? ¿Qué? —volví a preguntar.

«Menudo diálogo de besugos», pensé.

—¿No vas a decirme cómo están mis sándwiches?

Cuando Jason me preguntó en la habitación si tenía hambre, le dije que no mucha pero, hasta que no comencé a comer, no me di cuenta de que estaba realmente hambrienta.

—¡Oh! Sí, perdona... —me disculpé entre risas, cubriéndome la boca con la mano para no perder ningún trozo—. ¡Están muy ricos!

Respiró aliviado con una sonrisa.

—¿De verdad? ¿O me estás mintiendo otra vez? —preguntó antes de pegar un largo trago a su lata de Aquarius.

—No, de verdad... No pensaba que fueras tan buen cocinero... —dije con sarcasmo torciendo una sonrisa.

Jason también torció una sonrisa y soltó en el plato el sándwich que se iba a llevar a la boca.

—Me parece que voy a tener que llevarte a la cama otra vez, pequeña... —se espolsó las manos divertido y movió los dedos insinuando que me torturaría con más cosquillas.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunté frunciendo el ceño—. Lo digo en serio...
Me miró sonriente.

—Me encanta cuando frunces el ceño... —volvió a coger su sándwich del plato—. Solo por eso te libras de las cosquillas... —aseguró antes de dar un enorme bocado.

Me perdonó. Y lo de sus sándwiches era verdad. Estaban realmente buenos; hasta ahora, eran de los más buenos, sabrosos y completos que había comido nunca. Y al final los estaba probando... pero, no sé por qué, precisamente en ese momento se me ocurrió hacer una inoportuna pregunta, sin pensar.

—¿Dónde durmió Lora cuando se quedó aquí?

Jason me miró con cara inexpresiva. No se esperaba aquella pregunta por mi parte porque, la verdad, tampoco creo que fuera momento de hacerla.

—En mi cama... —respondió como si no quisiera hacerlo.

Esa respuesta consiguió que, por un momento, el sándwich en mi estómago se revolviera.

—¿Los dos juntos?

—No —aseguró—. Nunca habría sido capaz de meterme con ella en la cama, ni tan siquiera para dormir... —Jason soltó su sándwich sobre su plato—. Yo... después de muchos intentos por su parte de acostarse conmigo, por fin conseguí dormir aquí... solo. En la alfombra con un par de cojines.

Sentí un gran alivio al escuchar aquellas palabras.

—¿Y cómo es que no te atraía físicamente como mujer, y nunca te acostaste con ella pudiendo? —pregunté, recordando lo atractiva y sexy que era. Y decir «era» me trastocaba al recordar su final, después de todo.

—Porque siempre vi maldad en ella y en su manera de hacer las cosas, y porque no tardó en acostarse con varios compañeros míos después de mi primera negación...

Me quedé callada, pensativa, y mucho más tranquila después de saber que ella y Jason ni siquiera compartieron cama para dormir.

—¿Y por qué no quisiste que viera su cuerpo sin vida, Jason?

—Creo que en esta vida hay cosas que nadie debería ver... —aseveró mirándome a los ojos—. Y ahora come, no pienses más en ella... ni en nada más.

No seguimos hablando del tema.

CAPÍTULO 32

Eran las siete de la tarde del domingo, el mismo domingo en el que habían intentado matarme, y estábamos tumbados sobre una gran alfombra azul y unos cojines beige que tenía Jason en el salón a modo de sofá. La línea de su apartamento seguía siendo la misma en todas las habitaciones: paredes blancas y luminosas, pasándose de minimalista. Ni un puñetero mueble entero en todo el apartamento. Lo único que había en el salón comedor, que era abierto a la cocina con isla como el mío, era la impresionante mesa de roble (sin sillas, cómo no), que me encantó nada más probar cuando me posó sobre ella la primera vez que nos acostamos. Ni tan siquiera tenía mueble para la tele: la gran pantalla plana se encontraba anclada a la pared, sin ningún cable a la vista. En ese momento unos cálidos rayos de sol entraban por los grandes ventanales, inundando con su maravillosa luz todo el amplio salón, que estaba en silencio.

—Jason...

—¿Sí?

Mi cabeza descansaba sobre su pecho y él, que me tenía abrazada y pegada contra su cuerpo, acariciaba y enrollaba en sus dedos un mechón de mi largo cabello.

—Gracias por dejar que me quede aquí y cuidar tan bien de mí...

Oía el latido de su corazón debajo de su impresionante torso, que subía y bajaba lentamente por la relajada respiración. Llevaba puesta una arrapada camiseta negra, enmarcando escandalosamente bien todos sus músculos, y que se había cambiado por la camisa manchada en cuanto llegamos.

—No me des las gracias, cielo... —me besó en la cabeza—. No te habría dejado sola aunque me hubieses dicho que no.

Colé mi mano por debajo de su arrapada camiseta y comencé a dibujar círculos sobre sus abdominales.

—Te he echado muchísimo de menos... —le confesé.

Había tanta tranquilidad en ese momento a nuestro alrededor, se sentía tanta paz entre nosotros, que cualquiera diría que habíamos visto ese día a alguien morir. Aunque igual, precisamente, se debía a aquello... a que ya no teníamos a nadie cerca de nosotros con tanta maldad en el cuerpo intentando separarnos, intentando hacernos daño.

—Yo también, pequeña... Ha habido momentos en los que me he vuelto loco por estar junto a ti... —Jason respiró intensamente mi cabello—. ¡He echado tanto de menos tu olor, tu sabor!

—Yo echaba tanto de menos que me abrazaras... —me apreté más contra él.

—Tantas veces quise decírtelo, Eli... —dio un fuerte suspiro—. En el parking cuando nos peleamos, en tu casa cuando llegué el martes, pero entonces vi que estabas con Lora. Dios, mío, Eli... No sabes el miedo que pasé cuando te vi a solas con ella en tu casa...

En ese momento me estremecí. Oírle pronunciar su nombre, cuando ella ya no estaba y pensar en que en ese momento ella podría haber acabado conmigo... Pero el fuerte abrazo de Jason me devolvió al lugar, a aquel momento de paz que tanto necesitábamos.

—Pero tenía miedo de que, al decírtelo, pensaras que me lo estaba inventando todo y que estaba loco, o que cambiara tu reacción ante Lora y ella se diera cuenta de algo... y... —se quedó en silencio.

—¿Y? —pregunté.

—Y que intentara hacerte daño por mi culpa... —había rabia e impotencia en esa frase—. Sabía de lo que sería capaz si sospechaba que entre tú y yo había algo..., y no me lo habría perdonado. Cuando te conocí, dudé tantas veces en acercarme a ti... Era consciente de que podía ponerte en peligro... pero no sé qué tienes para atraerme tanto y de esta manera... —Jason hizo que lo mirara y me dio un rápido beso.

—¿Por eso cuando te pregunté en el parking por su nombre, te cabreaste tanto y no querías hablarme de ella?

—Sí, Eli. Por eso... Porque no quería para nada que ella se cruzara en tu

camino, que ni tan siquiera conocieras su nombre, que ni siquiera supieras de su existencia... —se quedó en silencio.

—Bastante me estaba jodiendo la vida ya desde hacía cuatro años, como para que ahora, cuando te había encontrado y había encontrado la paz junto a ti..., se cruzara en tu camino, en nuestro camino.

—Cuatro años... —repetí pensando en que era una eternidad.

—Sí, Eli: cuatro años aguantando sus provocaciones, sus constantes insinuaciones, diciéndole que no cada vez que se colaba en mi cama... —se me encogió el estómago al escuchar todo aquello—. Cada día tenía que deshacerme de sus retorcidas manos, que intentaban meterse bajo mi ropa, o tenía que cubrir rápidamente su cuerpo porque se había desecho de la suya... —Jason suspiró con intensidad al recordar todos aquellos momentos—. Hasta llegó a acusarme de intento de violación delante de su padre por la impotencia y la rabia que sentía al no querer tocarla, pero, por suerte, su padre no la creyó. Se empezaba a dar cuenta de que su hija no estaba en sus plenas facultades...

—Pero eso es horroroso... —apreté los dientes de rabia.

—Sí, esa es la palabra. Y, si aguanté todo ese tiempo cerca de ella, era porque Dimitri se comportó como un padre para mí... Nunca habría sido capaz de abandonarlo.

—¿Y puedo preguntarte cómo murió?

—Fue repentinamente, hace un mes, de un ataque al corazón. Nadie se lo esperaba...

—¿Tenía familia aparte de Lora?

—No, ella era lo único que tenía... Y creo que lo que acabó con él fue tener que encerrar a su hija en aquel psiquiátrico para evitar que se autolesionara y que hiciera daño a alguien... Ya no se podía fiar de ella.

Nunca me hubiese podido imaginar la tortura que debió de vivir y lo que aquel pobre padre debió de pasar. Debió de ser un auténtico calvario.

—Dios mío, lo siento tanto... —casi me entraron ganas de llorar, pero Jason hizo que lo mirara.

—Y, aunque suene fuerte lo que voy a decir, desearía que mil veces muriera con tal de tenerte a salvo a mi lado, Eli... —Jason me contempló—. Hasta yo moriría mil veces con tal de salvarte a ti.

—Jason...

No me di ni cuenta de que de mis ojos desbordó una lagrima. La limpió con su pulgar, me abalancé sobre él y rodeé su cuello.

—Creo... que te quiero... —susurré, sonriendo algo avergonzada y con los ojos inundados en lágrimas.

—Esa frase creo que es mía... —Jason sonrió.

Se arremangó la camiseta para secarme las lágrimas con el bajo, dejando a la vista sus impresionantes abdominales y, por instinto, dirigí la vista descaradamente hacia ellos. Los miré en silencio y mordí hambrienta mi labio sin querer.

—Mmm... Creo que se me han ido las ganas de llorar... —bromeé con picardía acariciándolos por encima.

Bromeé con la intención de apartar aquellos escalofriantes recuerdos de su mente. Ahora me tocaba a mí salvarlo, y recordarle que, gracias a él, estaba viva.

—Eli... —me advirtió riéndose.

—¿Sí? —pregunté haciéndome la tonta y bajando hacia ellos para besar su suave piel.

—¡No, no, no! —Jason se puso de pie de un salto como si mis labios lo quemaran—. Ni se te ocurra...

Lo miré sorprendida, poniéndome de pie yo también, torciendo una sonrisa y arqueando mi ceja derecha.

—¿De verdad hoy no me vas a dejar que te toque...?

Me acerqué a él y posé mi mano tras su perfecta nuca rapada.

—No —aseguró con debilidad.

—¿Y tú tampoco me vas a tocar a mí? —susurré cerca de su oído, mordiendo el lóbulo de su oreja.

—Eli, por favor... —suplicó.

Se apartó de mí, topando detrás con la mesa del comedor. Comenzaba a ponerse nervioso. Estaba claro que estaba consiguiendo que esos malditos recuerdos se esfumaran de su mente.

—Y... ¿qué pasaría entonces... si me toco yo? —pregunté acercándome a él de nuevo y recorriendo lentamente sus labios con la punta de mi lengua.

Jason cerró los ojos y se quedó quieto, como si yo fuese una fiera que

acecha a su presa, como si, de un momento a otro, me fuese a abalanzar sobre él y lo fuese a morder. Su respiración se aceleraba. Después sacó su lengua y acarició la mía, la succioné, jugué con ella y mordí su labio. Su respiración se agitaba cada vez más por momentos, y yo, después de tantos días, comenzaba a necesitarlo.

—Pasaría... que me volverías loco y tendría que follarte... —susurró.

Seguíamos jugando con nuestras lenguas sin besarnos, sin tocarnos. Jason permanecía con los ojos cerrados y la respiración aún más fuerte.

—Pues entonces creo que tendré que hacerlo... —susurré yo.

El gran paquete de Jason comenzaba a crecer y a necesitar de mi atención, y sin que se lo esperara, puse mi mano sobre él y lo acaricié por encima de su tensa cremallera. De su pecho se escapó un ronco y varonil gemido. Abrió los ojos y seguidamente se apartó.

—¡Oh! ¡Joder, Eli! ¡¿Por qué me pones tan caliente?! —me preguntó con la mirada encendida—. Hoy no quiero tocarte, tienes que descansar. Hoy ha sido un día muy duro para ti...

Yo sonreía, casi avergonzada por mi necesidad, mordiéndome el labio inferior con gesto infantil y con cara de no haber roto nunca un plato. Puse mis manos detrás de mi espalda, como si la cosa no fuese conmigo, casi hice un puchero mientras lo miraba con cara de pena.

—¡Joder, pequeña! Con esa cara al final tendré que follarte... —Jason tenía las manos apoyadas en sus caderas—. Mierda, necesito una puñetera ducha...

Se giró y se encaminó por el pasillo con una erección más que prominente.

—¿Vas a querer ducharte? —me preguntó desde dentro del baño—. No, mejor que no... —se respondió a él mismo, sabiendo perfectamente lo que podría pasar.

Me tuve que reír. Lo había puesto realmente caliente.

Me acerqué a la cocina, abrí la nevera para mirar qué tenía y ver qué podía preparar de cenar. No tenía mucha cosa, aunque era normal, con todo el follón de estos días y habiendo estado fuera al tener que llevar a Lora de nuevo al centro. Entonces me apoyé contra la isla y eché un vistazo al apartamento. Me detuve en él, pensando en lo que se parecía al mío, siendo a

la misma vez tan diferentes. También tenía la pared de ladrillo visto con las enormes cristaleras dando un aire industrial al lugar, y a la izquierda un largo pasillo que te llevaba al gran baño y a las dos amplias y luminosas habitaciones, que se encontraban a los lados.

—¿Qué vas a querer cenar?

La voz de Jason atrajo mi atención a los pocos minutos y, en cuantoladeé la cara y lo vi, tuve clara la respuesta a su pregunta. Se mostraba frente a mí con aquel divino pijama, sin calzoncillos, y con el torso desnudo y mojado, el cual se estaba secando con una toalla. Cuando me llegó su apetecible olor, tuve ganas de tirarlo sobre la alfombra y montarlo hasta el amanecer. En su brazo izquierdo seguía estando su vendaje, dándole un toque sexy y peligroso.

—¿De verdad tengo que decírtelo? —repasé su cuerpo de arriba a abajo con la mirada. Jason sonrió.

—Para —me advirtió—. Porque no me voy a volver a duchar...

—Pues entonces haz el favor de ponerte una maldita camiseta y unos calzoncillos, porque no sé cuánto podré aguantar contigo así...

Dio unos pasos hacia donde yo estaba mientras se frotaba la cabeza con la toalla.

—Lo siento, pero no... —Se paró frente a mí y me regaló un rápido beso en la punta de la nariz—. Tengo calor porque alguien... —me miró con la ceja arqueada—. Me ha calentado como nunca...

Lo reté en silencio con la mirada.

—¿Ah, sí? ¿Pues sabes? Resulta que yo también tengo calor...

Me desabroché el cordón de mis pantalones y me los saqué al mismo tiempo que las zapatillas, me desabroché el sujetador por debajo de mi caseta y me deshice de él ágilmente sacándolo por debajo de esta, y quedándome en braguitas y en camiseta de tirantes ante la atenta mirada de Jason. Por un segundo, dejó de frotarse la cabeza con la toalla y fijó sus ojos en mis pezones, que se marcaban endurecidos e insinuantes frente a él, y para acabar, hice un nudo a mi camiseta dejando a la vista mi gracioso ombligo.

Hubo un breve silencio.

—Joder, preciosa, me lo estás poniendo muy difícil...

Llevé mis manos a mis caderas y sonreí triunfante. Sabía que, en breve, se

rendiría a mí.

Eran las nueve de la noche, y sentados sobre la alfombra (cómo no), con la tele de fondo, terminábamos de cenar. Al final, decidimos pedir «japonés».

—¿Estos son todos tus muebles y todas tus pertenencias? —pregunté mirando a nuestro alrededor.

—Sí, bueno. Si lo quieres llamar muebles... —Jason sonrió—. Esta mesa y el somier de mi cama me los dio un amigo cuando llegué, y el colchón me lo compré yo hace unas semanas para vivir aquí. El resto de cosas que ves son cosas que tenía en casa de Dimitri, y en la habitación pequeña todavía tengo algunas cajas por desempaquetar.

—Vaya, ¡vas ligero de equipaje! —di un trago a mi vaso de agua.

—Sí, muy ligero —sonrió—. Como nunca he tenido vivienda propia, tampoco tengo mucho con lo que cargar. Y, después de la muerte de Dimitri, quise escapar de aquella casa y de todo lo que la rodeaba..., y decidí venir para aquí.

—Me alegro de que tomaras aquella decisión —miré a Jason a los ojos.

—Y yo... —acarició mi cara—. No sabes cuánto...

—Y ahora, ¿qué piensas hacer? —El futuro de Jason me inquietaba, quería saber si yo tendría cabida en él—. ¿Vas a buscar otro cliente? ¿O cómo funciona esto?

—Por ahora no... Me gustaría organizar mi vida primero.

—Me alegra saber que vas a empezar a mirar por ti...

—A mirar por mí y por ti... No olvides que tú has sido la única persona que me ha hecho replantearme la vida, Eli.

Oír aquellas palabras me llenaron de felicidad. Por fin veía un futuro junto a él.

—Me encanta que me incluyas en tus planes... —sonreí algo avergonzada.

Me agarró por la cintura para invitarme a sentarme sobre él y sostuvo mi cara entre sus manos.

—Eli, tú eres mi plan, preciosa...

Joder, aquello era amor... Rodeé su cuello con mis brazos y nos quedamos abrazados durante unos minutos. Me encantaba estar así. No había lugar en el mundo más placentero que aquel.

—¡Mierda! —me incorporé ligeramente de su cuerpo—. Acabo de acordarme de una cosa...

—¿Qué cosa? ¿Qué ocurre?

Me miró con el ceño fruncido.

—No he cogido de mi apartamento mis cosas del trabajo para mañana.

El gesto de Jason cambió. Puso la misma cara que cuando un niño hace algo que no debe, y una medio sonrisa lo delató.

—¿Qué pasa, Jason? ¿Por qué pones esa cara?

Desvió la mirada hacia el suelo.

—Bueno... No creo que mañana vayas a necesitar nada de eso.

Lo miré extrañada.

—Y ¿por qué no iba a necesitarlo? —pregunté esperando una respuesta.

Todavía estaba sentada sobre él.

—Esta tarde, cuando te pedí el teléfono para hacer una llamada... busqué el teléfono de Susan y hablé con ella.

Mi cara fue de verdadero asombro.

«¿¡Pero qué coño!?»

—Dime que no es verdad... —exigí.

—Sí, Eli, sí. Es verdad.

Me llevé las manos a la cara y me cubrí.

—Y... y..., ¿qué le has dicho?

—Bueno, lo primero le he dicho que tú estabas bien... —Supongo que le extrañaría aquella llamada por su parte—. Y después, buscando las palabras adecuadas y con todo el tacto del mundo..., tuve que abreviarle lo que pasó.

—¡Dios, Dios, Dios...! —No me podía creer que hubiese hecho aquello. Me levanté de encima de él de un salto—. Tengo que hablar ahora mismo con ella —busqué con la mirada mi teléfono.

—¡No, Eli! Mira qué hora es: la asustarás...

—¿Sí, Jason? ¿De verdad tú crees que yo la asustaré?

Se levantó de un salto tras de mí y me agarró por la cintura para que lo mirara.

—Eli, por favor, confía en mí... —Otra vez aquella maldita frase—. Escúchame un momento, por favor... Déjame que te lo explique.

Crucé los brazos a expensas de una explicación.

—Lo primero, por favor, no te enfades conmigo. Solo lo he hecho...

—Jason, no puedes...

—Por favor, déjame hablar —me hizo callar con su dedo—. ¿Puedo?

—Está bien, adelante —refunfuñé.

—Después de todo lo ocurrido hoy, no creo que sea conveniente que vayas a trabajar hasta dentro de unos días, y sé de lo que estoy hablando... —Fui a quejarme sobre aquello, pero levantó un dedo y no me dejó—. Como te he dicho, llamé a Susan, le expliqué lo que pude como pude, con todo el tacto del mundo que pude, y le dije que tú mañana le explicarías los detalles. Sí que es verdad que se asustó, pero le aseguré que estabas bien y que yo cuidaría de ti; le aseguré que nunca dejaría que te pasara nada por nada del mundo... —Jason acarició mi pómulo con su pulgar—. Y, seguidamente, le pedí el teléfono de tus superiores para informarles de todo lo ocurrido y decirles que necesitabas descansar.

—¿Qué? ¿También has hablado con mis jefes? Pero tú... ¡¿tú estás loco?! —miré a Jason con los ojos tan abiertos que ahora mismo debía de parecer un búho—. Dios mío, van a despedirme... —me llevé las manos a la cabeza. Jason me las cogió.

«¡Me cago en la leche!»

—No, Eli... No van a despedirte. He hablado con una tal Claire y lo ha entendido perfectamente. Ha dicho, categóricamente, que ni se te ocurra acercarte por allí en toda la semana.

—¿Qué? —pregunté sorprendida y con la respiración agitada.

—Sí, Eli. No te quiere ver por allí en toda la semana y, que si la semana que viene sigues sin querer ir..., que trabajes desde casa.

—Dios mío, ¡no me lo puedo creer! Tú estás chalado... —me tapé los ojos queriendo desaparecer—. Todo el mundo sabe que han intentado matarme... —me senté sobre la alfombra con las piernas cruzadas.

—Eso no es así, preciosa —Jason se agachó frente a mí y alzó delicadamente mi barbilla—. Solo lo saben tu mejor amiga y tu superiora, y no creo que ninguna de las dos vaya a decir nada. Susan, porque es como una hermana para ti, y Claire... porque, si lo hace, se le caerá el pelo... Te lo aseguro.

Me quedé pensando, asimilando en mi aturdida cabeza todo lo que Jason

me acababa de confesar. Y todo a espaldas de mí...

—¿Cuándo pensabas decírmelo?

—No sé, ahora, después de cenar... —Jason no dejaba de mirarme—. Por favor, dime que no estás enfadada conmigo. Tan solo quiero lo mejor para ti.

—Lo sé, Jason, pero no puedes tomar decisiones por mí. No puedes...

—Lo sé, tienes toda la razón y lo siento, pero, si no fuese una razón de peso, nunca se me habría ocurrido. Hasta la inspectora Nelson me dijo que no deberías ir a trabajar hasta dentro de unos días, que ahora la mayor prioridad era que te recuperaras pronto...

Di un intenso suspiro. Masajeé con mis dedos, apretando, mis doloridas sienes.

—Dios mío, Susan... —No dejaba de pensar en ella. Seguramente ya se habría enterado también Denise—. Mañana la llamaré a primera hora.

—Tranquila, le di mi número de teléfono por si necesitaba algo, aunque le dije que mañana hablaría contigo... —Puso un mechón de pelo detrás de mi oreja—. Y me dijo que mañana vendría a verte.

Alcé la vista y miré a Jason a los ojos. No supe qué decir. Tampoco podía, ni quería, culparlo por preocuparse por mí. Al fin y al cabo, me quería y me había salvado la vida. Ahora mismo no tenía derecho a recriminarle nada.

—Gracias por todo... Siento haberme puesto así de histérica contigo...

—No tienes que disculparte por nada... Es normal que hayas reaccionado así. Te entiendo... —Jason besó mi frente—. Lo único que te pido es que, por favor, no te enfades; no soporto que estés cabreada conmigo.

—Tranquilo, no lo estoy —lo besé en los labios.

—¿Seguro? —preguntó poniendo cara de pena—. ¿De verdad?

—De verdad... —medio sonreí.

Se quedó más tranquilo, más conforme, y, para disipar aquella pequeña disputa (por llamarlo de alguna manera), Jason intentó desviar el tema.

—¿Te apetece ver una película?

—Claro, ¿por qué no? —hice un gesto con los hombros—. Resulta que mañana no tengo que trabajar... —bromeé, quitando hierro al asunto.

Jason sonrió.

—Cierto... —Se acercó para pegar su frente a la mía—. Y, además, resulta que te tendré para mí toda la semana... —resolvió sugerente.

—¿Eso significa que no me vas a dejar descansar?

—No. No significa eso, pequeña... —me besó—. Significa que no me apartaré de ti en ningún momento.

—Mmm... Bueno, eso también me gusta —rodeé su cuello.

Yo seguía sentada sobre la alfombra con las piernas cruzadas y Jason seguía agachado frente a mí.

—¿Sabes? Me encanta lo ardiente que eres —se tiró sobre mí haciendo que quedara estirada hacia atrás, con su cuerpo encima.

—¿Sí?

—Aja... —me besó con pasión—. Se me hace muy difícil apartarme de tus labios...

—Pues no lo hagas... —susurré pegada a los suyos.

La tensión sexual entre nosotros volvía a estar ahí. Estaba claro que esa semana, aunque Jason no lo reconociera, iba a ser de lo más movidita. Y aquello ya me iba a venir bien: no podía haber mejor antidepresivo que Jason y el sexo junto a él.

—Pero ahora veamos una película —dijo retrocediendo y levantándose de encima de mí—. Prepararé unas palomitas...

No me lo podía creer. Otra vez volvía a dejarme con hambre, otra vez... volvía a quedarme necesitada de él.

CAPÍTULO 33

—Jason, tengo una duda... —miré el ancho vendaje de su musculado brazo mientras él acercaba unas palomitas para ver la película.

—Dime...

—Si la bala solo te rozó... ¿Adónde fue a parar la bala?

Se estiró a mi lado sobre la alfombra, apoyado sobre dos grandes cojines, quedando medio reclinado.

—Se incrustó en la pared.

Cogí un puñado de palomitas y lo miré con atención.

—¿En la pared de mi habitación?

—Sí...

—¿Entonces sigue ahí? ¿Ahí se va a quedar?

—No... —me miró con la boca llena de palomitas y sonrió ante mi ignorancia—. La bala ya no está ahí, cielo... Se la llevaron los de la científica. Lo miré extrañada.

—¿Los de la científica? ¿Cuándo?

—Cuando tú estabas durmiendo —me miró con ternura y volvió a sonreír. Abrí los ojos sin poder creérmelo.

—¿Te estás quedando conmigo, verdad? ¿Es broma?

—¡No! ¿Por qué iba a bromear con eso? —preguntó cómo si nada, llevándose otro puñado de palomitas a la boca—. Tu habitación era parte del lugar del crimen, así que estuvieron un buen rato recogiendo pruebas y merodeando por allí.

—Pero si no me enteré de nada... —aseguré sorprendida.

—De eso se trataba. Les dije que, por favor, no te despertaran.

—¿Les dijiste eso? —pregunté asombrada ante tanto miramiento hacia mí

—. ¿Y obedecieron?

—Bueno, obedecer, obedecer... Se lo pedí como favor.

Me quedé realmente pasmada. No pensé que eso pudiera hacerse y, seguramente, no se podía hacer. ¡Qué coño! Aquello era imposible... pero, conociendo a Jason y sabiendo de sus contactos, a esas alturas ya no me sorprendía nada. Ahora podía hacerme una idea de por qué la inspectora Nelson dijo aquello sobre él.

—Conozco a mucha gente y a muchos altos cargos, Eli. Si algo bueno tiene mi trabajo y mi carrera, es eso...

—Dios mío, Jason, no vas a dejar nunca de sorprenderme... —alargué mi mano y la pasé por su rostro. En ese momento me sentí realmente afortunada de tenerlo a mi lado—. ¿Y mañana cuándo tenemos que ir a comisaría? —pregunté con el estómago encogido.

Pensar en aquello me producía verdadera inquietud; nunca pensé que algún día tuviese que prestar declaración sobre algo como aquello. Tenía muy claro que nunca se lo diría a mis padres. Ellos no se podían enterar.

—No sé, durante la mañana... Una vez nos hayamos levantado y desayunado —Jason apoyó un codo en la alfombra para volverse hacia mí, que estaba tumbada a su izquierda—. Pero ahora no pienses en eso, pequeña. Mañana verás que no es tanto como parece.

—¿Cómo puedes decir eso? —pregunté sorprendida—. Para ti será algo normal tratar con la policía, inspectores, militares y toda esa gente... Pero yo ya me pongo nerviosa solo con tener que ir a pagar una maldita multa.

Sonrió con cara de comprensión.

—¿Multa? —preguntó para intentar cambiar de tema—. Si tú no tienes coche...

—Bueno, aquí no... Pero en Barcelona sí conducía. Y la verdad es que echo de menos hacerlo.

En ese momento me acordé del maravilloso Mustang GT 500 del 67 que al final no pude conducir pero que seguramente Jason volvería a facilitarme para que lo hiciera.

—Eli, de verdad... Ahora no pienses en eso, ¿de acuerdo? —acarició mis labios. —Ven aquí...

Me acerqué más a él para quedar casi encima suyo con una pierna

rodeándolo, me abrazó y acarició suavemente mi muslo. ¡Cómo me gustaba que hiciera aquello! Una tenue luz alumbraba parte del salón y los coloridos destellos de la tele se reflejaban en las blancas paredes.

—Ahora veamos la película, pequeña... —Jason beso mi cabeza.

Suspiré intensamente saboreando aquel momento, aquel momento que había echado tanto en falta, y me relajé. Me relajé tanto con las caricias y la suave respiración de Jason debajo de mí que, media hora más tarde, ya me había dormido.

Eran las cinco de la mañana y, de un sobresalto, me desperté. Tuve que mirar varias veces a mi alrededor para recordar dónde me encontraba. El dormitorio estaba ligeramente iluminado por las luces de la calle y el intenso silencio que nos envolvía ayudaba a que yo misma escuchara mi agitada respiración. Aparté la liviana sábana que me cubría por el repentino calor que recorrió mi cuerpo y entonces vi que tan solo llevaba las braguitas puestas. Jason yacía a mi lado, boca arriba y con un brazo descansando bajo su cabeza, con las luces de la calle elevando su espiritual hermosura, rebotando en su cuerpo y remarcando sus masculinas facciones, haciendo que pareciera ante mis ojos un puñetero dios. Sentí que mi respiración comenzaba a ser cada vez más intensa y que el calor que se había creado antes en mi cuerpo se concentraba ahora en lo más latente de mí. Después de recorrer con la mirada varias veces el cuerpo semidesnudo de Jason, todo en mí palpité; sentía que iba a explotar por dentro, que una repentina ansiedad se apoderaba de mi ser. Tenía demasiadas emociones acumuladas en mi interior. Sentí la tremenda necesidad de poseerlo y necesitaba rápidamente liberarme de aquella excitación.

—Jason... —susurré como si me faltara el aire.

Me apreté contra él y busqué su boca, besé delicadamente su cara para bajar con mis labios hasta su tentador cuello, puse una de mis manos sobre su pecho y Jason abrió los ojos sin saber lo que pasaba. Acercó torpemente la mano que descansaba bajo su cabeza para coger mi cara, obligándome a alzar la mirada.

—¿Eli, qué ocurre?

Entonces se dio cuenta de lo que intentaba. Yo estaba casi estirada encima de él, con una pierna sobre su cadera. Mi respiración era de lo más agitada y

mi mirada le pedía que, por favor, me poseyera. No hizo falta que le dijera nada más. Jason se abalanzó sobre mí como solo un tigre lo puede hacer. Me dejó prisionera debajo de su duro cuerpo, con sus manos agarró mi cara y se comió con hambre mi boca entera; casi nos lastimábamos por el exceso de pasión.

—Joder, Eli. Al final lo has conseguido...

—Lo siento. No sé que me ha pasado...

—Ni se te ocurra pedirme perdón por esto...

Sujetó mis manos con una de las suyas por encima de mi cabeza, mordió mi cuello y yo me estremecí retorciéndome gustosamente debajo de él. Pude notar su enorme erección dentro de sus prietos calzoncillos pegada contra mi parte baja, luchando por salir.

—Ah... Jason... —un gemido de reclamación se escapó de mi garganta.

En ese momento no necesitaba otra cosa más que desfogarme de toda la tensión acumulada, de toda la adrenalina que se había estancado en mi cuerpo.

—Dios mío, pequeña, ¡cómo te necesitaba!

Jason bajó su mano sin tiempo que perder y la metió por debajo de mis bragas para acariciar lo más húmedo que se escondía debajo de ellas.

—Oh, Dios...

Moví mis caderas detrás de su mano, Jason tocaba exactamente donde tenía que tocar. Arqueeé mi espalda casi sin control. Seguía presionando, acariciando y jugando con mi parte más tierna, introdujo un dedo, después otro, y empezó a taladrarme consiguiendo que rápidamente enloqueciera. Sabía que explotaría rápido, mi cuerpo me lo decía. Mientras su mano trabaja ahí, sus labios subieron hasta los míos.

—¿Cómo puedes volverme tan loco, Eli? —aquello no era una pregunta, era una afirmación. Mordió con delicadeza mi barbilla—. ¿Cómo consigues que quiera estar todo el día follándote?

No pude más, sentí cómo mi cuerpo se convulsionaba y mi útero se contraía. Noté cómo mis labios abrazaban los dedos de Jason.

—¡Oh, Dios mío! —mis gemidos rompieron el silencio de la noche.

Jason me observaba.

—Me encanta ver tu cara cuando te corres. Creo que es lo que más me

gusta de este mundo.

No dejaba de estremecerme debajo de él, boqueaba como si me faltara el aire, como si de un pez se tratara. Como me temía, aquel orgasmo estaba siendo demasiado intenso.

—¡Joder, preciosa! —Los perturbadores ojos de Jason estaban sobre mí—. Al final vas a conseguir que me explote la polla...

En fracción de segundos, no sé cómo, con una mano se deshizo de mis empapadas bragas y de sus apretados calzoncillos, se posicionó perfectamente entre mis piernas y, sin avisar, se hundió.

—¡Oh, Dios, Jason! —Apreté los ojos a la misma vez que lo acogía en mi interior—. ¡Qué grande eres! —casi había olvidado sus proporciones.

—¡Oh, joder! Demasiado tiempo sin estar dentro de ti, Eli...

Soltó mis manos para que me agarrara a su cuello. Se movía hacia delante y hacia detrás con verdadero ímpetu hasta el fondo, gimiendo de verdadero placer. Y yo, abierta completamente a él, aceptaba gustosa sus rápidas y potentes embestidas. Por fin me estaba dando lo que mi cuerpo tanto necesitaba. Lo anhelaba.

—Jason, no pares... ¡No pares!

Contraje mis músculos para ejercer presión sobre su miembro.

—Oh, joder... ¿Qué me haces, Eli? —Aceleró el ritmo a la misma vez que lo hacía su respiración—. Me estás... Me estás volviendo loco.

Agarró con fuerza mi culo para que no me separara de él. Estábamos a punto de explotar. Yo casi iba a enlazar un orgasmo con el otro.

—Sí, así... Así... —gemí yo.

No podíamos dejar de resollar. Necesitamos sentirnos él uno al otro, sentir que estábamos ahí, sentir que estábamos vivos. Jason puso su mano en mi nuca para hacer que lo mirara.

—Dime que estás a punto, pequeña... —pidió mirándome a los ojos—. Porque no voy a aguantar mucho más...

—Sí, sí, sí. No pares... —rogué.

Bajó la mano que sujetaba mi nuca para volverme a tocar, volver a tocar aquel punto que solo él conseguía que me encendiera tanto como para, rápidamente, echar a volar.

—¡Oh, Dios! ¡Ya! —grité pocos segundos después con la cara de Jason

pegada a la mía—. ¡Ya, ya!

Jason se dejó ir, se perdió dentro de mí.

—¡Oh, Eli, joder! —Los dos contemplamos extasiados nuestras caras de placer—. Oh, joder, joder...

Lo mejor y más importante de todo fue que acabábamos de comprobar que estábamos más vivos que nunca.

Sentí cómo unos dedos recorrían todo el largo de mi columna y una débil sonrisa se dibujó en mis labios.

—Buenos días, preciosa... —susurró Jason a mi oído.

Abrí los ojos poco a poco y lo vi tumbado a mi lado con aquel sugerente pantalón de pijama puesto, y el torso al descubierto. Yo estaba completamente desnuda y tumbada boca abajo.

—¿Has dormido bien? —Sonreí y asentí débilmente con la cabeza—. ¿Has descansado? —Asentí otra vez—. ¿Tienes hambre? —Volví a asentir, todavía con la sonrisa en los labios, y Jason ya se reía—. ¿No piensas hablar? —me preguntó, y yo dije que no sin responder. Jason se rio aún más y se quedó pensando por un momento para después, con picardía, preguntarme algo y ver si entonces reaccionaba—. ¿Tienes hambre de mí? —Mi sonrisa fue ahora más amplia y asentí con muchas ganas.

Jason llevó sus dedos hacia mis caderas y merodeó por allí con ellos sin apretar.

—Veo que voy a tener que utilizar técnicas de tortura para conseguir que hables...

En ese momento, sin Jason esperárselo, me abalancé sobre él y lo besé.

—Buenos días... —susurré—. Te informo de que he dormido bien..., de que también he descansado..., que tengo mucha hambre..., que sí, que pienso hablar y que solo será... para decirte que tengo verdadera hambre de ti.

Su sonrisa era ahora amplia y preciosa. Daban ganas de enmarcarla y colgarla en la pared. Y sus manos se posaron en mis nalgas, las cuales apretó varias veces con delicadeza.

—Me gusta esa respuesta... —me besó, haciendo que los dos rodáramos sobre la cama para al final él quedar sobre mí.

—Veo que te has levantado juguetón...

—Bueno... Unas juegan por la noche... y a otros nos gusta hacerlo por la mañana... —me mordí el labio inferior y mi sonrisa fue ahora de vergüenza. Jason se dio cuenta—. ¿Qué ocurre? ¿No me dirás que te da vergüenza recordar lo que pasó anoche?

—Sí, bueno... no... —deslicé mi dedo sobre el tabique de su nariz—. No exactamente...

—¿No exactamente? —Jason me miró de reojo—. Eso debería ser un no rotundo, preciosa.

—No, si lo sé... Pero es que, nunca antes me había ocurrido lo de despertarme en plena noche tan necesitada de sexo...

—¡Oh! Cielo... —Jason abrió mis labios con su pulgar—. Ojalá te despertaras así cada noche... —introdujo su lengua en mi boca.

Nos besamos con verdadera pasión, con los rayos de la mañana entrando por la gran ventana, con nuestras piernas enrolladas entre las sábanas y con nuestra temperatura, que volvía a subir. Me pregunté si cada mañana sería así, o cada noche... o cada día, porque la atracción entre nosotros era tan fuerte y tan intensa que no podíamos permanecer por mucho tiempo separados de nuestros labios.

—Me encanta despertarme en tu cama... —aseguré con las manos de Jason sujetando mi cara y sus preciosos ojos acechándome desde arriba.

—Y a mí despertarme junto a ti...

Y, justo cuando iba a volver a besarme, escuchamos algo de fondo, consiguiendo que los dos miráramos en dirección al comedor.

—¿Ese es tu teléfono? —pregunté.

—¡Sí!

Se levantó de un salto y corrió hacia el comedor; segundos después, oí que ya había descolgado. Mientras él hablaba con quien quiera que fuese, yo me levanté sin ganas y fui hacia el baño que se encontraba frente a la habitación. El baño de aquel apartamento era luminoso y muy parecido al mío, solo que el mío era en tonos verdes y este era en beiges y marrones; también tenía una gran bañera pegada a una impresionante cabina de ducha, y un largo espejo apaisado que le daba una gran amplitud. Mientras me lavaba la cara me acordé de Susan, de Denise, de Alan, hasta de Claire... de todos, y, finalmente, cómo no, mi pensamiento se detuvo en mis padres, en lo cerca

que había estado, en lo poco que había faltado para que no los hubiera vuelto a ver. Pensar en aquello hizo que el estómago se me encogiera y la garganta me comenzara a arder. Me sequé la cara con una toalla que tenía Jason en el toallero, que olía deliciosamente a él, y aunque quise, no pude evitar que un torrente de lágrimas comenzara a desbordar de mis ojos. Me senté en el borde de la bañera con los codos apoyados sobre mis rodillas y mis manos cubriendo mi cara y comencé a sollozar reviviendo en mi cabeza el momento del disparo de Lora una y otra vez, imaginando qué habría ocurrido si la bala no solo hubiese rozado el brazo de Jason y hubiese impactado de pleno en él, imaginándome a Jason muerto en mi habitación. Aquello no lo habría aguantado, no habría sido capaz de soportarlo. Al igual que ahora mismo no soportaba la idea de tener que volver a mi apartamento después de que alguien hubiera muerto dentro. La vuelta se me iba a hacer muy difícil, si es que al final volvía a vivir allí.

—Eli... —Jason entró en el baño y soltó el teléfono en el suelo. Se arrodillo frente a mí—. ¿Qué te ocurre?

Cogió mis manos y besó mis nudillos, y, con un dedo, alzó mi barbilla para ver mi cara. Yo no podía dejar de gemir, tenía la cara empapada y estaba moqueando; casi me dio vergüenza que me viera así.

—Na... nada... —dije bajando la mirada al suelo.

—Claro que te ocurre algo, Eli... —Volvió a alzar mi barbilla—. Dime qué es, preciosa...

Negué con la cabeza.

—¿Otra vez te vas a negar a hablar? —me preguntó como si fuese una niña pequeña. Se sentó a mi lado y me abrazó, y yo hice un gesto con los hombros como si no lo tuviese muy claro—. Eli, por favor... háblame.

Puso una mano en mi cara y la giró para que lo mirara.

—No me mires... —Giré mi cara hacia otro lado—. No quiero que me veas así, estoy muy fea...

Jason se rio y volvió a girar mi cara con delicadeza.

—¿No me digas que es por eso por lo que estás llorando? —Me sujetó con cuidado para que mantuviera la mirada fija en él—. No me lo creo... Porque es imposible que tu estés fea... —Secó algunas de las lágrimas que resbalaban por mis mejillas con sus pulgares—. Así que, por favor, dime qué

te pasa... —volvió a pedirme.

—Nada... —sorbí graciosamente mis mocos—. Solo me he acordado de mis padres, de que, si no hubiese sido por ti, igual no los habría vuelto a ver... y... —dije con voz quejumbrosa; en ese momento me arrepentí tremendamente de haber dicho aquello, sabiendo que Jason nunca volvería a ver a los suyos—. Y entonces me acordé del disparo y de cuando te vi a ti en el suelo tirado... sangrando... —comenzaba a sollozar otra vez y mi cuerpo volvía a tener espasmos.

—Pero yo estoy bien, pequeña...

—Sí, pero... ¿y si no solo te hubiese rozado la bala, Jason? ¿Y si te hubiese dado de pleno, y tú y yo no estuviéramos ahora aquí? —Alargué el brazo y lo pasé con cuidado por encima de su vendaje, casi sin tocarlo—. No quiero ni imaginarme si tú...

—Pero estamos, Eli. Estoy aquí, pequeña... contigo —Posó sus labios en mi frente—. No pienses más en eso; ya nadie nos podrá separar.

Me abrazó y me apretó más contra él. Me hizo sentir que estaba a mi lado, me hizo saber que ya nunca se separaría de mí. Al final, tras unos minutos así, consiguió que me fuera relajando. El teléfono en el suelo volvió a sonar, pero Jason no le hizo caso.

—¿No lo vas a coger? —pregunté con mi cara apoyada contra su pecho.

—Ahora mismo nadie me necesita más que tú, cielo... Ya volverán a llamar.

Alcé la cabeza para poder mirar sus preciosos ojos.

—Gracias, gracias por haberme encontrado, por haber llamado a mi trabajo a los dos días de habernos conocido para que viniera a ti, por haber vuelto a buscarme después de que me fuera de tu casa enviándote a la mierda después de saber a qué te dedicabas; gracias por cada vez que has venido en mi búsqueda después de tantas veces decirte yo que no, gracias por quererme después de que tantas veces haya dudado de ti, gracias por no haberme echado en cara que te mintiera con lo de Alan... Gracias por salvarme.

Jason puso sus manos a ambos lados de mi cabeza.

—Eli... ¿No te das cuenta de que eres tú la que me ha salvado a mí? —respondió mirándome a los ojos—. Si no nos hubiésemos encontrado, ahora mismo mi vida seguiría sin tener sentido... No sabría lo que es estar

enamorado.

Me abalancé sobre él y rodeé su cuello con mis brazos.

—Yo también estoy enamorada de ti... —escondí mi rostro en su cuello como si me diera vergüenza decirlo.

—Lo sé... —sonrió.

Entonces su teléfono volvió a sonar. Volvía a reclamar su atención. Lo miró.

—Igual debería contestar... —nos separamos.

—Claro, contesta... No te preocupes por mí, estoy bien —dije para que se quedara más tranquilo.

—¿Seguro?

Asentí con la cabeza y sonreí.

—Está bien... —me dio un rápido beso en los labios, cogió el teléfono, que vibraba en el suelo, y descolgó—. Dime, Eric, ¿qué sabes? —preguntó, saliendo del baño con voz firme y severa.

CAPÍTULO 34

«¿Eric? ¿Quién será Eric?»

Aquel nombre me llamó la atención. No se lo había oído pronunciar nunca y me pregunté quién sería, pero a los pocos segundos de que Jason saliera de allí, me levanté, volví a lavarme la cara después de haber llorado y me quedé observando mi rostro pasivamente en el espejo... Vi que mi nariz seguía estando ensombrecida por aquel moratón, suspiré profundamente y me dije a mí misma que debía aguantar, que ya faltaba poco para que terminara aquella sobrecogedora pesadilla.

«Tú puedes...»

Me dirigí hacia la habitación para ponerme unas braguitas y una camiseta de tirantes para, después, salir al salón, donde todavía estaba Jason hablando. Busqué con la mirada mi teléfono y vi que estaba sobre la mesa del comedor, lo cogí y miré a ver las miles de llamadas tenía... pero resulta que no tenía ni una sola. Aquello me extrañó; era muy raro que ni tan siquiera tuviera un mensaje de Susan ni de Denise porque seguramente, a esas alturas, ella también lo sabría. Me sentí tentada de llamar, quería hablar con ellas y escuchar sus voces, pero entonces dudé de si sería capaz de aguantar sin echarme a llorar al escucharlas; estaba casi segura de que me derrumbaría de nuevo simplemente al oír descolgar el teléfono.

—¿Todo bien?

No me había percatado de que Jason había dejado de hablar y se encontraba detrás de mí.

—¿Qué? —pregunté pensativa girándome hacia él—. Sí, sí, todo bien...

—¿Te apetece desayunar aquí o prefieres salir a algún sitio?

Me quedé callada, dudando.

—Oh, me da igual... —Hice un gesto indiferente con los hombros—. Lo que tú prefieras...

Se acercó a mí y sostuvo mi barbilla.

—¿De verdad estás bien?

—Sí, de verdad... Es solo que... bueno, pensaba que tendría noticias de Susan o de Denise y...

—Me llamaron las dos esta mañana para preguntar cómo habías pasado la noche... —se anticipó a decir Jason cortándome la frase.

Oír aquello me animó. Sabía que era imposible que mis dos queridas amigas no se hubieran preocupado por ver cómo estaba. Y, la verdad, me gustaba la idea de que, aunque fuera por ese turbulento motivo, mis amigas y él comenzaran a entablar una relación.

—¿Esta mañana? ¿Cuándo? —pregunté con una medio sonrisa.

—Pronto... —Jason sonrió al ver mi repentina reacción, al ver que mi cara al escuchar aquello había cambiado—. Las dos llamaron casi a la vez... Y me llamaron a mí porque no querían molestarte. No te querían despertar.

—Estarán ansiosas por hablar conmigo...

—Cierto. Las dos me han dicho que esta tarde vendrían a verte...

Yo sonreí aún más al escuchar aquella noticia.

—Me muero por abrazarlas... —dije soltando el teléfono sobre la mesa.

—Bueno, sé que no es lo mismo pero, si te sirve de algo..., ahora puedes abrazarme a mí —bromeó escondiendo una sonrisa y abrió los brazos de par en par para que me cobijara entre ellos.

No dudé ni un instante en hacerlo.

—Me encanta abrazarme a ti...

Me dio un fuerte achuchón. Ya estaba de mejor humor.

—Entonces, ¿salimos a desayunar? —preguntó separándose levemente de mí para poder verme bien.

—Sí, salimos a desayunar... —respondí conforme.

Me dio un corto pero húmedo beso y me soltó.

—Pues ve a vestirte; en breve nos iremos —Me dio un pequeño azote en el culo—. Antes debo hacer una llamada más...

Jason se giró y caminó hacia la alfombra, y mi mañana mejoró un poquito más cuando vi sus turgentes cachetes moviéndose debajo de aquel tentador

pijama de algodón. No pude evitar mirarlo y morderme el labio inferior por el hambre que despertaba en mí aquel perfecto culo.

—¿Qué estás mirando para que te muerdas de esa forma el labio? —preguntó sonriendo después de girarse y pillarme de pleno.

—¿Qué? —lo miré sorprendida por la pregunta—. Nada... nada...

Sonreí con picardía y me giré rápidamente para dirigirme hacia la habitación.

Estábamos desayunando en un precioso local que yo conocía y que hacía relativamente poco que habían abierto; se encontraba cerca de casa y a medio camino de la comisaría. Servían las mejores *crepes* y los más deliciosos gofres del lugar, y era un sitio tranquilo y agradable donde también poder conversar decorado con un elegante y refinado estilo francés.

—¡Vaya, eso tiene muy buena pinta! —Jason miró mi plato.

Yo había pedido una *crepe* rellena de fresas bañada con una salsa de chocolate negro y, para acompañar, un riquísimo capuchino, y él una clásica *crepe* de jamón y queso, con una pinta que te mueres, acompañada por un simple café.

—¡Pues anda que lo tuyo! —Jason sonrió por mi expresión.

—¿Quieres probar? —me preguntó.

Cortó un trozo de su *crepe* y enrolló el queso fundido en el tenedor para después metérmelo en la boca.

—Mmm... ¡Dios, qué bueno! —Cerré los ojos de gusto al notar cómo el queso se deshacía sobre mi lengua. La sonrisa de Jason fue ahora mayor.

—¿Por qué me gusta tanto verte disfrutar? —preguntó mirándome atentamente.

Respondí con un gesto de hombros.

—¿Quieres? —pregunté yo ahora cortando un trozo del mío, untándolo en aquel delicioso chocolate caliente para después ofrecérselo.

—Ahora no, gracias. Si te sobra, que lo dudo... —sonrió—. Prefiero probarlo después...

—Como quieras —Hice un gesto de indiferencia—. Pero me parece que vas a llegar tarde... —bromeé consiguiendo que los dos riéramos aún más.

Era un día soleado, precioso, casi ya veraniego, y por eso mismo había decidido ponerme un vestido corto sin mangas, cruzado y atado alrededor de

la cintura, de color piedra, acompañado por unas altas y cómodas sandalias de cuña negras y el pelo recogido en un moño informal.

—¿Puedo preguntarte algo?

Miré a Jason, sentado frente a mí en aquella pequeña mesita redonda, que ese día estaba más guapo que nunca con camisa blanca de manga corta y bermudas azules. Aunque creo que esa misma frase la he repetido como un millón de veces, porque creo que cada día está más guapo que el día anterior, pero menos que el día siguiente.

—Claro, Eli —Alargó la mano y la posó sobre la mía, que descansaba sobre la mesa—. ¿Por qué cada vez que quieres saber algo me preguntas lo mismo, pequeña? Puedes preguntarme lo que quieras.

—Lo sé, pero como, respecto a tu trabajo, me dijiste un día que había cosas que...

—Sé a qué día te refieres... —Jason me cortó—. Y ese día, durante la cena en el restaurante, y días antes o después, si no quería que preguntaras nada sobre mí o mi vida, era por miedo a que apareciera Lora en la conversación. A que, por casualidad o por error, saliera ella por el medio...

—Lo sé, me lo imagino... —bajé la mirada a mi otra mano, que descansaba sobre mi regazo.

—Oye... —Jason alzó delicadamente mi barbilla—. ¿Qué me querías preguntar?

Por un momento me quedé pensando en todas las cosas que deseaba saber y descubrir, pero eran demasiadas para ese momento.

—Después de ese día, como bien dices, el día del restaurante... cuando nos peleamos... —Un leve sentimiento de odio recorrió mi cuerpo en ese momento al darme cuenta de que Lora tenía tanta maldad que, hasta sin conocerla, ya estaba malmetiendo entre nosotros—. ¿Adónde te fuiste?

—Bueno, lo primero, decir que no esperaba para nada que esa noche terminara así... No entraba en mis planes que, por casualidad, escucharas el nombre de una mujer y creyeras, por error, que te estaba engañando con ella o a ella contigo... —Jason apretó mi mano como si se estuviera disculpando por aquello—. Me quedé muy mal cuando te dejé en casa y te despediste de mí pidiéndome algo que sabía que era imposible, pidiéndome que me olvidara de ti... Maldije un millón de veces mi suerte y pensé que no había

derecho a aquello, a que, aun estando lejos de mí, Lora siguiera haciéndome la vida imposible, que no había derecho a que te hiciera daño a ti también... —se quedó pensativo recordando el momento en que me bajé del coche y me despedí de él supuestamente para siempre—. En cuanto te vi entrar por el portal, aceleré y quise perderme. Estuve un buen rato dando vueltas por ahí sin rumbo, pensando... hasta que Eric me llamó.

—¿Eric?

—Sí, Eric... —sonrió—. Mi único amigo de verdad, y casi un hermano...

Aquellas palabras me sorprendieron y me hicieron feliz. Por fin estaba sabiendo de él y de su vida, de gente de su alrededor.

—¿Es quien te ha llamado cuando estábamos en el baño? —pregunté removiéndome mi capuchino.

—Sí, es él. Él se ha ofrecido, como favor personal, para que yo pudiera quedarme cuidando de ti, a ayudarme a investigar cómo consiguió escapar Lora de allí, a investigar qué ocurrió para que saliera si yo mismo el viernes la volví a internar en el centro psiquiátrico para siempre.

—¿Pero tú podías hacer eso? ¿Internarla para siempre?

—Sí. Su padre fue quien tomó la decisión y, después de hacerle las pruebas y los estudios pertinentes, más el informe médico de cuando se intentó suicidar y un seguimiento..., la internó de tal modo de que pudiera salir dos o tres días al mes, con medicación y con la condición de que, si algo le pasaba a él, yo fuese su tutor legal y pudiese tomar decisiones sobre lo mejor para ella.

—Y... ¿el centro psiquiátrico dónde está? ¿Está muy lejos?

—En Ohio, cerca de donde ellos vivían...

—Vaya... Hay unas cuantas horas... —recordé la frase de Lora el primer día que la vi, cuando me pidió un vaso de agua porque estaba sedienta del viaje.

—Sí.

Escuchar aquellas palabras me dio muchísima pena. Después de todo, sentí lástima, pensar en que alguien tenga que tomar decisiones por ti porque tú no estás en tus plenas facultades ni en condiciones de hacerlo... Aquello me estremeció.

—Entonces, tu amigo Eric, ¿también es guardaespaldas?

—No, él es de la C.I.A.

—¡Vaya! increíble —Aquello sonaba intimidante—. Conoces a muchísima gente importante, con cargo y con poder...

Torció una tímida sonrisa.

—Sí.

Me llevé el humeante capuchino a los labios y soplé.

—Y, ¿yo lo conoceré algún día? —pregunté curiosa mirándolo por encima de mi taza.

Jason también cogió su taza y se la acercó a los labios.

—Bueno, tú no lo conoces personalmente... pero sí lo has visto.

—¿Sí? ¿Cuándo? —pregunté asombrada.

—La noche del Moroco; era el tipo con quien estaba sentado hablando.

Me acordaba de él y, aunque en ese momento no lo hubiese visto con claridad y hubiese estado a unos cuantos metros de distancia de él, me había dado cuenta de que también parecía grande y musculado, atractivo, incluso con cierto aire intimidante.

—Sí, me acuerdo... —Sonreí ligeramente al recordar aquel momento, cuando Jason se levantó sin dudar y vino cegado en mí—. Aunque no lo vi con claridad...

—Pensé en presentártelo... Y él insistió en que lo hiciera; quería conocer a la hermosa mujer que me llevaba de cabeza —Me guiñó un ojo, yo me derretí—. Pero, al estar con tus amigas, no quise entrometerme.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Casi lo regañé con la mirada—. Me habría encantado conocerlo... Y a mis amigas no creo que les hubiese importado... —Me llevé a la boca una fresa recubierta de chocolate—. Además... parecía muy guapo —bromeé para ver cuál era su reacción.

—Lo es. Siempre ha sido todo un rompecorazones... —confirmó riéndose—. Pero eso a ti debería darte igual... —bromeó.

Alargó la mano y limpió con su pulgar la comisura de mis labios, que tenía manchada de chocolate. Fue a chuparse el dedo, pero rápidamente lo frené y acerqué su dedo a mi boca para chupárselo yo.

—Mmm... —Introduje su pulgar en mi boca y lo chupé con esmero con la mirada de Jason reparando en lo que estaba haciendo—. Me encanta cualquier parte de tu cuerpo recubierta de chocolate... —susurré.

Jason, sin darse cuenta, se relamió.

—Joder, Eli... —Jason se removió en su silla y se estiró del pantalón, de la parte de la bragueta más precisamente—. No puedes hacerme esto...

Yo sonreí y mordí su pulgar antes de que lo sacara de mi boca. Seguidamente, hice como si nada.

—Y tu amigo Eric, ¿tiene pareja?

Jason me miró con verdadera excitación en la mirada.

—¿Por qué tienes el poder de encenderme tan rápido? —Recorrió con los ojos mi cuello y bajó la mirada hasta mi insinuante escote—. ¿Qué coño tienes para, con un simple gesto, ponerme tan malo?

Yo sonreí.

—No lo sé... —respondí.

Por un momento nos aguantamos la mirada en silencio, siendo conscientes de dónde estábamos, sabiendo que aquello no podía ir a más porque teníamos a mucha gente a nuestro alrededor, incluidos varios niños, y entonces, por el bien de todos, decidimos seguir como si nada y continuar con aquella conversación.

—No, no tiene pareja —me informó a la vez que se volvía a estirar del pantalón, recolocándose la fugaz e inoportuna erección—. Hace unos meses que lo dejó con una chica.

—Vaya...

—Lo suyo no funcionó...

—¿Y llevaban mucho tiempo juntos?

—Un par de años... —Jason se metió el último trozo de su crepe en la boca—. Pero apenas se veían: ella era de fuera...

—Lo debió de pasar mal...

—Sí, le costó tomar una decisión y le supo muy mal terminar con ella, pero era lo mejor para los dos.

—Y, vosotros, ¿hace mucho que sois amigos?

—Sí, nos conocimos por casualidad durante una cena hace unos diez años cuando yo todavía estaba en el ejército —pegó el último sorbo a su taza de café—. Y él fue quién me presentó después, hace unos cinco años, a la inspectora Nelson. Son muy buenos amigos.

Ahí tenía la respuesta a mi pregunta sobre la afable inspectora. En ese

momento una joven camarera se acercó a nosotros para preguntar si queríamos algo más; se dirigió a Jason más concretamente y lo repasó de arriba a abajo varias veces con una insinuante mirada para, después, intentar flirtear con él.

—No, gracias, muy amable —respondió este con mucha educación, pero sin hacerle apenas caso.

La camarera, cortada por el desinterés que había mostrado Jason hacia ella, se giró hacia mí, me miró, y se giró para marcharse en silencio por donde había venido. Yo no pude evitar reírme.

—Vaya, creo que has perdido la oportunidad de ligar con la camarera... —bromeé—. Ha estado a punto de pedirte el número de teléfono... —Jason torció una sonrisa.

—No habría conseguido mucho pidiéndomelo... Yo solo tengo ojos para ti...

Cogió mi mano, que descansaba sobre la mesa, y la besó. Una vez más, me derretí por él. Aquello es lo que despertaba Jason en las mujeres, una tremenda atracción sexual, incapaz de controlar cuando te miraba con aquellos enardecedores ojos verdes.

—Y, ¿puedo preguntarte algo más? —me mordí el labio pensando en que igual lo estaba sometiendo a muchas preguntas.

—Dispara...

Se limpió la comisura de los labios y soltó la arrugada servilleta sobre la mesa.

—El domingo después de nuestra pelea... al día siguiente de la cena... —asintió, informándome de que me seguía—. Te fuiste del apartamento, desapareciste y me enviaste aquel mensaje...

—Sí...

—¿Puedo preguntar adónde fuiste? Cuando llegué a casa, piqué a tu puerta pero nadie abrió —recordé el momento con pesar.

—Lo sé; sé de que día me hablas... Tuve que volver a zanjar unos asuntos de Dimitri que se habían quedado sin resolver respecto a temas de seguridad y demás, despedirme de algunos de mis compañeros y acabar de recoger algunas cosas... En fin, intentar cerrar una etapa de mi vida.

Suspiré profundamente.

—Si te digo la verdad, aquel día creí que nunca nos volveríamos a ver... Aquel mensaje me sonó a despedida.

—Y me estaba despidiendo... Me largaba un par de días —bromeó para que no me reconcomiera ya más la cabeza.

Ya estábamos juntos, que es lo que importaba. Lo acusé con la mirada. Realmente, aquel día pensé que nuestros ojos nunca se volverían a cruzar, desgarrándome el alma por dentro. Y aquí estábamos, después de tantas tormentas salvadas, más enamorados que nunca.

—Bueno... —Jason hizo un movimiento de muñeca y se miró la hora en aquel pesado reloj de hombre tan varonil—. Creo que deberíamos irnos ya, preciosa. ¿Has terminado? —preguntó mirando mi plato.

—Yo sí, pero tú no... —respondí sonriendo y pinchando con el tenedor el último trozo de *crepe* con fresas bañado en chocolate que había guardado para él.

Lo acerqué a su boca, que estaba abierta de par en par esperando a probar aquel riquísimo bocado.

—Mmm... —me contempló y lo saboreó—. Casi tan delicioso como tú...

Yo sonreí, sintiéndome una vez más realmente halagada. Dejamos un billete sobre la mesa para pagar y, después de coger mi mano, salimos hacia la calle, para dirigirnos hacia el lugar donde menos me apetecía ir ahora mismo de este mundo. Algo me removió por dentro.

CAPÍTULO 35

Cuando llegamos a comisaría, estaba realmente nerviosa; las manos casi me temblaban y me comenzaban a sudar. Jason y yo nos dirigimos hacia un pequeño despacho donde nos estaban esperando el inspector Harris y la inspectora Nelson, un despacho con los interiores bastos y de madera, con un gran escritorio lleno de papeles y carpetas amontonadas por encima, y con un portafotos de cuero, el cual, al estar girado, no podía ver. Varios archivadores recubrían una de las paredes y en la pared del frente una gran ventana iluminaba el lugar; pero, por mucha luz que tuviera aquel sitio, tuve la sensación de estar ahogándome cuando, antes de comenzar a prestar declaración, Jason salió de la habitación, dejándome allí dentro con ellos dos a solas. Aquello no me lo esperaba, pensaba que todo el rato estaría con él y estar allí sin Jason al lado me produjo verdadera inquietud. Su contacto me calmaba, me daba fuerzas.

—Tranquila, Eli. No pasará nada, pequeña. Yo estaré fuera si me necesitas y después entraré... —Eso fue lo último que me dijo antes de salir y darme un tierno beso.

Yo respiré hondo y me preparé para comenzar. Mentira, miento; nunca en mi vida estaría preparada para algo como aquello...

La inspectora Nelson fue quien comenzó haciendo una serie de preguntas sobre mí, mi vida y mi relación con Jason. Tengo que decir que fue de lo más cuidadosa conmigo y estuvo muy pendiente en todo momento de que no me faltase de nada.

—¿Estás bien, Elisabeth? —me iba preguntando sobre el procedimiento.

Asentí con la cabeza.

—¿Podemos proseguir?

—Sí... —respondí insegura.

Acto seguido, el inspector Harris me pidió que les explicara con toda clase de detalles lo sucedido en mi apartamento, informándome de que todo iba a ser grabado mientras ellos iban, constantemente, tomando notas en unos grandes cuadernos. Yo me removí nerviosa en mi silla cromada y ellos escuchaban atentamente, sentados delante de mí. Comencé a explicarles desde el primer instante en que sonó el timbre de mi puerta hasta el momento en que, después de disparar Lora, yo me fui a asomar para ver dónde se encontraba, pasando también por unos días antes, cuando le abrí la puerta por primera vez, y cuando fui testigo de que se iban los dos juntos el jueves a saber dónde... O sea, a Ohio.

Nunca en mi vida habría podido imaginar que un día llegaría a hacer tal cosa. Durante la declaración necesité más de un vaso de agua y algún que otro pañuelo de papel, ya que no pude evitar, en alguna ocasión, echarme a llorar al tener que recordar tan detenidamente todo y revivir todo lo sucedido de nuevo. En algún momento me giré fugazmente para mirar hacia afuera y ver a Jason. Lo necesitaba, necesitaba saber que estaba cerca de mí, y lo vi fuera, de pie, pendiente de todo e intentando aguantar el tipo por no entrar y arroparme entre sus brazos... Pero aguanté: les expliqué todo lo que les tenía que explicar y más, y aquel mal rato duró una interminable hora y media.

—Muy bien, Elisabeth —El inspector se levantó y cogió su arrugada americana azul marina del respaldo de la silla—. Damos por finalizado el interrogatorio —me informó.

En cuanto Jason vio que los inspectores cerraban sus cuadernos y se levantaban, entró rápidamente sin preguntar para estrecharme entre sus brazos, para darme ese abrazo que tanto necesitaba y el cual consiguió que, de nuevo, rompiera a llorar. Los inspectores tuvieron el detalle de salir del despacho sin decir nada, dejándonos a los dos a solas unos minutos.

—Ya está, Eli... ya está. Lo has hecho muy bien, preciosa —Jason me abrazaba con fuerza y me llenaba de besos—. Has sido muy valiente... —Yo me estremecía entre sus brazos, lloriqueaba casi sin poder parar—. Todo ha terminado... —no dejaba de decir una y otra vez.

Hasta que, después de varios minutos, nos separamos y entonces fui dueña de mi cuerpo.

—¿Estás mejor? —preguntó mientras me daba un pañuelo de papel para que me secara las lágrimas. Yo asentí con la cabeza—. Toma, bebe —Me ofreció un poco de agua.

—Gracias —fue lo único que conseguí decir antes de que me volviera a tener enterrada entre sus brazos.

—Siento muchísimo todo esto, pequeña.

Jason se sentía culpable, culpable por todo lo que había tenido que pasar durante estas dos semanas, por todas las lágrimas derramadas pensando en que él pertenecía a otra mujer, por todos los malos ratos vividos en los que él no me pudo consolar... Se sentía culpable por estar enamorado y no ser capaz de alejarse de mí y, por ello, poner mi vida en peligro. Pero aquello no era así. No era como él lo pintaba.

—Jason... Estoy bien —Me separé de él para mirarlo bien a la cara. Sostuvo mi rostro y me besó—. Jason...

—Dime...

Me miraba como si fuese una niña pequeña y me acabara de caer al suelo, como si no se acabara de creer mis palabras cuando le aseguraba que estaba bien.

—Estoy bien...

En ese momento la inspectora Nelson entró, miró a Jason y, seguidamente, a mí.

—Podéis iros a casa. Elisabeth necesita descansar...

—Gracias —agradecí sinceramente, con el brazo de Jason sobre mis hombros.

—Gracias, Sasha... —Jason alargó la mano y estrechó la mano que le había tendido su amiga.

—A ti te llamaré en unos días... —la inspectora Nelson se despidió de él muy profesionalmente—. Y a ti, Elisabeth, decirte que me alegro mucho de que estés bien y de que tengas a un hombre como Jason a tu lado. Cuídalo —pidió—. Se merece encontrar a una buena mujer —Alargó la mano y se despidió de mí.

—Lo sé... Gracias otra vez —respondí afectuosamente.

Jason me miró y me abrazó. En ese momento sentí que nuestras vidas comenzaban ahora, que todo empezaría a ir bien. La inspectora salió del

despacho sin decir nada más.

—¿Nos vamos? —preguntó Jason con ternura y con sus manos sobre mis hombros.

—Por favor... —mi respuesta fue casi una súplica.

Me cogió de la mano y nos encaminamos hacia la salida. Cuando salí por aquellas puertas, miré al cielo y respiré hondo. Me sentí aliviada, libre..., parecía que, después de todo, mi inquietante y dramática historia con Lora la dejaba allí. Ahora sentía que por fin me deshacía de ella y, no sé por qué, parecía que el sol brillaba de otra manera; parecía que fuese otro nuevo día, un nuevo día de mi vida junto a él. Miré a Jason y sonreí.

Eran las cinco de la tarde y llegábamos a casa. Cuando salimos de comisaría, Jason se empeñó en invitarme a comer. Yo le dije que no, que no me apetecía... pero él insistió y, después de dar un tranquilo paseo por un bonito parque, paramos a comer en un pequeño y agradable lugar de comida italiana. Después, compramos algo de camino a casa para hacer de cenar aquella misma noche, ya que Jason dijo que cocinaría para mí... Yo me reí y cogí dos pizzas congeladas por si acaso nos quedábamos sin cenar. Él cuando me vio, frunció el ceño y sonrió.

—¿Entonces no crees que vaya a ser capaz de hacerte unos tallarines a la carbonara? —preguntó mientras subíamos por las escaleras.

—No, yo no he dicho eso —me giré y lo miré.

—¿Entonces por qué has cogido dos pizzas congeladas? —me preguntó aguantándose la risa, casi indignado.

—No lo sé. Supongo que por si acaso... —medio confesé con una sonrisa.

—Por si acaso, ¿qué? —volvió a preguntar sin entenderlo.

En ese momento llegamos a nuestro rellano y yo me detuve en seco. Mi mirada, sin querer, se clavó en la puerta de mi apartamento.

—Eli...

Por un momento me costó reaccionar.

—¿Eli? —volvió a repetir detrás de mí.

—¿Sí? —reaccioné.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndose frente a mí, consiguiendo que lo mirara.

—Sí... sí. Es solo que...

—¿Quieres entrar? —me preguntó, soltando la bolsa de la compra en el suelo para, con las dos manos, sostener mi rostro.

Me quedé en silencio con la mirada clavada de nuevo en aquella puerta, sabiendo que algún día lo tendría que hacer, sabiendo que en breve tendría que volver a entrar, aunque también sabía que todavía era muy pronto. Dije que no con la cabeza, Jason me abrazó, sacó del bolsillo las llaves de su apartamento y me las dio para que abriera.

—Vamos, hay que meter esto en la nevera...

Entramos y Jason cerró la puerta con el pie. Yo me acerqué a la nevera y la abrí para meter lo que habíamos comprado, en silencio, sin decir nada, pensativa. Cuando cerré la nevera, se acercó a mí por detrás y me abrazó, yo puse mis manos en sus antebrazos, que me agarraban hacia delante, y dejé caer mi cabeza hacia detrás para apoyarla sobre su duro pecho.

—¿Sabes que puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras, verdad?

—Sí. Lo sé. Y te lo agradezco... —Jason me apretó entre sus brazos—. Pero algún día tendré que volver a entrar en mi casa... —afirmé.

Giró mi cuerpo para que quedara frente a él y cogió mis manos.

—Cuando estés preparada, entraremos los dos... Yo entraré contigo —Hizo que levantara mis brazos y rodeara con ellos su cuello—. Y, si no quieres volver a entrar nunca más..., yo me encargaré de todo por ti.

Era imposible no perder la cabeza por aquel hombre.

—Gracias por todo, Jason —le di un rápido beso en los labios.

—No tienes que darme las gracias por nada, pequeña...

—Lo sé... —miré sus hermosos ojos y sonreí en agradecimiento—. Si te pidiera una cosa, ¿la harías por mí?

—¿De verdad me estás preguntando eso? —me miró extrañado con cara de circunstancias—. ¿Todavía no te ha quedado claro lo que sería capaz de hacer por ti?

Yo sonreí, sintiéndome tonta y casi avergonzada por aquel comentario. Sabía perfectamente que aquello era cierto y que era un rotundo sí. Joder... ¡se había llevado un puto balazo por salvarme! Me mordí el labio inferior, con los ojos verdes de Jason delante.

—Dime, ¿qué quieres que haga por ti?

Acarició mis labios con su pulgar, abriéndolos, y luego introdujo su

lengua en mi boca. Yo degusté aquel inesperado y tórrido beso durante unos segundos sin rechistar; después, separó sus labios de mí para mirarme, a expensas de una orden.

—¿Entrarías en mi apartamento, y cogerías mi portátil y mis cosas de trabajo de encima de la mesa?

Me miró y sonrió.

—¿Ya está? ¿Solo es eso? —bromeó con sus brazos amarrados alrededor de mi cintura—. Pensaba que querrías que atracara un banco... o que me colara en algún sitio y que robara algo para ti...

Jason consiguió que se me escapara una carcajada, eché inconscientemente la cabeza hacia atrás para reírme y entonces aprovechó para morder mi yugular, consiguiendo que un escalofrío recorriera mi cuerpo.

—¡Sí! Solo es eso... —confirmé removiéndome nerviosa entre sus brazos con sus labios recorriendo mi cuello.

—Ahora mismo...

Jason cesó su dulce tortura.

—Gracias.

Nos separamos y me acerqué al bolso para sacar las llaves de mi apartamento, se las di y en ese mismo instante salió por la puerta en busca de lo que le había pedido. Dos minutos después, entraba en casa con mis cosas en la mano y me las dio para que yo las colocara sobre la mesa del comedor.

—Estaría bien que tuvieras ahora un sofá dónde poder trabajar, ¿verdad? —preguntó sonriendo a la misma vez que disgustado por no poderme ofrecer nada más en ese momento.

—Bueno... Tengo esta maravillosa alfombra llena de cojines... —bromeé.

Me miró con la ceja arqueada.

—Sí. La verdad es que echo de menos mi sofá... —confesé.

Aunque, en realidad, lo que echaba de menos era toda mi casa entera, pero la presencia y la compañía de Jason lo suplían todo.

—Ahí tienes un enchufe —señaló para que pusiera mi portátil a cargar.

—Gracias —lo enchufé y pensé en que más tarde escribiría un correo a mis padres, ya que era imposible que ahora mismo hablara con ellos sin echarme a llorar.

—Seguramente, en un rato, tenga que salir para encontrarme con Eric —

me informó desde dentro de la habitación, donde se deshizo de la camisa.

—¿Y no puede venir él aquí? —pregunté con ganas de conocerlo.

—No, cielo... —salió de la habitación solo con las bermudas puestas—. Es para hablar sobre el tema... Y no me parece bien ni creo que sea buena idea hacerlo delante de ti.

—Entiendo...

La verdad es que aquel detalle se lo agradecí.

—¿Vas a trabajar? —preguntó acercándose a mí mirando cómo encendía mi portátil.

—No lo sé. La verdad, me gustaría entretenerme un poco...

Jason me cogió de la mano y me acercó a él para que nuestros cuerpos quedaran pegados.

—¿Sabes? A mí se me ocurre una idea fantástica con la que entretenernos... —susurró ladeando mi cuello y besándome debajo de la oreja.

—¿Ah, sí? ¿Tú también quieres entretenerme? —pregunté derritiéndome en sus brazos.

—Contigo cerca no pienso en otra cosa que en entretenerme... —subió sus labios por mi garganta hasta encontrarse con mi boca, la cual besó, lamió y recorrió lentamente y a conciencia—. Además, llevo todo el día queriéndote quitar este insinuante vestidito...

Jason dejó de besarme, me miró con mirada ardiente y bajó las manos hacia el lazo que cerraba el vestido en un lado de mi cintura. Yo me mordí el labio inferior contemplando la agilidad de sus dedos que, rápidamente, deshicieron el nudo para después abrir una mitad del vestido y dejar toda mi parte derecha al descubierto. Acarició mi hombro y luego lo mordió. Con la mano derecha, acabó de desnudarme haciendo que mi vestido se deslizara por mis piernas hasta quedar enrollado en mis pies. Ahora me mostraba frente a él en sujetador, tanga, con el pelo recogido y la mirada lujuriosa.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto...

Me tumbó con cuidado hacia detrás sobre la gran mesa del comedor, quedando estirada cerca de mi portátil. Se colocó entre mis piernas, las cuales enrollé a su cintura, y llevó sus labios hasta mi escote para merodear por allí con ellos.

—Me gusta tu manera de entretenerme... —susurré cerca de su oído.

—¿Si? —preguntó con media sonrisa.

Bajó sus labios hasta mi ombligo y lo besó, descendió hasta mis caderas y mordió una de ellas, consiguiendo que arquera la espalda y un gemido se escapara de mi garganta, y, cuando Jason bajó con su dedo un lado del tanga para seguir descendiendo, el timbre de la puerta sonó.

—¡Mierda...! —me quejé incorporándome rápidamente de la mesa.

«¡Joder con los timbres de Dios!»

—¿Quién coño será? —preguntó separándose de mí y colocando bien su abultada entrepierna.

Yo lo miré y no pude evitar reírme, nerviosa, y fue entonces cuando me acordé de mis queridas amigas.

—Serán Susan y Denise... —dije recogiendo mi vestido del suelo para, rápidamente, ponérmelo.

—Pues no sé cómo lo verás... Pero yo no puedo abrir la puerta...

Los dos bajamos la mirada hasta su entrepierna y nos echamos a reír.

—No, será mejor que no...

CAPÍTULO 36

El timbre de la puerta volvió a sonar con ganas. Esta vez picaron dos veces seguidas, anunciando su llegada y avisando de lo agitadas que venían. Jason me miró y, sin decir nada más, se fue para la habitación. Era mejor que se quedara allí dentro durante un rato. Yo me recompuse y me preparé para abrir sabiendo que lo que venía ahora no tenía nada que ver con lo que unos minutos antes había estado a punto de hacer; tenía claro que ahora tocaba llorar y derramar lágrimas de lo lindo. Cuando me acerqué a la puerta y abrí, me encontré con mis dos queridas amigas con los ojos hinchados, inundados en lágrimas y con las barbillas temblando. Ninguna consiguió decir nada. Se abalanzaron sobre mí y fue entonces cuando yo rompí a llorar.

—Oh, Dios mío, Lis... —no dejaba de decir Susan una y otra vez.

Estábamos las tres abrazadas, empapándonos la ropa de lágrimas, mocos y babas, a ver cuál de las tres sollozaba más, apretándonos unas a otras cada vez más fuerte. Ahora solo queríamos estar así, sintiendo que las tres seguíamos estando juntas y que nada ni nadie nos iba a separar... Y así fue como estuvimos durante varios minutos más.

—¿Cómo estás, Lis? —preguntó Denise sentándose a mi lado sobre la alfombra.

Susan se sentó frente a mí, con las piernas cruzadas como yo. En ese momento ninguna de las dos se percató de que no había sofá o, si lo hicieron, ninguna de las dos comentó nada, porque lo que menos les importaba en ese momento era dónde se sentaran siempre que fuera conmigo cerca.

—Bien. Estoy bien... —aguanté un sollozo.

Susan alargó la mano y acarició mi cara con ternura pasando sus dedos sobre mi moratón, cómo solo una madre o una hermana sería capaz de hacer.

Denise cogió mi mano y la besó.

—¿Cómo? ¿Pero qué...? —Susan intentaba formular preguntas, pero sus palabras no salían por su boca—. ¿Por qué esa loca te quiso matar? — consiguió preguntar con mucho esfuerzo.

Yo parpadeé y dos lágrimas de mis ojos cayeron sobre la alfombra.

—Bueno, no sé qué es lo que Jason os habrá explicado... —Miré mi mano, la que no me agarraba Denise, y vi que estaba apretando y arrugando el bajo de mi vestido—. Pero resulta que ella...

—Jason nos lo explicó todo por encima. Bueno, se lo explicó a Susan y ella me lo explicó a mí... —se apresuró a decir Denise cortándome la frase, intentando evitar que volviera a recordar lo menos posible aquel escalofriante momento.

—¿Entonces ya sabéis que se escapó del psiquiátrico solo para matarme?
Ellas asintieron.

—¿Y que, si no llega a ser por Jason, yo ahora no sé si...?

Susan apretó sus preciosos ojos y saltaron dos lágrimas de ellos, y Denise hizo un tierno puchero apretando mi mano aún más.

—¿Pero por qué no nos dijiste que existía esa mujer, Lis? —preguntó Denise.

—No lo sé. Supongo que por no preocuparos... Porque no sabía muy bien qué decir, porque en ningún momento me imaginé que todo terminaría así... Solo hacía unos días que la había visto por primera vez, y fueron unos días raros en los que...

En ese momento Jason salió de la habitación. Se había puesto una arrapada camiseta negra de manga corta y seguía llevando las mismas bermudas de antes.

—Chicas, siento interrumpir... —se disculpó—. Hola, Susan; hola, Denise... —Ellas levantaron la mano y lo saludaron tímidamente—. Eli, voy a salir. Supongo que tardaré un rato. Si necesitas algo, solo tienes que llamarme. ¿De acuerdo?

Yo asentí, Jason se acercó a mí y se agachó para poder besarme. Se volvió a levantar y, seguidamente, como si tuviese un muelle en el culo, mi amiga Denise se levantó para tirarse a su cuello.

—Muchísimas gracias, Jason, de verdad. Gracias...

La cara de este fue un poema. En ningún momento se esperaba que mi amiga fuese a reaccionar así, aunque tengo que decir que yo tampoco. Jason cerró los brazos poco a poco para abrazarla sin saber qué hacer, Susan se levantó y fue hacia él para darle un tímido beso en la mejilla como agradecimiento. Los miré y sonreí. En ese momento me sentí realmente feliz.

—No me tenéis que agradecer nada, de verdad... —Las dos se separaron de él, Jason bajó la vista y me miró—. Haría cualquier cosa por ella sin pensar...

Yo sonreí medio agradecida, medio avergonzada, y mi querida amiga hizo una graciosa pregunta en ese momento.

—Oye, ¿tú no tendrás un hermano, verdad? —preguntó Denise consiguiendo que los cuatro nos echáramos a reír.

«¡Maldita mujer!»

Así era ella: como la guinda del pastel, como el arcoíris después de la lluvia, como un rayo de luz en la oscuridad... Siempre con una graciosa pregunta o un inesperado comentario que te hacía olvidarte de todo lo malo hasta en los peores momentos.

Jason se fue poco después, dejándonos a las tres a solas de nuevo para que pudiéramos hablar. Por otra parte, él tenía algo que resolver; había quedado con su amigo Eric para que le contara qué era lo que había descubierto.

Preparé unos cafés y estuvimos como dos horas más hablando sobre aquella incómoda alfombra, sin saber ya en qué maldita postura ponernos para que no nos dolieran los huesos.

«¡Dios mío, cómo echo de menos mi sofá!», pensé una de las veces en las que clavé mi codo en el suelo.

Entonces, pensando en que ya era hora de hacerlo, les expliqué a mis amigas a qué se dedicaba Jason y todo lo demás... Desde lo de sus padres, lo de su carrera militar, lo de su cliente Dimitri, lo de sus contactos, la noche cuando fuimos a cenar y me vino a buscar con el precioso Ford Mustang del 67, y nuestra fortuita pelea de después por culpa de la maldita y psicópata Lora... hasta el día de hoy, pasando de nuevo por el percance en mi apartamento, por llamarlo de alguna manera... Y entonces comprobé cómo mis amigas se enamoraban todavía un poquito más del hombre que tanto me había seducido.

—¿Y vas a volver a tu apartamento? —preguntó Susan—. Si no quieres volver, yo misma puedo hablar con el dueño. Ya sabes que no hay problema si...

—Sí, lo sé... Y te lo agradezco, pero... bueno, ahora mismo no he pensado en eso todavía.

—¿Y a trabajar? —preguntó Denise—. ¿Vas a volver a trabajar?

—¡Sí, claro! Esta semana no, pero la semana que viene estoy allí sin falta... También me apetece y lo necesito.

—Por cierto, tengo algo que decirte... —me cortó la frase Susan. Yo la miré intrigada por lo que me tenía que decir al ver el modo en que alargaba las palabras—. Alan... me ha preguntado por ti.

Yo suspiré hondo, rezando por que no me dijera lo que me temía que iba a decir.

—¿Y qué le has dicho?

—Bueno, primero le di largas. No sabía qué decirle con tanta pregunta..., pero, como la semana pasada tampoco viniste y el sábado durante la cena te fuiste así, dejándonos a todos muy preocupados... Pues ha estado insistiendo mucho en que quería verte.

—Dios mío... —Sabía perfectamente que, cuando me fui de la cena de arquitectos de esa forma, se quedó inquieto—. ¿Y entonces?

—Entonces... —Susan se retorció los dedos nerviosa—. He tenido que decirle que estabas aquí porque alguien intentó agredirte... —Susan se mordió el labio inferior, sintiéndose culpable por aquello.

—Dios mío, Susan... —me llevé las manos a la cara y me cubrí.

—¡Lo sé, Lis! Pero es que insistió muchísimo en que le dijera dónde estabas y qué te pasaba. Si lo hubieras visto... —Susan me miró arrepentida—. Aunque no creo que te diga nada, porque le dije que necesitabas descansar.

Solté un intenso suspiro. No quería ni pensar en lo que habría supuesto para él saber que alguien me quiso hacer daño, pero tampoco podía culpar a Susan por decírselo, por decirle la verdad.

—Tranquila. No te preocupes, no pasa nada... —Apreté su mano para que se sintiera mejor—. Si me llama, intentaré darle largas. No quiero que me vea así, con este morado en la cara...

—Bueno..., no se te ve tanto y, además, te sienta bien... —bromeó mi amiga Denise abrazándome. Yo me reí—. Estás muy guapa...

En ese momento me di más cuenta que nunca de cuánto las necesitaba y de la suerte que tenía al tenerlas cerca de mí.

—Bueno, lo siento, preciosas... pero yo debería irme ya... —Susan se levantó de la alfombra y se puso en pie—. Son casi las ocho y Richard ya habrá llegado a casa... —Puso cara de no querer dejarme ya.

—Yo puedo quedarme un rato más si quieres hasta que llegue Jason... —se ofreció Denise.

—No, no... Idos las dos, es tarde... —Me levanté yo también—. No os preocupéis por mí; estaré bien...

—No. Me quedaré un rato más, no quiero dejarte sola... —insistió Denise.

—No, de verdad... Estaré bien. Además, Jason seguro que no tardará...

Las dos me miraron, yo las miré y sonreí.

—¿De verdad? —preguntaron.

—De verdad...

Las abracé. Me miraron sin quedarse muy conformes pero sabían que a cabezonería no me ganaba nadie.

—Está bien —dijo mi amiga cogiendo su bolso de encima de la mesa.

—Si quieres algo, nos llamas; si necesitas algo, nos llamas; si quieres que te traigamos algo, nos llamas...; si quieres algo porque tú... —repetía Susan como si fuese un loro.

—Chicas, chicas... Estoy bien —aseguré firmemente para que se fueran más tranquilas—. Estaré bien. Tengo a Jason al lado —les recordé.

Las dos me miraron y sonrieron. Ahora sabían que nadie me podría cuidar y proteger mejor que él.

—Me alegro muchísimo de que lo hayas encontrado, Lis —confesó sinceramente Susan antes de salir por la puerta—. Se ve que ese hombre te quiere...

—Sí, parece ser que sí...

Después de unos cuantos besos y dos grandes achuchones más, conseguí que mis dos queridísimas amigas se fueran para casa algo más tranquilas. Cuando me giré, después de cerrarles la puerta y apoyarme contra esta, me di cuenta de que ese era el primer momento en el cual, después de todo, me

quedaba sola por completo. Tuve una extraña sensación.

«Buff...»

Me dirigí hacia la mesa donde había dejado mi portátil encendido, entré en mi correo y vi que tenía unos cuantos mensajes esperándome, pero, de todos, solo dos eran de mis padres: en uno me preguntaban cómo estaba y me explicaban lo que habían hecho durante el fin de semana, y en el otro me recordaban la fecha de la boda, como si, por última esperanza, les fuera a decir que iba a asistir. Pensé en las enormes ganas que tenía de verlos y en ese momento el timbre de la puerta sonó, consiguiendo que me llevara la mano al pecho y diera un puto sobresalto.

—¡Dios! —exclamé—. ¡Joder!

Por un momento estuve tentada de no abrir. Me vino a la cabeza el recuerdo de abrir la puerta a Lora y que, seguidamente, algo impactara contra mi cara... poniendo en peligro mi vida y la del hombre al que amo. Pero aparté aquel recuerdo de mi mente, fui hacia la puerta y abrí (sin aprender de lo sucedido), más que nada por si era Jason que se había olvidado las llaves... pero la persona que esperaba detrás puso la misma cara de asombro que yo cuando nuestras miradas se encontraron.

—Alan...

A pesar de todo lo que había dicho a Susan un rato antes, debo reconocer que me alegré muchísimo al verlo de nuevo frente a mí. Sabía que mucho estaba tardando en no venir en mi búsqueda para comprobar mi estado.

—Lis, Dios mío... —Alan se abalanzó sobre mí y me abrazó sin yo esperármelo—. ¿Qué te ha pasado, preciosa?

En ese momento le devolví el abrazo sin apenas pensar, con ganas de verdad.

—Dios mío, Lis. ¿Pero qué...? —Alan me miraba con una cara que no sabría descifrar; estaba entre el miedo, la curiosidad y la felicidad al verme sana y salva—. ¿Qué cojones te ha pasado, Lis? —Solo hacía preguntas sin llegar a entender nada.

En ese momento fui consciente de dónde nos encontrábamos: estábamos en la puerta del apartamento de Jason y yo no sabía qué hacer, si invitarlo a entrar, o no. Pero, cómo no...

—Pasa, Alan. No te quedes ahí...

Sabía que, si llegaba Jason y lo veía dentro, no iba a ser de su agrado, pero al final Alan no dejaba de ser otro amigo más y no iba a consentir cerrarle la puerta o dejarlo en la calle. A él no. Él entró sin pensar.

—Lis, por favor, explícame qué te ha sucedido... —Sostuvo mi cara entre sus manos y la contempló—. ¿Quién te ha hecho esto?

—Tranquilo, estoy bien...

Tenía muy claro que no le iba a dar la versión original de lo que había ocurrido; le contaría solo una mísera parte de la realidad para que se quedara más conforme y evitar que el odio hacía Jason no se volvería infernal, porque sabía perfectamente que Alan culparía a Jason por todo esto y porque hubieran intentado matarme.

—Pero tienes la nariz...

—No es nada, de verdad. Solo está un poco amoratada...

—¿Pero por qué? ¿Quién te ha golpeado?

—Entraron en mi apartamento, me golpearon y ya está... Seguramente querían robar algo... —No supe qué narices decirle—. Es que es una historia muy larga, Alan. Y no me apetece volver a...

—Está bien, tranquila. Olvídate. Solo quería saber que estabas bien... y... —acarició tiernamente mi mejilla—. Hoy, cuando no venías a trabajar y he visto la cara que Susan ha puesto cuando le he preguntado por ti... —Mi amiga y sus famosas caras. Alan respiró hondo con verdadero agobio—. Sabía que algo te pasaba... Pero, por más que he querido, no he podido venir antes. Además, me dijo Susan que tenías que descansar... y... yo no quería molestarte, pero...

—Lo sé, gracias. Pero no hacía falta que vinieras, no tenías que preocuparte...

—¿Cómo puedes decirme eso, Lis? —Me miró casi con adoración—. Sabes que es imposible que no me preocupe por ti.

Bajé la vista al suelo sabiendo perfectamente a qué se refería.

—Oye... —Alzó dulcemente mi barbilla—. No sabes cómo me alegro de ver que estás bien, preciosa. Estaba muy preocupado.

—Lo sé... Gracias.

Alan me abrazó, me apretó entre sus brazos (seguramente no queriéndome soltar nunca), y yo agradecí de verdad aquel protector y tierno abrazo... hasta

que la puerta del apartamento se abrió y entró Jason, clavando su mirada en nosotros.

«Mierda...», fue lo único que cruzó por mi mente como una estrella fugaz.

Alan y yo nos separamos y nos quedamos frente a él, mirando cómo entraba poco a poco con la mirada encendida y la mandíbula prieta.

—Hola... —murmuró Jason en tono serio, mirándonos a los dos—. ¿Interrumpo? —Arqueó la ceja derecha y ahora su dura mirada se fijó en mí.

—No... —respondí casi con un susurro yo también—. Alan... Se ha enterado de que alguien me agredió y ha venido a ver si estaba bien...

Dios mío, aquello sonaba a una puñetera disculpa cuando tampoco tenía por qué serlo.

—Entiendo... —Fue lo único que respondió Jason a mi explicación. Se acercó a Alan con pose exageradamente firme y, con cierto aire desafiante, alargó la mano para saludarlo—. Alan...

Alan estrechó su mano y pude ver cómo, una vez más, los dos demostraban su fuerza.

—Jason... —Alan respondió con el mismo tono de voz serio y desafiante que él, y después los dos se soltaron como si sus manos ardieran.

Jason me dio un rápido beso en la mejilla, se fue hacia la habitación y allí se metió sin decir nada más. Sabía que encontrarnos allí a los dos, como nos había encontrado, no iba a ser bien procesado por su mente. Yo suspiré hondo y me volví hacia mi amigo.

—¿Quieres tomar algo? —me sentí obligada a preguntar, deseando por un momento que me dijera que no.

—No, no. Gracias —Intentó sonreír en agradecimiento por mi invitación—. Creo, que será mejor que me vaya... —respondió apretando ahora él su mandíbula y mirando en dirección en la que Jason había desaparecido.

—Alan, lo siento muchísimo. No sé...

—No, Lis. Ni se te ocurra disculparte por nada, preciosa —Alargó la mano y acarició mi cara con el dorso de su mano. Yo recé en silencio por que en ese momento Jason no volviera a salir—. Tú no tienes la culpa de que los dos estemos enamorados de la misma mujer...

En ese momento deseé con todas mis fuerzas que la tierra me tragara.

—Solo necesito saber que estás bien y que eres feliz... —Me contempló

de una manera que nunca antes lo había hecho, como si fuese la última vez que nos fuéramos a ver—. Eso me es suficiente para seguir viviendo, Lis.

—No me digas eso, por favor, Alan. Ahora no...

Alan se giró, camino hacia la puerta y la abrió, pero antes de salir se volvió hacia mí.

—Te deseo lo mejor del mundo, Lis... —Aquellas palabras me sonaron a despedida—. Siempre... estaré aquí.

Salió del apartamento cerrando la puerta a sus espaldas y dejándome con una gran tristeza en el cuerpo. Estaba con la lagrima tan floja que casi estuve a punto de romper a llorar. A los pocos segundos de escuchar la puerta, Jason salió, se acercó a la nevera para coger una botella de agua, se giró hacia mí y, sin pronunciar palabra, me miró antes de alzar la botella para beber. Yo lo observaba desde el medio del salón, desamparada, sin saber muy bien qué decir. Crucé los brazos y esperé a que dijera algo, porque sabía que lo haría, como también sabía que Alan, después de que Lora hubiera muerto, era su mayor enemigo.

CAPÍTULO 37

—¿Cómo ha ido? —pregunté, casi sin fuerzas, para romper aquella tensión que se había creado en el ambiente.

—Ha ido... —respondió sin más, soltando la botella y apoyando las manos sobre la encimera de la isla.

Jason se estaba aguantando decirme algo, se estaba reprimiendo para no estallar de celos al ver a Alan en su apartamento conmigo entre sus brazos, y aquello solo sería peor.

—¿No piensas decirme nada más? —pregunté llevándome las manos a las caderas.

—¿Sobre qué, Eli? ¿Sobre qué debería decirte algo más?

En ese momento sentí un ápice de rabia al ver que Jason, aun sabiendo que estaba enamorado de él, seguía estando celoso de Alan, aunque esa misma rabia es la que él debía de sentir cada vez que me decía que yo era la única para él y yo, una y otra vez, desconfiaba de él.

—No lo sé, Jason —Me crucé de brazos—. Sobre el tema de Lora, sobre lo que te ha dicho Eric... Sobre Alan...

—¿Sobre Alan? —La mirada de Jason se encendió en ese momento como si alguien hubiese presionado un puñetero interruptor—. ¿Debería decir algo sobre él? —preguntó arqueando la ceja.

Di unos pasos hacia donde él estaba para quedar cara a cara.

—¿Va a ser así cada vez que nos veas juntos? —pregunté casi indignada—. Porque te recuerdo que trabajamos en el mismo lugar...

—No, Eli. Solo cuando llego y lo encuentro en mi casa contigo entre sus brazos apretándote...

—¡Oh, por Dios, Jason! ¡Solo nos estábamos abrazando!

—Por mucho menos eras tú la que desconfiaba de mí, y no me querías volver a ver...

Miré a Jason a los ojos sabiendo que no le faltaba razón.

—Pero entonces yo pensaba...

—Muy bien, Eli. Sé lo que pensabas... —Jason dio un paso al frente y se plantó frente a mí con toda su hombría—. Pero ahora imagínate lo que pienso yo sabiendo que te lo has follado.

Sabía perfectamente que ese tema, antes o después, tenía que salir. Bajé la vista hacia el suelo, aguantándome por no echarme a llorar.

—Fue antes de conocerte...

Es lo único que se me ocurrió decir. Alcé la mirada y tragué el nudo que se había creado en mi garganta al aguantarme por no llorar. Jason me miraba con los brazos en jarras, con la mirada encendida y el cuerpo rígido, imaginándonos en su cabeza (seguro) a Alan y a mí copulando.

—Lo sé. Y lo siento, pero no lo puedo evitar... —Jason miró hacia otro lado, para después volver a fijar sus impresionantes ojos en mí y pude ver cómo sus puños se apretaban—. Y más después de saber que disfrutaste follando con él...

En ese momento cerré los ojos y los apreté. Varias lágrimas rebosaron de ellos, los volví a abrir y la imagen que tenía delante era borrosa. Pasé por su lado y su mano me frenó delicadamente, pero la rabia que sentía dentro en ese momento hizo que, de una sacudida, la apartara de mi brazo para seguir mi camino hacia la habitación. De reojo, pude ver cómo apoyaba sus manos sobre la isla y agachaba la cabeza con gesto de derrota o arrepentimiento. Me deshice del vestido, me quité los zapatos y la ropa interior y, de camino al baño, me deshice el moño para, seguidamente, meterme bajo la ducha, donde me desahugué llorando de lo lindo. Pero cinco minutos, cinco minutos después, Jason entró en el baño, abrió la puerta de cristal de la cabina, y se metió.

—Eli...

Yo estaba de espaldas a él con el chorro de agua cayendo sobre mi cabeza para que se llevara mis lágrimas y limpiara mi remordimiento por haberme acostado con Alan, una vez más.

—Por favor, mírame... —me pidió poniendo una mano sobre mi hombro.

—Déjame... —con un rápido movimiento aparté su mano de mí—. Quiero estar sola.

Se quedó en silencio, mojándose detrás de mí. Se había quitado la ropa y le había faltado tiempo para venir en mi búsqueda otra vez.

—Sabes que no me voy a ir...

En ese momento me giré hacia él. Jason apoyó las manos en la pared a ambos lados de mi cara, el chorro de agua templada caía sobre nosotros y la imagen de él, desnudo y empapado, removi6 algo en mí.

—Pues deberías...

Me contempló. Su impresionante pecho subía y bajaba por la lenta, pero intensa respiración.

—Siento haberme puesto así...

No dije nada, solo lo observé como un pintor observa su mejor cuadro, como un escultor observa su obra maestra. Veía cómo de su frente resbalaban gotas hasta su nariz, para seguir resbalando hasta perderse entre sus labios, cómo el agua acariciaba su tersa y suave piel mientras su tentador cuerpo acechaba sobre mí.

—Estoy loco por ti, Eli...

—Y yo por ti, Jason... Yo solo te quiero a ti, Alan no significa nada para mí... —Me fijé que cuando pronunciaba el nombre de Alan su cuerpo reaccionaba—. Él y yo solo somos amigos, y un maldito y fugaz polvo antes de conocerte no va a cambiar nada. Ya se lo dije a él en su día... Y ahora te lo digo a ti —resoplé con intensidad—. Ya me arrepentí bastantes veces después de que ocurriera como para que ese maldito polvo me siga persiguiendo... —confesé una vez más.

—Lo siento, tienes razón. No tenía derecho a ponerme así...

—Sí, sí que tenías derecho a ponerte así, pero, por favor, no quiero que por nada del mundo eso afecte a lo que tú y yo tenemos... —alcé la mano y la posé en su cara.

—No lo hará, te lo prometo. No dejaré que eso ocurra... —Cogió mi mano y la besó—. Te quiero demasiado como para perderte, Eli. No te voy a dejar ir...

—No lo hagas, por favor...

—Nunca... —aseguró firmemente.

Puso una mano detrás de mi cabeza y me besó con pasión, acaricié sus hombros y llevé mi mano hasta su nuca, por donde lo agarré posesivamente. Aprisionó mi cuerpo con el suyo contra la pared; era momento de demostrarnos cuánto nos queríamos y eso hicimos después de que Jason elevara mi cuerpo, haciendo que enrollara mis piernas alrededor de su cintura. Me tomó allí mismo sin pensárselo, con intensidad y verdadera vehemencia.

Durante la cena, Jason me explicó qué había descubierto Eric sobre la salida de Lora del psiquiátrico. Me dijo que consiguió escapar porque sedujo, chantajeó y sobornó a un trabajador para que la dejara salir de allí, igual que unos días antes había hecho con un compañero guardaespaldas de Jason para averiguar adónde se había venido a vivir. Lo único que pude pensar en ese momento es que estaba claro que a los dos pobres desgraciados, como poco, se les iba a caer el pelo... y que el maldito dinero era capaz de comprarlo todo, o casi todo.

Terminamos de cenar, de nuevo sentados sobre la gran alfombra. Jason consiguió realizar con éxito unos deliciosos tallarines a la carbonara que resultaron, para mi sorpresa, estar deliciosos, y mientras él había estado en la cocina haciendo la cena, yo les había escrito un breve correo a mis padres diciéndoles que me encontraba bien, que me moría de ganas de verlos y que, en cuanto pudiera, los llamaría, sabiendo que hasta dentro de unos cuantos días más no podría hacerlo sin echarme a llorar.

—Bueno, creo que dentro de cuatro días alguien cumple años..., ¿verdad?

Me miró y torció una irresistible sonrisa mientras terminaba de vaciar en nuestras copas la botella de vino tinto que habíamos abierto. Yo sonreí y cogí la copa medio llena que Jason me ofreció.

—Veo que te acuerdas...

—Nunca se me olvidaría.

Acercamos nuestras copas y brindamos.

—Y..., ¿cuándo dices que es la boda de tu prima?

—El seis de julio, dentro de unas semanas...

—¿Y al final piensas ir? —preguntó tumbándose de lado y apoyando su cabeza sobre su brazo.

—¡Uf! Me encantaría ir... —mordí mi labio inferior al pensar en las ganas que tenía—. Pero todavía no sé si me darán esos días... y tampoco he mirado cuánto vale el billete.

Dio un trago a su copa de vino y me miró.

—¿Qué? —pregunté yo algo avergonzada por su atenta mirada.

—Nada... —Jason sonrió—. Pienso en lo afortunado que soy al tener una mujer tan hermosa como tú a mi lado...

Aquellas inesperadas palabras consiguieron que me sonrojara. Sonreí, bajé la mirada al suelo y puse un mechón de pelo detrás de mi oreja. Alzó con un dedo mi barbilla para que lo volviera a mirar.

—Nunca he tenido algo tan hermoso como tú, Eli... —Jason acarició mis labios con su pulgar—. Y pienso que ahora la vida me está recompensando por todo lo que he pasado al traerte a mi lado...

Me acerqué más a él y lo besé en los labios.

—Y yo soy la mujer más afortunada del mundo por tenerte cerca de mí.

Nos miramos con idolatría durante varios segundos.

—Vente a vivir conmigo —pidió.

Aquellas palabras me pillaron tan por sorpresa que las tuve que procesar.

—Busquemos un lugar para los dos... —Jason se incorporó y me miró desde lo alto. Yo seguía tumbada pegada a él—. Quiero empezar una vida contigo, Eli... No me quiero separar nunca más de ti.

—Pero... —no supe exactamente qué decir—. Pero yo..., no sé..., todavía no he pensado que hacer con mi apartamento y...

—No tienes que volver si no quieres, preciosa. Sería lo más normal... —Cogió mi mano y besó mis nudillos—. Podemos buscar un apartamento nuevo donde tú quieras, para los dos...

—¿Pero y este? ¿Y tu apartamento? ¿Tu vida, tu trabajo?

—Todo me da igual, cielo. Solo quiero estar cerca de ti... —Me dio un rápido beso en los labios—. Además, tengo planes de futuro...

Lo miré extrañada, sorprendida por todo lo que me estaba diciendo y pidiendo, y, a la misma vez, feliz.

—¿A qué te refieres exactamente con planes de futuro?

—A que no voy a volver a trabajar para ningún otro cliente, Eli... —Me observó para ver cuál era mi reacción y creo que a mí hasta se me iluminó la

mirada—. Quiero montar una escuela de preparación para guardaespaldas. Lo he hablado con Eric y le parece una fantástica idea para poder estar junto a ti, y poder empezar una nueva vida juntos.

Me quedé sin palabras. Creo que en ese momento no había nadie sobre la faz de la tierra más feliz que yo después de saber que Jason era capaz de dejarlo todo para estar conmigo, y que por fin iba a dejar de ponerse en peligro.

—Pero hace falta mucho dinero, Jason, para hacer todo lo que me estás diciendo...

—Ya te dije una vez que el dinero no era mi problema... Compraremos un apartamento para los dos y yo montaré mi propio negocio... —Jason me miró con tremenda ilusión en los ojos—. ¿Qué me dices, preciosa?

Tenía un enorme remolino de emociones dentro de mi estómago, un millón de mariposas revoloteando por él, unas ganas irremediables de comenzar una vida con Jason y de estar cerca del hombre que tan enamorada me tenía, pero todo aquello resultaba mucho para mí como para decidirlo en ese momento y darle una respuesta... Todo había sucedido muy rápido durante esas dos semanas (¡dos semanas!). Respiré hondo y miré sus hermosos ojos, que ahora esperaban una respuesta delante de mí.

—Yo... Ahora... No puedo decirte nada, Jason... —vi cómo la ilusión en sus ojos se esfumaba—. Lo siento, pero ahora mismo no puedo decirte que sí. Dame unos días para que me lo piense. ¿Vale?

Estaba claro que aquella respuesta no era la que esperaba escuchar.

—Claro, claro, preciosa. No pasa nada, lo entiendo...

Hice que se tumbara por completo sobre la alfombra y yo me tumbé sobre él.

—¿Podrás darme unos días? —pregunté acariciando su cara con amor.

—Te daré lo que me pidas, pequeña...

—Gracias... —sonreí y me acerqué a sus labios para besarlos—. No sabes lo que significa para mí que quieras dejarlo todo sin importarte nada...

—Lo hago por qué nada me importa más que tú, Eli. Te quiero.

En ese momento, al escuchar sus palabras, tuve clara mi respuesta, pero me dio miedo revelarla tan pronto al pensar en que si lo nuestro no salía bien... Me sentiría responsable porque lo hubiese dejado todo por mí, me

sentiría íntegramente culpable.

—Yo también te quiero.

Nos fundimos en un profundo beso.

Unas horas más tarde, después de ver un par de películas y comer una gran tarrina de helado de vainilla y chocolate, nos metimos en la cama, nos abrazamos, nos besamos y nos acariciamos sin más. Esa noche solo había amor en aquella habitación. La lujuria y el sexo se quedaron en el baño después de que Jason me poseyera en la ducha.

CAPÍTULO 38

CUATRO DÍAS MÁS TARDE

Estábamos en el apartamento de Jason, era viernes por la noche y me habían organizado una cena sorpresa por mi veintinueve cumpleaños. Estaban Susan y Denise con Richard y Daniel, y también estaba Eric, al que había tenido el gusto de conocer dos días antes, una mañana cuando Jason y él trajeron por sorpresa el sofá de mi apartamento, sin yo esperármelo. ¡Y no veas cómo agradecí el detalle del sofá! Bueno, lo agradecemos. Lo agradecemos como unas tres veces ese mismo día...

—¡Por favor! —Jason daba toquecitos en la copa con el tenedor para atraer nuestra atención—. ¡Por favor, un momento! Escuchadme... —Los seis nos giramos hacia él—. Quiero proponer un brindis por la cumpleañera...

Me miró, alzamos las copas y todos silbaron.

—Quiero proponer un brindis por esta preciosa mujer —Todos escuchaban las palabras de Jason en silencio y yo me mordía el labio avergonzada—. Por esta mujer que, un día, al abrirme la puerta, en cuestión de segundos me robó el corazón... Por esta mujer que me hizo replantearme la vida cuando solo había oscuridad y maldad cerca de mí... Por esta mujer que, cada día, consigue que mi vida tenga significado y que cada mañana cuando la veo, desee con ganas vivirla a su lado... —Jason acercó su copa a la mía para brindar—. Por ti, cariño...

Brindé con él, le di un intenso beso delante de todos los demás con aplausos y silbidos escuchándose de fondo y, seguidamente, brindamos con ímpetu los siete para después comenzar a repartir aquel riquísimo pastel.

—Está bien. ¿Quién quiere pastel? —pregunté con un trozo de tarta Sacher en un plato.

Todos levantaron la mano al instante.

—Yo te prefiero a ti, cielo... —susurró Jason a mi oído colando disimuladamente su mano por debajo de mi vestido.

—Tú me tendrás después... —acerqué mis labios a los suyos y los besé.

Esa noche estaba escandalosamente guapo con camisa blanca y pantalón de traje gris. Estaba siendo una noche fantástica en la que todos estábamos pasándolo genial. Todos los hombres, para no conocerse ninguno excepto Jason y Eric, encajaron muy bien y rápidamente conectaron, entablando conversación sobre temas como deporte, coches y motor. Ellos dos organizaron la fiesta en la que habían conseguido unas sillas plegables para que nos pudiéramos sentar a cenar alrededor de su gran mesa de roble. Habían adornado el apartamento con cintas de colores y globos, y encargado para cenar comida en un *catering*; y, a todo esto, yo sin enterarme de nada... Susan y Denise fueron sus cómplices para que me entretuvieran durante un buen rato.

—Gracias otra vez por la sorpresa, Jason. No me lo esperaba para nada...

—De eso se trataba... —Sonrió y me besó en la mejilla—. Por cierto, tengo otra sorpresa más para ti... —Mis ojos se abrieron como platos—. Pero esa te la daré después, cuando todos se hayan marchado...

En ese momento estuve a punto de remojarlos a todos con agua para que se fueran rápido del apartamento.

—¿Otra más?! —pregunté como una cría entusiasmada.

—Otra más... —Jason torció una seductora sonrisa a la vez que acercaba su silla a la mía.

—No sé si podré aguantar... —mordí mi labio, ansiosa.

Miró mi gesto.

—No hagas eso, pequeña, o tendré que tumbarte sobre la alfombra y quitarte ese impresionante vestido que lleva toda la noche torturándome... —tiró suavemente de mi labio con sus dientes y luego metió su ansiosa lengua en mi boca.

Esa noche llevaba puesto un apretado y corto vestido palabra de honor de color cereza, y zapatos con plataforma y fino tacón con mi larga melena

suelta.

—Bueno, gente... Es casi la una de la madrugada y creo que esta pareja tiene ganas de celebrar el cumpleaños ellos dos a solas... —interrumpió Eric, más animado de la cuenta.

Eric resultó ser más atractivo de lo que me pareció ver en el Moroco, siendo todavía algo más grande y musculado que Jason, y con unos preciosos ojos azules y un pelo negro ondulado que le daba un potente aire seductor.

Nosotros dos sonreímos algo avergonzados por la veracidad de sus palabras.

—¡No! Qué va... Tranquilos... —intentó disimular Jason—. ¡Bueno, sí, qué coño! ¡Me he ligado a esta churri y me la quiero llevar a la cama! —bromeó apretándome contra él.

La broma de Jason consiguió que todos se echaran a reír, incluida yo. Entonces me di cuenta de que todos encajábamos perfectamente bien y que seríamos un gran grupo de amigos. No podía estar más feliz, aunque la felicidad ya hubiese sido plena si hubiese tenido a mis padres cerca de mí.

Una hora más tarde todos se marchaban más que contentos del apartamento aplaudiendo, gritando, silbando y haciendo la conga mientras bajaban por las escaleras para salir a la calle. Jason y yo los miramos y los escuchamos entusiasmados desde nuestro rellano sin dar crédito a lo que estábamos viendo: nuestros queridos amigos unidos, y algo más que borrachos. Y, por fin, después de una divertidísima y animada noche, nos quedábamos a solas mi hombre y yo.

—¿Quieres que te dé tu regalo de cumpleaños? —preguntó apoyando el culo en el borde de la mesa del comedor y tirando de mí para que me metiera entre sus piernas.

—Sí. Dame lo que quieras... —respondí sugerente, pasando mis brazos alrededor de su cuello.

Jason apretó mis nalgas por encima del vestido y me besó.

—Espera aquí...

Yo me hice a un lado y él se dirigió a la habitación, de donde, poco después, salió con un sobre en la mano derecha y una seductora sonrisa en los labios. Tengo que reconocer que estaba expectante y algo nerviosa.

—Feliz cumpleaños, cielo... Espero que lo que hay dentro del sobre te

haga tan feliz como tú me haces a mí y sea de tu agrado...

Cogí el sobre blanco que Jason me ofreció sin imaginar lo que podría ser y le di un par de vueltas en mis manos mientras lo miraba intentando adivinar en mi cabeza qué podría haber dentro.

—¿No lo vas a abrir? —preguntó casi más nervioso que yo.

Sonreí, despegué con cuidado la solapa, introduje dos dedos en el interior, y saqué lentamente lo que había dentro.

—¡Dios mío! ¡Jason! —No me podía creer lo que veían mis ojos—. ¡Son dos billetes de avión! —grité mirándolo incrédula, con mis ojos empezando a estar vidriados por unas escasas lágrimas.

—Dentro de poco verás a tus padres...

Me miraba con amor y con una hermosa sonrisa en los labios. Secó mis lágrimas con sus pulgares, aunque no lo consiguió: demasiadas lágrimas desbordaban entonces de ellos como para poder retenerlas.

—¡Dios mío, no me lo puedo creer!

Me abalancé sobre él y Jason me elevó en el aire.

—¿Te gusta la sorpresa?

—¿Que si me gusta? —pregunté exagerada, poniendo los pies en el suelo y volviéndolos a mirar—. ¡No podría pedir más!

En ese momento me fijé en la fecha: vi que eran para dentro de unas semanas, dos días antes de la boda.

—Dios mío, Jason. Son para antes de la boda... —Lo miré seria por un momento—. Todavía no sé si me darán esos días en el trabajo...

Rodeó mi cintura con sus brazos y me apretó contra él.

—Está todo solucionado, preciosa... —Torció una sonrisa, como si otra vez hubiera hecho algo que no tuviera que hacer—. Susan y yo... hemos hablado con Claire y tendrás esos días para ir a ver a tus padres y poder asistir a la boda.

Me llevé las manos a la boca y mis ojos se abrieron más que nunca. No podía creer que lo que me estaba diciendo Jason fuera cierto... No me podía creer que aquel hombre fuera de verdad. Comencé a hacer un puchero mientras miraba a Jason a los ojos y él se reía.

—Oh, Dios mío, pequeña... ¡Cómo te quiero! —confesó.

No fui capaz de decir nada más. No me salieron las palabras, me abracé a

su cuello y lo apreté con todas mis fuerzas.

—Vale, cielo, me vas a ahogar...

—Lo siento, lo siento, lo siento... —lo solté y puse mis manos en su cara—. ¿Estás bien?

—Tranquila, cariño, es una broma... —Jason sonreía con picardía y yo lo volví a abrazar.

Durante unos segundos más estuvimos así, Jason rodeando mi cintura con sus brazos y yo colgada de su cuello como si fuese un mono. Y entonces caí en la cuenta.

—¡Espera! —Me separé de él y lo miré a los ojos fijamente—. Hay dos billetes... —sonreí—. ¡¿Eso quiere decir que te vienes conmigo?! —pregunté realmente emocionada.

Jason tenía una gran sonrisa en los labios.

—Esa era la idea, pero si prefieres ir sola...

—¡No! ¡No, y mil veces no! —lo besé en los labios—. Creo que ahora mismo soy la mujer más feliz del mundo...

—Bueno, tengo que decirte una cosa, pequeña... —lo miré y escuché con atención—. Tú vas a ir a ver a tus padres, a estar con ellos y a asistir a la boda con toda tu familia... Y yo me alojaré en algún hotel cercano, y te veré algún rato que tengas libre y cuando a ti te apetezca, ¿de acuerdo? No quiero que dejes de disfrutar de tu familia por mí, Eli...

—¿Qué? ¡Nada de eso! —lo cogí por el cuello de su camisa—. Tú estarás conmigo todo el tiempo... No me quiero separar de ti por nada de este mundo. Y, si estás dispuesto a conocer a mis padres, sé que ellos estarán encantados de conocerte a ti —Le di un rápido beso en los labios—. Les encantará conocer al maravilloso hombre que cuida de mí aquí...

Nos fundimos en un profundo beso.

—Bueno... Creo que eso lo podemos hablar mañana... —Jason me cogió en brazos como si fuese una novia—. Ahora quiero disfrutar de ti, preciosa, sobre la cama... —Nos dirigimos hacia la habitación—. Voy a disfrutar de ti mucho, lenta y pausadamente... ¿Te parece bien?

—Me parece más que bien...

Llegamos a la habitación, me bajó y puse los pies en el suelo. Puso sus manos a ambos lados de mi cara y me contempló.

—Antes de nada, necesito saber una cosa, Eli... Me gustaría saber si ya has tomado una decisión sobre lo de vivir conmigo y empezar una vida junto a mí... —Me miró con algo de nerviosismo en el cuerpo—. Siento ser pesado y preguntártelo. No quiero presionarte... pero es que no aguanto un minuto más sin saberlo, pequeña.

Contemplé sus hermosos ojos, los que tantas veces me habían hecho enloquecer, los que cada día conseguían que estuviese más enamorada, los que tantas verdades me habían dicho durante estas casi tres semanas que llevábamos juntos, y entonces me di cuenta de que era el momento de darle la respuesta; era el momento de decirle que estaba completamente enamorada de él y que no había cosa que deseara más que empezar mi vida y terminarla junto a él.

—Sí, Jason, tengo claro lo que quiero hacer... —Jason me escuchaba con atención—. Quiero vivir contigo, quiero empezar una nueva vida junto a ti, disfrutar de cada día de mi vida a tu lado hasta que ya no me quede aliento, hasta que lo único que nos pueda separar en esta vida sea la muerte y entonces pueda decir que la viví junto al hombre más maravilloso que existió en este mundo.

Jason sonrió y, por primera vez desde que lo conocí, vi que sus preciosos ojos se vidriaban. Me di cuenta de que estaban a punto de desbordar dos dulces lágrimas.

—Creo que ahora soy yo el hombre más feliz del mundo, Eli... —Acarició mis labios con su pulgar y sus brazos me rodearon para no soltarme nunca jamás—. Y tengo a mi lado... A la más bella de las mujeres.

EPÍLOGO

AEROPUERTO INTERNACIONAL JOHN F. KENNEDY

Ya habían pasado unas semanas desde que Jason me había regalado los billetes de avión para volar a Barcelona para ver a mis padres y poder ir a la boda de mi prima, a la cual iba a asistir acompañada por mi gran amor. Cuando les di la noticia, todos se volvieron completamente locos de la alegría.

—¿Estás bien? —me preguntó Jason antes de despegar—. Te encuentro pensativa, preciosa...

—Sí, sí... —Sonreí tímidamente y cogí la mano que Jason me tendía—. No podría estar mejor...

Pero aquello era cierto; realmente en ese momento estaba pensativa, recordando el momento que hace dos años me encontraba en ese mismo aeropuerto, llegando sin nada para empezar una nueva vida aquí... Y, aunque lo había conseguido y había tenido la grandísima suerte de haber conocido al maravilloso hombre que tenía sentado al lado, desde hacía unas semanas también había tenido la desgracia de haber perdido a un maravilloso amigo, un compañero, el cual me había ayudado y apoyado incondicionalmente desde mi llegada... Alan.

Dos días después de mi cumpleaños, Alan dejó una carta en mi despacho despidiéndose de mí, en la cual me explicaba que había aceptado una oferta de trabajo que le habían ofrecido hace un mes, y que se marchaba a trabajar a Europa porque creía que sería lo mejor para todos. Me confesaba que se le hacía imposible trabajar cerca de mí sabiendo que nunca llegaría a ser suya,

que estaba acabando con él verme cada día en los brazos de otro hombre, y que por eso mismo se apartaba de mí, para dejar de sufrir y evitar hacerme daño, ya que eso nunca se lo perdonaría. Y tengo que reconocer que leer aquella carta e imaginarme esas palabras saliendo de su corazón me produjo un intenso dolor al no poder, ni tan siquiera, despedirme de él. Ni siquiera dejó una dirección ni un número de teléfono. Alan... desapareció.

Pero así es el amor. El amor no entiende de razones ni de verdades, no entiende de formas ni de colores, no entiende de motivos ni de porqués, tan solo te atrapa cuando menos te lo esperas y, si quieres... y te dejas, te arroja al abismo de la felicidad.

Fin

AGRADECIMIENTOS

Primero, quiero dar las gracias a todo el mundo que ahora mismo esté leyendo estas líneas, eso significa que habéis confiado en mí, y en mi novela, consiguiendo que este largo camino haya valido, un poquito más, la pena caminarlo. Gracias de corazón.

Gracias de nuevo a mi familia, a los conocedores y a los que no de este proyecto, porque en algún momento, y de algún modo, habéis aportado algo a mi persona para llegar a ser quien soy.

Nombrar especialmente a mis padres, y a mi Montse (no quiere que la llame suegra), por todo el amor que me hacen sentir cada día de mi vida. Por la ilusión y el orgullo con el que recibieron la noticia de que iba a escribir mi primera novela, haciéndome sentir especial. Os quiero.

También a mi hermano, a mi tía Mari de Burriana (Castellón), que no hay nadie que me cante cada año por teléfono “cumpleaños feliz” más que ella, y la que espera también ansiosa la llegada de mi novela, preguntándome una y otra vez por ella...; espero especialmente que te guste. A mi tía Carmen por estar ahí y por ser mi consejera en estilismo para grandes eventos. Y cómo no, a mi preciosa sobrina Paula, la que a su temprana edad nos puede dar una lección de humildad, ética y moral a todos, haciéndome sentir realmente orgullosa. No se me olvidará nunca la tarde que, con entusiasmo, me preguntabas sobre el libro. Te quiero cariño, aunque tendrás que esperar a tener edad para leerlo, lo siento.

A mis niñas Fany, Jessi e Irene, y, cómo no, a Lidia (mi Lili), por apoyarme desde el minuto uno (EN MI NOVELA Y EN MI VIDA),

preguntarme con verdadero interés, por quererlo desde ya casi sin haberlo leído, por creer en mí y, sobre todo, por aguantar mis acosos y mis dudas durante largos ratos..., siendo algunas de vosotras mis cómplices y voluntarias en ser mis lectoras cero, con intención de decirme lo que fallaba. Aunque vuestras respuestas fueran “nada, es perfecto”. Esos días de nervios y estrés me acabarán pasando factura, estoy segura.

A Gina, por preguntar, por entusiasmate de verdad con mi novela incluso sin haberla leído y, sobretodo, por ofrecerte a cada momento para resolver algunas de mis dudas. Espero que después de veinte años sin tener contacto, la pasión que sentimos ambas por la lectura y la escritura, nos regale ahora muchos momentos buenos que compartir.

Y ya llegando a la META, estás tú, mi amor. Porque tú, Miguel, eres mi principio y mi fin. Porque tú siempre me ayudas a levantarme o te tiras al suelo conmigo, andando siempre cogidos de la mano. Si mis niñas han sido mis lectoras cero, tú has sido mi bajo cero, y me encanta que así sea. Gracias por confiar en mí y en cada cosa que hago, con los ojos cerrados, por empujarme hacia delante si me quedo atascada, por aguantar mis idas y venidas (que no han sido pocas) mientras me sumergía en esta historia y me evadía del mundo...; y aun así, siempre has estado ahí. Todavía me acuerdo de la noche que me dijiste, bromeando, que en una de estas mañanas te levantarías con marcas de bolígrafo porque te había utilizado como un posit, grabando en ti mis ideas (no lo descartes). Porque ellas siempre giran alrededor de ti, y para muestra un botón. En este libro hay mucho de ti, y lo sabes.

Y a mis otr@s niñ@s (que sabéis quienes sois), porque sí, porque os quiero.